YUVAL NOAH HARARI

Autor de *Sapiens*



Operaciones especiales

en la Edad de la Caballería



OPERACIONES ESPECIALES
EN LA EDAD DE LA CABALLERÍA

CLÍO
CRÓNICAS DE LA HISTORIA

A Alon, Beni, Martin y Steve.

Yuval Noah Harari

OPERACIONES ESPECIALES EN LA EDAD DE LA CABALLERÍA



www.edaf.net

MADRID - MÉXICO - BUENOS AIRES - SANTIAGO
2018

ISBN de su edición en papel: 978-84-414-3884-2

Primera edición en libro electrónico (epub): octubre 2018

ISBN: 978-84-414-3907-8 (epub)

Conversión a libro electrónico: Ulzama Digital

Introducción

Esta obra es un primer intento de estudiar la forma de operar y el papel de las fuerzas especiales terrestres en la Edad de la Caballería. Dado que, a día de hoy, no existen estudios académicos ni libros divulgativos de historia sobre tal materia, pretende llenar ambos huecos y contribuir a la investigación sobre las técnicas de guerra medievales y renacentistas, sin renunciar a presentar la materia de forma amena para el público general.

El libro está dividido en dos partes. La primera, que es una descripción analítica de las operaciones especiales en el periodo 1100-1550, tiene dos objetivos básicos: el primero es esbozar sus principales peculiaridades durante dicho periodo y relacionar la materia con varios debates cruciales dentro de los estudios sobre la guerra medieval y renacentista; el segundo, presentar algunas de las características propias de la guerra durante la Edad de la Caballería a lectores no profesionales que están interesados en las operaciones especiales, pero disponen de pocos conocimientos previos sobre la historia militar medieval y renacentista.

La segunda parte, que comprende los capítulos II al VII, describe una serie de operaciones especiales que tuvieron lugar entre 1098 y 1536. También se dirige a un lector no profesional y, por tanto, renuncia al análisis en favor de la narrativa. Por razones similares, las notas y la discusión sobre las fuentes se han reducido al mínimo.

* * *

Este ensayo se escribió en el transcurso de una guerra entre israelíes y palestinos. Durante ella, las acciones militares clave en ambos bandos fueron casi todas operaciones especiales, aunque de distintos tipos. Por un lado, las células terroristas palestinas lanzaron ataques concretos contra núcleos urbanos y símbolos nacionales israelíes; por el otro, las fuerzas especiales israelíes secuestraron y asesinaron a terroristas, dirigentes y políticos palestinos. Aunque, desde un punto de vista ético y político, entre ambos tipos de acciones pueda haber todo un abismo, los dos se

pueden agrupar bajo el paraguas del término «operaciones especiales», tal como se explicará a continuación.

Mientras escribía, era muy consciente de que las operaciones especiales pueden alejarse mucho de esa imagen limpia y glamurosa que tienen en la cultura popular de nuestros días. En consecuencia, he tratado de presentar una descripción depurada de las mismas, contemplándolas en su contexto más amplio y no como notables ejemplos de hazañas heroicas, con la esperanza de contribuir a una discusión más equilibrada y crítica sobre la cuestión.

Agradecimientos

Este libro está dedicado a los maestros que alimentaron mi amor por la historia y que me enseñaron a enfrentarme al pasado de forma crítica y ponderada.

Quiero dar las gracias a Alon Klebanoff, que en la escuela secundaria supervisó mi proyecto sobre el arco largo en la Guerra de los Cien Años, por encauzar mi carrera académica. Su ejemplo y guía fueron influencias decisivas a la hora de elegir mis estudios universitarios. Aunque ha transcurrido más de una década y me considero un privilegiado por haber pasado mucho tiempo en universidades de primer nivel de todo el mundo, todavía no he encontrado a nadie con un conocimiento tan profundo de la historia militar y con tanta afición y entusiasmo por las batallas y los soldados de días pretéritos.

Quiero dar las gracias a Benjamin Z. Kedar, que fue mi mentor en la Universidad Hebrea y supervisó mis estudios de licenciatura y máster, por haber dado cimientos sólidos a mis habilidades e incluso a mi personalidad académica. Me gustaría agradecerle las largas horas que me dedicó, tanto en clase como fuera de ella, enseñándome las artes propias de un historiador y corrigiendo de forma minuciosa mis pasos durante mis primeros proyectos de investigación. No obstante, me gustaría agradecerle todavía más el haberme dado, junto a esos sólidos cimientos, rienda suelta y estímulo activo para que fuese más allá de los caminos trillados de la investigación histórica y me adentrase en las fronteras sin explorar de ese territorio.

Quiero también dar las gracias a Martin van Creveld, que junto con B. Z. Kedar supervisó varios de mis proyectos académicos iniciales, por ofrecerme, entre ambos, amplias perspectivas históricas, con ocasionales y contundentes empujones en la dirección correcta. Estoy sobre todo en deuda con él por haberme advertido contra las trampas de la estrechez de miras y las obsesiones personales que amenazan con atrapar a los eruditos en estériles burbujas académicas. El presente libro fue el resultado de

varias discusiones que mantuve con él, y fue él quien también leyó los borradores iniciales de los primeros capítulos. No puedo pretender, empero, que estas páginas se aproximen siquiera a los niveles que él ha alcanzado. En comparación con sus propios proyectos, esto es poco más que un pasatiempo.

Y me gustaría dar las gracias a Steven J. Gunn, que supervisó mi tesis doctoral, por ayudarme a reunir las habilidades y el conocimiento que llegué a acumular, y por mostrarme cómo salvar la enorme brecha que separa la teoría historicista de los aspectos prácticos de la redacción. Sin su ayuda entregada y desinteresada, no podría haber transformado las ideas evanescentes y efímeras que se me pasaban por la cabeza en una disertación doctoral con sustancia. Las horas que pasamos juntos pergeñando este ejercicio alquímico fueron lecciones impagables e hicieron mucho más fácil la redacción del presente libro.

Esta obra no se podría haber escrito sin la gentil y generosa guía de tales maestros. Espero que disfruten de ella y encuentren aquí algo de lo que sentirse orgullosos.

* * *

También me gustaría dar las gracias a los profesores de historia de mis días de colegio, en particular a Danny Fesler y Dafna Haran, por alimentar mi amor inicial hacia esta disciplina y por darme algunas de mis mejores horas de escuela. Gracias también a Sarai Aharoni, una buena amiga de muchos años, por su continuo estímulo intelectual, y a Jonathan Lewy, por su aportación y comentarios acertados sobre la secta nizarí.

Tuve la suerte de contar con dos excelentes ayudantes de investigación, Ilya Berkovich y Eyal Katz. Estoy seguro de que, si Ilya pone corazón en ello, pronto se hará un nombre como destacado especialista. En cuanto a Eyal, parece que ayudará a la gente de una forma mucho más directa como terapeuta ocupacional. Espero que nunca tenga que prestar su apoyo a víctimas de operaciones especiales.

Tengo una gran deuda con el Yad Hanadiv Fellowship Trust por su generoso apoyo a este proyecto de investigación, sobre todo a Natania Isaak, que hizo que fuese un placer y un privilegio disfrutar

de la generosidad de la institución.

Por último, quisiera agradecer a mi familia su apoyo emocional y material, en especial a Itzik, mi esposo y compañero, que también hizo un trabajo excelente al preparar los mapas que aquí se publican.

I
Operaciones especiales, estrategia y política en la Edad de la Caballería: un enfoque analítico

Definición de operaciones especiales terrestres

Una «operación especial» es una acción militar limitada a un área pequeña, ejecutada en un intervalo de tiempo relativamente breve y llevada a cabo por una fuerza reducida, pero que es capaz de obtener resultados estratégicos o políticos desproporcionados respecto a los recursos invertidos en ella. Realizar operaciones especiales casi siempre implica utilizar métodos de lucha no convencionales y encubiertos. Son tales métodos los que permiten que una pequeña inversión en recursos produzca un impacto estratégico o político desmesurado[1].

Por ejemplo, en enero de 1327, la reina Isabel de Inglaterra y su amante Roger Mortimer derrocaron al impopular rey Eduardo II y, al poco tiempo, le asesinaron en prisión. Después, la pareja gobernó como regentes de Eduardo III, el hijo de catorce años de Isabel. Al crecer Eduardo, su madre no mostró intenciones de querer renunciar a la autoridad que ejercía sobre él. Por el contrario, Mortimer y ella reforzaron su dominio sobre la corona y trataron de crear un poder independiente controlado por ellos mismos. La noche del 19 de octubre de 1330, William Montagu se introdujo en el castillo de Nottingham —donde se alojaban Isabel, Mortimer y Eduardo— a través de un pasadizo subterráneo secreto, a la cabeza de dos docenas de hombres. Actuando en favor del joven rey, Montagu tomó por sorpresa a los guardias de la pareja y capturó a la reina y a su amante. Ajusticiaron a Mortimer, e Isabel fue obligada a retirarse a sus posesiones rurales. Eduardo se convirtió en gobernante de Inglaterra. Ese golpe de precisión, ejecutado por un puñado de hombres, que duró solo unas pocas horas y costó muy poco dinero y muy pocas bajas, logró lo que de otra manera hubiese

requerido una sangrienta guerra civil, un gasto enorme y miles de vidas[2].



William Montagu captura a Roger Mortimer en el castillo de Nottingham el 19 de octubre de 1330, tras acceder a la fortaleza por un pasadizo secreto con un grupo de hombres armados.

Las operaciones especiales como el golpe en el castillo de Nottingham son distintas de los actos de espionaje y de guerra psicológica —que también pueden producir significativos resultados estratégicos y políticos con recursos muy limitados—, ya que implican el uso de la fuerza[3]. La diferencia entre operaciones especiales y acciones regulares de combate es más complicada. Durante su fase de ejecución, las operaciones especiales son a menudo similares a las acciones de combate, ya que recurren al empleo de la sorpresa y la añagaza. También lo son en su impacto, ya que las intervenciones regulares pueden a veces tener un resultado estratégico y político desproporcionado respecto a los recursos invertidos en las mismas.

Por ejemplo, en 1199, el rey Ricardo Corazón de León, de la casa de los Plantagenet, ganaba la guerra contra el rey Felipe Augusto de la casa de los Capetos. Se aseguraba así las posesiones continentales familiares y obstaculizaba los planes de su

rival para unificar el reino de Francia. Justo entonces, un labrador descubrió un tesoro de oro y plata en las tierras del castillo de Châlus. El señor del castillo, Achard, confiscó el tesoro, pero fue desautorizado por su propio señor —o sea, el rey Ricardo—, que lo reclamó para sí. Achard se negó y el ultrajado monarca puso sitio al castillo de manera inmediata, rehusando la oferta de rendición que le hicieron sus defensores.

La pequeña fortaleza estaba defendida por una docena de hombres y mujeres, como mucho. Cuando Ricardo preparaba el asalto, un ballestero de la guarnición le hirió en la espalda. La herida se infectó, se gangrenó a los pocos días y separó al rey guerrero del mapa político de Europa.

En cinco años, los Plantagenet perdieron Normandía y, al cabo de diez, habían abandonado el resto de sus posesiones continentales a excepción de Gascuña, mientras que Felipe Augusto sentaba las bases para la unificación de Francia bajo los Capetos. Por lo tanto, la defensa de Châlus —una operación que se llevó a cabo con recursos extremadamente limitados— cambió de manera profunda la situación estratégica y política en Europa Occidental y ayudó a rehacer las fronteras del continente durante siglos[4]. Sin embargo, no podemos considerarla una operación especial, dado que el fallecimiento de Ricardo fue un hecho accidental, probablemente involuntario por parte de los defensores, que fueron todos pasados a espada en represalia por la muerte del rey.

La diferencia entre operaciones de combate especiales y regulares, en consecuencia, no reside ni en su ejecución ni en su impacto, sino en la existencia de un plan preconcebido de impacto y ejecución. A diferencia de la muerte de Ricardo Corazón de León, operaciones especiales como el asalto al castillo de Nottingham se planearon de tal manera que los mismos recursos que se utilizaban en acciones ordinarias pudieran producir resultados extraordinarios.

Tal definición es válida solo para las operaciones especiales terrestres. Las intervenciones navales se excluyen de este libro porque eran muy diferentes tanto a nivel estratégico como operativo. En particular, en la guerra naval a larga distancia, la anterior definición no puede distinguir con claridad las operaciones especiales de las regulares. Tal circunstancia se aprecia de manera

evidente en el caso de la piratería en ultramar. Por ejemplo, en 1523, el pirata francés Jean Fleury se apoderó de un tesoro enviado por Hernán Cortés de México a España. Fleury, al mando de una fuerza autosuficiente de unos pocos centenares de hombres, actuaba a más de 2000 kilómetros de su base. Se hizo con una auténtica fortuna en oro y plata, y su actuación tuvo consecuencias psicológicas aún más importantes. ¿Fue una «operación especial»? Según la definición antes ofrecida, sin duda alguna. Pero, en ese caso, casi todas las aventuras piráticas medievales y renacentistas lo fueron también y, dado que abarcaban una parte considerable del conjunto de intervenciones navales, implicaría que muchos de esos enfrentamientos medievales y modernos que tuvieron el mar como escenario —sobre todo la pugna por el negocio ultramarino entre Europa y las Indias— fueron, en la práctica, «guerras de operaciones especiales».

Es un enfoque de lo más interesante, pero solo una investigación en profundidad, centrada en la estrategia naval y sus acciones, podría aclarar este problema. Dado que la tarea que he asumido es ya de por sí bastante formidable, pues abarca cinco siglos y más de un continente, he decidido dejar las operaciones especiales navales para futuras investigaciones.

Las operaciones especiales en la guerra, la cultura y los estudios contemporáneos

En las últimas décadas, la importancia de las operaciones y las fuerzas especiales ha crecido de manera espectacular. Pocos países carecen de unidades especiales, que son, por lo general, consideradas la flor y nata del ejército y reciben con prodigalidad atención y recursos. Las operaciones especiales se han convertido en parte integral del pensamiento estratégico y político, por lo que, cuando los gobiernos y los ejércitos valoran sus diferentes opciones en tiempos de crisis, van incluidas en el menú de forma habitual.

Han resultado una opción particularmente importante cuando los objetivos en cuestión son de los siguientes tipos:

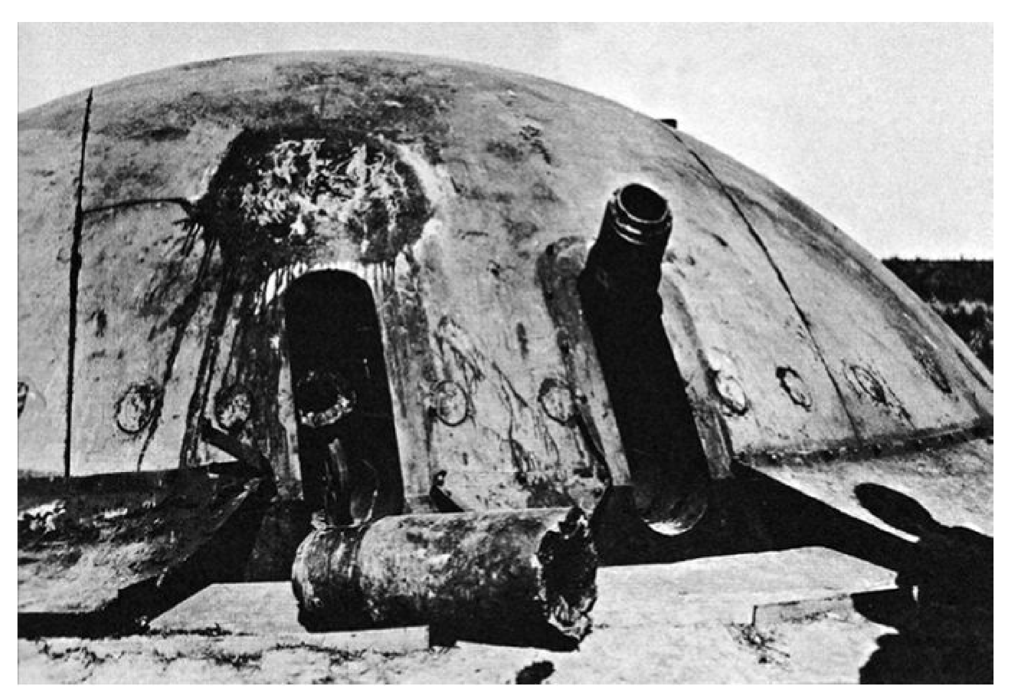
1. Infraestructuras

Durante el siglo xx la guerra dependió progresivamente de las infraestructuras industriales, de comunicación y de transporte. En consecuencia, la captura y destrucción de puentes, presas, centros de comunicación, fábricas y laboratorios podía afectar a la capacidad bélica de un país al menos tanto como la pérdida de unidades militares. Dado que las instalaciones de infraestructura son objetivos desarmados «fáciles», fuerzas reducidas que nunca podrían soñar con derrotar grandes unidades de combate enemigas pueden lograr importantes resultados estratégicos al atacar tales instalaciones. Por supuesto, estas instalaciones pueden estar protegidas por el enemigo, pero, dado que el objetivo del ataque son las propias instalaciones y no las fuerzas de protección, si se encuentra una forma de evitar o neutralizar a los guardias es todavía posible obtener resultados notables con un empleo limitado de recursos.

Un ejemplo clásico es la incursión alemana contra Eban Emael (1940). Unas pocas decenas de soldados aerotransportados aseguraron los estratégicos puentes sobre el canal Albert y neutralizaron el fuerte Eban Emael, que albergaba un número de soldados belgas diez veces superior. Aunque estos no fueron derrotados, los atacantes se aseguraron de que no destruyeran los puentes, sin los cuales el avance de su ejército en Bélgica se habría detenido y todo su plan de campaña puesto en serios apuros[5].

Las infraestructuras industriales pueden ser incluso más valiosas. Uno de los puntos clave en el programa nuclear nazi era la central hidroeléctrica de Norsk Hydro, en Ryukan, Noruega. Una planta, conectada a la estación, producía casi toda el agua pesada de la que disponían en aquellos momentos los alemanes para su investigación y producción nuclear. Los aliados habían lanzado sin éxito varias misiones de bombarderos y operaciones especiales. Al final, en febrero de 1943, una unidad especial consiguió sabotear la planta y detener la producción. Los nazis intentaron enviar por barco a Alemania toda el agua pesada producida hasta ese momento, pero el buque lo hundió otra operación especial. Aunque estas dos acciones no fueron por sí solas responsables del fracaso alemán en su intento de producir armas nucleares, desde luego contribuyeron al mismo. No hace falta decir que las consecuencias estratégicas y

políticas de tal fallo fueron incalculables[6].



Una de las torretas de artillería con dos cañones de 120 mm voladas en el fuerte belga de Eban Emael. Fue capturado en mayo de 1940 por los soldados de la Wehrmacht.



Los edificios en llamas de la planta de Norsk Hydro Vemork, en Ryukan, Noruega, durante el ataque realizado por una unidad especial el 16 de noviembre de 1943.

2. Sistemas armamentísticos

La tecnologización de la guerra moderna ha llevado a la adopción de sistemas de armamento cada vez más sofisticados, cuyo coste e impacto militar han aumentado de forma dramática. La producción y el mantenimiento de uno solo de ellos, por ejemplo, un misil nuclear o un gran buque de guerra, puede consumir un porcentaje significativo de los recursos de un país, en tanto que su implementación o su destrucción son capaces de alterar el balance de poder político y estratégico. Dichos sistemas armamentísticos se han mostrado en ocasiones vulnerables a las operaciones especiales, lo que podría, en consecuencia, causar un impacto importante con medios limitados. De hecho, una parte significativa de las operaciones especiales que se llevaron a cabo durante la Segunda Guerra del Golfo (1990-1991) buscaba localizar y neutralizar un puñado de lanzamisiles móviles en el desierto occidental iraquí.

Con la proliferación de armas de destrucción masiva es probable que el papel de las operaciones especiales a la hora de obtener, proteger y destruir sistemas armamentísticos concretos se vuelva más y más crítico.

3. Personas

El asesinato, secuestro y rescate de individuos concretos puede tener una importancia política y estratégica tan grande que llega a contrarrestar incluso la destrucción de unidades militares enteras o infraestructuras. Por ejemplo, cuando en 1943 el gobierno de Badoglio apresó a Benito Mussolini y abrió negociaciones con los aliados, el caído dictador fue liberado de su prisión secreta en la cima del monte Gran Sasso, en un audaz ataque aerotransportado. Apoyado por el poder alemán, dirigió un régimen títere en el centro y norte de Italia, asegurando la lealtad de partes significativas de la sociedad italiana y facilitando el control del país[7].

Los políticos y los jefes militares no son los únicos que tienen importancia estratégica. El rescate de Niels Bohr, un físico prominente en la Dinamarca ocupada por los nazis, contribuyó de manera significativa al avance del programa nuclear aliado, al

tiempo que obstaculizó el alemán[8]. Al final de la Segunda Guerra Mundial, la carrera entre los soviéticos y los norteamericanos para apoderarse de los científicos del programa de cohetes alemán mostró que ambos habían entendido la enorme importancia de esas personas. Con la proliferación de armas de destrucción masiva y la creciente tecnologización de la guerra, es probable que los científicos se conviertan en objetivos tan codiciados para las operaciones especiales como los políticos y los generales.

4. Símbolos

En las últimas décadas, algunas de las operaciones especiales de más éxito se han dirigido contra personas y objetos de un valor más simbólico que material. Por ejemplo, la masacre de la delegación israelí en los Juegos Olímpicos de Múnich (1972) y el ataque del 11-S (2001) fueron agresiones extremadamente eficaces contra símbolos nacionales[9]. Aunque los efectos materiales de tales ataques resultasen desdeñables y no se pueda decir que dañasen el poder militar israelí o estadounidense, los efectos simbólicos resultaron inmensos[10]. En ambos casos, el éxito de las acciones supuso un gran estímulo para la moral de los atacantes y provocó un shock equivalente en los dos países. El impacto se puede medir por el hecho de que tanto Israel como Estados Unidos reaccionaron desencadenando contraataques masivos. Los israelíes cambiaron sus prioridades de inteligencia e información, y destinaron más recursos a combatir el terrorismo palestino en Europa. Los estadounidenses proclamaron una guerra global contra el terrorismo que hasta ahora solo ha conseguido invadir dos Estados soberanos y provocar una ola creciente de terrorismo mundial.

Las operaciones dirigidas a la toma y liberación de rehenes y prisioneros de guerra se pueden considerar como acciones cuyos objetivos tienen un significado simbólico, más que un valor material. El rescate de un puñado de civiles secuestrados o de soldados presos puede no tener efectos sobre el equilibrio de poder material, pero ser una gran inyección de moral, al demostrar tanto las habilidades militares propias de un país, como el emblemático compromiso de hacer cuanto sea posible para salvar a todos y cada

uno de sus ciudadanos o combatientes[11]. Este último acto es de gran valor simbólico para los Estados modernos, y en particular para las democracias occidentales, por lo que el secuestro, aunque sea de unos pocos ciudadanos, se ha convertido en un objetivo prioritario para las operaciones especiales del enemigo[12].

* * *

En parte, la razón por la que el ataque a símbolos mediante operaciones especiales es tan potencialmente eficaz en la Edad Moderna es que este tipo de intervenciones han disfrutado de un lugar de privilegio en la cultura popular. Sobre todo, después de que la Primera Guerra Mundial destruyese gran parte de la aureola que tenía el combate regular —al reemplazar las imágenes heroicas de bayonetas resplandecientes y cargas épicas por trágicas escenas de barro, sangre y alambradas de espino—, la cultura de la guerra prestó cada vez más atención al glamur y al heroísmo en el campo de las operaciones especiales. Solo allí el héroe individualista podía todavía decidir el destino de guerras y naciones[13].

Las operaciones y fuerzas especiales han recibido, por tanto, una cobertura enorme por parte de los medios y se magnifican todavía más en la cultura popular (sobre todo la masculina). Teniendo en cuenta que estas intervenciones abarcan solo una fracción de todas las acciones militares, protagonizan un elevado porcentaje de los libros divulgativos de historia militar[14], las novelas y las películas bélicas. Incluso cintas del género realista y desencantado, como Salvar al soldado Ryan o Black Hawk Derribado, ponen en su punto de mira este tipo de misiones (el rescate de un soldado raso por razones simbólicas en el primer caso y el secuestro de personal clave del enemigo en el segundo).

En el terreno del cine de acción, la supremacía de las operaciones especiales resulta todavía más acusada. Ataques contra infraestructuras y sistemas armamentísticos situados en el corazón del territorio enemigo constituyen la trama principal en títulos que van desde Misión Imposible o la serie de James Bond, hasta En busca del Arca Perdida o El Señor de los Anillos (si es que uno acepta que el Arca Perdida, la Estrella de la Muerte o el Anillo Único son sistemas armamentísticos de destrucción masiva).

Más populares todavía resultan aquellas operaciones especiales cuyo objetivo son personajes relevantes. Por ejemplo, la trilogía de Terminator gira en torno al asesinato y la protección de líderes del futuro y científicos del presente, y uno no puede concebir narraciones políticas o películas de acción realistas sin el salvamento de políticos amenazados, ni películas de acción fantástica sin el rescate de princesas raptadas. Y las operaciones especiales que pretenden rescatar rehenes y prisioneros de guerra corrientes son quizás igual de populares[15]. El prototipo del héroe de acción masculino, y cada vez más del femenino, es el experto en operaciones especiales, no el soldado ordinario. Ni siquiera el comandante[16].

De manera similar, en el terreno de los juegos de ordenador y videojuegos, por cada uno de ellos que se centra en la guerra convencional puede haber una docena en la que el jugador encarna a un experto en operaciones especiales que trata de asesinar a Hitler, volar un reactor nuclear enemigo o rescatar rehenes civiles.

No es de extrañar que fuerzas especiales reales como el SAS británico, los Boinas Verdes estadounidenses, la Fuerza Alfa y el Omon rusos, o la Sayeret Matkal israelí hayan disfrutado de un prestigio público sin precedentes. Se ha afirmado, con el apoyo de buenas razones, que, así como el héroe masculino ideal de la cultura de ficción es el experto en operaciones especiales, las tropas reales de esas unidades han llegado a personificar el ideal de masculinidad nacional[17]. Por tanto, sus miembros no solo viven al calor de la admiración popular, sino que disfrutan de creciente influencia en los círculos militares y políticos. Por ejemplo, el comandante de las fuerzas británicas en la Guerra del Golfo, el general Peter de la Billière, comenzó su carrera en los SAS.



Sayeret Matkal, la unidad de operaciones especiales de las Fuerzas de Defensa Israelíes. Hoy, sus miembros, como los de otras fuerzas especiales internacionales, disfrutan de un prestigio público sin precedentes y de creciente influencia en los círculos militares y políticos.

En Israel, no solo encontramos una larga lista de generales de rango superior que son veteranos de las fuerzas especiales, sino que tres primeros ministros que ocuparon el cargo desde 1996 a 2006 —Benjamín Netanyahu, Ehud Barak y Ariel Sharon— deben al menos parte de su atractivo a haber pertenecido en su día a las fuerzas especiales[18]. No es absurdo añadir a esa lista al actual gobernador de California, Arnold Schwarzenegger, posiblemente más conocido por muchos de sus votantes a través de sus misiones de asesinato y contra-asesinato en la gran pantalla.

El atractivo cultural de las operaciones especiales ha magnificado su impacto potencial sobre la moral pública. Dado que la imagen nacional, y en particular la imagen masculina del país, se nutren tanto de ellas, una intervención culminada con éxito levanta la moral nacional y una fallida la deprime mucho más que una acción regular de resultados equivalentes. Triunfar en dichas acciones siempre resultará más espectacular y fracasar más humillante, puesto que las personas que las llevan a cabo se supone que encarnan esa

masculinidad y que el público está acostumbrado a identificarse con tales misiones a partir de las películas y los juegos de ordenador.

En paralelo a la avalancha de literatura popular sobre este tema, ha crecido la atención sobre las operaciones especiales en círculos académicos atizada por los ataques del 11-S y la consiguiente Guerra contra el Terror. Sin embargo, ese interés se centra casi exclusivamente en el papel de esta clase de acciones a finales del siglo XX, en los primeros años del XXI y en futuros conflictos[19]. Ello refleja una extendida suposición sobre que, antes de la Segunda Guerra Mundial, las operaciones especiales tenían lugar, si acaso, solo como parte de una guerra de guerrillas o partisana[20]. Los libros que se ocupan de la historia de las operaciones especiales solo se remontan a la Segunda Guerra Mundial, e incluso en casos excepcionales, rara vez van más allá de la etapa final del siglo XVIII[21]. Es significativo que la única intervención especial que aparece en From Troy to Entebbe: Special Operations in Ancient and Modern Times sea la historia del mítico caballo de Troya[22].

El primer caso que se aborda en el influyente ensayo de William McRaven, Spec Ops: Case Studies in Special Operations Warfares, es el ataque de Eban Emael en 1940. La única gran excepción a esta regla que he encontrado es Ninja: The True Story of Japan’s Secret Warrior Cult, de Stepen Turbull, que aborda la historia de las operaciones y las fuerzas especiales en Japón, y pone su atención en la Edad Media y principios de la Edad Moderna.

También es significativo que, al tratar de encontrar antecedentes de las fuerzas especiales actuales, algunos estudios las confundan con tropas regulares. Por ejemplo, en un capítulo titulado «Commandos Through History», en The Perfect Soldier: Special Operations, Commandos, and the Future of U.S. Warfare, de James Dunnigan, se califica de fuerzas especiales a unidades como los Inmortales, la guardia real persa; a los Compañeros de caballería de Alejandro Magno; a los caballeros medievales; a los arqueros ingleses de la Guerra de los Cien Años; a los mamelucos y a los jenízaros; a los modernos granaderos y a soldados de caballería ligera[23]. Robin Neilland, en su In the Combat Zone: Special Forces since 1945, encuentra antecedentes no solo en el bíblico rey David, sino también en las unidades de caballería irregular de Gengis

Khan; en las de infantería ligera de los siglos XVIII y XIX, como los jäger alemanes y las fuerzas de John Moore; en las guerrillas españolas y rusas de las Guerras Napoleónicas; en la caballería de la Guerra Civil Americana y en las tropas de asalto alemanas de la Primera Guerra Mundial[24].

La falta de atención a las operaciones especiales previas al siglo XVIII se refleja también en los estudios dedicados a las guerras anteriores a las modernas, pues apenas interesan. Por ejemplo, en las investigaciones sobre las técnicas bélicas medievales y renacentistas no se discute al respecto. Aunque existen operaciones que aparecen en crónicas y que pueden clasificarse como especiales, los citados análisis no las abordan como una cuestión separada. Recientes estudios centrados en el periodo mencionado, como el de Jeremy Black, European Warfare, 1494–1660, el de John France, Western Warfare in the Age of the Crusades, o el de Helen Nicholson, Medieval Warfare: Theory and Practice of War in Europe, 300–1500, no contienen ninguna referencia a este tipo de acciones.

El presente libro trata de llenar ese hueco al examinar las operaciones especiales terrestres entre 1100 y 1550. Primero perfilaremos sus principales características, así como las condiciones que crearon tales peculiaridades.

Mi intención es, en parte, ofrecer un contexto histórico de su evolución en el último siglo. Y, lo que es más importante, creo que los estudios sobre la guerra medieval y renacentista se pueden también beneficiar de un escrutinio más detallado de este tipo de intervenciones. Las características propias de las operaciones especiales hacen de ellas una lente excepcional a través de la que podemos comprender las realidades de la guerra. Dado que su desarrollo implica un delicado balance entre los fines y los medios militares, arrojan luz sobre las actividades bélicas de una etapa histórica concreta. Reflejan algunos de los límites entre lo deseable y lo posible en los enfrentamientos de esos periodos.

En particular, estas misiones son un terreno de pruebas ideal para analizar las relaciones entre la caballería como institución social y la realidad militar en el Medievo y el Renacimiento. El debate sobre tal correspondencia ha ocupado un lugar central en los estudios militares de dichas épocas[25]. Algunos investigadores, entre

los que Huizinga y Kilgour son los más famosos, han argumentado que la cultura caballeresca estaba totalmente divorciada de la realidad militar y que su influencia en el desarrollo de las operaciones militares fue desdeñable. Príncipes y caballeros hacían honor a sus ideales, al tiempo que solían pasar por alto los horrores de la guerra, como una forma de reconciliar el ejercicio de la misma con el cristianismo, y los usaban como herramienta para inspirar lealtad a sus vasallos. No obstante, cuando había que ir a combatir, las limitaciones que imponía ese código caballeresco se dejaban de lado cada vez que obstaculizaban la consecución de la victoria[26].

En las últimas décadas, la mayoría de los estudiosos han tendido a poner el acento en la sostenida relevancia de la vida caballeresca. Han visto en ella un factor formador e influyente que definió valores propios y reglas de guerra mucho antes de los comienzos de la Edad Moderna. Los combatientes, a menudo, las aceptaban, aunque resultase inconveniente hacerlo, y trataban de abstenerse de lo que la caballería definía como «juego sucio». Pese a que los enormes dividendos de la victoria tentasen de manera ocasional a forzar o quebrantar estas normas, los principios subyacentes rara vez se ponían en cuestión[27]. En particular, el ideal caballeresco del honor se mantuvo como valor marcial central y como principal pilar de la noble identidad masculina a lo largo de la Edad Media y el Renacimiento[28].

Las cuestiones de la caballerosidad y el honor determinaron de manera fundamental el comportamiento durante las operaciones especiales. Mientras que el combate regular solo llevaba de manera ocasional a lo que la caballería consideraba «juego sucio», este tipo de misiones casi siempre requerían de él. En consecuencia, tendían a llevar las convenciones de la guerra al límite. Por un lado, parecían hacer realidad las hazañas de los romances, al permitir que guerreros valientes luchasen contra dificultades abrumadoras y ganasen batallas casi en solitario (algo que, a pesar de la imagen acuñada por las películas y las novelas populares de tema militar, estaba muy alejado de la realidad del combate regular en la Edad de la Caballería). Por otro, tales hazañas a menudo se conseguían mediante engaño, traición, soborno, asesinato y otras formas poco limpias, que amenazaban con convertir la guerra en un asunto

deshonroso y minar los cimientos del ideal caballeresco.

Como demostrarán las páginas siguientes, la ejecución de operaciones especiales en la Edad de la Caballería se caracterizó por una tensión no resuelta y siempre presente entre la necesidad práctica de ganar batallas y la cultura del «juego limpio» que aplicaban los caballeros, que sostenían que la guerra no era una continuación de la política, sino más bien una forma de vida, y que esa manera de luchar honorable era más importante que alcanzar la victoria[29]. Esta tensión sancionó el empleo de algunos tipos de misiones (tales como rescatar al señor propio), limitó sobremanera el uso de otras (por ejemplo, los asesinatos) y en general influyó sobre la eficacia de todas ellas. Tales limitaciones tienen su sentido, por supuesto, si se contemplan con una perspectiva más amplia. Dado que la guerra siempre se llevó a cabo al compás de una cultura política determinada, y que los gobernantes extraían su poder y su identidad de tal ideología, librar combates con métodos capaces de dañarla podía vaciar la victoria de sentido al socavar la propia identidad y la autoridad del vencedor[30].

Los objetivos de las operaciones especiales terrestres en la Edad de la Caballería

A pesar del complicado lugar que ocupaban dentro de la tradición caballeresca, las operaciones especiales fueron parte central de la guerra en la Edad de la Caballería, y a la vez disfrutaron de una popularidad única, semejante a la alcanzada en la cultura castrense de nuestros días. Lo cierto es que podría argumentarse que el prestigio que en la actualidad rodea a estas misiones es, en gran medida, una herencia de la cultura militar medieval. Mientras que en el mundo clásico, así como en los primeros tiempos de la Edad Moderna y el siglo XIX europeo, las acciones militares que más gustaban eran las de guerra regular, la audiencia noble medieval estaba mucho más encaprichada con las disparatadas incursiones de pequeños grupos de caballeros[31].

Por ejemplo, Le charroi de Nîmes, una de las chansons de geste más populares del siglo XII, se centra en una operación especial ficticia que recuerda a la historia del caballo de Troya. El héroe de la

chanson, el conde Guillaume de Orange, se empeñó en arrebatar al rey sarraceno Otrant la ciudad de Nimes, poderosamente fortificada. Para lograrlo, reunió un centenar de carros, colocó en cada uno de ellos un barril de madera y escondió a sus hombres dentro. Luego se atavió con ropajes de extranjero y simuló ser un rico comerciante inglés que iba al mercado de la villa. La avaricia de los sarracenos despertó al ver su caravana. Esperando obtener grandes beneficios de los peajes y regalías, el rey Otrant permitió que cruzase sus puertas. Una vez dentro, los hombres de Guillaume salieron de los barriles y se hicieron con la ciudad a sangre y fuego[32].

Aún más populares fueron las operaciones llevadas a cabo por unidades reducidas para rescatar a princesas secuestradas; algo que se convirtió en un puntal del entretenimiento caballeresco. A partir de ahí, tales historias seguirían gozando del aplauso de las gentes, incluso aunque las que versaban sobre el combate regular lo fuesen aún más. Los relatos sobre operaciones especiales caballerescas se perpetuaron hasta llegar por último a los cines modernos, a través de una sucesión ininterrumpida de adaptaciones como los Orlando furioso y Amadis de Gaula del siglo XVI; las obras del XVII de Le Sage, La Calprenède y Madeleine de Scudéry; las adaptaciones del siglo XVIII de Courtilz de Sandras y la Bibliothèque Bleue; las de la centuria siguiente de Walter Scott y la literatura juvenil victoriana.

Es interesante señalar que incluso las tramas básicas de películas que describen misiones especiales en el futuro, como la trilogía de Terminator o Doce monos, copian en realidad los argumentos de romances sobre operaciones especiales caballerescas. Así, la Chanson du Chevalier du Cygne et de Godefroid de Bouillon, del siglo XII, relata cómo, varios años antes de la Primera Cruzada, la madre del gobernante musulmán Corbaran (Kerbogha) —que era una poderosa hechicera— predijo lo que habría de ocurrir. Advirtió a su hijo de que un príncipe llamado Godofredo de Bouillon llegaría de la tierra de los francos y conquistaría Nicea, Antioquía y Jerusalén. El hijo y heredero de Corbaran, Cornumaran, decidió impedir la catástrofe. Tras elegir un único compañero, se disfrazó de peregrino cristiano de vuelta de Tierra Santa y se dirigió a Europa con la intención de encontrar a

Godofredo y matarlo mientras todavía fuese joven. Cornumaran se las arregló para cruzar toda Europa y llegar a Hainault sin ser descubierto, pero allí fue reconocido por un verdadero peregrino cristiano, de modo que fracasó en su intento de cambiar el futuro[33].

En contraste con esta continuidad cultural entre las operaciones especiales caballerescas y las de nuestros días, la siguiente aproximación demostrará que los objetivos de las que se dieron en la Edad de la Caballería eran a menudo diferentes de los de finales de la Edad Moderna.



Guillaume de Orange se dispone a entrar en Nimes y tomar la ciudad tras ocultar a sus hombres en barriles de vino. Una operación especial ficticia, tema central de Le charroi de Nîmes —El porte de Nimes—*, una de las* chansons de geste *más populares del siglo XII.* Biblioteca de Boulogne-sur-Mer.

1. Infraestructuras

Captura de plazas fortificadas

Las infraestructuras más importantes de esta época eran plazas fuertes, como poblaciones y castillos. Sus fortificaciones suponían grandes inversiones, lo que las convertía en las construcciones más caras acometidas por la mayor parte de los gobernantes[34]. Eran los lugares fundamentales de actividad militar, económica,

administrativa, cultural y religiosa[35]. Además, las ciudades eran los mayores centros de población y albergaban gran parte de la riqueza y mano de obra cualificada de un país.

Las plazas fuertes eran relevantes no solo por ellas mismas, sino también como núcleos de redes de comunicación, transporte y suministros. Todos los puertos principales y la mayor parte de los puentes importantes estaban dentro de los muros de una ciudad o una fortaleza. De igual forma, las carreteras más transitadas, canales y ríos navegables se dotaron de enclaves que podían controlar de manera efectiva el tráfico, sirviendo además como base para constantes incursiones a corta distancia.



La toma de Jerusalén en 1099. Numerosas campañas, si no guerras completas, a menudo dependían del asedio a una sola ciudad importante. Ilustración de Sebastián Mameror para Passages d'Outremer. Biblioteca Nacional de Francia.

Cuando una línea de plazas fuertes protegía todos los pasos de un río importante, era posible impedir por completo el tránsito de fuerzas enemigas. Incluso cuando los invasores sorteaban las fortalezas y arrasaban la campiña, no estaban en condiciones de

asegurar ganancias territoriales sin tomarlas[36]. De hecho, un ejército invasor no podía esperar aguantar mucho tiempo dentro de una provincia enemiga sin asegurarse las líneas de suministro hasta sus bases. Cuando se precipitaba de manera imprudente y quedaba después atascado sin líneas de suministro seguras a su espalda, el resultado podía ser su rendición o la destrucción total, como les ocurrió a las tropas francesas que invadieron Flandes en 1197, Egipto en 1250 y Aragón en 1285[37].

Así, cuando los franceses trataron de conquistar Gascuña en 1346, su enorme ejército, que ascendía a 20 000 hombres[38], se vio obligado a depender del suministro transportado sobre todo a través de los ríos de la región. Si de verdad querían conquistar el territorio, y no solo atravesarlo y arrasarlo, era preciso tomar los diversos puntos fuertes que controlaban las líneas fluviales. En abril de 1346, el ejército invasor se detuvo a sitiar uno de estos puntos fuertes, en concreto, el castillo de Aiguillon, que controlaba la confluencia de los ríos Lot y Garona, dos de las principales líneas de abastecimiento con que contaba. Cuatro meses después todavía seguían allí. Los 1500 defensores de Aiguillon opusieron una resistencia más que enconada y los franceses no pudieron conquistar el castillo ni tampoco sortearlo. Acabaron por abandonar el sitio y se retiraron hacia el norte, informados del avance de Eduardo III hacia el corazón de Francia[39].

Las ganancias materiales y morales de tomar un punto fuerte, y en particular una gran ciudad, podían ser muy elevadas. Sin embargo, conquistar enclaves fortificados era más fácil de decir que de hacer. La superioridad táctica de las técnicas defensivas sobre las ofensivas en la guerra de asedio implicaba que, incluso tomar un único punto fuerte —si este se defendía de manera decidida—, suponía una tarea costosa que podía llevar semanas e incluso meses, tal como comprobaron los franceses en Aiguillon[40]. Numerosas campañas, si no guerras completas, a menudo dependían del asedio a una sola ciudad importante, como lo demuestran los sitios de Nicea, Antioquía y Jerusalén durante la Primera Cruzada (1097-1099); el asedio de Damasco durante la Segunda Cruzada (1148); el de Acre durante la Tercera Cruzada (1189-1191); el de Constantinopla en el transcurso la Cuarta

Cruzada (1204); el de Damieta durante la Quinta Cruzada (1218-1219); los de Tournai (1340), Calais (1346-1347), Reims (1360), Ruen (1418-1419) y Orleans (1429) en el contexto de la Guerra de los Cien Años; los de Gaeta (1503), Rávena (1512), Pavía (1524-1525), Florencia (1530), Metz (1552) y San Quintín (1557) durante las guerras de los Habsburgo contra los Valois; y el de Tenochtitlan (1521) durante la conquista española de México. Muchas más guerras se decidieron gracias a asedios y no mediante batallas, y se libraron multitud de importantes combates para aliviar la situación de un enclave sitiado, como por ejemplo en Antioquía (1098), Hattin (1187), Acre (1191), Muret (1213), Bannockburn (1314), Formigny (1450), Castillon (1453), Morat (1476), Rávena (1512), Pavía (1525) y San Quintín (1557)[41].

A pesar de que los lugares fortificados resistían a veces durante meses, incluso contra toda probabilidad, eran también sorprendentemente vulnerables a las operaciones especiales. La capacidad de los defensores para resistir los asaltos regulares se basaba casi por completo en la superioridad táctica que les daban sus fortificaciones de piedra y madera.

Si una operación especial conseguía capturar una puerta o un lienzo de muro, fuese mediante estratagema o traición, quedaba anulada la superioridad de los asediados y todo el sistema defensivo podía reventar como una burbuja pinchada. Una acción con éxito de ese tipo podía suponer un golpe tremendo, costar muy poco en términos de bajas, tiempo y dinero (si se comparaba, desde luego, con el precio de los asedios regulares), y, sin embargo, tener un impacto similar al de una gran batalla campal o al de una campaña entera.

Por ejemplo, a principios del siglo XIV, la ciudad de Berwick era la más grande y próspera de Escocia, y uno de sus principales centros comerciales. Controlaba el cruce del río Tweed, así como la carretera principal que conectaba Escocia con Inglaterra, y también disponía de un buen puerto. Se libraron numerosas campañas entre los ingleses y los escoceses por su posesión. En 1333, Eduardo III la sitió durante tres meses. Para tratar de salvarla, los escoceses reunieron un gran ejército y presentaron batalla en Hallidon Hill, aunque con anterioridad habían preferido evitar combates a campo

abierto. El enfrentamiento terminó con una victoria decisiva inglesa que convirtió Berwick en una de sus ciudades y prácticamente redujo Escocia a la dependencia de Inglaterra[42]. En las décadas siguientes, el péndulo de la guerra osciló adelante y atrás, pero Berwick permaneció en manos inglesas. Eduardo gastó sumas enormes en fortificar y dotar de una guarnoción a la ciudad, que sirvió como bastión para la defensa de Northumberland y como lanzadera para diversas invasiones inglesas de Escocia.

El 6 de noviembre de 1355, un pequeño grupo de unos trescientos escoceses llegó en secreto a las cercanías de Berwick. Alrededor de la medianoche, salieron de la posición en la que se ocultaban. Llevaban escaleras de mano. Mandaron de avanzada a tres exploradores, que informaron de que la guardia en el muro estaba descuidada. Al romper el alba, algunos de los escoceses cruzaron el foso, colocaron sus escaleras cerca de la puerta de la Vaca y subieron por el muro sin ser descubiertos. Luego se apoderaron de la citada puerta y franquearon el paso al resto de los incursores.

La guarnición fue vencida y la ciudad tomada casi sin resistencia, aunque la ciudadela resistió. Eduardo III dirigía una invasión invernal en el norte de Francia. Cuando recibió la noticia de la caída de Berwick, acortó la campaña y regresó velozmente a Inglaterra (aunque algunas fuentes afirman que puso fin a esa campaña por otras razones y que no supo de la caída de Berwick hasta que desembarcó en la isla). Después, marchó con rapidez hacia el norte, a tiempo de salvar la ciudadela y recuperar la ciudad. Aunque al final la operación reportó poco a los escoceses, potencialmente podría haber alterado el equilibrio de poder en la frontera anglo-escocesa. También obligó a Eduardo a emprender una costosa campaña de invierno que detrajo recursos de Aquitania; según algunas fuentes, a eso se podría atribuir su fracaso en Picardía y, por tanto, el cambio de la situación estratégica en el continente[43].

Otro ejemplo clásico es la toma de Meulan en 1435 (ver la ilustración). Ese año, el objetivo principal de la estrategia francesa era recuperar París, en poder de los ingleses. Al no disponer de recursos suficientes para asaltar de forma directa una ciudad tan grande, los franceses optaron por cortar sus líneas de

abastecimiento y rendirla por hambre. La línea de suministro más importante de París era el Sena, por donde transportaban comida desde Normandía, también en manos inglesas. La noche del 24 de septiembre de 1435, una reducida fuerza francesa se acercó a escondidas a los muros de Meulan, una pequeña población al oeste de París, que no solo controlaba el Sena, sino que tenía en su interior un puente de piedra que salvaba el río. Dos de los atacantes franceses, llamados Lacaigne y Ferrande, eran pescadores de profesión. Se hicieron con un bote, ocultaron una escalera larga en su interior y bogaron por el río, fingiendo desempeñar su oficio. En el momento adecuado, anclaron el bote junto al puente de Meulan y, con sigilo, pusieron la escalera contra el muro, tal vez ayudados por un traidor de la guarnición. Luego, escalaron y abrieron las puertas para que sus camaradas capturasen la ciudad[44].



La sorpresa de Meulan. *La noche del 24 de septiembre de 1435, una reducida fuerza francesa se acercó a escondidas a los muros de Meulan, una pequeña población al oeste de París. Luego, escalaron y abrieron las puertas para que sus camaradas capturasen la ciudad.* Biblioteca Nacional de Francia, fondos franceses, 5054, fol. 85.

En sí mismo, Meulan era un lugar pequeño e insignificante. Sin embargo, su control permitió a los franceses aislar París de Normandía y cruzar el Sena a su antojo. Los precios en París se dispararon hasta las nubes, en tanto que los de las propiedades descendieron en picado. Tras la caída de varias fortalezas de los

alrededores —muchas de ellas gracias a traiciones y escalos[45]—, la situación se deterioró con rapidez en la capital. Cuando los franceses la sitiaron en febrero de 1436, la población estaba ansiosa de abrirles las puertas, y la guarnición inglesa —temiendo la traición y acuciada por la falta de suministros— apenas hizo un desmañado intento de defender el lugar antes de rendirse.

La mayor parte de las operaciones especiales que tenían por objetivo asaltar una fortaleza seguían el mismo patrón. Una fuerza pequeña, formada por una o varias docenas de personas, trataba de apoderarse de parte del perímetro fortificado mediante el escalo, la añagaza o la traición. Un contingente mucho más grande seguía de cerca los pasos de esa avanzadilla, listo para entrar en la fortaleza a través de la sección capturada y derrotar a los defensores en combate regular. Así pues, la operación especial constituía la parte inicial y más crítica de una acción mayor de tipo regular.

Por ejemplo, en 1141, los condes Ranulf de Chester y William de Roumare se rebelaron contra el rey Esteban de Inglaterra. Comenzaron su alzamiento al enviar a sus esposas a una visita de cortesía a Lincoln Castle, que era uno de los bastiones realistas más importantes. Las damas se entretuvieron durante algún tiempo con la mujer del castellano, hasta que el conde Ranulf llegó con tres de sus caballeros para escoltarlas de vuelta a casa. Estaban desarmados y les permitieron entrar sin ponerles trabas. Sin embargo, una vez dentro, se apoderaron por sorpresa de cuantas armas había a mano y tomaron las puertas del castillo. El conde William, que aguardaba en las cercanías, emboscado con una gran tropa, acudió con rapidez a apoyar a Ranulf, con el resultado de que Lincoln Castle, junto con su ciudad, pasaron a manos de los rebeldes[46]. Aunque Ranulf y sus tres caballeros no podían haber soñado siquiera conquistar y mantener Lincoln Castle por su cuenta, su acción permitió que la fuerza mayor de William se abriese paso hacia el castillo y lo capturase con facilidad.

En algún momento a comienzos de la década de 1380, el Bascot de Mauléon, un famoso capitán forajido, decidió tomar Thurie, en Auvernia. Tras un primer reconocimiento, supo que la principal fuente de la ciudad se hallaba extramuros y que, todas las mañanas, las mujeres salían al exterior a coger agua. Tras dejar en el castillo

de Castelculier unos cincuenta hombres para que le sirviese de cuartel general, Mauléon se acercó a Thurie al amparo de la oscuridad. A medianoche emboscó a los suyos cerca de la ciudad, en tanto que él y otros cinco, tras vestirse con ropas femeninas y hacerse con cántaros, se escondieron en un pajar vecino a las puertas.

Al llegar la mañana, se abrieron los accesos y las aldeanas comenzaron a desfilar hacia la fuente. Mauléon y sus cinco compañeros tomaron sus cántaros, los llenaron de agua y luego se dirigieron hacia la ciudad, cubriéndose los rostros con pañuelos como mejor pudieron. Mauléon dejó escrito que las mujeres que se cruzaron con ellos no se sorprendieron de su físico, sino de su diligencia. «¡Virgen santa!», exclamaron, «¡Pero qué temprano os habéis levantado!». Disimulando sus voces masculinas e imitando el acento local, los asaltantes respondieron: «¿Verdad que sí?». Y enfilaron despacio hacia la puerta, donde un solitario zapatero montaba guardia, convencido de que no había peligro alguno. Aprovechando la desidia del hombre, uno de los asaltantes tocó un cuerno para llamar a los emboscados. El zapatero se alarmó ante el sonido, pero no se apercibió de su lugar de procedencia, al convencerle la «mujer» de que lo había hecho sonar un cura que cazaba liebres. El resto de los atacantes llegó al poco e irrumpieron en tromba en la ciudad, donde encontraron poca resistencia. Thurie fue saqueada y después convertida en un nuevo nido de forajidos[47].

En marzo o abril de 1432, la ciudad de Chartres fue capturada gracias a una treta que recuerda la legendaria hazaña del conde Guillaume de Orange en Nimes (ver la ilustración de la página siguiente). El Bastardo de Orleans reunió un gran ejército de unos 4000 hombres. Situó una fuerza de alrededor de 50 o 100 peones oculta a corta distancia de la puerta de Saint-Michel y otra de unos 200 o 300 jinetes escondida algo más allá, y dejó el grueso de sus huestes a la espera a pocos kilómetros de distancia. Dos comerciantes de Chartres, llamados Jehan Ansel y Little Guillemin, colaboraron con el de Orleans. Se comprometieron a llevar a la ciudad un convoy de carros cargados de mercancías; en concreto, de arenques para la Cuaresma. Algunos de los soldados del de Orleans se disfrazaron de carreteros y ocultaron armas bajo sus

ropas. Un fraile, que era el predicador más popular de la ciudad, prestó también ayuda en el engaño. La mañana en la que se había planeado la operación, convocó a la comunidad a un sermón especial que se celebró en el lado opuesto a la puerta de Saint-Michel. Muchos de los principales burgueses y miembros de la guarnición acudieron a escucharle y no estaban disponibles cuando se desencadenó el ataque.



La sorpresa de Chartres, 1432. *El Bastardo de Orleans consigue tomar la ciudad con la ayuda de dos comercientes locales.* Biblioteca Nacional de Francia, fondos franceses, 5054, fol. 79v.



La sorpresa de Pontoise, 1436. *Los ingleses capturan la ciudad tras acceder a ella soldados disfrazados de comerciantes.* Biblioteca Nacional de Francia, fondos franceses, 5054, fol. 91v.

Ansel y Guillemin eran de sobra conocidos por los guardianes de la puerta, así que les abrieron y dejaron que ellos, sus carros y sus carreteros entrasen. Los comerciantes entregaron a los vigilantes algunos arenques salados, por las molestias, y entablaron conversación con ellos. Sin previo aviso, los carreteros sacaron sus armas y los atacaron. Según algunas fuentes, también mataron a los caballos que tiraban de los carros para bloquear las puertas e impedir que la guarnición las cerrase. Asimismo, a una señal preestablecida, los que estaban ocultos salieron en tromba a ayudarles. Los franceses emboscados, seguidos por el grueso del ejército, irrumpieron en la ciudad antes de que los guardianes pudieran imponerse a los carreteros y volver a cerrar la puerta. Al principio, la guarnición trató de resistirse a los invasores, pero pronto vieron que estaba todo perdido y huyeron junto con muchos ciudadanos. «En lo tocante a saqueos, violaciones y otras fechorías», escribe Monstrelet, «se produjeron según las costumbres de la guerra, como siempre ocurre en toda ciudad conquistada»[48].

Seis años más tarde, en febrero de 1437, los ingleses capturaron Pontoise con una estratagema similar (ver la ilustración). El

comandante inglés, Talbot, no tenía ni los hombres ni los recursos necesarios para asediar esa ciudad vital y bien fortificada que controlaba el valle de Oise y los accesos al noroeste de París. En consecuencia, disfrazó a un grupo de sus hombres de aldeanos franceses y los envió allí cargados de cestos y mercancías, como si fueran al mercado. En la oscuridad de la noche, los ingleses se reunieron y dieron la voz de alarma, al grito de que la ciudad había sido tomada. De manera simultánea, otra pequeña fuerza inglesa, vestida de blanco para camuflarse en los campos nevados, asaltó la plaza desde el exterior con escaleras. La guarnición francesa, aunque superaba en número a los atacantes, estaba convencida de que la villa ya había caído y huyó sin oponer resistencia. La captura de Pontoise fue un elemento clave para la recuperación de los ingleses a fines de la década de 1430 y les permitió volver a amenazar París[49].

Muchas otras fortalezas cayeron mediante operaciones especiales, ayudadas por la colaboración desde dentro. Los manuales militares clásicos y medievales mencionan con regularidad la traición como el más grave de los peligros que amenazan a las guarniciones asediadas[50]. Los comandantes cercados solían tener un ojo puesto en el enemigo del exterior y otro atento a posibles manzanas podridas intramuros[51]. Ni siquiera los enclaves más grandes y mejor fortificados eran inmunes a este peligro. Por ejemplo, en 1185, Tesalónica, la segunda ciudad del Imperio bizantino, cayó ante los normandos debido a la traición de un grupo de mercenarios alemanes al servicio de los bizantinos[52].

Sin embargo, hay que recalcar que, incluso cuando se encontraba a alguien dispuesto a traicionar, por lo general había que organizar una operación especial para capturar la fortaleza, ya que no era fácil con el solo engaño imponerse a una ciudad o reducto bien guarnecido. Por ejemplo, en 1118, un tal Ascelin, por una cuestión personal, comunicó al rey Luis VI de Francia que le entregaría el castillo y la ciudad de Andley (hoy Les Andelys), que en ese momento era parte del patrimonio normando del rey Enrique I de Inglaterra. Luis envió a Ascelin, al amparo de la noche, «algunos soldados experimentados», a los que este escondió en su establo, bajo la paja. Al llegar la mañana, Luis se acercó a Andley

con una gran fuerza armada. La población local se alarmó y muchos comenzaron a huir hacia el castillo fortificado. En ese momento, las tropas francesas ocultas salieron de debajo de la paja y, voceando el grito de guerra real inglés, se mezclaron con la gente que corría en busca de la seguridad del castillo. Una vez dentro, se despojaron de sus disfraces y comenzaron a corear el grito de batalla francés, «¡Montjoie!». Capturaron la puerta y la abrieron a la fuerza invasora, de modo que en poco tiempo tanto la ciudad como el castillo estaban por completo en sus manos[53].

Si la operación especial estaba mal planeada o mal ejecutada, tomar un pueblo mediante traición podía terminar en fracaso. Por ejemplo, el 3 de febrero de 1431, la gran ciudad de Ruen, capital de Normandía, fue traicionada a favor de los franceses por un gascón que servía en la guarnición inglesa. Este permitió que un grupo de unos 100 o 120 hombres, que se suponía serían reforzados en breve con otros 500, entrasen en el castillo. Sin embargo, cuando las noticias de que la añagaza había surtido efecto llegaron a los comandantes del ejército principal, en lugar de apresurarse a tomar posesión de la plaza, comenzaron a discutir entre ellos sobre el botín que esperaban sacar. Esto dio a los ingleses el tiempo suficiente como para rehacerse tras el desconcierto inicial, lanzar un contraataque y recuperar la posesión del castillo[54].

Otro caso que demuestra las dificultades implícitas en tales operaciones es el del ataque imperial contra Turín, la capital de Piamonte, que estaba en poder de los franceses (1537). El gobernador imperial de la vecina Volpiano, un napolitano llamado Cesare Maggi, contactó con un cabo gascón de la guarnición francesa, que aceptó entregar uno de los baluartes exteriores de la ciudad a cambio de una gran suma de dinero. La noche acordada, el gascón se dispuso a montar guardia en la posición escogida y eligió a dos o tres de los peores soldados para que lo acompañasen. Maggi, mientras tanto, salió de Volpiano con varios cientos de hombres y algunas escalas. A una señal del traidor, las plantaron al pie del baluarte y subieron con rapidez, mientras los camaradas del gascón, haciendo honor a su reputación, huían sin disparar un solo tiro.

El baluarte era, de hecho, una fortificación periférica y la muralla

principal la separaba de la ciudad propiamente dicha. Una puerta lo conectaba con la ciudad, pero, debido a la oscuridad y tal vez a una deficiente labor de información, los imperiales no sabían que estaba abierta. En lugar de apresurarse a utilizar ese acceso ya despejado, subieron laboriosamente sus escalas por el baluarte y las colocaron de nuevo contra la muralla principal. Para entonces se había dado la alarma, los adarves estaban ocupados y la puerta se cerró en las narices de los imperiales que avanzaban. Estos volvieron las piezas de artillería capturadas en el baluarte, y su primer disparo franqueó el paso, pero ya no pudieron vencer la resistencia de la guarnición. Después de perder tal vez 150 hombres, evacuaron la posición y se retiraron.

El gascón traidor fue capturado por los franceses e interrogado. Explicó que actuaba con el conocimiento y apoyo del señor de Boutières, el comandante de la guarnición, que planeó todo aquel asunto como una trampa para los imperiales. Tan solo cumplía con su deber de lealtad al franquearles el acceso, pero, al parecer, Boutières olvidó la fecha de la operación y no cumplió su parte del plan. Los franceses no se dejaron engañar por esa historia y el gascón fue ejecutado mediante garrote[55]. Sin embargo, su explicación no era completamente descabellada. Una de las principales dificultades de tomar fortificaciones mediante la traición era que los defensores empleaban a menudo dobles agentes para atraer a los atacantes a trampas cuidadosamente elaboradas.

Por ejemplo, en 1543, los subordinados de ese mismo Boutières capturaron hasta tres unidades imperiales por medio de un solo agente doble. Un comerciante llamado Garunchin informó al comandante imperial de Fossano, el conde Pietro Porto, de que estaba dispuesto a traicionar la fortaleza y la ciudad de Barge. El primer grupo de incursores imperiales, formado por cuarenta hombres, entró en el castillo, como estaba previsto, y fue apresado de inmediato. Los franceses, sin embargo, fingieron que la plaza había caído. Su guarnición izó la bandera imperial, los hombres se pusieron las insignias imperiales y gritaron en español, mientras que otra fuerza francesa simulaba atacar la fortaleza, aunque ocupándose de disparar alto y de no herir a nadie.

El conde Porto envió entonces refuerzos a la guarnición «en

aprietos». Este nuevo contingente fue capturado a su vez, aunque su comandante ofreció resistencia y resultó muerto. Porto decidió entonces acudir él a Barge. Era, sin embargo, una persona en extremo recelosa. Para calmar las dudas que aún tenía, mandó a cinco o seis mujeres a la fortaleza con la excusa de vender pasteles, manzanas y castañas, para que averiguasen si de verdad estaba en poder de las fuerzas imperiales. Los franceses les franquearon el paso y ofrecieron un espectáculo preparado ex profeso para ellas. Los soldados deambulaban arriba y abajo por el patio con insignias imperiales, en tanto que los que eran de lengua española charlaron amables con ellas en castellano fluido. Cuando las mujeres regresaron ante Porto con la información obtenida, las dudas de este se calmaron y acudió a Barge con una gran tropa, con la intención de tomar posesión de la ciudad y la fortaleza. A las puertas de esta última, sus sospechas reverdecieron y se negó a entrar hasta haber hablado con el comandante de los refuerzos que había enviado previamente. Los franceses, dado que el hombre en cuestión estaba muerto y enterrado, abrieron las puertas y cargaron. El conde resultó muerto. La fuerza que llevaba con él se salvó por poco de la trampa y logró huir de vuelta a Fossano[56].

En 1193, el gobernador armenio de Cilicia capturó al príncipe Bohemundo IV de Antioquía mediante una artimaña similar. Un agente doble armenio prometió traicionar el castillo de Baghras y entregárselo al príncipe, pero lo que hizo fue llevarle a una trampa bien tramada[57].

*

Dada la importancia de las fortalezas, tanto por sí mismas como por su posición clave en la red de comunicación y transporte, su capacidad para resistir los asaltos regulares de enemigos tremendamente superiores y su relativa vulnerabilidad a las operaciones especiales, no es de extrañar que la gran mayoría de acciones durante esta época buscasen apoderarse de las plazas fuertes.

Y como uno de los métodos más extendidos e importantes de ataque consistía en conquistar los puntos principales mediante operaciones especiales, las ciudades y fortalezas vivían en el temor

constante a las conspiraciones y a los golpes de mano[58]. Como espero demostrar en los capítulos II y V, la guerra de asedio en la Edad de la Caballería era, por lo normal, una doble pugna que implicaba tanto una campaña regular de bloqueo, bombardeos y asalto, como otra paralela de espías, traidores y escalos. Este último tipo de campaña demostró ser, no pocas veces, más importante[59].

Destrucción de instalaciones

Mientras que los intentos de tomar lugares fortificados mediante operaciones especiales fueron incontables, los que simplemente buscaban destruir las infraestructuras resultaron escasos. En teoría, podían darse situaciones en las que no fuese práctico capturar y defender un punto fuerte situado muy en el interior del territorio enemigo, pero sí era posible infiltrarse, destruir un puente o un centro de producción destacado y luego retirarse. De manera ocasional, había infraestructuras importantes sin fortificar, lo que hacía que tales incursiones de destrucción resultasen aún más factibles. Lo cierto es que algo así casi nunca se intentó. El principal motivo para ello era la falta de explosivos de gran potencia. Todavía en el siglo XVI, un grupo de asalto que quisiera destruir un puente, una presa o un molino, habitualmente tenía que hacerlo por medio del fuego o de un arduo trabajo manual.

Por ejemplo, en enero de 1544, una fuerza francesa asaltó el puente sobre el Po en Carignano, con la intención de echarlo abajo y paralizar la red de transporte imperial en la zona. A los asaltantes se les proporcionaron ciertos «artefactos de fuego» que debían sujetar a los pilares del puente. Se supone que tales artilugios, hechos a base de pólvora, incendiarían los pilares y los quemarían hasta el nivel del agua. Los incursores lograron sorprender a los guardias y tomar el puente. Sin embargo, cuando los ingenieros colocaron esos dispositivos y los encendieron, provocaron gran estruendo y humo, pero sin mayores daños. Por suerte, los comandantes franceses, que se mostraban escépticos ante estas peculiares invenciones, habían llevado también varias docenas de trabajadores provistos de hachas, hachuelas y sierras. Aun así, les costó más de cuatro horas cumplir la misión y ya era de día cuando

se hundió el puente. Si las fuerzas imperiales cercanas no se hubiesen contenido por un exceso de precaución, los incursores franceses, sin duda, habrían resultado capturados o al menos obligados a huir para salvar sus vidas mucho antes de haber podido completar su misión[60]. Si el puente hubiese estado situado dentro de una ciudad, ningún grupo de incursores habría podido soñar con destruirlo, ni siquiera aunque hubiesen encontrado la manera de infiltrarse en las fortificaciones[61].

De igual forma, en abril de 1347, los franceses trataron de auxiliar la asediada Calais mediante un método ingenioso. Una de las principales líneas de suministro del ejército sitiador inglés pasaba por la llanura de Bourbourg. Los franceses consideraban que, si lograban romper la presa del río Aa en Watten, el agua liberada inundaría la llanura y aislaría al enemigo de sus bases de abastecimiento en Flandes. Un ataque francés logró capturar la presa sin gran dificultad, pero destruirla resultó una tarea mucho más ardua. Los franceses habían llevado con ellos gran cantidad de mano de obra para tal propósito, pero, antes de que los trabajadores lograsen completar su misión, los rumores sobre un contraataque flamenco y la amenaza que eso podía significar para la ruta de escape de los incursores movió al comandante francés a ordenar la retirada[62]. Cuando en 1438 el duque Felipe el Bueno de Borgoña trató de inundar toda la ciudad de Calais con la rotura de uno de los diques próximos, de nuevo tuvo que depender de un gran número de trabajadores y no de una pequeña tropa de expertos en demoliciones. La misión terminó en fracaso[63].

En 1333, cuando Edward Balliol cruzó el río Tweed para hacer campaña en Escocia, las tropas escocesas al mando de Andrew Murray intentaron pasar tras él, derrumbar el puente Kelso y, finalmente, atraparle al norte del río. Sin embargo, los hombres de Murray tardaron demasiado en destruir el puente, lo que dio a Balliol el tiempo suficiente no solo para salvar la construcción, sino también para derrotar a los escoceses y capturar a su líder[64].

Así, la ausencia de explosivos implicaba que la mayor parte de los elementos a destruir solo quedaban arruinados si los atacantes llevaban consigo un nutrido grupo de trabajadores o permanecían mucho tiempo en el área en que se encontraban. En la mayor parte

de los casos, eso hacía fracasar las operaciones. Las únicas acciones en las que podían emplearse pocos hombres y poco tiempo eran aquellas en las que los objetivos tuvieran elementos fácilmente combustibles.

Por ejemplo, en 1138, el conde Godofredo V de Anjou capturó la villa de Touques e intentó utilizarla como base de operaciones contra el cercano castillo de Bonneville. El castellano de esta plaza devolvió a la ciudad desierta a «niños pobres y mujeres llanas» que, siguiendo sus instrucciones, prendieron fuego a dieciséis puntos distintos de la ciudad. Resultó pasto de las llamas mientras la guarnición del castillo salió en persecución de los angevinos en fuga[65].

Cuando en 1180, el gobernador de Alepo, en el norte de Siria, inició los ataques contra el territorio de la secta de los nizaríes, agentes de estos tomaron represalias infiltrándose durante la noche en Alepo e incendiando su mercado, que era la principal fuente de riqueza de la ciudad[66]. Esta acción tuvo éxito gracias a que un puñado de individuos pudo provocar el fuego con rapidez, pues estaba repleto de mercancías combustibles.

Sin embargo, en la Edad de la Caballería existían relativamente pocas instalaciones inflamables que merecieran la pena. No era fácil incendiar poblaciones enteras, y las fortificaciones de piedra no ardían. En cuanto a las infraestructuras económicas, incluso en áreas relativamente industriales como Flandes la fabricación se llevaba a cabo en numerosos pequeños talleres donde los principales activos eran artesanos cualificados y una mano de obra barata, nunca equipos sofisticados y costosos. La producción agrícola era algo todavía más disperso y dependía aún menos de la existencia de instalaciones y equipamientos complejos. En consecuencia, aunque los ejércitos destruían de manera sistemática la infraestructura agrícola e industrial en provincias enteras para tratar de empobrecer al enemigo, era algo que no se lograba mediante operaciones especiales.



El sitio de Caen en 1346. Eduardo III de Inglaterra ordenó practicar una serie de incursiones por todo el territorio francés, además de saqueos y pequeñas escaramuzas para minar la moral de su oponente y, de paso, sus arcas. Los soldados acataron las órdenes de buen grado y quemaron los campos y poblaciones que encontraron a su paso
Biblioteca Nacional de Francia. Fondos franceses, 2643.

Grandes incursiones como las chevauchées del Príncipe Negro, en 1355-1356, podían producir importantes resultados estratégicos y políticos al devastar los recursos económicos, pero fueron campañas militares a gran escala, a cargo de numerosas fuerzas desplegadas por amplias áreas, y duraron semanas e incluso meses. Calificar tales ataques de operaciones especiales privaría al concepto de utilidad analítica.

Incursiones más pequeñas destinadas a dañar los medios de producción agrícola e industrial fueron una actividad omnipresente y casi ininterrumpida en las guerras medievales y de comienzos de la Edad Moderna, pero tales acciones aisladas rara vez podían alcanzar importantes resultados operativos o estratégicos y, por tanto, tampoco encajan en la definición que dimos al principio de «operaciones especiales». Solo en circunstancias concretas, el mercado de Alepo o el molino de harina de Auriol se convirtieron en objetivos valiosos para acciones de este tipo (ver capítulo VII).

En concreto, hay que insistir en que los ejércitos necesitaban solo cantidades finitas de armas, tales como armaduras, espadas y cascos, y que en raras ocasiones su suministro dependía de la

producción industrial del país de origen[67]. Sí requerían flechas y ballestas en gran número. A veces, los príncipes compraban o reclamaban cientos de miles de virotes de ballesta. El rey Juan de Inglaterra compró 210 000 en 1212[68] y, en 1272, Jaime I de Aragón exigió 100 000 a sus dominios[69]. Los ejércitos ingleses que operaron en Francia durante la Guerra de los Cien Años necesitaron incluso un número mayor de flechas para sus arcos. Por ejemplo, la corona inglesa compró 425 000 en 1421[70].

Sin embargo, tales cantidades eran insignificantes si se comparan con las necesidades industriales modernas, y los gobernantes medievales obtenían, por lo general, la provisión necesaria de virotes y flechas fabricándolos sobre el terreno, comprándolos a comerciantes extranjeros o exigiendo pequeñas cuotas de proyectiles a un gran número de ciudades y villas[71]. La citada reclamación de Jaime I en 1272 fue asumida por varios municipios, de forma que, por ejemplo, Barcelona tuvo que suministrar 15 000 y Huesca 4000[72]. Incluso dentro de cada población y cada área, la producción industrial se realizaba en talleres pequeños donde los artesanos fabricaban artículos uno a uno, y no en grandes líneas de montaje destinadas a producir cantidades masivas de objetos idénticos[73].

Por tanto, incluso cuando los ejércitos dependían de la industria doméstica para el abastecimiento de cientos de miles de virotes y flechas, estos eran producidos por un gran número de artesanos locales en pequeños talleres distribuidos por todo el país. Llevar a cabo una operación especial para destruir algunos de esos talleres de ballestas en Barcelona, por ejemplo, habría sido una idea ridícula y no habría tenido absolutamente ninguna trascendencia para los ejércitos aragoneses que operaban en Valencia o el sur de Italia.

Estas condiciones industriales y estratégicas no cambiaron de manera significativa gracias a la revolución de la pólvora, al menos no en el siglo XVI. Las cantidades de pólvora, bolaños de cañón y balas de arcabuz requeridas por los ejércitos eran, desde luego, mayores que el número de flechas y virotes que precisaban los ejércitos medievales. En 1513 se enviaron 510 toneladas de pólvora desde Inglaterra para la invasión de Francia, y las 180 piezas de artillería del asedio de Tournai podían consumir hasta 32 toneladas

de pólvora al día[74]. Durante el asedio de Malta (1565), los turcos dispararon unas 130 000 balas de cañón y un número mucho mayor de las de arcabuz[75]. Sin embargo, los métodos de producción eran todavía medievales, por lo que se dependía mucho de la compra de pólvora y armas a mercaderes extranjeros, y no existían grandes fábricas de armamento que pudiesen despertar la tentación de ser atacadas mediante operaciones especiales[76].

Las existencias de pólvora constituían un reclamo más atractivo, ya que técnicamente eran muy fáciles de destruir[77], y volar el tren de pólvora de un ejército, el suministro de una flota o el polvorín de una ciudad podía suponer un golpe de efectos devastadores. Por ejemplo, en la batalla de Gavere (1435), el ejército de Ghentenaar sucumbió al pánico y se desbandó cuando parte de sus reservas de pólvora explotaron de manera accidental por el descuido de un artillero[78]. A finales del siglo xv había que levantar a menudo los asedios al quedarse los sitiadores sin pólvora, al tiempo que ciudades cercadas cayeron cuando los defensores se vieron ante dificultades similares[79].

No obstante, aunque los polvorines explotaban a veces de modo fortuito, no he logrado encontrar ningún caso en el que fuesen el objetivo de una operación especial[80]. El aparente desinterés que despertaron es desconcertante. Tal vez indica que la concepción medieval de este tipo de operaciones continuó dominando el pensamiento militar y oscureció algunas de las nuevas realidades y oportunidades en la guerra tras la revolución de la pólvora[81].

2. Personas

Los líderes políticos, militares y religiosos fueron otro de los objetivos preferentes de las operaciones especiales, ya que, con frecuencia, eran los únicos que mantenía unido no solo al ejército, sino todo el esfuerzo bélico del enemigo. No había ejércitos regulares ni jerarquías militares permanentes en la Edad de la Caballería, por lo que en sentido estricto es imposible hablar de ejército francés o ejército aragonés medieval o renacentista, en la forma en que hoy hablaríamos, por ejemplo, del ejército estadounidense. Existía un número variable de huestes francesas y

aragonesas que formaban piezas de conjuntos ad hoc, reunidas para una campaña concreta en la que participaban contingentes feudales, bandas de mercenarios, milicias urbanas, auxiliares aliados y aventureros individuales. Al finalizar la campaña, la hueste se desintegraba de nuevo en sus ingredientes previos y, al año siguiente, el nuevo contingente era de manera invariable un conglomerado distinto[82].

Las lealtades eran solo un poco más longevas que los ejércitos. Aunque los lazos entre los hombres y sus líderes podían ser extremadamente fuertes y duraderos, el conjunto de los ejércitos era algo muy diferente. A lo largo de la Edad Media y el Renacimiento, estos estuvieron plagados de indisciplina, deserciones, rebeliones y traiciones abiertas. Muchos se basaban en alianzas cambiantes, y el amigo de hoy podía ser el enemigo de mañana. Las lealtades feudales, sobre todo en tiempos de guerras civiles o de sucesión, eran a menudo inconstantes. La fidelidad mercenaria era aún menos de fiar, de modo que soldados, capitanes y a veces contingentes enteros se amotinaban o desertaban de un bando a otro en mitad de una campaña. Esto puede hoy considerarse deleznable, pero resultaba lo más natural del mundo para un soldado, un capitán o una compañía servir a un príncipe en una campaña estacional y hacerlo con su enemigo la siguiente[83]. En el siglo XVI, ejércitos enteros parecían dedicarse a practicar el juego de «perder la silla» a gran escala, con contingentes suizos, italianos y alemanes cambiando constantemente de lealtades. Las mismas unidades que integraban el ejército francés en una batalla podían convertirse en el ejército habsburgo en la siguiente y viceversa.

Los soldados se incorporaban a tales ejércitos —o los abandonaban— por todo un abanico de motivos personales. Los principales eran, por lo general, la fidelidad al señor feudal y a sus amigos; también la esperanza de paga regular, botín y enriquecimiento; el deseo de ascenso y progreso social; el afán de ganar honores y reafirmar su identidad masculina o simplemente las ganas de aventura. Los sentimientos patrióticos y religiosos tenían, normalmente, menos importancia[84].



Como ocurría en muchos casos cuando moría su comandante, el enorme ejército cruzado que dirigía Federico Barbarroja se desintegró con rapidez cuando este se ahogó camino de Tierra Santa el 10 de junio de 1190. Obra de Julius Schnorr Von Carolsfeld. Museo Belvedere, Viena.

Los ejércitos formados y motivados de esta manera se mantenían a menudo unidos tan solo por la persona de su general. La lealtad de muchas unidades hacia su comandante era algo más que un ideal abstracto o una cuestión política. Para unos, era su señor feudal; para otros, su amigo o su aliado; y para algunos, su patrón[85]. Así, los ejércitos que Eduardo III dirigió al norte de Francia en 1339 y 1340 estaban formados en parte por vasallos del rey de Inglaterra, del duque de Aquitania y del conde de Ponthieu (que, debido a la coincidencia genealógica, eran la misma persona); también por mercenarios a sueldo del rey de Inglaterra, así como por vasallos y mercenarios de diversos príncipes del Sacro Imperio Romano, que se habían unido a Eduardo por su calidad de representante del Sacro Imperio; e igualmente, por fuerzas flamencas y francesas descontentas que se habían alistado bajo la bandera del rey Eduardo I de Francia en su guerra contra el usurpador Felipe de Valois —gracias a otra coincidencia genealógica, Eduardo I de Francia era, por supuesto, Eduardo III de Inglaterra—[86]. La importancia del comandante queda puesta de manifiesto por la multitud de ocasiones en las que contingentes

enteros colapsaron cuando este murió. Por ejemplo, cuando el emperador Federico Barbarroja se ahogó camino de Tierra Santa (1190), el enorme ejército cruzado que dirigía se desintegró con rapidez, a pesar de no haber sufrido ningún revés militar.

De la misma forma que la lealtad y la motivación se focalizaban en el general, también la jerarquía militar existente reflejaba, normalmente, los lazos sociales y familiares de este. Dirigir un ejército medieval o renacentista no era tanto cuestión de talento táctico o estratégico como de contar con las conexiones familiares y las habilidades sociales correctas. Los distintos contingentes feudales y mercenarios que formaban el ejército eran leales a los diferentes nobles y capitanes mercenarios. Tales hombres no resultaban los subordinados ideales. En particular, los nobles eran por lo general gobernantes territoriales autónomos que no estaban acostumbrados a recibir órdenes de nadie. Con frecuencia, se hallaban enemistados entre ellos y siempre eran muy celosos de su honor. Los comandantes lograban hacer que huestes así funcionasen solo porque contaban con la obediencia familiar o social de estos nobles. Esa era la razón por la que el mando militar se confiaba con frecuencia a vástagos reales sin ninguna experiencia bélica ni habilidades tácticas y no a veteranos curtidos y experimentados. Y esa fue la razón por la que tales vástagos reales desempeñaron a menudo su cometido con relativo éxito[87].

No solo los ejércitos, sino también los reinos y los imperios se mantenían a menudo unidos tan solo por la persona de su gobernante, ya que la política medieval era una empresa familiar. Grandes y a menudo inverosímiles pléyades políticas se reunieron en torno a dinastías en ascenso. Cuando una dinastía se extinguía, dichas pléyades se desintegraban en sus componentes menores o pasaban a gravitar en la órbita de otra dinastía aún más poderosa. Naciones modernas como Gran Bretaña, Francia o España se unieron inicialmente por medio de alianzas familiares y tuvieron que pasar siglos antes de que las identidades nacionales reemplazasen a las identidades dinásticas que las concibieron. Los diferentes territorios que formaban el «Imperio plantagenet» a finales del siglo XII se amalgamaron tan solo por ser posesiones familiares de Enrique II y Ricardo I, que las habían heredado de distintos

antecesores[88]. En Oriente Medio, el Imperio ayúbida era, de igual forma, la propiedad de la familia Saladino. En los siglos XIV y XV, Borgoña se convirtió en una gran potencia europea gracias a habilidosas alianzas matrimoniales. Sin embargo, todas estas empresas familiares se vieron eclipsadas por la de los Habsburgo. Los Habsburgo comenzaron como terratenientes suizos menores, pero a finales del siglo XVI su mosaico de posesiones familiares cubría Europa desde el mar del Norte hasta Gibraltar y se dispersaba por el mundo entero, desde Filipinas a México.

Al igual que los ejércitos y los imperios eran un negocio familiar, también los objetivos de la guerra eran a menudo los personales o familiares del comandante. La guerra era «una continuación de los litigios mediante otros medios»[89], librada por príncipes por intereses dinásticos y derechos de herencia. Excepto las cruzadas, todos los grandes conflictos de la época —las guerras entre aragoneses y angevinos, la Guerra de los Cien Años, la de las Dos Rosas o las guerras italianas— fueron en gran medida enfrentamientos por derechos dinásticos de herencia[90]. Ningún reino, ducado o condado europeo se vio libre de guerras de sucesión.

Dado que la guerra dependía tanto de la personalidad de los líderes, un ataque con éxito contra el mando enemigo podía, en algunos casos, asegurar una victoria completa sin necesidad de batallas, asedios y campañas. Por ejemplo, en 1127-1128, el asesinato del conde Carlos el Bueno de Flandes desató el conflicto sucesorio entre William Clito y Thierry de Alsacia, ya que ambos pretendían el condado. William derrotó de manera decisiva a Thierry en la batalla de Axspoele (1128)[91].

Flandes quedó en manos del vencedor, pero, mientras William dirigía una campaña de limpieza contra los restos de los partidarios de Thierry, un peón de la guarnición de Aalst le infligió una herida menor. William descuidó tratarla de forma adecuada, se le gangrenó y murió en cuestión de días. Eso acabó con la guerra, y el derrotado Thierry fue aclamado de manera unánime como conde de Flandes, incluso por sus antiguos enemigos[92].

En otros casos, la muerte de un príncipe podía conducir a la desintegración de reinos e imperios, sobre todo si la sucesión estaba en disputa. Por ejemplo, cuando Saladino murió en 1193, el

Imperio ayúbida se dividió con rapidez entre una codiciosa hueste de hijos, hermanos y sobrinos. La muerte del duque Carlos de Borgoña en Nancy (1477) condujo a la desintegración aún más rápida de Borgoña. El bisnieto de Carlos, el emperador Carlos V, trató de evitar un destino similar abdicando en 1556 y distribuyendo su vasto imperio entre su hijo, Felipe II de España, y su hermano, el emperador Fernando I.

Incluso si la sucesión no era motivo de disputa, la transferencia de poder requería normalmente de una profunda reconfiguración política, lo que podía incapacitar de forma momentánea a los reinos o incluso condenarlos a largos periodos de confusión, sobre todo si el heredero legítimo era menor de edad o mujer. La caída del Primer Reino de Jerusalén se debió en gran parte a la crisis de sucesión de la década de 1180, mientras que la debilidad crónica del reino renacido en el siglo XIII tuvo su origen en el hecho de que estuvo gobernado por una sucesión de menores de edad, regentes y ausentes, en lugar de por un rey varón adulto. Cuando un príncipe se encontraba cautivo, tal contingencia podía acarrear las peores consecuencias, ya que quedaba imposibilitado para ejercer un poder efectivo, al tiempo que el regente de turno nunca podía llegar a asentar su autoridad con firmeza. Inglaterra durante el cautiverio de Ricardo I, Francia durante el de Juan II y Escocia durante el de David II se enfrentaron al caos interno y al desastre exterior.

Los líderes enemigos eran, por tanto, objetivos militares prioritarios. En la batalla se hacían grandes esfuerzos para localizarlos y dirigir el ataque contra ellos, e igualmente no se escatimaban medios para proteger al propio líder. Gillingham, en particular, recalca que «la forma más segura de ganar una batalla era matar o capturar al comandante enemigo»[93]. Las demostraciones más famosas de esta máxima son la muerte de Harold en Hastings (1066), que decidió no solo la batalla, sino también el destino de la Inglaterra anglosajona, y el asesinato de Ricardo III en Bosworth (1485), que igualmente resultó decisivo para el resultado de la Guerra de las Dos Rosas.

En Conquereuil (992) y Elster (1085), el fallecimiento de los comandantes victoriosos convirtió su triunfo en derrota[94]. Las muertes en combate de Gastón de Foix (1512), el duque Carlos de

Borbón (1527) o Mauricio de Sajonia (1553) son conocidos ejemplos de cómo la pérdida de un general podía, incluso en el siglo XVI, transformar la victoria en algo mucho más parecido a un fracaso. En otro incidente famoso, los franceses estuvieron a punto de sucumbir en Bouvines (1214) cuando un gran ataque dirigido contra Felipe Augusto casi acabó con él[95]. Y en Nicosia (1229) enviaron a veinticinco caballeros con la misión de asesinar al comandante enemigo[96].



Asesinato de Nizam al-Mulk, visir del Imperio selyúcida, por un miembro de la secta chiíta nizarí conocida como de los Hashishin. Palacio de Topkapi, Estambul. Inv. n.º H. 1653, fol. 360b.

Por tanto, matar o secuestrar a un líder mediante una operación especial podía ser un golpe aún más devastador que capturar un enclave importante. Tal golpe a menudo privaba al enemigo del eje que mantenía unidas las lealtades de los diferentes soldados y comandantes, y podía conducir a la destrucción de ejércitos enteros. Además, en el caso de las guerras de herencia y sucesión, el asesinato o secuestro del príncipe enemigo podía eliminar la razón misma de la guerra. Incluso cuando no se trataba de un conflicto sucesorio, en muchos casos, un golpe de tal magnitud conducía a la incapacitación momentánea del reino rival, si no a su total desintegración.

La eficacia de atacar a los líderes enemigos fue puesta de manifiesto con total claridad por la secta chiíta nizarí, más conocida

como de los Hashishin o Asesinos. Esta pequeña y proscrita confesión, que no disponía de recursos territoriales, económicos, demográficos o militares significativos, logró sin embargo convertirse en una potencia importante en el Oriente Medio de los siglos XII y XIII, gracias al uso sistemático de añagazas y crímenes. Los asesinos, entrenados y altamente motivados, se infiltraban en los hogares de los príncipes y sorteaban a sus guardaespaldas con desconcertante eficacia. Eliminaron y aterrorizaron de forma metódica a los líderes rivales hostiles y se congraciaron con aliados potenciales matando o amedrentando a sus enemigos.

En el apogeo de la secta, los reyes y gobernantes de todo Oriente Medio y Europa trataron de ganarse su confianza adoptando hacia ellos una política amistosa y, quizás, incluso pagándoles protección. Solo los templarios y los hospitalarios podían considerarse a salvo de los nizaríes, que, de hecho, debían rendir tributo a las órdenes militares. El cronista cruzado Jean de Joinville explica tal anomalía porque el líder de los nizaríes sabía que «si mataba al maestre del Temple o del Hospital, otro igual de bueno ocuparía su lugar; por lo tanto, no tenía nada que ganar con su muerte. En consecuencia, no sentía ningún deseo de sacrificar a sus asesinos en un proyecto que no le brindaría ventaja alguna[97]». Es decir, dado que las órdenes eran organizaciones burocráticas y no empresas familiares, y puesto que se mantenían unidas por medio de una disciplina jerárquica y no mediante lazos familiares y feudales, la eliminación de sus líderes no podía perturbar de manera seria su funcionamiento[98].

El auge de los estados dinásticos centralizados al final de la Edad Media y durante el Renacimiento no hizo sino incrementar la efectividad del asesinato político, porque llevó a que la persona del gobernante fuera más importante que nunca. Tal particularidad fue reconocida por Maquiavelo, cuya obra El príncipe recomienda el asesinato y el secuestro como herramientas políticas legítimas. Del mismo modo, en Utopía, de Tomás Moro, el medio preferido por los utopistas para librar una guerra es asesinar o secuestrar a los líderes enemigos. Aunque reconoce que esa forma de guerra a menudo se considera mezquina y cruel, escribe que «los utopistas están muy orgullosos de ella. Dicen que es de lo más sensato

salvarse de grandes guerras de este tipo sin librar una sola batalla, y también que lo más humano es salvar miles de vidas inocentes a costa de las de unos pocos culpables»[99].

En resumen, asesinar a los líderes enemigos era tal vez la forma más rentable de hacer la guerra en la Edad de la Caballería. Dado que, bajo la influencia de la cultura caballeresca, la política era una cuestión de vínculos personales, y, puesto que las fronteras de reinos e imperios se conformaban por las leyes de herencia familiar, el asesinato cuidadosamente calculado de un puñado de individuos podía volver a dibujar el mapa de Europa de manera mucho más efectiva que un montón de campañas militares[100]. Apenas podemos siquiera evaluar las consecuencias que habría tenido para la historia europea que en 1152 Luis VII hubiese enviado un grupo de asesinos a matar a Leonor de Aquitania antes de su matrimonio con Enrique Plantagenet. De igual manera, ¿qué habría pasado si, en 1498, los agentes franceses hubieran envenenado a Juana de Castilla y a Felipe de Habsburgo antes de que la pareja hubiera podido engendrar algún hijo?

Las ventajas que se podían obtener al matar o secuestrar a los líderes enemigos eran tan grandes que, como es lógico, muchos se sintieron tentados de utilizar métodos que chocaban con las convenciones caballerescas. Por ejemplo, durante el asedio a Bari (1068-1071), Robert Guiscard hizo asesinar al gobernador bizantino. Los propios bizantinos, menos sometidos a las tradiciones caballerescas, eran igual de poco escrupulosos e intentaron matar, a su vez, a Guiscard. Según William de Apulia, un asesino bizantino logró entrar en la tienda de Guiscard y estuvo a punto de acabar con su vida, pero el líder normando metió la cabeza bajo una mesa para escupir, justo en el momento en que el sicario le arrojaba una jabalina envenenada. Después de aquello, Guiscard se construyó una casa de piedra para sentirse más seguro durante la noche[101].

El 19 de mayo de 1106 el conde Geoffrey Martel de Anjou asedió el castillo de Canté. Cuando los jefes de la guarnición vieron perdida toda esperanza, salieron a parlamentar con él. Sin embargo, cuando Geoffrey se acercaba a hablar con ellos, un tirador, desde las murallas, lo mató de un disparo de ballesta bien dirigido, quizás con la complicidad de sus traicioneros superiores[102]. En 1119, Enrique I

de Inglaterra asedió la ciudadela de Breteuil, alzada contra él en favor de Juliana, su hija natural. Según Orderic Vitalis, Juliana pidió a su padre que se reuniera con ella y discutieran los términos de la rendición. Cuando el rey se acercó, la propia Juliana le disparó con una ballesta, pero falló. Cuando la ciudadela fue capturada, Enrique perdonó la vida a su hija, pero la obligó a saltar, medio desnuda, desde las almenas a las aguas heladas del foso inferior[103].

El asesinato del conde Carlos el Bueno en 1127 (ver la ilustración en la página siguiente) conmocionó Flandes. Los conspiradores, un grupo de nobles descontentos, no solo dieron muerte a su señor feudal, sino que lo hicieron en la iglesia y durante la Cuaresma, mientras el conde rezaba y daba limosna a los pobres[104]. En 1228, Federico II rompió todas las reglas de la hospitalidad al hacer prisioneros a los líderes de la familia Ibelin y al rey de Chipre durante una fiesta que estos celebraban en su honor[105]. En el consiguiente asedio de Kantara (1230), un tirador buscó al comandante de la guarnición y lo mató con un virote de ballesta, lo que llevó a sus desalentadas tropas a rendirse[106].

En 1333, Edward Balliol, aspirante al trono escocés, casi se apoderó de toda Escocia. Sus enemigos le pidieron una tregua, y numerosos nobles, que con anterioridad se habían opuesto a él, se reunieron para rendirle homenaje. Sin embargo, algunos de ellos resultaron ser traidores que ayudaron a una pequeña fuerza, al mando de Archibald Douglas, a atacar al amanecer, por sorpresa, el campamento de Balliol. Murieron su hermano y muchos de sus seguidores; él salvó la vida a duras penas al huir medio desnudo y calzado con una sola bota. Su posición en Escocia se desmoronó con rapidez[107].



El asesinato del conde Carlos el Bueno de Flandes en 1127. Un grupo de nobles descontentos, dio muerte a su señor feudal en la iglesia, durante la Cuaresma, mientras rezaba. Biblioteca Nacional de Francia, fondos franceses, 2813, fol. 206v.

En 1353, el rey Carlos el Malo de Navarra ordenó la muerte de Carlos de España, el condestable francés[108]. En 1356, al parecer, conspiró para secuestrar o asesinar a Juan II de Francia junto con el príncipe heredero francés[109]. Poco después, el príncipe heredero invitó a Carlos el Malo a un banquete de reconciliación en el castillo de Ruen. Durante la celebración, una tropa de soldados franceses dirigidos por el rey Juan en persona se apoderó del rey de Navarra y de muchos de sus seguidores[110].

El año 1369, Pedro I de Chipre fue asesinado por un grupo de nobles descontentos. En 1386, el rey Carlos de Nápoles y Hungría pereció en el castillo de Buda a manos de agentes de la reina viuda Isabel[111]. En 1389, en vísperas de la fatídica batalla de Kosovo, un noble serbio consiguió ser recibido en audiencia por Murad I con el pretexto de que deseaba unirse a su causa. Aprovechó esa oportunidad para asesinar al sultán, lo que podría haber salvado a Serbia de la catástrofe si el hijo de Murad, Bayaceto I, no hubiera aprovechado el momento para afirmar su autoridad de manera contundente.

En 1392, el duque de Bretaña intentó asesinar en una emboscada nocturna a su archienemigo el condestable de Francia, Olivier de Clisson. En 1419, el duque Juan Sin Miedo fue asesinado

en el puente de Montereau durante una cumbre con el Delfín. Medio siglo después, el nieto de Juan tomó prisionero a Luis XI en Peronne (1468), cuando este cometió un error poco habitual y le hizo una visita diplomática sin tomar las debidas precauciones.

Particularmente esclarecedora es la vida del rey Jaime I de Escocia. En 1406, su hermano mayor fue asesinado por su tío, el duque de Albany. Enviaron a Jaime a Francia por su propia seguridad, pero fue capturado durante el viaje por los ingleses y permaneció cautivo en Inglaterra durante dieciocho años. Finalmente, le liberaron gracias al pago de un gran rescate y la promesa de un comportamiento amistoso. También le casaron con una inglesa. Tras su regreso, el rey libró una guerra civil contra Albany y sus allegados. El 20 de febrero de 1437, Jaime visitó el monasterio de los dominicos en Perth. Aproximadamente a la una de la madrugada, el conde de Atholl, hermano del duque de Albany, asaltó el lugar con treinta compañeros, entró en la cámara del monarca y lo asesinó[112]. El hijo del soberano muerto, el rey Jaime II, libró una guerra igualmente amarga contra los miembros de la familia Douglas, que habían sido sus tutores en sus primeros años. En 1439, Jaime invitó al conde de Douglas y a su hermano a cenar en el castillo de Edimburgo y los mató. Varios años después convocó al nuevo conde de Douglas a una cena de reconciliación en el castillo de Stirling. Aunque ofreció a su huésped todas las garantías de seguridad que este le solicitó, en mitad de la cena Jaime lo apuñaló con sus propias manos.

Ni siquiera los príncipes de la Iglesia estaban a salvo de tales peligros. En 1075, el papa Gregorio VII fue secuestrado en Santa María Maggiore, en Roma, mientras decía misa. En 1170, el arzobispo Thomas Becket resultó asesinado en Canterbury por agentes del rey Enrique II. En 1208, el legado papal en el Languedoc, Peter de Castlenau, halló la muerte a manos de un simpatizante cátaro, lo que desencadenaría la cruzada albigense. En 1225, el arzobispo Engelbert II de Colonia fue asesinado por nobles descontentos. En 1242, el inquisidor jefe de la Iglesia en el Languedoc, responsable de la brutal persecución de los cátaros en esas tierras, fue capturado por los incursores cátaros y ejecutado junto con sus ayudantes. En 1303, el papa Bonifacio VIII fue

secuestrado en el palacio papal de Anagni, episodio que, al parecer, lo condujo a la muerte poco después.

En el siglo XVI, el asesinato y el secuestro se usaron todavía con mayor asiduidad en Europa, especialmente durante los conflictos religiosos. Por ejemplo, en el transcurso de las Guerras de Religión de Francia, los duques Francisco y Enrique de Guisa, líderes de la facción católica, fueron asesinados en 1563 y 1588, respectivamente; el almirante Coligny y la mayoría de los cabecillas hugonotes perdieron la vida en la famosa matanza del día de San Bartolomé (1572), después de que fracasasen varios intentos previos de asesinato; el rey Enrique III encontró el mismo destino en 1589 y su heredero Enrique IV, en 1610. Idéntica suerte corrió en los Países Bajos Guillermo el Taciturno, el líder protestante, en 1584.

Los escalafones militares más elevados sufrieron ataques casi con tanta frecuencia como los altos dirigentes políticos. Por ejemplo, durante la Guerra de Esmalcalda, en 1546, los generales católicos trataron de organizar la muerte de Sebastian Schertlin von Burtenbach, el comandante en jefe protestante. El 29 de septiembre de 1546 contrataron a Banthaleon von Lindau para que se infiltrase en el campamento protestante cerca de Donauwörth y llevase a cabo la misión, prometiendo pagarle 3000 florines por sus servicios (Lindau había sido hasta entonces un soldado raso que ganaba tan solo un florín al día). El asesino, que había servido en el propio regimiento de Schertlin en una campaña anterior, comprobó que era muy fácil introducirse en el campamento protestante. Se disfrazó de sirviente y entró en la tienda de su antiguo comandante alrededor de las dos de la madrugada. Este, que no dormía bien, se despertó y preguntó a Lindau, a quien confundió con un criado, qué hacía allí con un arma desenvainada. Lindau le atacó y su primer golpe le hirió en un pie. Schertlin buscó a tientas su espada, pero Lindau lanzó un nuevo ataque a la garganta que falló por centímetros y alcanzó en el hombro derecho al general. Luego trató con insistencia de apuñalar a su oponente, mientras que este se defendía con los puños e intentaba mantener el poste principal de la tienda entre su agresor y él. Por último, el líder protestante logró huir de la tienda con Lindau pisándole los talones. Solo entonces el hijo de Schertlin y varios asistentes se despertaron, cayeron sobre el

asaltante y lo capturaron. Fue decapitado poco después[113].

También en el Nuevo Mundo los europeos de comienzos de la Edad Moderna a menudo recurrían a tales métodos solapados. Durante la conquista de México (1519-1521), Hernán Cortés pronto se dio cuenta de que unos pocos cientos de españoles no podrían conquistar el Imperio mexicano por sí solos. Se enfrentaban a decenas de miles de guerreros mexicanos, y los pueblos sometidos al imperio tenían tanto miedo de sus señores supremos que pocos se atrevieron a ofrecer ayuda a los conquistadores. Por tanto, Cortés basó su estrategia inicial en la esperanza de capturar al emperador Moctezuma II. Estableciendo el precedente para los extraterrestres en las películas de ciencia ficción de Hollywood, Cortés, desde el preciso momento en que puso pie al otro lado del océano, simuló ser un enviado diplomático y en repetidas ocasiones pidió a los indígenas con los que se encontró que le llevaran ante la presencia de su líder. Moctezuma estaba, como es lógico, preocupado acerca de las intenciones reales del español e intentó retrasar la entrevista solicitada con excusas educadas y también mediante la fuerza armada. Por último, aceptó encontrarse con Cortés en el interior del palacio imperial de Tenochtitlan. Aunque Moctezuma contaba con decenas de miles de guerreros en la ciudad y cientos de guardias en palacio, el español confiaba en que la abrumadora superioridad que las armas de acero daban a los conquistadores en la lucha cuerpo a cuerpo le permitiría capturar al mandatario durante una de sus entrevistas diplomáticas (14 de noviembre 1519)[114]. El centralizado Imperio mexicano estuvo paralizado durante meses y, aunque los mexicanos, al cabo, repudiaron al cautivo Moctezuma, para cuando atacaron a Cortés, su prestigio y su poder habían sufrido un golpe demoledor, y el español pudo organizar una enorme coalición indígena contra ellos.



Francisco Pizarro apresa en Perú con su pequeña fuerza expedicionaria al Inca Atahualpa. Obra de John Everett Millais realizada en 1845. Museo Victoria y Alberto, Londres.

Cuando Francisco Pizarro invadió el Imperio inca en 1531-1532, imitó de manera deliberada la estrategia de Cortés. También él fingió que su pequeña fuerza expedicionaria —168 hombres y un puñado de caballos— era una embajada diplomática y solicitó una entrevista con el Inca Atahualpa, que, al mando de al menos 50 000 hombres, consideró que tenía poco que temer. En la mañana del 16 de noviembre de 1532, se encontró con Pizarro en la plaza principal de Cajamarca, acompañado de los suyos. Sin embargo, los guerreros incas no fueron rivales en el combate cuerpo a cuerpo contra los caballos y las armas de acero de los españoles, y Atahualpa fue capturado, lo que permitió al reducido grupo de conquistadores dar los primeros y decisivos pasos para dominar el Imperio inca. El rescate que obtuvieron por Atahualpa ascendió a un millón y medio de ducados, una suma casi increíble en la España del siglo XVI. Los ingresos anuales de Carlos V del reino de Castilla rondaron en 1539 el millón de ducados, cantidad equivalente, a su vez, al coste total de la gran expedición del emperador contra Túnez en 1535[115].

*

El principal inconveniente de recurrir a asesinatos y secuestros residía en que eran formas deshonrosas de luchar y, si bien sacaban mucho partido de las flaquezas de la cultura política dominante, la debilitaban en su conjunto. Era un caso paradigmático del «dilema del prisionero». El primero en utilizar de forma sistemática tales métodos tendría todas las probabilidades de obtener enormes recompensas, pero pronto todos se verían obligados a imitarle, y el orden político tendría que cambiar, en detrimento de todos los gobernantes. Es esclarecedor, por ejemplo, que el Oriente Medio medieval y la Italia renacentista se caracterizasen tanto por el uso del asesinato como herramienta militar como por contar con dinastías y entidades territoriales mucho menos sólidas que las de Europa Occidental[116].

En esta última, a pesar del empleo generalizado de crímenes y secuestros contra herejes e infieles, y pese a su uso ocasional contra cristianos, estas prácticas seguían prohibidas, lo que contribuyó a la relativa estabilidad de las políticas feudales. Excepto en el caso de algunos príncipes y déspotas de segunda fila italianos, ninguna gran potencia política o militar en la Europa medieval o renacentista intentó imitar a los nizaríes y a los utopianos, convirtiendo el asesinato en herramienta política o militar habitual, o entrenando fuerzas especiales de asesinos. Incluso cuando se recurría a él como arma de guerra, se aceptaba que era un procedimiento sucio y vergonzoso, y no humanista y racional.

El tabú cultural contra los asesinatos y secuestros implicaba que, incluso cuando tales operaciones tenían éxito, podían resultar costosas en términos de prestigio, en tanto que el fracaso suponía de forma inevitable un desastre propagandístico, a diferencia de la derrota en el campo de batalla, que a menudo se consideraba honorable[117]. El destino de los propios nizaríes también resulta significativo. Cuando los mongoles conquistaron Oriente Medio, su gran khan, temeroso de ser tarde o temprano víctima de sus puñales, y disgustado ante el hecho de que sus invencibles ejércitos convencionales no pudieran protegerlo de semejante amenaza, dio orden de borrar por completo a la secta de la faz de la Tierra. Todos los esfuerzos de los nizaríes para aplacar a los mongoles fueron infructuosos y la mayoría de sus seguidores en Persia, el centro

principal de la secta, perdieron la vida de forma sistemática a manos de los temibles mongoles. Este genocidio fue elogiado sobremanera por muchos de los vecinos musulmanes de los nizaríes, que se alegraron de verse libres de ellos[118].

También es indicativo que, pese a la supuesta racionalización de la guerra a partir del siglo XVIII, el secuestro y el asesinato siguen siendo tabúes militares, lo que implica una pervivencia del espíritu marcial caballeresco, que sacrifica la victoria en aras del honor y los intereses de clase, y protege a los líderes mundiales de la larga mano de sus enemigos[119]. En su artículo de 1983 sobre las operaciones especiales, David Thomas argumenta que las consideraciones caballerescas sobre el honor obstaculizaron el desarrollo de este tipo de intervenciones hasta bien entrado el siglo XX, porque los oficiales de carrera las consideraban por lo común «incompatibles con el código de honor militar»[120]. Sin embargo, el propio Thomas, aunque intenta presentar una visión global de la historia reciente y del futuro potencial de las operaciones especiales, evita la discusión sobre el desarrollo y la utilidad del asesinato.

Cualquiera que se sienta tentado de descartar las reglas de la caballería como meras fantasías y de creer que, en la guerra, se emplean todos y cada uno de los medios a mano para asegurar la victoria, que piense en las controversias y limitaciones actuales sobre la desaparición de objetivos concretos y los asesinatos políticos. Incluso en el apogeo de la Guerra Fría, los gobernantes, presidentes y mariscales que elaboraron minuciosos planes para la destrucción completa de la raza humana veían con recelo el asesinato de los otros líderes. Por ejemplo, en 1976, el presidente estadounidense Gerald Ford emitió la Orden Ejecutiva 11905 que prohibía a los empleados del gobierno de Estados Unidos llevar a cabo asesinatos políticos, que fue ratificada por la Orden Ejecutiva 12333 del presidente Reagan y por los siguientes presidentes del país[121].

*

En contraposición al asesinato de los líderes enemigos, rescatar a los propios caudillos apresados solía ser una empresa legítima y loable, así como muy rentable. En términos económicos, podía

implicar un gran ahorro de dinero, ya que el importe que se pagaba por un príncipe cautivo consistía a menudo en una suma superior al ingreso anual de todo un reino[122]. Los beneficios políticos y militares potenciales eran todavía mayores, ya que podían salvar a los ejércitos y reinos de la parálisis y la desintegración. Por ejemplo, en 1142, el rey Esteban sorprendió a la emperatriz Matilda en el castillo de Oxford y la asedió. Si la hubiese capturado, es posible que la causa de Matilda se hubiese derrumbado y la guerra civil concluido. Sin embargo, logró escapar del castillo y abrirse paso, sin ser descubierta, a través del campamento de Esteban, quizás con la ayuda de algún seguidor leal dentro de la hueste sitiadora[123].

En 1357, el rey Carlos el Malo de Navarra languidecía prisionero en la fortaleza de Arleux. Uno de sus seguidores más leales, Jean de Picquigny, atacó la plaza en la madrugada del 9 de noviembre con una treintena de hombres. Escalaron las paredes en secreto y sacaron a Carlos sano y salvo. Su liberación cambió de forma drástica el equilibrio de poder en Francia. El monarca asumió el papel dirigente de la oposición a la tambaleante dinastía Valois y casi consiguió hacerla caer[124].

Las operaciones de rescate podían necesitar del uso de métodos viles como el soborno y el engaño. En particular, surgían problemas si el príncipe cautivo había dado su palabra de honor de no tratar de escapar. Por ejemplo, en 1346-1347, el conde de Flandes, de dieciséis años, Luis de Mâle, se encontraba prisionero de sus propios súbditos debido a sus inclinaciones profrancesas. Veinte guardias lo vigilaban de manera estrecha día y noche, por lo que, según Jean le Bel, «no podía ni orinar en privado». En marzo de 1347, Luis por fin dio su palabra de honor de ser no solo un aliado obediente del rey Eduardo III, sino también de casarse con Isabel, la hija de este último. En consecuencia, le permitieron más libertad de movimiento y le proporcionaron mejores condiciones de vida. Una semana antes de la ceremonia de matrimonio Luis usó esa libertad recién adquirida para salir a cazar con halcones. De acuerdo con un plan preconcebido, dio esquinazo a su escolta mientras perseguía a un pájaro, picó espuelas a su caballo y se puso a salvo en Francia[125].

Tal modo de proceder resultaba muy problemático. Era común

custodiar con laxitud a los caballeros cautivos, darles libertad de movimiento y condiciones de vida cómodas, e incluso liberarlos por completo si daban su palabra de honor de cumplir con ciertas obligaciones. El comportamiento del conde Luis, por tanto, amenazaba a todos los nobles y resultaba dudoso incluso a los ojos de la corte francesa. El señor supremo de Luis, el rey Juan II de Francia, se comportó de manera muy diferente cuando se convirtió en prisionero de los ingleses en la batalla de Poitiers (1356). Después de dar su palabra de honor de permanecer prisionero, desalentó los intentos franceses de rescatarlo. Más tarde fue liberado de su cautiverio bajo ciertas condiciones, que incluían que algunos miembros de la familia real francesa quedaran retenidos en Calais como rehenes, en garantía del cumplimiento de dichas condiciones. Cuando uno de los rehenes —el segundo hijo de Juan, Luis de Anjou— quebrantó su libertad condicional, escapó de Calais y se negó a regresar, el rey se indignó tanto ante su comportamiento que, de manera voluntaria, se convirtió de nuevo en prisionero de los ingleses (1364)[126].

*

La Baja Edad Media y el Renacimiento también fueron testigos del comienzo de la revolución científica. Sin embargo, los científicos y técnicos nunca se convirtieron en objetivos de las operaciones especiales. Aunque los gobernantes y hombres de ciencia soñaban con el desarrollo de nuevas armas «prodigiosas» como un medio para obtener ventajas militares, sus ilusiones nunca se llevaron a cabo. La tecnología, desde luego, tuvo una influencia cada vez mayor en la guerra, pero se debió en gran medida a la lenta mejora de los sistemas de armas ya conocidas, más que a la repentina invención de otras nuevas. Los oscuros personajes que introdujeron la pólvora en Europa y desarrollaron las primeras armas de fuego a principios del siglo XIV no eran Niels Bohr, y el impacto inmediato de sus esfuerzos en el equilibrio militar del poder fue, en el mejor de los casos, insignificante. De igual forma, Leonardo da Vinci probablemente tuvo un valor militar y político bastante menor que muchos pequeños condotieros italianos. Los submarinos, helicópteros y tanques que imaginó pueden cautivar a los lectores

modernos, pero cualquier gobernante renacentista que hubiese intentado construirlos tan solo habría desperdiciado tiempo y dinero muy valiosos[127].

3. Símbolos

Los símbolos políticos y militares más importantes en la Edad de la Caballería fueron los príncipes y las plazas fuertes. Por lo tanto, al matar a un príncipe o asaltar una plaza fuerte, una operación especial afectaba al equilibrio material de poder y asestaba también un devastador golpe simbólico.

Por el contrario, la gente común no tenía ningún valor simbólico en las guerras. A diferencia de las democracias modernas, las monarquías medievales y de principios de la Edad Moderna no se comprometían a hacer todo lo posible para salvaguardar la vida de todas y cada una de las personas. Así pues, en aquellos tiempos, el que los civiles fueran a menudo capturados y retenidos en espera de rescate era sobre todo una forma de que los combatientes obtuvieran un dinero extra y un medio para librar una guerra psicológica. Los gobernantes no hacían esfuerzos serios para rescatar a civiles[128].

Si bien las personas corrientes eran un blanco poco atractivo para las operaciones especiales, la existencia de una plétora de objetos sagrados sí podía aconsejar la organización de tales acciones. Las reliquias, en particular, se consideraban importantes trofeos de guerra, y las crónicas medievales están llenas de historias reales y ficticias de misiones montadas específicamente para robar o rescatar alguna especialmente codiciada. Tal vez la peripecia más famosa sea el robo del cuerpo de san Marcos Evangelista que organizaron los venecianos. Marcos, obispo de Alejandría y uno de los santos más venerados de la cristiandad, estaba enterrado cerca del gran puerto egipcio. Según una tradición veneciana sin contrastar, en el año 828, mercaderes de la república robaron su cadáver milagrosamente preservado de su tumba, bien custodiada, y lo reemplazaron, para evitar sospechas, con el de otro santo de menor rango. A continuación, corrieron escalofriantes aventuras al pasar de contrabando, bajo las mismas narices de los

vigilantes oficiales del puerto, el cuerpo santo, que llegaron a cubrir con trozos de carne de cerdo para repeler a los inquisitivos musulmanes y, en otra ocasión, a izarlo con el puntal de su nave. Finalmente lo pusieron a salvo en Venecia, y san Marcos se convirtió en patrón de la ciudad. La posesión del cuerpo del santo dio un impulso importante al prestigio y a la posición política de la urbe. Ninguna ciudad de la Europa católica, excepto Roma y Santiago de Compostela, podía jactarse de tener una reliquia sagrada de tal categoría, y su posesión reforzó las reclamaciones de autonomía eclesiástica[129] de los venecianos. Esta historia en concreto bien podría ser pura invención, pero muchas otras reliquias, desde luego, se robaron y rescataron durante la Edad Media[130].

Algunos objetos sagrados, como el cuerpo de San Marcos, adquirieron un gran significado político y se convirtieron en importantes símbolos nacionales. En teoría, tales «tesoros» deberían haber estado en el punto de mira de operaciones especiales. Sorprendentemente, sin embargo, no he podido encontrar ni un solo caso de alguna destinada a robar o destruir un símbolo nacional.

Por ejemplo, desde 497 hasta la Revolución francesa, los reyes de Francia eran ungidos en su coronación con el óleo de la ampolla sagrada que supuestamente descendió del cielo durante la de Clodoveo, y que se conservaba en la catedral de Reims. Ese aceite revestía gran importancia política, pues era la demostración del derecho divino de los monarcas franceses. En 1429, Juana de Arco optó por capitalizar su victoria en Orleans al dirigir al ejército francés en un ataque contra Reims. Aunque en términos puramente militares la elección no fue buena, políticamente, el éxito de Juana al capturar la ciudad y después coronar a Carlos VII en la catedral, con el oleo sagrado, fue incuestionable en el terreno de las relaciones públicas. Los ingleses reaccionaron mediante la coronación de Enrique VI de Inglaterra como Enrique II de Francia en 1431, pero tuvieron que hacerlo en la catedral de Notre Dame de París y sin el óleo santo, lo que privó a la ceremonia de gran parte de su poder simbólico y, de hecho, dejó en evidencia que la fortuna de los ingleses sufría un fuerte menoscabo. Teóricamente, robar la ampolla

sagrada de Reims o incendiar la catedral de esa villa antes de la coronación de Carlos podría haber sido un objetivo interesante para una operación especial, pero no hay indicios de que se planteara[131].

Otro caso significativo es la piedra de Scone, sobre la cual se coronaron generaciones de reyes escoceses hasta 1292, de modo que se convirtió en un símbolo nacional. En 1296, tras conquistar Escocia, Eduardo I se la llevó a Londres, donde fue incorporada a un nuevo trono que, desde 1308 a 1953, se usó para coronar a los reyes y reinas de Inglaterra. Así simbolizaban que sus pretensiones de dominio incluían Escocia. Una de las condiciones de la denominada Paz Vergonzosa que impuso el rey Robert Bruce de Escocia a los ingleses, en 1328, fue la recuperación del citado símbolo, pero nunca lo devolvieron. En las Navidades de 1950, cuatro estudiantes escoceses robaron la piedra del trono de coronación, en la abadía de Westminster, pero, al ser recuperada cuatro meses después, se llevó de regreso. En 1996, el gobierno británico acabó por devolverla a Escocia, en respuesta a las crecientes exigencias de los nacionalistas del país vecino[132]. Al margen del episodio protagonizado por los estudiantes de 1950, no se sabe de ningún guerrero escocés de la Edad Media o el Renacimiento que tratara de recuperar por la fuerza la piedra depositada en Westminster.

De igual forma, tras perder su reliquia más preciada —un trozo de la Vera Cruz— en la batalla de Hattin (1187), los francos de Jerusalén negociaron repetidas veces para recuperar su posesión por medios diplomáticos. Cada vez que entablaban conversaciones o firmaban un tratado con Saladino y sus herederos, planteaban el tema de la Vera Cruz y pedían su devolución. Sin embargo, hasta donde sabemos, nunca intentaron arrebatarla por la fuerza[133].



Batalla de Hattin, 1187. La derrota de Guy de Lusignan, rey de Jerusalén, c. 1159-94, por Saladino, sultán de Egipto y Siria, 1138-93, y la pérdida de la reliquia de la verdadera cruz. Biblioteca Nacional de Francia. *Chronique des Empereurs*. Ms. 5090, f. 73.

4. Armamento

Mientras que a finales de la Era Moderna los sistemas de armas fueron un objetivo importante para las operaciones especiales, en la Edad de la Caballería no resultaban tan tentadores. En tierra, los armamentos medievales más grandes y costosos eran los ingenios de asedio. Durante los asedios, los defensores realizaban contra esas máquinas ataques frecuentes, que podían convertirse en el centro de feroces combates[134]. Sin embargo, su coste y su impacto estratégico general resultaron limitados, y nunca valió la pena montar una operación especial tan solo para destruir un trabuquete[135].

La introducción de armas de fuego no cambió la situación. De hecho, los cañones eran a menudo más baratos y más numerosos que la antigua artillería de asedio neurobalística, cosa que los hizo, individualmente, menos preciados como objetivos (aunque, al menos durante el asedio de Constantinopla, en 1453, un artillero fue acusado de volar el cañón más grande de los bizantinos, tras recibir un soborno de los otomanos)[136].

Esta situación reflejaba el carácter esencial de la guerra en la Edad de la Caballería. Incluso tras la revolución de la pólvora, la

tecnología jugó un papel relativamente menor, y los individuos fueron mucho más valiosos que las armas. Solo la acelerada tecnologización de la guerra durante los siglos XIX y XX convirtió los sistemas de armas en elementos codiciados.

Cabe señalar, además, que por entonces las armas tenían poca importancia no solo como objetivos, sino también como instrumentos de las operaciones especiales. Hoy en día, las fuerzas especiales tienen a menudo a su disposición una tecnología avanzada y costosa que les da una ventaja importante cuando se enfrentan a tropas enemigas regulares más numerosas. En algunos casos, la tecnología punta, desconocida para el contrario, juega un papel crucial para golpear por sorpresa[137]. Sin embargo, las operaciones especiales en esta época casi nunca se basaron en tecnología especial. La ventaja y la sorpresa tenían que obtenerse a través de otros métodos.

¿Fuerzas especiales?

Aunque las operaciones especiales fueron una parte importante de la guerra en la Edad de la Caballería, las fuerzas especiales apenas existieron, con la posible excepción de los asesinos nizaríes. No hubo equivalentes medievales de los SAS o los SEALs. Mientras que hoy se pone el énfasis en que lo único que otorga el carácter de especial a las tropas es su entrenamiento de élite[138], durante la Edad de la Caballería no se crearon unidades instruidas de manera específica para realizar este tipo de intervenciones. De hecho, una de las características de la guerra en este tiempo es la escasez de unidades militares especializadas o permanentes, de ningún tipo.

Con ciertas excepciones importantes, como los caballeros templarios, hospitalarios y teutónicos, así como los tercios españoles[139], la mayoría de las unidades militares eran formaciones ad hoc. No existían los equivalentes de los regimientos y brigadas modernos con sus identidades propias, espíritu de cuerpo, hábitos y lealtades que a veces se mantienen durante décadas y siglos[140]. De igual manera, había poco entrenamiento formal colectivo. Los guerreros, a título individual, podían pasar años practicando equitación o ejercitándose en el manejo de la espada, el arco y el

arcabuz, pero hasta el auge de la instrucción militar a fines del siglo XVI el entrenamiento de unidades completas era mínimo en el mejor de los casos[141].

A veces, los individuos adquirían una experiencia considerable durante este tipo de operaciones y se convertían en avezados autodidactas. Por ejemplo, en 1443, la ciudad de Luxemburgo fue asaltada gracias a los esfuerzos de dos eschelleurs, es decir, expertos en escalar muros, que primero se infiltraron y exploraron sus defensas, y luego guiaron a un grupo de ataque en un asalto por su punto más débil. Olivier de la Marche, comandante de la escolta del duque Carlos de Borgoña, se convirtió en un especialista en el secuestro de príncipes extranjeros (véase el capítulo VI). Muchos capitanes forajidos, como el Bascot de Mauléon, llegaron a ser auténticos maestros en el asalto a lugares fortificados.

Sin embargo, aunque individuos concretos que habían alcanzado habilidades particulares se encontraban en la mayor parte de los ejércitos medievales y renacentistas, no se agruparon ni entrenaron como fuerzas especiales y, cuando se requería una operación especial, los comandantes no siempre recurrían a estos expertos autoentrenados. Muchas de estas misiones las llevaron a cabo formaciones regulares. Así, el intento borgoñón de tomar por sorpresa el pueblo de Huy en 1467 se confió a la compañía regular del señor de Fiennes, aunque, según uno de sus hombres, era una empresa extraordinariamente peligrosa[142]. Incluso los civiles llevaron a cabo no pocas operaciones especiales, como la realizada por los cincuenta campesinos que se reunieron para tratar de asesinar al emperador Carlos V en el pueblo de Muy (1536)[143]. De hecho, los agentes y dobles agentes empleados en tramas de traición eran a menudo civiles sin experiencia militar previa, como el comerciante Garunchin que capturó al conde Pietro Porto en 1543.

En ocasiones, al menos, los comandantes se preocupaban de confiar misiones tan delicadas a sus mejores tropas, como hicieron los liejenses en su intento de matar al duque Carlos de Borgoña. Pero en muchos otros casos la elección parece haber sido completamente arbitraria. Por ejemplo, la misión de atacar el molino de Auriol (ver capítulo VII) se encargó, en primer lugar, al comandante de una formación regular. Cuando este rehusó,

acudieron con la propuesta al comandante de otra formación del mismo tipo que también se negó. Al final, un tercer oficial se presentó voluntario para llevarla a cabo y reunió para ello un contingente de voluntarios procedentes de diferentes formaciones igualmente regulares.

A pesar de la ausencia de hombres especialmente entrenados, las tropas regulares medievales y renacentistas estaban mejor equipadas para llevar a cabo operaciones especiales de lo que se podría suponer de entrada. Tomemos, por ejemplo, la compañía del señor de Fiennes, a la que se encomendó la incursión de 1463 en Huy, y en cuyas filas sirvió el memorialista Jean de Haynin. Sus integrantes, en su mayoría nobles de la región de Hainault, poseían un completo entrenamiento individual. Los nobles de finales de la Edad Media practicaban equitación y manejaban las armas desde la más tierna infancia. Las salidas de caza, los torneos y otros deportes de caballería perfeccionaban estas habilidades, así como la aptitud física de los individuos. Muchos de ellos también habían estado en campañas anteriores. Por ejemplo, Haynin sirvió, desde la década de 1450, en una serie de ellas, incluidas tres diferentes en el periodo 1465-1467[144].

Es un lugar común el argumento de que las habilidades colectivas son más importantes que las individuales, sobre todo en operaciones especiales. El pensamiento militar a partir de la Segunda Guerra Mundial —impulsado por estudios como Men against Fire, de S.L.A. Marshall; Cohesion and Disintegration in the Wehrmacht in World War II, de Morris Janowitz y Edward A. Shils; Fighting Power, de Martin van Creveld, y Bayonets of the Republic, de Martin van Creveld— ha insistido sobre todo en la importancia de la cohesión de las unidades pequeñas. Esto se contempla como el elemento principal para el éxito de las operaciones especiales[145]. Si bien es cierto que la compañía de Fiennes recibió poco entrenamiento colectivo y que no era una unidad permanente, gozaba, sin embargo, de una formidable cohesión, de la que pocas formaciones modernas podrían presumir.

Aunque la compañía se creaba de nuevo para cada campaña y se disolvía al finalizar esta, su personal se mantenía prácticamente igual. La mayor parte de los hombres que la integraban procedían de un área pequeña del condado de Hainault y se conocían bien en la vida civil. Estaban unidos por vínculos feudales y familiares, así como por lazos de amistad menos formales[146]. En su mayoría, eran vasallos, criados y miembros de la familia de Fiennes, y cada uno acudía a la compañía con su pequeña cuadrilla de siempre[147]. Jean de Haynin, por ejemplo, era vasallo y amigo de Fiennes. Sirvió en la compañía junto con su hermanastro, Collart de Vendegies, y llevó consigo un séquito de entre doce y veinte soldados y pajes que Haynin sacó de sus propios dominios y a quienes mandaba personalmente en campaña[148].

Para Haynin y los demás, cada campaña comenzaba cuando se reunían en su área de origen, y se mantenían juntos durante todo el tiempo que durara. Los unían no solo las experiencias vividas en batallas importantes, como Montlhéry (1465) y Brusthem (1467), en las que siempre pelearon codo con codo, sino también vivencias más mundanas, propias de la vida en campaña[149]. Normalmente dormían y comían juntos, lo que cuajaba un fuerte espíritu de cuerpo frente a otras formaciones del ejército. Por ejemplo, Haynin cuenta cómo, durante la campaña de 1465, se alojaron en Gerpinne y que, cuando la compañía del señor de Neuville llegó a la aldea después

de medianoche e intentó desalojarlos, tal circunstancia casi llevó a una pelea entre las dos compañías[150].

En los ejércitos mercenarios la cohesión de las unidades más reducidas también podía ser extremadamente fuerte. Aunque eran fuerzas muy efímeras, las pequeñas bandas que formaban las piezas con las que se construían estos cuerpos mantuvieron a veces su vinculación durante años y décadas. Un capitán mercenario de éxito, como el Bascot de Mauléon, podía servir a un príncipe en una campaña, a otro en la siguiente y luego dedicarse al robo y la extorsión, pero sus seguidores permanecían junto a él a lo largo de todos estos cambios de lealtades[151].

En el Renacimiento, tales lazos militares duraderos a menudo tomaban un carácter más estricto. Los soldados se organizaron en «familias» formales de compañeros, llamadas cameradas, integradas por entre media y una docena de hombres. Grupos así existían también entre los mandos y, en la mayoría de las compañías, los capitanes tenían una camerada formada por sus asistentes y caballeros acompañantes[152]. La camerada era el verdadero centro de la vida de un soldado. Era muy difícil sobrevivir en un ejército fuera de ese grupo. Mientras formaban parte de él, los soldados a menudo aportaban su dinero y posesiones. La camerada organizaba la comida y el alojamiento para sus miembros, atendía a los enfermos, se ocupaba de la ejecución de las últimas voluntades y algunas veces incluso cuidaba de las viudas y huérfanos de los integrantes. En ocasiones, los camaradas permanecían juntos incluso después de que la guerra hubiese terminado[153].

Por lo tanto, pese a la falta de ejércitos permanentes y de entrenamiento colectivo organizado, muchas pequeñas formaciones regulares de los ejércitos medievales y renacentistas contaban con las habilidades individuales y la cohesión grupal necesarias para llevar a cabo operaciones especiales. Además, como se demostrará en los siguientes capítulos, incluso grupos de hombres sin ese entrenamiento reglado, con habilidades individuales limitadas y vinculación grupal escasa pudieron en ocasiones realizar intervenciones especiales de gran éxito y relevancia. El secuestro del emperador Moctezuma II, un acto de audacia inigualable y consecuencias históricas aún mayores, fue realizado por una

pandilla de aventureros sin habilidades especiales ni cohesión como grupo y con poca experiencia o formación militar.

Ese secuestro pone de manifiesto otra característica de las operaciones especiales en la Edad de la Caballería que las distingue de este tipo de misiones en épocas más actuales. Mientras que a finales de la Edad Moderna las operaciones especiales suelen ser el resultado de decisiones tomadas por los más altos niveles políticos y militares[154], en la Edad Media y el Renacimiento, incluso cuando se trataba de acciones de gran importancia, se realizaban no pocas veces por iniciativa de los mismos hombres que las ponían en práctica. Debido a las dificultades y lentitud de las comunicaciones, y a la propia naturaleza de las misiones, a menudo debían emprenderse sin autorización, si es que de verdad querían llevarse a cabo. Una oportunidad única de secuestrar a un líder enemigo o de infiltrarse en un castillo contrario se habría perdido si hubiera requerido del permiso de un comandante o un gobernante lejanos[155].

Por ejemplo, en 1174 Guillermo el León de Escocia invadió Inglaterra mientras el rey inglés, Enrique II, estaba ocupado en luchas contra sus propios hijos. Guillermo intentó sitiar el castillo de Alnwick con una pequeña parte de sus fuerzas, asumiendo que no había cerca tropas inglesas que se le pudieran oponer. Un pequeño contingente inglés, al mando de Ralph de Glanvil, con base en Newcastle, recibió la información sobre la acción de Guillermo y de cuán laxas eran sus medidas de seguridad. Glanvil montó una razia contra el campamento invasor que sorprendió a los escoceses, y capturó a su soberano (14 de julio de 1174). Apenas habían transcurrido veinticuatro horas desde el momento en que recibió la información hasta que se apoderaron de Guillermo. Si Glanvil hubiera tenido que pedir permiso e instrucciones a Enrique II (entonces en Canterbury), la acción se habría retrasado por lo menos una semana o dos, y la oportunidad sin duda se habría perdido[156].

Consideraciones historiográficas

Las operaciones especiales en la Edad de la Caballería son un tema

particularmente difícil para una investigación histórica sólida. Es muy fácil que el lector crédulo se engañe con las historias pintorescas de los cronistas medievales y los propagandistas del Renacimiento, y acepte como verdad incuestionable sus invenciones. Por otro lado, es casi igual de sencillo que el erudito en exceso puntilloso despache todo eso como meras fábulas. Este es un problema más que conocido dentro de la investigación histórica medieval, pero resulta particularmente conmovedor en el caso de las operaciones especiales.

Debido a la naturaleza secreta y controvertida de muchas de estas intervenciones, se difundió poca información contrastada sobre ellas, en tanto que los propagandistas de ambos lados preparaban de manera deliberada relatos poco fidedignos y bastante exagerados. Para empeorar las cosas, dado que eran asuntos sensacionales y controvertidos, la gente estaba ansiosa por conocer más sobre ellos y, cuando no llegaba suficiente información fiable o incluso mera propaganda, los cuentos, fruto de la imaginación desbordada, intentaban llenar el hueco. En consecuencia, a menudo sufrimos de una seria escasez de relatos íntegros sobre tales misiones y eso empeora por la superabundancia de ficciones[157].

Y, lo que es más importante, las historias sobre operaciones especiales resultan difíciles de creer. Algo que no es resultado de las convenciones literarias, sino de una necesidad militar pura y dura. Las operaciones especiales dependen normalmente para su ejecución del supuesto de que nadie las consideraría factibles. Pero el mismo razonamiento que llevó, por ejemplo, al príncipe Balak a mantener solo una ligera guarnición en la fortaleza de Khartpert, en 1123, también puede llevar a los historiadores diligentes a desacreditar los relatos acerca de cómo un grupo de soldados armenios se coló en ella para rescatar al cautivo rey Balduino II de Jerusalén. Y, de igual forma que un comandante que desea ejecutar operaciones especiales tiene que abandonar su incredulidad y confiar en que lo imposible puede realizarse, el historiador militar que quiera estudiarlas no debe descartar todos los relatos al respecto como bravuconería imposible o simple propaganda. En el caso de este tipo de misiones, el hecho de que algo suene

extremadamente fantasioso no significa que no sea cierto.



El conde de Montfort asalta Carcasone en agosto de 1209. Estratégica y políticamente, los objetivos de las operaciones especiales eran prácticamente los mismos en la Siria del siglo XI que en la Francia del XVI. Biblioteca Nacional de Francia. *Chronique des Empereurs*.

Particularmente digno de mención es el tema de los envenenamientos. Las denuncias al respecto estaban muy extendidas en la Europa bajomedieval y renacentista. Sin embargo, la naturaleza de tales tramas era tal, que casi nunca se puede saber con certeza si fueron reales o solo engañosas tácticas de propaganda. Los príncipes renacentistas, por lo general, preferían ser precavidos con sus personas y se tomaban estas historias muy en serio. El duque Carlos de Borgoña, por ejemplo, tuvo miedo de ser envenenado durante toda su vida e instauró complejas precauciones en sus cocinas y comedores contra tal amenaza[158]. Por el contrario, los historiadores modernos, cuya vida no corre peligro, casi siempre aplican la cautela académica y descartan tales relatos.

De ahí que las actividades de la secta nizarí puedan darnos una importante lección historiográfica. Dado que los nizaríes, por lo general, mataban a sus víctimas apuñalándolas en lugares públicos, se escribieron muchas historias fiables sobre sus hazañas, de forma que incluso los eruditos más desconfiados se han visto obligados a aceptar algunas de ellas como verdaderas. Consideren lo que habría sucedido si los miembros de esta secta hubieran elegido

emplear veneno en lugar de dagas, lo que, desde el punto de vista militar, habría sido una opción más acertada. En tal tesitura, los estudiosos probablemente habrían descartado todos los relatos sobre ellos como pura ficción o propaganda, del mismo modo que, por lo general, desestiman la mayoría de los que narran envenenamientos que nos han llegado de la Europa renacentista.

Esta obra trata de navegar entre los dos extremos. En la sección analítica, mi objetivo ha sido ofrecer una visión general de las condiciones estructurales que dieron forma a las operaciones especiales en la época de la caballería y que hicieron que estas intervenciones fueran militarmente importantes. En esa parte, he examinado una gran cantidad de acciones y he analizado la posición potencial de las operaciones especiales en el contexto de las tendencias comunes en la guerra y la política durante la Edad Media y el Renacimiento. En consecuencia, espero que incluso si me engañé aquí y allá por culpa de la rica imaginación de algún cronista medieval, ello apenas reste valor a las conclusiones generales.

En los casos tipo que se describen a continuación, mi objetivo ha sido el de presentar información detallada sobre operaciones especiales significativas, y hacerlo de manera informativa a la par que atractiva. He hecho todo lo posible para examinar con detenimiento las pruebas de las que disponemos, aunque, sin embargo, me sorprendería si los relatos resultantes fuesen completamente precisos. Después de 500 o 1000 años, es simplemente imposible construir historias absolutamente fiables sobre complots de asesinato e infiltraciones nocturnas a partir de una notable escasez de fuentes.

Siempre que ha sido posible, me he permitido mostrar mis dudas y he dejado varias opciones abiertas. Por ejemplo, propongo a los lectores decidir por sí mismos si el rey Luis XI realmente intentó secuestrar a Carlos de Borgoña en 1464 o si Carlos se lo inventó todo. Sin embargo, pude hacerlo solo un número limitado de veces. Es inviable comenzar cada oración con un «quizás» o un «uno u otro» y aun así mantener el interés del lector. Por tanto, al abordar las siguientes narraciones, ruego que recuerden que muchos de los hechos relatados no pueden verificarse ni avalarse, y que, al igual que los cronistas medievales, a menudo consideré que mi deber

principal era crear una narración interesante en lugar de escribir solo sobre lo que podía estar seguro. Espero que las historias resultantes den combustible a la discusión analítica de la primera parte. Incluso si no fuesen reconstrucciones absolutamente fiables sobre los hechos en cuestión, son una recreación plausible de lo que «podría haber» sido una operación de asalto o asesinato.

*

Se imponen unas últimas palabras sobre el marco espacio-temporal del presente estudio. Examina operaciones especiales realizadas por toda Europa y Medio Oriente y, en ocasiones, menciona otras llevadas a cabo más lejos, como, por ejemplo, las emprendidas durante la conquista española de México y Perú. El primer caso que se analiza en profundidad es el asalto a Antioquía en 1098 y el último la destrucción del molino de Auriol en 1536. La guerra y sus artes sufrieron muchos cambios durante los siglos intermedios —entre ellos, la revolución de la pólvora— y, en cualquier momento particular de ese lapso, existían grandes diferencias en la manera en que se llevaba a cabo en función de las diversas áreas geográficas.

No obstante, desde un punto de vista militar, en el campo de las operaciones especiales, la continuidad supera con creces las diferencias. Estratégica y políticamente, los objetivos de este tipo de intervenciones eran prácticamente los mismos en la Siria del siglo XI que en la Francia del XVI. Del mismo modo, dado que las operaciones especiales dependieron siempre del ingenio, la sorpresa y la audacia mucho más que de las tácticas formales o las transformaciones tecnológicas y de organización militar, incluidas las derivadas de la revolución de la pólvora, estas hicieron poca mella en ellas. De hecho, se produjeron pocos cambios fundamentales en los objetivos o en los métodos de este tipo de misiones entre el mundo antiguo y el siglo XVIII[159]. Solo el final de la Edad Moderna, la Revolución industrial, la tecnologización de la guerra y la aparición de las armas de destrucción masiva alteraron profundamente algunos de los objetivos de las operaciones especiales, así como sus métodos de ejecución.

Desde una perspectiva cultural, por otra parte, la revolución de la

pólvora y el surgimiento del estado moderno tuvieron un impacto limitado sobre las operaciones especiales. Las normas y los valores de la caballería continuaron ejerciendo una profunda influencia sobre la guerra occidental a lo largo del siglo XVI y, si a menudo se rompieron esas reglas, fue casi con idéntica frecuencia a la de los siglos XI y XII. Este libro abarca el periodo que llega hasta 1550, en lugar de detenerse alrededor de la fecha más convencional de 1450, sobre todo para demostrar que la revolución de la pólvora no constituyó un hito en la historia de las operaciones especiales terrestres.

Notas

[1] Sobre la definición de operaciones especiales, ver McRaven, Spec. Ops., págs. 1–23; Thomas, 'Importance of Commando Operations', pág. 689.

[2] Baker, Chronicon, págs. 45–6, 225–9; Le Bel, Chronique, 1:102–3; Lescot, Chronique, págs. 21–2; Sumption, Hundred Years War, 1:115–16. Las guerras civiles entre padres e hijos no eran infrecuentes en la Edad Media. En 1152, tuvo lugar una en el reino de Jerusalén entre Balduino III y su madre, la reina Melisenda, que se empeñó en seguir en el poder, aunque su hijo tenía ya 21 años. La hermana de Melisenda, la princesa Alicia de Antioquía, logró un récord más destacado. Libró varias guerras civiles, primero contra su padre y luego contra su hija, para permanecer en el poder. Enrique II de Inglaterra tuvo que mantener varias guerras contra sus hijos, demasiado ansiosos de asumir la corona. Bela IV de Hungría tuvo un problema similar en sus últimos años, debido a la rebelión de su hijo, el futuro István V. En 1460, una guerra civil entre el duque de Güeldres y su impaciente heredero desgarró el ducado.

[3] Para discusiones sobre espionaje medieval y moderno, ver 'Excerpts of Polyaenus', sección 7, ed. Krentz, 2 :870–2; Leo VI, 'Stratagems', secciones 8.1–2, ed. Krentz, 2 :1030; Archer, Sovereignty and Intelligence; Dvornik, Origins of Intelligence Services; Haynes, Invisible Power; Sheldon, Espionage; Thomas, 'Französische Spionage'; Marshall, Warfare, págs. 262–7; Amitai, 'Mamluk Espionage'; Prestwich, Armies, págs. 211–17; Prestwich, 'Military Intelligence', págs. 2–15, 17, 19–28; Hewitt, Organization of War, págs. 4, 165–8; Allmand, 'Intelligence'; Crook, 'Confession of a Spy'; Alban and Allmand, 'Spies', págs. 73–101; Arthurson, 'Espionage and Intelligence'; Contamine, War in the Middle Ages, pág. 226.

[4] Brundage, Richard Lion Heart, págs. 237–41; Gillingham, Richard Cœur de Lion, págs.

66–7; Gillingham, 'Unromantic Death', pág. 155.

[5] McRaven, Spec. Ops., págs. 29–72.

[6] Dahl, Heavy Water, págs. 169, 192–208, 225–33.

[7] McRaven, Spec. Ops., págs. 163–200.

[8] Dam, Niels Bohr, pág. 56.

[9] Otros ejemplos recientes incluyen los ataques a la Cámara Legislativa de Jammu y Cachemira (1 de octubre de 2001), al Parlamento indio (13 de diciembre de 2001) y a la mezquita de Askariya en Sammara (22 de febrero de 2006).

[10] Braudy, From Chivalry to Terrorism, págs. 544–7; Klein, Striking Back.

[11] De hecho, la incursión israelí de Entebbe (1976), en la que rescataron a unos cien ciudadanos israelíes de manos de los terroristas que los tenían secuestrados, dio un importante impulso a la moral israelí y a la posición política de su gobierno (McRaven, Spec. Ops., págs. 333–80).

[12] Ver también McRaven, Spec. Ops., págs. 245–332; Thomas, 'Importance of Commando Operations', págs. 694–5, 701.

[13] Dawson, Soldier Heroes, pág. 190. Ver también París, Warrior Nation, págs. 138–57, 184– 5, 257–8; Neillands, In the Combat Zone, pág. 2. Para hacerse una idea del impacto de la Primera Guerra Mundial en la imagen de la guerra, ver Harari, 'Martial Illusions', págs. 43–8.

[14] ¡Es posible publicar una enciclopedia sobre los SAS! (Crawford, SAS Encyclopedia).

[15] Véase, por ejemplo, las películas Decisión crítica y Prueba de Vida.

[16] Es interesante reseñar que la sátira política La cortina de humo muestra a un presidente estadounidense que recuerda a Clinton y que trata de distraer la atención de la opinión pública de su último escándalo sexual montando una guerra con Albania que se desarrolla de forma íntegra por televisión, y cuyas únicas acciones son falsas operaciones especiales encaminadas a hacerse con el control de una bomba nuclear, limpiar un nido de terroristas y rescatar a prisioneros de guerra estadounidenses.

[17] Newsinger, Dangerous Men, págs. 105–36. Sobre las modernas conexiones entre los soldados y la hombría nacional, ver Braudy, From Chivalry to Terrorism, págs. 338–555.

[18] Sharon fundó la Unidad 101, una de las primeras fuerzas especiales permanentes israelíes, que logró fama legendaria en los años 50 y que dio lugar a la mayor parte de las fuerzas especiales posteriores (Sharon and Chanoff, Warrior, págs. 83–91). Tanto Netanyahu como Barak fueron oficiales de Sayeret Matkal (una fuerza especial de élite). Barak se convirtió más tarde en jefe del Estado Mayor, aunque las operaciones a las que la ciudadanía israelí le asocia, sobre todo, son el rescate de los secuestrados del avión de Sabena (1972) y la operación Primavera de Juventud, en la que, disfrazado de mujer, dirigió una acción para asesinar líderes de organizaciones terroristas palestinas en Beirut (1973). Hay que reseñar que las mayores críticas al historial militar de Barak tienen que ver también con una operación especial: su comportamiento en un accidente durante un entrenamiento sufrido por una fuerza especial que supuestamente se

entrenaba para asesinar a Saddam Hussein.

[19] Ver por ejemplo Barnett et al., Special Operations; Bohrer, America's Special Forces; Dockery and Albrecht, Special Forces in Action; Dunnigan, Perfect Soldier; Harclerode, Secret Soldiers; Harclerode, Fighting Dirty; Kiras, Special Operations; Marquis, Unconventional Warfare; Neillands, In the Combat Zone; Sarkesian, New Battlefield; Taillon, Evolution of Special Forces; Vandenbroucke, Perilous Options; Waller, Commandos; White, Swords of Lightning.

[20] Thomas, 'Importance of Commando Operations', págs. 689–90, 701.

[21] Ver, por ejemplo, Weale, Secret Warfare. Algunos libros sobre operaciones especiales estadounidenses las remontan hasta los Roger's Rangers, que actuaron durante la Guerra de Independencia americana (Landau, U.S. Special Forces, págs. 8–16; Dunnigan, Perfect Soldier, págs. 20, 34–44; Neillands, In the Combat Zone, págs. 9–11).

[22] Arquilla, From Troy to Entebbe.

[23] Dunnigan, Perfect Soldier, págs. 14–33.

[24] Neillands, In the Combat Zone, págs. 1, 12–17.

[25] Para mayor comprensión del debate, ver Vale, War and Chivalry, págs. 1–10; Keen, Chivalry, págs. 1–3. Ver también Keen, 'Chivalry, Nobility'; Keen, 'Huizinga, Kilgour'; Strickland, War and Chivalry; Anglo, Chivalry in the Renaissance; Gillingham, 'War and Chivalry'; Ferguson, Chivalric Tradition; Hale, War and Society, págs. 37–8; Tallett, War and Society, págs. 17–18; Prestwich, Armies, pág. 222.

[26] En las últimas décadas este punto de vista ha sido puesto de manifiesto con más claridad por Gillingham. Ver Gillingham, 'War and Chivalry', págs. 237–40.

[27] Maurice Keen (sobre todo en Chivalry, en Laws of War, y en 'Chivalry, Nobility'), Malcolm Vale (en War and Chivalry) y Matthew Strickland (en War and Chivalry) hacen hincapié en la verdadera importancia de la institución de la caballería durante la Edad Media. Sobre la caballería en el Renacimiento, ver Anglo, Chivalry in the Renaissance; Goodman, Chivalry and Exploration; Ferguson, Chivalric Tradition; Davis, Chivalry and Romance; Day, 'Losing One's Character'; Prestwich, Armies, pág. 243; Vale, War and Chivalry, pág. 174; Keen, 'Changing Scene', págs. 290–1. Para una discusión medieval sobre esta materia, ver Pizan, Book of Deeds, págs. 163–4.

[28] Sobre el honor y su importancia, ver Vale, War and Chivalry, págs. 15–31, 166–7, 174, 249–51; Dewald, Aristocratic Experience, pág. 45; Ruff, Violence, págs. 75–80; Groebner, Defaced, págs. 80–2; Keen, Chivalry, págs. 249–51; Kaeuper, Chivalry and Violence, págs. 153–5; Fallows, 'Knighthood', pág. 130; Harari, Renaissance Military Memoirs, págs. 39–40, 98–103, 112–16, 128–9, 159–65, 170–8, 182–3, 194–5; Harari, 'Martial Illusions', págs. 70–2.

[29] Keen, Chivalry, págs. 220, 228–37; Contamine, War in the Middle Ages, págs. 284–92; Prestwich, Armies, págs. 233–7; Strickland, War and Chivalry, págs. 124–31; Showalter, 'Caste, Skill, and Training', pág. 417; Vale, War and Chivalry, pág. 33; Gillingham, 'War and Chivalry', págs. 231–9.

[30] Keegan, History of Warfare, págs. 1–12, 23–46.

[31] Aunque tanto en la antigua Grecia como en la Europa del XIX, por ejemplo, los relatos de ficción se centraban por lo normal en las hazañas de héroes individuales, más que en los movimientos de grandes formaciones, las heroicidades tenían lugar en el transcurso de operaciones regulares.

[32] Le Charroi de Nîmes, secciones 34–55, ed. Perrier, págs. 30–46. En su manual militar, el emperador León VI da cuenta de una estratagema similar, cuando la ciudad de Babilonia cayó gracias a un contingente de soldados escondidos en canastos (León VI, Estratagemas, sección 2.2, ed. Krentz, 2 :1014–15).

[33] Chanson du Chevalier au Cygne, cantos 10–20, líneas 2166–4221, ed. Hippeau, 2 :79–153.

[34] Contamine, War in the Middle Ages, págs. 110–11; Gillingham, 'Richard I and the Science of War', pág. 224; Kagay, 'Shattered Circle', págs. 111–36; Davies, Age of Conquest, pág. 358; Marshall, Warfare, págs. 94–8; Toch, 'Medieval German City', págs. 46–8; Wolfe, 'Siege Warfare', págs. 55–63; Pringle, 'Town Defences', págs. 98–9; Chevedden, 'Fortifications', págs. 39–42; DeVries, 'Impact of Gunpowder Weaponry', págs. 233–4.

[35] Sobre las funciones civiles de los castillos, ver Molin, 'Non-Military Functions'; Contamine, War in the Middle Ages, págs. 114–15; Ellenblum, 'Borders and Borderlines', págs. 112–18; Ellenblum, Frankish Rural Settlement, págs. 95–102, 205–9; Pounds, Medieval Castle, págs. 24–5, 96–101, 184, 201–7, 222–4; Strickland, War and Chivalry, págs. 204–5; France, Western Warfare, págs. 77–106; Davies, Age of Conquest, págs. 357–60; Marshall, Warfare, págs. 113–19, 122–6, 136–9.

[36] Prestwich, Armies, págs. 206–11, 281–4; Strickland, 'Securing the North', pág. 186; McGlynn, 'Myths', págs. 32–4; Gillingham, 'Richard I and the Science of War', págs. 216–17, 225–6; Harari, 'Strategy and Supply', págs. 331–3; Jones, 'Fortifications and Sieges', págs. 164–5; Smail, Crusading Warfare, págs. 60–2, 209, 214–15; Marshall, Warfare, págs. 93–4; Powers, 'Life on the Cutting Edge', págs. 17–26; Vann, 'Twelfth-Century Castile', págs. 22–6; Chase, Firearms, pág. 61; Parrot, 'Strategy and Tactics', págs. 242–4; Parker, Military Revolution, págs. 57–60.

[37] Harari, 'Strategy and Supply', págs. 305, 307–8, 310–11, 321, 324–33; Prestwich, Armies, págs. 206–11, 245, 251–2; Prestwich, War, Politics, and Finance, págs. 122–6; Bachrach, 'Logistics', págs. 57–78; Mott, 'Battle of Malta', págs. 167–8, 171; Morillo, Warfare, págs. 77–80, 124–31; France, Western Warfare, págs. 34–7; Hewitt, 'Organisation of War', págs. 290–2; Hall, 'Changing Face of Siege Warfare', págs. 265–7; Gillingham, 'Richard I and the Science of War', págs. 219–24; Gillingham, 'William the Bastard', págs. 152–3; Gillingham, 'Up with Orthodoxy!', pág. 152; Warner, Sieges, págs. 32–4; Pounds, Medieval Castle, págs. 54–5, 152–63, 178–83; Marshall, Warfare, págs. 126–31.

[38] Sumption, Hundred Years War, 1: 485; Harari, 'Inter-Frontal Cooperation', págs. 383–4.

[39] Sumption, Hundred Years War, 1: 485–8, 496–7, 512–14, 519–20; Harari, 'Strategy and Supply', pág. 331; Harari, 'Inter-Frontal Cooperation', págs. 383–4, 393.

[40] Bachrach, 'Medieval Siege Warfare'; Prestwich, Armies, págs. 296–301; Contamine, War in the Middle Ages, págs. 101–6, 200–7; Gillingham, 'William the Bastard', págs. 150–3;

Bradbury, Medieval Siege, págs. 78–88; Pounds, Medieval Castle, págs. 106–13; Strickland, War and Chivalry, págs. 206–8; Morillo, Warfare, págs. 136–43; Ayton, 'English Armies', pág. 36; France, Western Warfare, págs. 108– 27; Toch, 'Medieval German City', págs. 35, 45–8; Contamine, War in the Middle Ages, págs. 102–6, 193–207, 211–12, 240–1, 247–8; Marshall, Warfare, págs. 226–48; DeVries, 'Impact of Gunpowder Weaponry', págs. 238–44; DeVries, 'Catapults are not Atomic Bombs', págs. 466–7; Arnold, 'Fortifications'; Lynn, 'Trace italienne'.

41 Sobre la importancia de los enclaves fortificados y los asedios en las campañas y guerras: France, 'Recent Writing', págs. 456–8, 462–3; France, Victory in the East, págs. 26–7, 41; France, Western Warfare, págs. 153–4; Rogers, Latin Siege Warfare; Ellenblum, 'Borders and Borderlines', págs. 112–18; Ellenblum, 'Frankish and Muslim Siege Warfare'; Bachrach, 'Medieval Siege Warfare'; Pounds, Medieval Castle, págs. 44, 113–21, 152–63, 178–83; Strickland, War and Chivalry, págs. 204–8; Warner, Sieges, págs. 8–11; Morillo, Warfare, págs. 94–7; Toch, 'Medieval German City', págs. 37–40; Bradbury, Medieval Siege, pág. 71; Jones, 'Fortifications and Sieges', págs. 164–5; Marshall, Warfare, págs. 210–12; Parker, Military Revolution, págs. 6–13; Eltis, Military Revolu-tion, pág. 29; Smail, Crusading Warfare, págs. 210–14; DeVries, 'Impact of Gunpowder Weaponry', págs. 241–4; Mallett, 'Siegecraft', págs. 247–55; Hall, 'Changing Face of Siege Warfare', págs. 258–64; Hall, Weapons and Warfare, págs. 158–63; Chase, Firearms, págs. 61–5; Arnold, 'Fortifications'; Rogers, 'Vegetian "Science of Warfare"'; Morillo, 'Battle Seeking'.

42 Rogers, War Cruel and Sharp, págs. 48–76; Nicholson, Scotland, págs. 128–30.

43 Brown et al., History of the King's Works, vols. 1–2: The Middle Ages, 1 :563–8; Rotuli Scotiae, 1: 782–3; Bower, Scotichronicon, 7 :278–87; Froissart, Œuvres, ed. Lettenhove, 5 :323–39; Froissart, Chroniques, ed. Luce, 4:140–1, 151–2, 359–60, 369–70; Wyntoun, Orygynale Chronykil, 2 :482–4; Fordun, Chronica gentis Scotorum, 1 :372–3; Chronicon Angliae, págs. 32–5; Walsingham, Historia Anglicana, 1 :280–1; Le Bel, Chronique, 2 :207–19; Chronique Normande, págs. 106–7; Chronique des quatre premiers Valois, págs. 31–2; Baker, Chronicon, págs. 126–7; Venette, Chronicle, pág. 58; Rogers, War Cruel and Sharp, pág. 335; Nicholson, Scotland, págs. 160–1; Sumption, Hundred Years War, 2 :173–4, 187–8. En 1378, tuvo lugar otra operación especial en Berwick. Esa vez, una hueste de incursores escoceses se las ingenió para infiltrarse y capturar la ciudadela, pero la ciudad resistió y los incursores fueron al final derrotados (Brown et al., History of the King's Works, vols. 1–2: The Middle Ages, 1 :568; Fordun, Chronica gentis Scotorum, 1 :382; Bower, Scotichronicon, 7 :379; Froissart, Œuvres, ed. Lettenhove, 9 :26–44). En 1384, la ciudadela de Berwick fue de nuevo capturada mediante escalo (Fordun, Chronica gentis Scotorum, 1 :382).

44 Chartier, Chronique, 1 :181; Monstrelet, Chronique, 5 :187; Basin, Histoire, 1 :119; Journal d'un bourgeois de París, pág. 308; Gruel, Chronique, pág. 106; Bully, Charles VII, págs. 207–9. Aubigny, sin embargo, dice que Meulan fue capturada mediante un ardid, cuando traidores del interior permitieron el paso a soldados franceses que pretendían ser ingleses heridos que volvían del asedio de San Denis (Aubigny, Traité, pág. 21).

45 Por ejemplo, Chartier, Chronique, 1 :178; Basin, Histoire, 1 :119.

46 Vitalis, Ecclesiastical History, 6 :538.

[47] Froissart, Voyage, págs. 101–3. Comparar con Aubigny, Traité, págs. 20–1; Machiavelli, Art of War, 7.99, 101, ed. Lynch, pág. 152. Ver también la captura de Evreux en 1356 (Froissart, Chroniques, ed. Luce, 5 :87–93).

[48] Monstrelet, Chronique, 5 :21–5; Aubigny, Traité, pág. 22; Chartier, Chronique, 1 :141–3. La ciudad de Pont-de-l'Arche cayó gracias a una estratagema similar en 1449. En 1432, Monstrelet da cuenta de un intento de capturar el castillo de Sant'Angelo, en Roma, que imita incluso más a Guillaume de Orange. Al parecer, un monje benedictino pidió permiso para almacenar sus pertenencias dentro del castillo. Cuando se dio el permiso, preparó doce cajas grandes, con la idea de esconder a doce hombres dentro y disfrazar a otros veinticuatro soldados como porteadores, con lo que introduciría solapadamente a treinta y seis hombres en el castillo para sorprender al duque de Salerno. La trama, sin embargo, se descubrió y el monje fue ahorcado (Monstrelet, Chronique, 5 :47–8).

[49] Chartier, Chronique, 1 :233–5; Monstrelet, Chronique, 5 :274; Burne, Agincourt War, págs. 282–4. Para otra versión de esta operación, ver el ataque sorpresa de Mantes el 7 de abril de 1364 (Froissart, Chroniques, ed. Luce, 6 :100–4, 311–12). Para ejemplos de ciudades y castillos capturados mediante escalada, ver el asalto sorpresa de Pont Saint-Esprit en 1360 (Froissart, Chroniques, ed. Luce, 6 :71–3); el de Oudenarde y el del castillo de Marquel en1382 (Froissart, Œuvres, ed. Lettenhove, 10 :256–64); el de Louviers en 1430 (Monstrelet, Chronique, 4 :372– 3); y el de Domart-en-Ponthieu en 1432 (Monstrelet, Chronique, 5 :16–17).

[50] Aeneas Tacticus, 'Defence of Fortified Positions', secciones x–xiv, xvii, xxii, xxix–xxxi, xxxix, ed. Illinois Greek Club, págs. 62–74, 88–92, 106–18, 148–74, 192–4; 'Excerpts of Polyaenus', secciones 31.5, 40.1–3, 54.6–7, 54.9, 54.17, 56.2, ed. Krentz, 2 :926, 950–2, 980–6; al-Ansari, Muslim Manual of War, págs. 114– 15, 120–2; Three Byzantine Military Treatises, págs. 120–5; Frontinus, Stratagems, volumen 3, ed. McElwain, págs. 205–66; Vegetius, Epitome, 4.24–30, ed. Milner, págs. 128–31; Pizan, Book of Deeds, págs. 112–14; Machiavelli, Art of War, 7.108, 115, ed. Lynch, págs. 153–4; Aubigny, Traité, págs. 17, 20–2. Sobre la importancia general de los manuales de estratagemas en la antigüedad clásica, ver Polyaenus, Stratagems of War, 1 :vi–ix.

[51] Ver, por ejemplo, las memorias de Blaise de Monluc sobre sus experiencias como comandante de Siena durante el asedio de la ciudad, en 1554-1555 (Monluc, Commentaires, págs. 271–346). Ver también capítulos 2 y 5.

[52] Rogers, Latin Siege Warfare, pág. 122.

[53] Vitalis, Ecclesiastical History, 6 :216–18. Comparar con el intento de capturar Amiens en 1358 (Froissart, Chroniques, ed. Luce, 5 :127–31).

[54] Monstrelet, Chronique, 5: 12–15.

[55] Du Bellay, Mémoires, 3: 410–13. Sobre el fracaso de intentos de traición, ver por ejemplo Usamah, Kitab al-I'tibar, pág. 112.

[56] Monluc, Commentaires, págs. 109–18; Courteault, Blaise de Monluc, págs. 145–7; Miolo, Cronaca, 1 :179.

[57] Bar Hebraeus, Chronography, 1 :343–4. Sobre dobles agentes, ver también Vitalis, Ecclesiastical History, 6 :80–2; 'Excerpts of Polyaenus', secciones 41.1–5, 44.3, ed.

Krentz, 2 :952–6, 960–2; Leon VI, Estratagemas, sección 2.4, ed. Krentz, 2 :1016.

[58] Sobre conjuras para traicionar ciudades y fortalezas, y sobre los tan extendidos temores a tales conjuras, ver por ejemplo Vitalis, Ecclesiastical History, 6 :192, 342–4; Gesta Stephani, págs. 5, 69; Istore et Croniques de Flandres, 2 :53; Groebner, Defaced, págs. 58–62; Bradbury, Medieval Siege, pág. 281; Marshall, Warfare, págs. 267–70.

[59] Es de reseñar que, a pesar del creciente interés sobre las técnicas de asedio medievales y modernas, la parte clandestina de los asedios ha despertado relativamente poca atención, por ejemplo, en The Medieval Siege, de Jim Bradbury, Latin Siege Warfare in the Twelfth Century de Randall Rogers y Siege Warfare: The Fortress in the Early Modern World, 1494–1660 de Christopher Duffy, que son tres revolucionarios estudios sobre las técnicas de asedio medievales y modernas, se pone atención al asedio regular y tienden a olvidar el papel capital de la traición, la artimaña y la sorpresa (ver como excepción Bradbury, Medieval Siege, págs. 82, 281).

[60] Monluc, Commentaires, págs. 133–6.

[61] A lo largo del siglo XVI, los artefactos de demolición se hicieron gradualmente más eficaces. Por ejemplo, la noche del 4 al 5 de abril de 1585, el ingeniero mantuano Federigo Giambelli, al servicio de los alemanes, voló el puente español y obstruyó la entrada a la asediada Amberes mediante dos barcazas cargadas con entre 3000 y 3500 kilos de pólvora; no solo destruyó el puente, sino que mató también a 800 soldados españoles (Duffy, Siege Warfare, págs. 76–8).

[62] Istore et Croniques de Flandres, 2 :64; Sumption, Hundred Years War, 1 :567.

[63] Vaughan, Philip the Good, pág. 84.

[64] Rogers, War Cruel and Sharp, pág. 50.

[65] Vitalis, Ecclesiastical History, 6 :526–8. En 1108, Luis VI atacó la ciudad de L'Aigle. Un personaje desconocido, tal vez un agente del rey, provocó un incendio que, gracias a los fuertes vientos, se propagó y devoró por entero la villa, lo que forzó su rendición (Vitalis, Ecclesiastical History, 6 :198).

[66] Lewis, Assassins, pág. 117.

[67] France, Western Warfare, págs. 30–4; Morillo, Warfare, págs. 79–80.

[68] Bachrach, 'Origins of the Crossbow Industry', pág. 87.

[69] Burns, '100,000 Crossbow Bolts', pág. 163. Ver también Bachrach, 'Origins of the Crossbow Industry', págs. 86–7; Pounds, Medieval Castle, pág. 109.

[70] Prestwich, Armies, págs. 140–1.

[71] Bachrach, 'Origins of the Crossbow Industry', págs. 77–9, 81–6; Burns, '100,000 Crossbow Bolts', pág. 162. En 1250 Luis IX compró cuerno y cola para hacer ballestas en los mercados de Damasco, pese a que estaba en guerra precisamente con el sultán de Damasco (Joinville, Vie, sección 446, ed. Monfrin, págs. 218–20).

[72] Burns, '100,000 Crossbow Bolts', págs. 160–1.

[73] Bachrach, 'Origins of the Crossbow Industry', págs. 82–7.

[74] Contamine, War in the Middle Ages, pág. 149.

[75] Bradbury, Medieval Siege, pág. 293. Sobre las cantidades de pólvora y balas requeridas por los ejércitos del siglo XVI, ver Bradbury, Medieval Siege, págs. 290–5; Contamine, War in the Middle Ages, págs. 145–50; Prestwich, Armies, págs. 245–54; DeVries, 'Impact of Gunpowder Weaponry', pág. 231; DeVries, 'Gunpowder and Early Gunpowder Weapons', págs. 127–30.

[76] DeVries, 'Gunpowder and Early Gunpowder Weapons', págs. 125–30; DeVries, 'Gunpowder Weaponry', págs. 130–45.

[77] Sobre el almacenaje de pólvora, ver DeVries, 'Gunpowder and Early Gunpowder Weapons', págs. 127–8.

[78] DeVries, 'Gunpowder and Early Gunpowder Weapons', pág. 122; Vaughan, Philip the Good, pág. 331. Para otro caso de explosión accidental de un polvorín, ver Wavrin, Recueil des croniques, 5 :529.

[79] Ver por ejemplo DeVries, 'Gunpowder and Early Gunpowder Weapons', pág. 130.

[80] Sobre una posible excepción, ver Vaughan, Philip the Good, pág. 327.

[81] Ver también DeVries, 'Gunpowder and Early Gunpowder Weapons', pág. 123.

[82] Prestwich, Armies, págs. 141, 147–57, 160, 178–81; Morillo, Warfare, págs. 51–6, 60–73; France, Western Warfare, págs. 124, 135–6; Marshall, Warfare, págs. 51–6; Hale, War and Society, págs. 127–78; Showalter, 'Caste, Skill, and Training', págs. 411, 418, 422; Arnold, 'War in Sixteenth-Century Europe', pág. 40; Smail, Crusading Warfare, págs. 97–9.

[83] Fowler, Medieval Mercenaries, passim; Mallett, 'Mercenaries', págs. 209–29; Isaac, 'Problem with Mercenaries', págs. 101–10; Allmand, Society at War, págs. 157–9; Prestwich, Armies, págs. 147–57; Van Creveld, Command in War, págs. 49–50; Contamine, 'Compagnies d'aventure', págs. 365–96; Contamine, War in the Middle Ages, págs. 98–100; Marshall, Warfare, págs. 85–6; Hale, War and Society, págs. 127–78; Tallett, War and Society, págs. 116–17; Luard, War in International Society, pág. 188; McCormack, One Million Mercenaries, págs. 39, 46, 109; Black, European Warfare, págs. 14–19; Glete, War and the State, pág. 132; Parker, Army of Flanders, págs. 185–7, 198–9, 206, 216–18, 290–2; Smail, Crusading Warfare, págs. 97–9. Nótese que las lealtades feudales y mercenarias no estaban claramente deslindadas. Las fuerzas feudales, sobre todo hacia el final de la Edad Media, solían ser pagadas, por lo que las lealtades feudales se extendían a menudo a soldados mercenarios.

[84] Hale, War and Society, págs. 75–126; Contamine, War in the Middle Ages, págs. 253–5; Black, European Warfare, págs. 10, 13–19; Black, Why Wars Happen, págs. 61, 77; McCormack, One Million Mercenaries, págs. 21–2, 74, 79–81; Harari, Renaissance Military Memoirs, págs. 237–66, 303–6; Tallett, War and Society, págs. 94–104.

[85] DeVries, Infantry Warfare, págs. 196–7; Strickland, War and Chivalry, pág. 101; France, Western Warfare, págs. 139–49; Van Creveld, Command in War, págs. 49–50.

[86] Nótese que, en este periodo, los vasallos eran a menudo soldados a sueldo, por lo que la línea que separaba a los vasallos de los mercenarios se fue haciendo cada vez más

tenue.

87 Prestwich, Armies, págs. 160–7, 178–81; Strickland, War and Chivalry, págs. 113– 17; Morillo, Warfare, págs. 60–73; France, Western Warfare, págs. 139–49; Van Creveld, Command in War, págs. 22–3, 34–5, 49–50; Black, European Warfare, págs. 7–8; Showalter, 'Caste, Skill, and Training', pág. 411; Eltis, Military Revolution, pág. 28.

88 Gillingam, Richard Cœur de Lion, págs. 34–49.

89 Hale, War and Society, pág. 29.

90 Hale, War and Society, págs. 15–16, 23–5, 29; Black, Why Wars Happen, págs. 15– 20, 24, 63, 69–70; Black, 'Introduction', págs. 9–10; Black, European Warfare, págs. 5–6; Luard, War in International Society, págs. 24–6, 85–92, 135–44, 187; Howard, Causes of Wars, passim; Howard, Weapons and Peace, págs. 7–22; Gunn, 'French Wars', págs. 28–35; Tallett, War and Society, págs. 15–20; Wilson, 'European Warfare'; Glete, War and the State, passim.

91 Galbert de Bruges, Histoire du meurtre, págs. 162–5; Oman, History of the Art of War in the Middle Ages, 1 :443–5.

92 Galbert de Bruges, Histoire du meurtre, págs. 170–6; Oman, History of the Art of War in the Middle Ages, 1 :445; Vitalis, Ecclesiastical History, 6 :376–8.

93 Gillingham, 'Up with Orthodoxy!', pág. 154; Gillingham, 'Richard I and the Science of War', pág. 217; Gillingham, 'William the Bastard', págs. 148–9. Ver también Strickland, War and Chivalry, págs. 101, 103–4, 122.

94 France, Victory in the East, pág. 27.

95 Ver también Vitalis, Ecclesiastical History, 6 :48, 81–2, 238.

96 Novare, 'Estoire de la guerre', section 145, ed. Raynaud, pág. 59.

97 Joinville, Vie, sections 451–6, ed. Monfrin, págs. 222–4. Ver también Bartlett, Assassins, págs. 190–2.

98 Sobre los asesinos, ver capítulo IV. Ver también Lewis, Assassins, págs. 125–34; Bartlett, Assassins, págs. xv, 48–9, 59, 64, 68–9, 74, 78, 90–1, 94, 97–8, 100–1, 107–11, 133–5.

99 Más, Utopia, págs. 111–12.

100 Ver también capítulo 6.

101 Ver nota de Amatus de Montecassino, History of the Normans, V.xxvii, ed. Dunbar, pág. 144.

102 Vitalis, Ecclesiastical History, 6 :76.

103 Vitalis, Ecclesiastical History, 6 :212–14.

104 Galbert de Bruges, Histoire du meurtre, págs. 20–8.

105 Novare, 'Estoire de la guerre', seccciones 127–8, ed. Raynaud, págs. 39–44.

106 Novare, 'Estoire de la guerre', sección 152, ed. Raynaud, págs. 67–8.

[107] Rogers, War Cruel and Sharp, pág. 57.

[108] Sumption, Hundred Years War, 2 :124.

[109] Sumption, Hundred Years War, 2 :205.

[110] Venette, Chronicle, págs. 57–9; Chronique des quatre premiers Valois, págs. 25–8; Froissart, Œuvres, ed. Lettenhove, 18 :350–61; Sumption, Hundred Years War, 2 :205–6.

[111] Ford, Political Murder, pág. 111.

[112] Monstrelet, Chronique, 5 :275–7.

[113] Schertlin, Leben und Thaten, págs. 50–2.

[114] Thomas, Conquest of Mexico, págs. 304–7.

[115] Lockhart, Men of Cajamarca, págs. 6–13; Tracy, Emperor Charles V, pág. 155. Sobre Castilla y Túnez, ver Tracy, Emperor Charles V, págs. 66, 155.

[116] Sobre el uso de los asesinatos en la política italiana renacentista, ver por ejemplo Simon, Renaissance Tapestry, págs. 20, 22–3, 37, 46; Ford, Political Murder, págs. 134–45.

[117] Harari, Renaissance Military Memoirs, pág. 162.

[118] Bartlett, Assassins, págs. 176–7, 182–3; Juvaini, History of the World-Conqueror, 2 :723–5.

[119] Es verdad que, en la moderna cultura política occidental, el asesinato es un método bélico menos efectivo que en la Edad Media, ya que los líderes modernos se parecen más a los jefes de las órdenes militares, reemplazables por escalafón, que a los reyes medievales. No obstante, su uso todavía tiene un potencial enorme, sobre todo fuera de Occidente.

[120] Thomas, 'Importance of Commando Operations', pág. 689.

[121] La Orden Ejecutiva de Ford n.º 11905, del 18 de febrero de 1976, estipula en su sección 5g que «ningún empleado del gobierno de los Estados Unidos puede llevar a cabo, o conspirar para llevar a cabo, asesinatos políticos (texto de Weekly Compilation of Presidential Documents, vol. 12, n.º 8, 23 de febrero de 1976). La Orden Ejecutiva de Reagan n.º 12333 del 4 de diciembre de 1981 estipula en su sección 2.11 que «ninguna persona, empleada del gobierno de los Estados Unidos, o que actúe en su nombre, puede llevar a cabo, o conspirar para llevar a cabo, asesinatos». Las limitaciones que el honor pone al empleo del asesinato se pueden comparar también con las limitaciones que pone al espionaje. Ver Alban, 'Spies', págs. 76–7.

[122] Es de reseñar no solo el rescate pagado por el Inca Atahualpa, sino también el del rey Juan II de Francia, que llegaba a 3 millones de los modernos escudos en oro. Por hacer una comparación, Felipe VI compró toda la provincia del Delfinado por 400 000 écus —escudos franceses— (Rogers, War Cruel and Sharp, págs. 398–9).

[123] Gesta Stephani, págs. 94–5; Prestwich, 'Military Intelligence', pág. 16. Sobre manuales acerca de cómo pueden los líderes escapar de una ciudad asediada o de prisión, ver 'Excerpts of Polyaenus', secciones 52.1–9, ed. Krentz, 2 :976–8; Leon VI, Estratagemas, secciones 20.5–10, ed. Krentz, 2 :1056–68.

[124] Froissart, Chroniques, ed. Luce, 5 :97–8; Venette, Chronicle, págs. 69, 226–7; Sumption, Hundred Years War, 2 :295.

[125] Le Bel, Chronique, 2 :133–9; Istore et Croniques de Flandres, 2 :50, 62–3; Rymer, Foedera, vol. 3, part 1, pág. 8; Sumption, Hundred Years War, 1 :563–4; Tuchman, Distant Mirror, págs. 89–90.

[126] Tuchman, Distant Mirror, págs. 200–3; Neillands, Hundred Years War, pág. 160.

[127] DeVries, 'Gunpowder and Early Gunpowder Weapons', págs. 123–5; Hale, War and Society, pág. 57.

[128] Ver, por ejemplo, Fowler, Medieval Mercenaries, págs. 32, 95; Rogers, Wars of Edward III, pág. 77.

[129] Geary, Furta Sacra, págs. 88–94; Norwich, Venice, 1 :52–4; Hodgson, Early History of Venice, págs. 81–5.

[130] Acerca de numerosos casos de reliquias robadas, ver Geary, Furta Sacra.

[131] Beaune, Birth of an Ideology, págs. 57–62, 176, 331; Jackson, Vive le Roi!, págs. 13, 31–2, 37–8, 176–8, 188–9, 195–6; Schramm, History, pág. 131. En 1793, el gobierno revolucionaro mandó a un enviado especial a Reims para destruir legalmente la ampolla sagrada. Tras la restauración borbónica, se proclamó que lo que habían destruido en 1793 era una falsificación y sacaron el original de su escondite.

[132] Schramm, History, pág. 13; Grant, Independence and Nationhood, pág. 18; Webster, Medieval Scotland, págs. 45–6; Hamilton, No Stone Unturned.

[133] Runciman, History of the Crusades, 3: 53, 59, 68, 74, 161, 169–70; Murray, 'Mighty Against the Enemies of Christ'.

[134] Pizan, Book of Deeds, pág. 132. Para una salida de una guarnición asediada, con intención de destruir las máquinas de guerra de los sitiadores, ver por ejemplo Ambroise, History, líneas 3656– 94, ed. Ailes, 1 :59.

[135] Prestwich, Armies, págs. 287–91; Contamine, War in the Middle Ages, págs. 103–4, 194–6; DeVries, Medieval Military Technology, págs. 127–40; Pounds, Medieval Castle, págs. 109–12; Nicholson, Medieval Warfare, págs. 88–98; Warner, Sieges, págs. 25–32; Hall, Weapons and Warfare, págs. 20–2; Chevedden et al., 'Trebuchet', págs. 66–71; Chevedden, 'Fortifications', págs. 36–8; France, Western Warfare, págs. 119–24; Marshall, Warfare, págs. 212–14; Bradbury, Medieval Siege, págs. 241–70; Rogers, Latin Siege Warfare, págs. 243–8, 251–73; Bachrach, 'Military Administration of England'; France, Victory in the East, págs. 48–50.

[136] Prestwich, Armies, págs. 292–3; DeVries, Medieval Military Technology, págs. 143– 63; Pounds, Medieval Castle, págs. 252–5; Warner, Sieges, págs. 40–3; Contamine, War in the Middle Ages, págs. 138–50, 196–200; Smith, 'Artillery', págs. 151–60; Bradbury, Medieval Siege, págs. 282–95; DeVries, 'Impact of Gunpowder Weaponry', págs. 227–33; DeVries, 'Use of Gunpowder Weaponry', págs. 2–6; DeVries, 'Gunpowder Weapons at the Siege of Constantinople', págs. 347–50, 354–62; DeVries, 'Gunpowder and Early Gunpowder Weapons', págs. 121–35; DeVries, 'Technology of Gunpowder Weaponry', págs. 285–93; Chase, Firearms, págs. 58–65. Para Constantinopla, ver DeVries,

‘Gunpowder Weapons at the Siege of Constantinople’, pág. 359; Hall, Weapons and Warfare, págs. 87–95, 135–46, 151–4.

[137] McRaven, Spec Ops, págs. 13–14.

[138] Neillands, In the Combat Zone, págs. 2, 4; McRaven, Spec Ops, págs. 2, 10, 15–16; Thomas, ‘Importance of Commando Operations’, págs. 689, 696.

[139] Regle du Temple; Glete, War and the State, pág. 128.

[140] Acerca de los regimientos, ver Keegan, History of Warfare, págs. 12–15.

[141] Nicholson, Medieval Warfare, págs. 114–22; Prestwich, Armies, págs. 160, 178–81; Morillo, Warfare, págs. 88–91; Showalter, ‘Caste, Skill, and Training’, págs. 408–11. Sobre las minas a finales del siglo XVI, Wilson, ‘European Warfare’, pág. 180; Eltis, Military Revolution, pág. 19; Roberts, Military Revolution, págs. 14–16; Parker, Military Revolution, págs. 20–3; Parker, Military Revolution, págs. 40–1; Tallett, War and Society, pág. 25; Parrott, Richelieu’s Army, págs. 20–1; Lynn, Giant of the Grand Siècle, págs. 481–4, 515–25; Vaughan, Charles the Bold, págs. 209–10.

[142] Haynin, Mémoires, 1 :215–20.

[143] Ver capítulo VII.

[144] Los soldados a menudo servían durante periodos de tiempo muy largos. Ver, por ejemplo, Prestwich, Armies, págs. 8–9; Showalter, ‘Caste, Skill, and Training’, pág. 416.

[145] Marshall, Men against Fire; Janowitz and Shils, ‘Cohesion and Disintegration’; Van Creveld, Fighting Power; Lynn, Bayonets of the Republic, págs. 21–40, 163–4; Strachan, ‘Experience’, págs. 371–2.

[146] Acerca de las lealtades locales y los fuertes lazos dentro de los retenes militares y otras pequeñas unidades, ver Prestwich, Armies, págs. 41–8; Showalter, ‘Caste, Skill, and Training’, págs. 409–10, 413, 416; Morris, Welsh Wars, págs. 92–3.

[147] De nuevo es preciso recalcar que, a pesar de la importancia de las obligaciones feudales, todos los hombres en la compañía de Fiennes recibían paga por sus servicios militares.

[148] Haynin, Mémoires, 1 :149, 230–1, 2: 100.

[149] Haynin, Mémoires, 1 :14, 59, 130–1, 162, 213, 221–30, 236, 2: 100.

[150] Haynin, Mémoires, 1 :131.

[151] Ver Froissart, Voyage, págs. 89–111. Sobre la cohesión de las fuerzas mercenarias, ver también Fowler, Medieval Mercenaries, passim; Showalter, ‘Caste, Skill, and Training’, págs. 418–19, 422, 425–30; Redlich, German Military Enterpriser, pág. 14 y siguientes; McCormack, One Million Mercenaries, págs. 22, 74.

[152] La Noue, Discours, págs. 341–7.

[153] La Noue, Discours, págs. 343–5. Para una más extensa discusión, ver Parker, Army of Flanders, pág. 177; Harari, Renaissance Military Memoirs, págs. 139–41. Para un ejemplo de perdurable camerada, ver Guyon, Mémoires, págs. 90–1, 94, 106, 109, 135.

[154] Thomas, ‘Importance of Commando Operations’, pág. 706; McRaven, Spec. Ops.,

págs. 2–3, 12, 29–33, 115–16, 163.

[155] Sobre la lentitud de las comunicaciones y sus efectos sobre los procesos de toma de decisión militar, ver Van Creveld, Command in War, págs. 23–6; Arthurson, 'Espionage and Intelligence', pág. 152; Harari, 'Inter-Frontal Cooperation', págs. 380–3.

[156] Fantosme, 'Chronicle', líneas 1702–1840; Prestwich, 'Military Intelligence', pág. 20.

[157] Consideren el papel al que se enfrentaría un historiador del año 2500 que tratase de escribir una historia del asesinato de Kennedy basada en una muestra aleatoria de artículos al respecto escritos a finales del siglo xx.

[158] La Marche, Mémoires, 4 :27. Sobre el mencionado envenenamiento del conde de Moray en 1332, ver también Rogers, War Cruel and Sharp, pág. 35. Sobre el envenenamiento como herramienta militar y política, ver también Collard, 'Assassinant manqué'; Maleissye, Histoire du poison.

[159] Hay que destacar que Ninja, de Turnbull, un estudio sobre las operaciones especiales en el Japón medieval y a comienzos de la Edad Moderna, llega a la conclusión de que las principales actividades de los ninjas y shinobis eran asaltar lugares fortificados, el asesinato, el espionaje, invadir campamentos militares y obstaculizar el movimiento de los ejércitos.

II
La puerta de Oriente Medio: Antioquía, 1098

En 1095, el papa Urbano II convocó la Primera Cruzada, que se convirtió en una de las campañas militares con más éxito y trascendencia de la Edad Media. No solo condujo a la fundación de cuatro principados cruzados en Oriente Medio, sino que también inspiró muchas otras que, en conjunto, provocaron importantes cambios culturales, políticos y económicos tanto en Europa como en la citada región del este.

Sin embargo, en mayo de 1098, la Primera Cruzada —y todo el movimiento cruzado— resultó casi liquidada, pese a los enormes recursos materiales y culturales invertidos en ella. La llamada Cruzada de Campesinos, después de abrir una estela de destrucción a través de Europa Central y Oriental, de masacrar comunidades judías enteras y de saquear a muchos cristianos, fue aniquilada con facilidad por el primer enemigo armado que encontró: los turcos selyúcidas de Nicea (1096). La Cruzada de los Príncipes, más organizada y fuertemente armada, que marchó a Asia al año siguiente, discurrió algo mejor. Después de ayudar a los bizantinos a capturar Nicea, los cruzados derrotaron a un ejército selyúcida en Dorylaeum (1097) y luego marcharon a través de Asia Menor. Encontraron poca resistencia hasta llegar ante las murallas de Antioquía en octubre de 1097. Pero allí la empresa se detuvo en seco.

Antioquía era una de las antiguas metrópolis de Oriente Medio. Fundada como capital del Imperio selyúcida, se convirtió más tarde en la ciudad principal del Levante romano y en uno de los tres patriarcados cristianos originales. Los musulmanes la conquistaron en 637. En 969, soldados cristianos al servicio del gobernador musulmán entregaron varias torres de la muralla a una pequeña fuerza bizantina que, de ese modo, reconquistó la ciudad. En 1085, Antioquía aguantó los asaltos del líder selyúcida Solimán, pero su gobernador armenio, Philaretos, o el hijo de este, se pasó al bando enemigo. Al amparo de la noche, una fuerza selyúcida entró en secreto en la plaza y al alba de la mañana siguiente los ciudadanos

se despertaron bajo el dominio turco.



Toma de Antioquía por los cruzados. Miniatura de Jean Colombe publicada en 1474 en Passages d’outremer*.* Obra de Sébastien Mamerot. Biblioteca Nacional de Francia. Fr. 5594, fol. 59 v.

El Imperio selyúcida se extendía en ese momento desde Afganistán hasta el Mediterráneo, pero, tras la muerte de su gran

sultán Malik-Shah (1092), se derrumbó casi con tanta rapidez como se había formado. Mientras los hijos de Malik-Shah luchaban por la posesión de Persia y Mesopotamia, las porciones del imperio se dividían entre una multitud de parientes codiciosos que pronto se pelearon entre sí, lo partieron y lo recompusieron hasta su fragmentación definitiva en pequeños dominios. Antioquía le tocó en suerte a Yaghisiyan, que había sido nombrado gobernador de la ciudad por Malik-Shah en 1086-1087. En 1097, Yaghisiyan todavía debía lealtad nominal a Ridwan de Alepo, leal, a su vez al atabeg Kerbogah de Mosul, quien era el teniente nominal del distante sultán selyúcida, Berkyaruk. En la práctica, sin embargo, Yaghisiyan utilizó la incesante sucesión de luchas para erigirse como poder independiente dentro del caleidoscopio de Oriente Medio.

Antioquía era potencialmente una excelente base de poder. Aunque en 1097 los desastres naturales y los provocados por el hombre la habían convertido en una sombra de su grandeza anterior, todavía era una sombra más que formidable. Un territorio fértil, rico en trigo, cebada y aceitunas mantenía a una población más numerosa que la de casi todas las demás ciudades de la Siria del siglo XI. El control del río principal de la región, el Orontes, así como el de las principales carreteras que conectaban Siria y Asia Menor a lo largo de la costa mediterránea y por los pasos de las montañas Amanus, la convertían en un núcleo comercial próspero y en un emplazamiento de gran importancia estratégica. Además, era un notable centro religioso para varias sectas cristianas, lo que contribuía tanto a su riqueza como a la potencial influencia de sus gobernantes seculares. La Crónica siria, una obra anónima, la llama con razón «cabeza de toda Siria»[1].

La ciudad estaba también dotada de fortificaciones magníficas (ver la ilustración siguiente). Los bizantinos levantaron aquellas defensas en el siglo VI, en un momento en el que eran los ingenieros militares más expertos de toda Eurasia occidental. Cuando recuperaron el enclave, a fines del siglo X, reconstruyeron sus murallas y lo convirtieron en su base avanzada en Siria y en la fortaleza más formidable de la frontera bizantino-musulmana. Esas defensas sufrieron poco en las décadas siguientes y, al parecer, fueron reparadas varias veces. En 1097, Antioquía se encontraba

rodeada por más de 10 kilómetros de gruesas murallas de unos 12 metros de altura, salpicadas de numerosas torres (360 o 450, según algunas fuentes). La sección noroeste de esa fortificación abrazaba el ancho río Orontes y sus pantanos, mientras que sus secciones sur y sudeste se extendían a lo largo de la cordillera de Casia, zigzagueando arriba y abajo por las empinadas laderas de los montes Iopolis, Silpio y Staurion.

El más alto de los tres, el Silpio, se eleva unos 350 metros sobre la llanura del Orontes. Estaba coronado por una gran ciudadela que dominaba la ciudad y ofrecía una última línea de defensa. Tanto por el lado de las montañas como por el del río, Antioquía era virtualmente inexpugnable a un asalto regular. Las secciones norte y oeste de la pared, que eran considerablemente más cortas, atravesaban la llanura del Orontes. Allí, las fortificaciones se apoyaban parcialmente en dos ríos más pequeños, el Phyrminus y el Onopnictes, y se construyeron particularmente resistentes, con una doble muralla para proteger las secciones más expuestas. Había seis puertas grandes y tremendamente protegidas, junto a una serie de postigos más pequeños que resultaban objetivos difíciles para cualquier atacante, a la vez que facilitaban a los defensores la recepción de suministros y mensajes, así como su propia salida.

No es de extrañar que las defensas de Antioquía dejaran estupefactos a los cruzados, que, en su mayoría, procedían de países que carecían de grandes ciudades y en los que existían sobre todo castillos efímeros de madera. Fulcher de Chartres, por ejemplo, escribe que Antioquía estaba tan bien amurallada que «nunca podría ser tomada por enemigos externos, siempre que los habitantes recibieran vituallas y estuvieran decididos a defenderla»[2]. El jefe cruzado Esteban de Blois, en una carta escrita antes de que cayera la ciudad, la considera «fortificada con una solidez increíble y casi inexpugnable»[3].

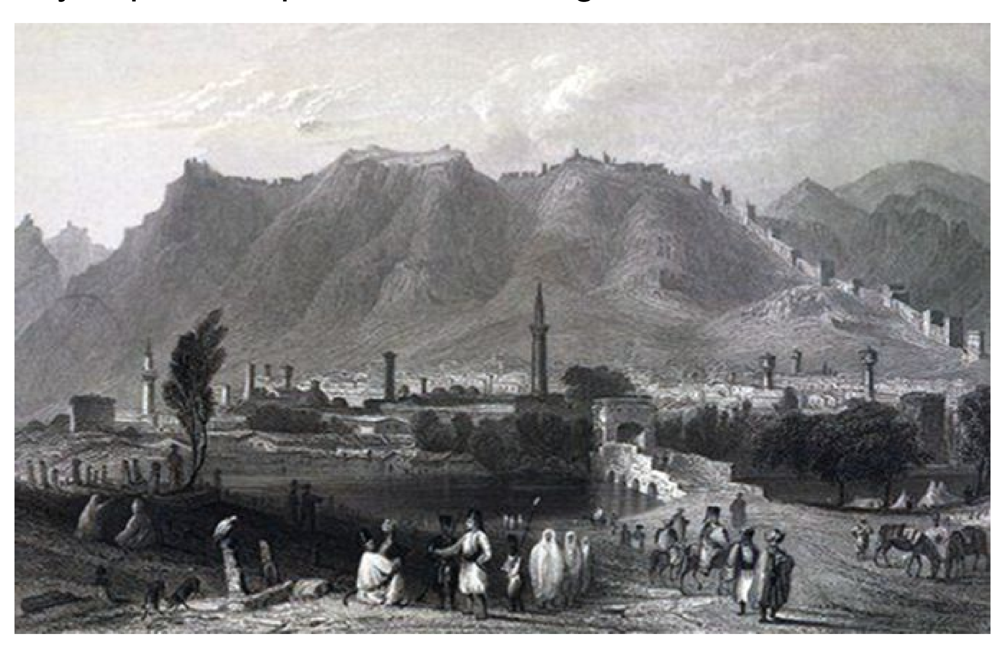
El asedio de los cruzados se mostró completamente inadecuado para la tarea en cuestión. De hecho, ya en Nicea había resultado evidente que el sitio realizado por los occidentales no tendría resultados en una plaza fortificada al estilo bizantino. Los ataques contra esa ciudad se vieron rechazados con un alto precio de vidas

y resultaron inútiles para cortar las líneas de suministro desde el lago Ascanio. Nicea acabó por rendirse a los bizantinos después de que, con astucia, transportasen una flotilla por tierra para hacerse con el control del mencionado lago. Las defensas de Antioquía eran incluso más formidables que las de Nicea, en tanto que la posición de los cruzados era considerablemente más débil. En Nicea, el ejército cruzado, que se hallaba al máximo de efectivos, recibió importante asistencia militar, técnica y logística de los bizantinos, y llevó a cabo la campaña a solo 100 kilómetros de la base amiga de Constantinopla. Cuando los cruzados llegaron a Antioquía, sus fuerzas ya se habían agotado, la ayuda bizantina se había reducido a un goteo y tenían que operar a casi 1000 kilómetros de Constantinopla.

De los 50 000 combatientes que salieron de Nicea, de acuerdo a los cálculos de John France, muchos murieron en el camino o abandonaron el ejército. Otros se separaron del grueso de las tropas y conquistaron varias ciudades y castillos en las áreas cercanas a Antioquía. La fuerza restante aún superaba con creces a la guarnición de la ciudad, que contaba con 5000 hombres, pero no era cuestión de organizar un ataque frontal contra sus murallas. Derribarlas o socavarlas mediante ingenios de asedio y minas estaba más allá de las habilidades de los cruzados, y los escasos y tímidos intentos fracasaron de manera lamentable.

Asediarla por hambre hasta que se rindiera resultaba apenas algo más factible. Estaba bien avituallada y sus muros abarcaban una enorme extensión que incluía no solo barrios residenciales, sino también molinos, huertos, jardines y pastizales. El tamaño de la plaza obstaculizaba igualmente el bloqueo por otro motivo. Como el perímetro de la muralla era tan grande, y dado que el río Orontes y la cordillera de Casia dificultaban la comunicación alrededor de la ciudad, los cruzados no podían arriesgarse a dividir sus fuerzas y amena-zarla desde todos los lados. En vez de eso, se vieron obligados a concentrar sus tropas en el lado norte, y solo mantuvieron un débil bloqueo en los demás accesos, obstruyendo las comunicaciones, pero sin cortarlas por completo. Como argumenta de manera convincente France en su soberbio estudio sobre el asedio, dado que los cruzados difícilmente podían esperar

asaltar o matar de hambre a la ciudad, su política consistió en mantener el sitio el máximo tiempo posible, acosarla lo mejor que supieran y esperar a que «ocurriese algo»[4].



Una vista general de Antioquía desde el otro lado de la puerta del Puente. Dibujo de W. H. Bartlett, grabado por E. Smith, para la obra ilustrada de John Carne, Syria, the Holy Land, Asia Minor. Publicada en Londres por Fisher and Son Co., en 1836.

Podían «ocurrir» varias cosas que pusieran Antioquía en poder de los cruzados, pero las operaciones especiales encabezaban probablemente la lista. Cuando una ciudad no podía tomarse mediante asalto directo, ingenios de asedio, minas o por inanición, este tipo de intervenciones eran la alternativa medieval más probable. Fulcher advierte que, desde el comienzo, los cruzados esperaban rendir Antioquía «por la fuerza o mediante alguna estratagema»[5]. Apoderarse por sorpresa de una puerta, una torre o una sección de las murallas podría tener éxito allí donde un ataque a gran escala o meses de guerra de desgaste fracasaban. A veces eso era posible simplemente gracias a la suerte y la osadía. Sin embargo, más a menudo, tales operaciones solo culminaban con resultados positivos cuando contaban con ayuda desde dentro.

Como se señaló en el capítulo I, los manuales de guerra medievales y clásicos, tanto musulmanes como bizantinos o latinos, recomendaban con regularidad el uso de operaciones especiales durante los asedios, y contemplaban la traición como una de las

mayores amenazas para cualquier fortaleza. Enumeraban una gran cantidad de métodos que un sitiador podía usar para inducir a la traición y tomar una fortaleza por sorpresa, y una cantidad igual de grande de argucias a disposición del comandante sitiado para contrarrestar tal amenaza. Por ejemplo, Estratagemas, de Frontinus, un manual de guerra romano del siglo I que fue muy popular en la Edad Media, sugiere al comandante sitiado simular que las tropas leales se han convertido en traidores. Esos traidores debían conspirar con el enemigo y atraerlo a trampas. Lo cual no solo dañaba de manera directa al rival, sino que, lo más importante, hacía que este desconfiase de los verdaderos traidores. El manual de Vegecio —Epitoma rei militaris—, el tratado militar más influyente de la Edad Media, advertía a los jefes asediados contra varias estratagemas que los atacantes podían usar, tales como fingir retirada y luego volver a la desprevenida población para escalarla de noche, una artimaña famosa, por supuesto, gracias a la Ilíada, y sugerida por muchos otros teóricos militares clásicos, medievales y de principios de la Edad Moderna, como Polyaenus, el emperador León VI, Christine de Pizan, Nicolás Maquiavelo y el señor de Aubigny.

El Manual de guerra de Umar al-Ansarī, del siglo XIV, que recopila la sabiduría de obras musulmanas anteriores, insistía en que la traición era la mejor manera de capturar una fortaleza porque era la más barata. Hacía hincapié en la necesidad de establecer el mayor contacto posible con residentes de la fortaleza sitiada, y recomendaba varias estratagemas y métodos para inducirles a engañar a los suyos. «Sería particularmente beneficioso —escribió —, que uno pudiese atraer a alguno de los capitanes de la guarnición rodeada». En cuanto al comandante sitiado, al-Ansarī refería que lo primero que tenía que hacer era asegurarse la lealtad de sus soldados, prometiéndoles abundantes recompensas y advirtiéndoles contra el enemigo. De forma similar, tenía que ganarse a la gente común mediante la justicia y la munificencia[6].

Incluso sin haber leído tales tratados, a Yaghisiyan le resultaba obvio que los mayores peligros a los que se enfrentaba Antioquía eran las operaciones especiales y la traición desde dentro. El precedente de 969, y aún más el de 1085, debían de pesar mucho

en su ánimo. También recordaría cómo la cercana ciudad de Alepo cayó ante el líder selyúcida Tutush en 1086, cuando el alcaide de una de sus torres dejó entrar a los sitiadores. Los informes de recientes sucesos en Persia solo podían aumentar la ansiedad de Yaghisiyan. En 1090, la inexpugnable fortaleza montañosa de Alamut cayó gracias a una traición en manos de la secta nizarí, que comenzó una campaña de agitación y terror contra el Imperio selyúcida. En unos pocos años, los nizaríes, que eran completamente incapaces de llevar a cabo operaciones de asedio serias, capturaron una gran cantidad de fortalezas en toda Persia por medio de la sedición y la traición. En 1092 se habían vuelto lo bastante audaces y fuertes como para asesinar a Nizam al-Mulk, su principal enemigo y poderoso visir del imperio[7].

Yaghisiyan estaba rodeado de posibles traidores. Había gobernado Antioquía durante poco más de una década y se veía constantemente implicado en complots contra sus superiores y colegas, que conspiraban unos contra otros. Así, en 1095, intentó asesinar al visir Janāh al-Dawla, el verdadero poder tras Ridwan de Alepo. El plan fracasó y, a lo largo de los tres años siguientes, cambió repetidas veces de lealtad entre Ridwan y el hermano y rival de este, Duqaq de Damasco. En tal ambiente, Yaghisiyan no podía sentirse completamente seguro ni siquiera de los integrantes de la guarnición turca. Sabía que la hostilidad religiosa entre musulmanes y cristianos no era suficiente para asegurar la lealtad de los turcos. Cuando Antioquía cayó en manos de los selyúcidas en 1085, entre sus defensores más enconados se incluía una tropa de mercenarios turcos al servicio bizantino que continuaron la lucha incluso después de que la ciudad fuese traicionada.

La población civil resultaba un peligro aún mayor. Antioquía era un enclave populoso, de abrumadora mayoría cristiana. Aunque los cristianos estaban divididos en sectas hostiles entre sí, y muchas de ellas preferían el gobierno relativamente tolerante de los selyúcidas infieles a la dominación más opresiva de los bizantinos «herejes», aún lo consideraban como el menor de dos males. Además de la religión, las barreras de raza, cultura e idioma apartaban a los turcos de la población antioqueña.

Al acercarse los cruzados a Antioquía, los cristianos locales se

rebelaron en varias fortalezas y ciudades próximas; mataron o expulsaron a sus guarniciones turcas y abrieron las puertas a los recién llegados. Para evitar tales rebeliones, Yaghisiyan tomó medidas: expulsó o encarceló a los cristianos que resultaban menos de fiar, incluido el patriarca ortodoxo, y a la mayoría de los restantes les prohibió portar armas, les ordenó no salir de sus casas y limitó estrictamente sus horas de reunión en lugares públicos. Según Fulcher, durante el asedio, mataba a veces a los sospechosos de traición y arrojaba sus cabezas por encima de las murallas con su artillería neurobalística[8]. Ibn al-Athīr da una versión diferente, y asegura que el suspicaz Yaghisiyan expulsó a muchos de los varones cristianos de Antioquía y mantuvo a sus familias dentro de la ciudad como rehenes, pero teniendo mucho cuidado de que no sufrieran daño alguno. Sin embargo, al igual que muchos otros gobernantes musulmanes de su tiempo, Yaghisiyan —que estaba muy necesitado de hombres— conservó a su servicio a algunos soldados cristianos orientales, sobre todo belicosos armenios. De cualquier manera, quedaban suficientes traidores potenciales en Antioquía para alimentar todas sus sospechas.

Las grandes dimensiones de la ciudad, que impedían a los cruzados bloquearla de manera efectiva, también aumentaban su vulnerabilidad a la traición y las operaciones especiales. Con una muralla de 10 kilómetros que abarcaba un área de más de 6 kilómetros cuadrados, y habitada por decenas de miles de personas indiferentes u hostiles, era imposible que Yaghisiyan vigilara de manera estrecha todos los sectores de la ciudad o incluso todas las secciones de la fortificación. Era relativamente fácil para cualquier civil o soldado desafecto comunicarse con los sitiadores sin ser detectado. Aun peor, si se entregaba un lienzo de muro al enemigo: el tamaño de la ciudad implicaba que, antes de que se pudiese organizar un contrataque efectivo, probablemente los asaltantes se habrían hecho fuertes en su interior y entonces su avasalladora superioridad numérica se impondría. A diferencia de las fortalezas del siglo XX, que dependían de un sistema de defensa en profundidad, y también a diferencia del típico castillo medieval, Antioquía era una concha fuerte pero hueca, inmune a asaltos regulares, pero sumamente vulnerable a las operaciones especiales

puntuales.

Por tanto, junto al ataque convencional contra las rutas de suministro y los puntos clave tácticos, el asedio de Antioquía también fue testigo de una lucha clandestina constante. Tanto Yaghisiyan como los líderes cruzados intentaron de manera incesante localizar los puntos débiles de los defensores de la ciudad, el primero para neutralizarlos, los segundos para utilizarlos.

Tal lucha encubierta se vio alimentada por la facilidad y la frecuencia de comunicación entre sitiadores y sitiados. Gente, mercancía e información fluyeron dentro y fuera de la ciudad durante el largo asedio. Los cruzados nunca lograron bloquear todas las salidas. Los turcos, que dependían del caudal de suministro entrante, no pudieron supervisar su tráfico de manera eficiente. Todavía en marzo de 1098, los campesinos y comerciantes armenios y sirios bajaban regularmente de las montañas con provisiones para vender en Antioquía, mientras refugiados y desertores, así como agentes dobles y espías salían constantemente de la ciudad para unirse a los cruzados del exterior. En consecuencia, cruzados y turcos podían espiarse fácilmente unos a otros, y había muchas oportunidades para que los atacantes tratasen de obtener ayuda interna o para que los asediados intentaran atraer a aquellos a una trampa.

Como señala France, Yaghisiyan probablemente esperaba minimizar los peligros de deserción y traición al fomentar el odio religioso y racial entre sitiados y sitiadores. De forma deliberada, hizo que torturaran hasta la muerte a varios prisioneros a la vista del ejército cruzado. En eso, recibió la ayuda involuntaria de los cruzados, que en ocasiones se comportaron no menos cruelmente con sus propios prisioneros y varias veces lanzaron las cabezas cortadas de los turcos muertos a la ciudad. Yaghisiyan también aplicó algunos de los métodos mencionados en los manuales militares de su época para reducir los peligros de la traición. Según Anselm de Ribemont, en algún momento de abril o mayo de 1098, agentes dobles turcos prometieron poner Antioquía en manos de los cruzados. Cuando un grupo de ellos entró en la ciudad, fueron emboscados y aniquilados. Walo de Chaumonten-Vexin, condestable del rey de Francia, que se supone que dirigía la partida,

se contó entre los muertos[9].

Parece que también hubo genuinos traidores y colaboradores. En febrero de 1098, los cruzados capturaron en una escaramuza al hijo de una importante familia turca. Cuando se enteraron de que sus parientes servían como guardianes de una de las torres de la muralla, exhibieron al prisionero ante la posición e informaron a la angustiada familia de que solo podrían recuperar al joven si les entregaban en secreto la torre. La familia ofreció sin rodeos una suma enorme como rescate, pero, cuando su oferta se vio rechazada, entablaron negociaciones clandestinas con los cruzados para traicionar la ciudad. Afortunadamente para Yaghisiyan, su hijo Shams ad-Daulah fue informado de esas conversaciones. Yaghisiyan despojó con rapidez a la familia de su torre y frustró el plan de los cruzados, que se vengaron torturando a su prisionero hasta la muerte frente a las murallas[10].

* * *

Entre los líderes cruzados, uno en particular tenía puestas grandes esperanzas en la guerra clandestina. Se trataba de Bohemundo de Hauteville, vástago de una familia de conquistadores, célebre porque su padre había sido un héroe legendario. Sus antepasados navegaron desde Escandinavia para conquistar lo que luego llegaría a ser Normandía; su padre, el famoso Robert Guiscard, comenzó su carrera como bandido y la terminó como gobernante de Sicilia y el sur de Italia. Bohemundo hizo campaña durante varios años con su progenitor contra los bizantinos, en un intento fallido de conquistar los Balcanes y quizás la propia Constantinopla. Cuando Guiscard murió, el hijo mayor de su segundo matrimonio, Roger Borsa, se apoderó del patrimonio y privó a su hermanastro Bohemundo de la herencia. Varias rebeliones dirigidas por el desposeído no lograron asegurarle más que un pobre predio en el talón de la bota italiana. Sin futuro en su propia tierra, se unió con gusto a la Primera Cruzada, movido menos por motivos piadosos que por las deslumbrantes posibilidades de conquista que le abría tal empresa.

La falta de escrúpulos y la astucia de Bohemundo quedaron de manifiesto por la forma en que tomó el símbolo de cruzado. En el verano de 1096 su hermanastro Roger, con quien estaba

temporalmente en paz, puso sitio al importante puerto de Amalfi. Bohemundo ya había tomado la decisión de unirse a la cruzada, pero mantenía sus intenciones en secreto y de entrada ayudó a Roger a reunir un gran ejército. Cuando este se organizó para asediar la ciudad costera, Bohemundo proclamó su intención de partir hacia el este, y a él se unieron con entusiasmo la mitad de los soldados. Así fue como consiguió un ejército listo para la partida, en tanto que Roger tuvo que levantar el sitio. Es posible que estuviese tan contento de deshacerse de su hermano que le perdonó su doblez.

Durante la marcha hacia Antioquía, y en el largo asedio posterior, Bohemundo se afianzó como el principal comandante de los cruzados. Sin embargo, a pesar de haberse ganado el respeto de amigos y enemigos por igual, también despertaba profundas sospechas. El emperador bizantino en concreto, que había luchado contra él en el pasado, desconfiaba de sus intenciones, suponiendo acertadamente que estaba tratando de establecer otro principado de Hauteville en sustitución del que le había sido arrebatado. La hija del emperador, la princesa Ana Comneno, dejó para la posteridad su impresión acerca de Bohemundo: «Aquel gigante pelirrojo —escribió Ana— era el típico granuja, rápido en cazar las oportunidades al vuelo; superó con creces a todos los latinos que pasaron por Constantinopla en cuanto picardía y coraje, pero, de igual manera, era inferior en riqueza y recursos. Era un trapisondista supremo». Con perspectiva, llegó a la conclusión de que Bohemundo abandonó Italia en apariencia para rezar en el Santo Sepulcro, «pero en realidad para ganar poder para sí mismo»[11].

Antioquía se le presentaba a Bohemundo tanto como un objetivo para sus ambiciones como un desafío para su ingenio. Probablemente, era más consciente que cualquier otro comandante de la cruzada de que la forma más fácil de conquistar un enclave fortificado del calibre de Antioquía pasaba por hallar un corazón traidor. En sus campañas en el sur de Italia y los Balcanes, los normandos solían confiar en la traición y en operaciones especiales para apoderarse de fortalezas, como ocurrió en los casos de Capua (1022), Nápoles (1028), Melfi (1041), Montepeloso (1068) y Salerno (1077). En 1068, Robert Guiscard puso sitio a la ciudad de Bari, la

capital bizantina de Apulia. Durante tres años resistió los ataques de los normandos, hasta que, por último, un líder local les entregó una de las torres de la muralla (1071).

Para Bohemundo, un modelo todavía más apropiado era el asedio de Durazzo, en el que participó personalmente. La ciudad, principal puerto y capital de la Iliria bizantina, estaba sumamente fortificada al mejor estilo de Bizancio. En 1081, Guiscard y Bohemundo la sitiaron juntos. Aguantó nueve meses de asedio, pero podría haber resistido mucho más si un residente veneciano no la hubiera traicionado y entregado a los Hauteville (1082).

Gracias a su experiencia en Italia y los Balcanes, Bohemundo no solo era más proclive que los otros comandantes a depositar sus esperanzas en una campaña encubierta, sino que también estaba mejor preparado para emprenderla. El sur de Italia y Sicilia albergaban una gran población griega, y muchos soldados de ese origen servían de forma habitual en los ejércitos normandos. Sicilia era un país predominantemente musulmán y, durante su conquista, los Hauteville se habían aliado con varias potencias musulmanas y reclutado a miles de soldados de esa religión. Algunos de los viejos gobernantes musulmanes, como Ibn Hamud, antiguo príncipe de Enna, incluso se convirtieron y entraron a formar parte de la nobleza cristiana. No hay evidencia de que ningún musulmán siciliano se uniese a la cruzada de Bohemundo, pero no es imposible que sucediera. Por lo menos, sus contactos musulmanes y griegos le proporcionaban intérpretes muy necesarios[12].

Incluso con los turcos, Bohemundo tenía algo de experiencia. Durante sus campañas en los Balcanes se había enfrentado con frecuencia a los mercenarios turcos del emperador bizantino, reclutados en Asia Menor y parientes cercanos de los turcos antioqueños. Lo vivido en los Balcanes le demostró no solo que los turcos podían servir a los príncipes cristianos, sino también que era factible convencerlos para que desertasen. Tanto combatientes a título individual como contingentes enteros se pasaron a los normandos durante las campañas de principios de la década de 1180.

Por último, cabe señalar que Bohemundo no solo poseía más experiencia en el empleo de soldados cristianos orientales y

musulmanes que cualquier otro líder cruzado, sino que, sin duda, era el menos influenciado por la ideología cruzada y los prejuicios religiosos. Por tanto, gozaba de una gran ventaja práctica y conceptual sobre los otros caudillos en lo que se refiere a entablar contacto con los turcos y los cristianos orientales del interior de Antioquía. La idea de subvertir a los soldados turcos probablemente le vendría a la mente con más facilidad que, por ejemplo, a Godofredo de Bouillon, y tenía a su disposición tanto a los intérpretes como el conocimiento cultural necesario para comunicarse con posibles traidores.

Sabemos de al menos un éxito de Bohemundo en sus esfuerzos solapados durante los primeros momentos del asedio. De alguna forma, persuadió a un soldado turco capaz y enérgico para que desertase y pasara a su servicio. Tal hombre fue bautizado por Bohemundo en persona y adoptó el nombre de su nuevo patrón. Ese «Bohemundo el Turco», según Albert de Aquisgrán, se convirtió en el agente más útil de Bohemundo de Hauteville, que lo usó tanto para espiar como para intentar atraerse a otros miembros de la guarnición[13].



Los líderes de la Primera Cruzada: Godofredo de Buillon; Raimundo de Saint Gilles, conde deToulouse; Bohemundo de Hauteville y su sobrino, Tancredo de Hauteville. Cuando los cruzados llegaron a Antioquía después de conquistar Nicea, sus fuerzas ya se habían agotado y la ayuda bizantina se había reducido a un goteo.

Otros líderes también debieron de dar pasos en la misma dirección, pero, aunque los cruzados sacaron de esa forma ventaja en varios sentidos, para mayo de 1098 todos los planes habían fallado a la hora de conseguir la caída de Antioquía. Y, al tiempo que lograban poco progreso con la lucha encubierta, parecían perder también la convencional. A pesar de que vencieron a dos ejércitos de socorro, enviados por Ridwan de Alepo y Duqaq de Damasco para levantar el sitio, durante todo el asedio fueron incapaces de abrir brecha en las defensas de la ciudad. Y, aunque el sitio prolongado vaciaba lentamente los almacenes del enclave, desangraba su guarnición y minaba su moral, la fuerza sitiadora se consumía a un ritmo más rápido por culpa del hambre y la desesperación. En la Navidad de 1097, los cruzados habían devorado todo el alimento de la campiña circundante y desde entonces se mantuvieron solo con lo que obtenían gracias a incursiones a larga distancia, más los suministros que les llegaba desde el puerto de San Simeón y de ciudades amigas como Edesa. Sin embargo, los abastecimientos que recibían de esas fuentes nunca eran suficientes y la defensa de las largas líneas de aprovisionamiento suponía un alto coste para sus menguantes fuerzas. Cuando enviaban destacamentos para proteger las vías de suministro, eran derrotados a menudo, en tanto que las mermadas tropas que quedaban ante las murallas de Antioquía tuvieron a menudo dificultades para protegerse de las salidas.

Durante el invierno, la posición de los cruzados se deterioró hasta tal punto que menos de mil caballeros conservaban aún caballos para montar y muchos de los soldados de a pie y huestes del campamento morían de hambre y frío. Según Fulcher, subsistieron gracias a una dieta de hierbas silvestres, cardos, caballos, asnos, camellos, perros, ratas, pieles de cuero y grano que encontraban en los vertederos[14]. Según otra fuente, los más pobres incluso se comieron a los musulmanes muertos[15]. El comandante del pequeño contingente bizantino, Tatikios, salió de Antioquía con sus soldados en febrero, en apariencia para ir a pedir ayuda del

emperador; nunca regresó. Varios líderes cruzados también huyeron y los soldados siguieron su ejemplo, desertando cada vez en mayor número.

Ahí donde una turba de mercenarios en su sano juicio o de guerreros nómadas habría abandonado el asedio mucho tiempo antes, los cruzados aguantaron a toda costa, comprando tiempo al precio de sus vidas. Su tenacidad fue tal que es posible que, de haber seguido unos pocos meses más con esa guerra de desgaste, Antioquía hubiese caído ante ellos como un gran árbol estrangulado por una planta trepadora parásita. En marzo y abril de 1098, sus posibilidades se aclararon algo, sobre todo después de derrotar a un ejército de socorro enviado desde Alepo, y endurecieron el bloqueo de la ciudad.

Pero, en mayo de ese mismo año, se les acabó el tiempo. El atabeg Kerbogha de Mosul por fin respondió a las súplicas de Yaghisiyan y, tras reunir un gran ejército en Mesopotamia y Siria, marchó en socorro de Antioquía. Los cruzados parecían estar condenados. Las tropas de Kerbogha eran mucho más numerosas que cualquier contingente con el que se hubieran encontrado hasta ese momento. Si esperaban sin hacer nada, serían aplastados entre ese martillo y el yunque de los muros inexpugnables de la ciudad. Si trataban de salir al paso y atacarlo, tendrían que dividir sus ya de por sí escasas fuerzas o abandonar el asedio.

Los cruzados disfrutaron de un breve respiro cuando Kerbogha decidió retrasarse para sitiar Edesa, en lugar de marchar directamente sobre Antioquía. Su decisión se vio motivada en parte por la necesidad de esperar a las fuerzas que llegaban desde Siria y Asia Menor, y también por el deseo de asegurarse el camino de retirada a Mosul. Pero también respondió a intereses propios. Es poco probable que, en 1098, Kerbogha o su señor supremo, el sultán selyúcida, vieran a los cruzados como una amenaza tan seria para el islam que debiera contrarrestarse con un frente musulmán unido. Hasta ese momento, los cruzados habían probado ser un peligro limitado y varias potencias musulmanas, en particular los sultanes fatimíes de Egipto, incluso estaban dispuestos a aliarse con ellos. Sobre todo, Kerbogha marchaba sobre Antioquía porque vio en la incursión de los cruzados una oportunidad de oro para volver a

imponer su autoridad sobre el salvaje oeste del imperio. Enfrentados a esta nueva invasión, los gobernantes sirios con aspiraciones de independencia estarían por fin dispuestos a acatar su mando.

En consecuencia, Kerbogha no se apresuró a aniquilar a los cruzados. Acampó cerca de Edesa del 4 al 25 de mayo, tal vez iniciara y dejara sin concluir algunas operaciones de asedio, pero dedicó la mayor parte de sus energías a la consolidación de su ejército, así como a negociar con Yaghisiyan y los otros príncipes sirios. A cambio de su apoyo, exigió que Yaghisiyan aceptase sin reservas su autoridad. Hasta que este se sometiese, no movería un dedo para ayudarlo. Yaghisiyan fue demorando el asunto, pero al final convino en ello. Una vez acordados los términos, alrededor del 25 de mayo, Kerbogha levantó el sitio de Edesa y reanudó su marcha hacia Antioquía. No tenía prisa, pero, incluso a paso lento, se esperaba que se presentase en la ciudad el 5 de junio a lo más tardar.



Balduino de Boulogne ocupa Edesa en febrero de 1098. El atabeg Kerbogha de Mosul acampó cerca de la ciudad y amenazó con atacarla del 4 al 25 de mayo de ese mismo año, antes de iniciar las operaciones contra los cruzados que asediaban Antioquía. Obra de Joseph-Nicolas Fleury
realizada en 1840.

La llegada de Kerbogha sembró el terror en los corazones de los cruzados, pero concedió una oportunidad a Bohemundo de Hauteville, que desde hacía tiempo creía tener la llave de la ciudad en el bolsillo. Su agente de confianza, Bohemundo el Turco, había contactado con uno de los capitanes de la guarnición, un hombre llamado Firuz, en algún momento del invierno o la primavera de 1098. Firuz era el guardián de una sección del muro que contenía una torre llamada Dos Hermanas (o Kashkaruf) y tal vez dos torres adyacentes también. Cosa curiosa, Dos Hermanas se encontraba aproximadamente en la misma sección que las torres que fueron entregadas a traición a los bizantinos en 969. Firuz mostró cierta disposición a entablar negociaciones secretas con Bohemundo; Bohemundo el Turco y quizás otros mensajeros de confianza iban y venían de uno a otro, con propuestas sediciosas, promesas e informaciones. Según Ana Comneno, Firuz y Bohemundo incluso llegaron a entrevistarse en persona, el primero inclinado sobre el parapeto y el segundo engatusándolo desde abajo, como el zorro de la fábula halaga al cuervo.

La historia de estos contactos se narra con más detalle en una crónica escrita poco después de los acontecimientos por un caballero normando del sur de Italia, uno de los seguidores de Bohemundo, y que es conocido por los eruditos modernos (al igual que por muchos de sus colegas cronistas medievales) como el Anónimo. Según su relato, Bohemundo le prometió a Firuz que lo bautizaría y le otorgaría grandes riquezas y honores, y Firuz acabó por aceptar, asegurándole que, en señal de su amistad y a cambio de las recompensas prometidas, le entregaría Dos Hermanas y le abriría el paso a Antioquía.

Los investigadores modernos no se toman la historia del Anónimo al pie de la letra y se han esforzado por determinar quién era realmente Firuz y qué motivó sus acciones. En 1098, Bohemundo tampoco podía saber si la historia de Firuz era cierta y qué había realmente detrás de los mensajes que llegaban de

Antioquía. Sin embargo, a diferencia de los eruditos modernos, el cruzado apostaba su cabeza a la respuesta. Si hacía bien las cosas, tendría Antioquía servida en bandeja; si se equivocaba, como hizo el condestable Walo, se metería junto con sus hombres en otra trampa selyúcida.

No tenemos certeza de cómo Bohemundo y Bohemundo el Turco llegaron a confiar en Firuz, pero la multitud de historias contrapuestas y originales que nos han llegado apuntan que no fue nada fácil. Las fuentes atribuyen a Firuz diferentes nacionalidades, diversas ocupaciones e incluso nombres divergentes de los que le dio el Anónimo. Así, algunos argumentan que era armero, mientras otros dicen que era un fabricante de corazas, un secretario de Yaghisiyan, un rico antioqueño o una combinación de todos estos. En cuanto a sus motivos, aunque la mayoría atribuye su acción a la avaricia, hay versiones diferentes. Una explica que Bohemundo había capturado al hijo de Firuz, y que este aceptó traicionar a la ciudad a cambio de la vida de su vástago. Otras historias afirman que sus acciones fueron resultado de una visión divina que tuvo o de una disputa personal con Yaghisiyan. Aquellos que, como Guillermo de Tiro, afirman que Firuz era armenio, explican que actuó motivado sobre todo por el deseo de liberar Antioquía de los infieles y recuperarla para la cristiandad. El citado Guillermo de Tiro agrega un motivo más, no contrastado por ninguna otra fuente: Firuz habría descubierto que su esposa le engañaba con uno de los principales lugartenientes de Yaghisiyan.

A día de hoy, no podemos estar seguros de qué versión es la correcta. Con toda probabilidad, tampoco Bohemundo tendría esa certeza. Pero decidió apostar y confiar en Firuz. En 1098, Bohemundo ya tenía alrededor de cuarenta años y había sufrido demasiadas decepciones en la vida. Si iba a seguir los pasos de sus antepasados y pasar como conquistador a la posteridad, esta parecía ser su última oportunidad y a ella se aferró.

Una vez convencido de la fiabilidad de Firuz, Bohemundo, ya en abril o a principios de mayo, convocó a una conferencia al resto de líderes cruzados. Mostrándose inusualmente feliz y satisfecho consigo mismo, se guardó la buena noticia y, en vez de anunciarla, disertó sobre la desesperada situación en la que se encontraba el

ejército. Luego, manteniendo el as en la manga, les ofreció a los otros caudillos un trato. Hasta ese momento, las diferentes unidades del ejército habían sido dirigidas por sus respectivos señores, sin ningún comandante en jefe supremo. Dada su precaria posición, ahora tenían que nombrar a uno de ellos comandante principal y, si este de alguna manera lograba conseguir la caída de la ciudad, debería ser recompensado con el señorío sobre ella.

Así como Kerbogha no estaba dispuesto a salvar Antioquía tan solo por un imaginario bien común del islam, tampoco Bohemundo estaba por la labor de conquistar la plaza por un bien común de la cristiandad igualmente imaginario. Sin embargo, los otros líderes, aún ignorantes de la llegada de Kerbogha y recelosos de la astucia y las ambiciones de Bohemundo, rechazaron de manera rotunda su oferta. Es posible que supusieran que había conseguido dar con un traidor en la ciudad, pero todavía no estaban desesperados. Incluso si Bohemundo hubiese logrado contactar con un traidor, nadie podría estar seguro de que no fuera tan solo otra trampa y, en cualquier caso, esa no era razón suficiente como para dejar que cosechase en solitario los frutos de un asedio tan arduo. Bohemundo se tragó la amarga píldora y se guardó su secreto para sí. Tenía paciencia y astucia.

Así estaban las cosas cuando, alrededor del 10 de mayo, se difundió la noticia de la llegada de Kerbogha. Los líderes cruzados celebraron a toda prisa otro consejo, y al igual que Yaghisiyan al final capituló ante las demandas de Kerbogha, ellos lo hicieron ante Bohemundo[16]. Prometieron que, si era capaz de tomar Antioquía, la ciudad sería suya, siempre que el emperador bizantino, que era su legítimo señor, no se presentase y la exigiera.

Según Ana Comneno, durante el consejo de guerra que entregó a Bohemundo el mando del ejército, el normando no llegó a compartir todavía su secreto con los otros líderes, pero sí explicó su estrategia, en forma de insinuación, con las siguientes palabras:

> No todas las victorias son otorgadas por Dios a través de la espada, ni tales resultados se logran invariablemente en el combate. Lo que el cerco de la guerra no consigue, a menudo se obtiene tras la negociación... En mi opinión, es un error perder nuestro tiempo sin ningún sentido; deberíamos apresurarnos a idear algún plan sensato y audaz para salvarnos antes de que llegue Kerbogha. Sugiero que cada uno de nosotros haga todo lo posible para ganarse al bárbaro que vigila su sección

asignada [de la muralla]. Antioquía será el premio del vencedor[17].

Las palabras son de Ana, pero bien pueden reflejar el espíritu de la política propuesta por Bohemundo[18].

Según Alberto de Aquisgrán y Guillermo de Tiro, en la reunión decisiva, Bohemundo reveló por fin a los líderes más importantes que tenía un colaborador de confianza en la ciudad, pero que no iba a hacer nada a menos que antes le prometieran Antioquía. Si no querían darle la ciudad, podrían intentar encontrar traidores por su cuenta.

Conseguido de una u otra forma lo que pretendía de sus compañeros, Bohemundo se encontró de lleno en una reñida carrera con Kerbogha por hacerse con Antioquía. Contaba con una ligera ventaja, porque, en ese momento, Yaghisiyan todavía postergaba su sumisión y Kerbogha aún lanzaba zarpazos en los alrededores de Edesa. Pero el tiempo, obviamente, era escaso.

Comenzó su mandato como comandante supremo deteniendo todas las acciones militares. Desde mediados de mayo hasta principios de junio, los cruzados parecieron estar paralizados. France sugiere que pudo haber una tregua real con Yaghisiyan en ese periodo. No está claro si se concertó tal tregua, pero es cierto que no se realizaron ataques a la desesperada contra la ciudad, no se construyeron ingeniosas máquinas de asedio y no se realizó ningún esfuerzo especial para bloquear Antioquía e impedir la comunicación entre la ciudad y Kerbogha. Bohemundo sabía que ya era demasiado tarde para eso. La única esperanza de los cruzados reposaba en Firuz y todo se orientó a garantizar las condiciones óptimas para un coup de main. Detener todos los movimientos ofensivos y tal vez negociar una tregua temporal ofrecía dos ventajas importantes. Primero, daba la impresión de que los cruzados estaban desmoralizados, y eso hacía que la guarnición bajase la guardia. En segundo lugar, facilitaba las comunicaciones con la ciudad, que ahora eran de vital importancia.

Porque era el momento de que Bohemundo comprobase si Firuz era tan bueno como su palabra; su promesa de traicionar Antioquía la había hecho antes de que se difundiese la noticia de la llegada de Kerbogha. ¿Cumpliría lo convenido ahora que el próximo alivio de la ciudad era casi seguro? Mientras el resto del ejército permanecía

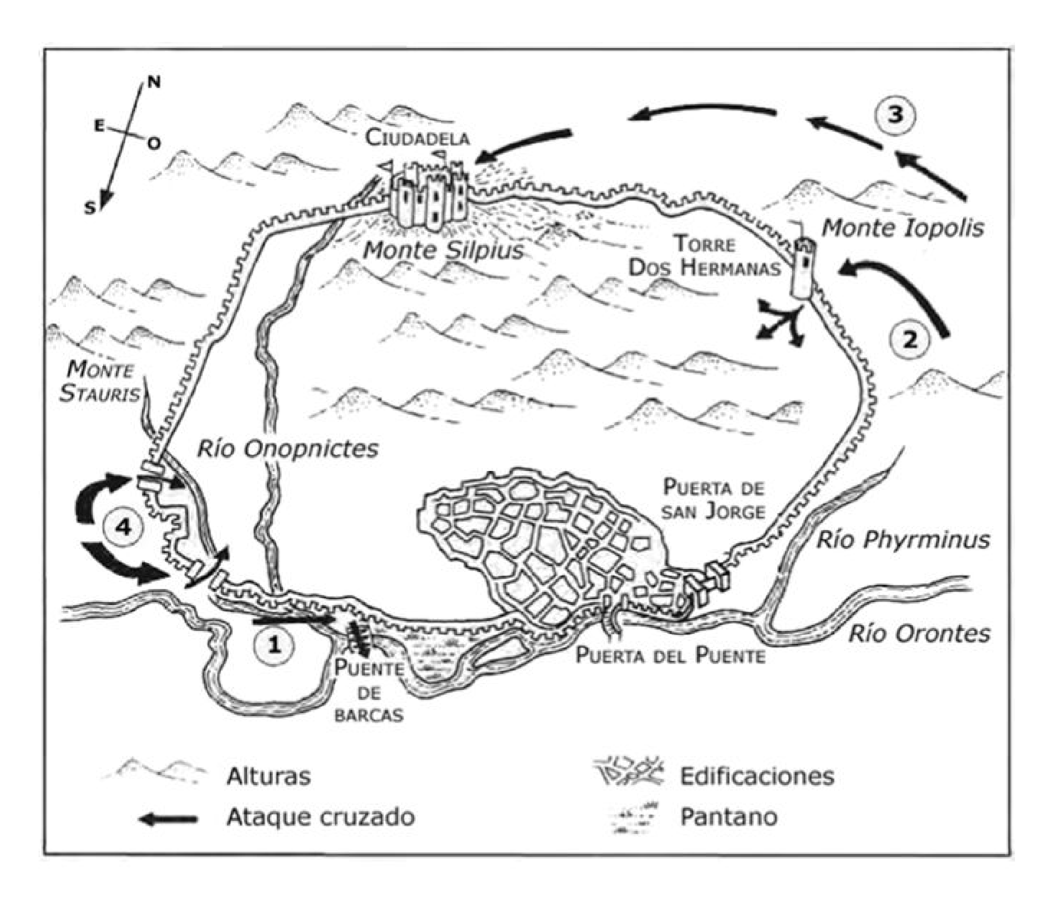
inactivo, Bohemundo enviaba mensajes diarios a Firuz; sumaba halagos sobre halagos y promesas sobre promesas. En el último momento, cuando Kerbogha estaba a solo tres días de marcha de Antioquía, Firuz aceptó. Todavía receloso de una trampa, Bohemundo solicitó alguna garantía de su lealtad. En respuesta, envió a su hijo. Si Firuz traicionaba a Bohemundo, la vida de su descendiente estaría perdida. No hace falta decir que, en tal eventualidad, todo el ejército cruzado estaría también sentenciado.

La operación se programó para la noche del 2 al 3 de junio. La torre de Dos Hermanas estaba situada en el lado sur de la ciudad, en las laderas del monte Silpio, aproximadamente a mitad de camino entre la puerta de san Jorge y la ciudadela (ver mapa 1 en la página siguiente). Por lo tanto, se hallaba en el lado opuesto al campamento principal de los cruzados, en una zona montañosa y despoblada, accesible solo a pie e incluso eso también con dificultad. Esto implicaba que a los cruzados les resultaría problemático llegar hasta allí, pero también que nadie esperaría un ataque desde ese punto. Tomando ejemplo de Homero y de Vegecio, Bohemundo y Firuz idearon juntos el siguiente plan: Después de semanas de inactividad, una gran fuerza se pondría en movimiento y fingiría abandonar Antioquía hacia el norte, como si se dirigieran a alguna misión importante. Los vigías de la muralla, y cualquier explorador de avanzada que Kerbogha pudiese haber enviado, contemplarían tal movimiento y, con suerte, supondrían que los cruzados huían, se daban una última oportunidad de saquear el campo o, más probablemente, se ponían en marcha para enfrentarse a Kerbogha.

Después, al amparo de la oscuridad, el contingente se reforzaría para acercarse a Antioquía por su lado sur. Mientras el cuerpo principal esperaba escondido en el terreno montañoso, una pequeña tropa, tal vez 700 hombres, se acercaría sigilosamente al monte Silpio. Dichos efectivos se dividirían en dos partes. La más grande, liderada por Bohemundo, tomaría Dos Hermanas con la ayuda de Firuz. Se desplegaría con rapidez, se haría con el control de una sección de la muralla lo más amplia posible, y, en particular, aseguraría al menos una de las puertas posteriores más cercanas. Mientras tanto, el grupo más pequeño, liderado por Godofredo de

Bouillon, subiría más arriba por la montaña y se escondería cerca de la ciudadela. Una vez que Dos Hermanas estuviera en poder de los cruzados, un toque de cuerno daría la señal al grupo de Godofredo, que intentaría asaltar la ciudadela. Al mismo tiempo, el ejército principal también avanzaría, y entraría en Antioquía escalando la muralla y, con suerte, a través de algunas puertas capturadas.

Una vez trazados sus planes, Bohemundo los compartió con algunos líderes cruzados y varios de sus hombres de más confianza. Al resto, incluidos algunos caudillos como Tancredo, se les mantuvo de momento en la ignorancia[19]. Uno de los seguidores de Bohemundo, apodado Cuervo Malo, rondó por el campamento y animó a todo el mundo a prepararse para una expedición contra el ejército de Kerbogha. A la exhortación del obispo Adhemar de Le Puy, que estaba en el secreto, los cruzados —muchos de los cuales habían dejado de afeitarse en las semanas anteriores debido al cansancio— se rasuraron la barba «a la manera de los francos»[20]. Lo hicieron para poder distinguirse entre ellos durante el planeado ataque nocturno, ya que los turcos y los cristianos orientales, por lo general, lucían barba.



Mapa 1. El asalto de Antioquía, 2-3 de junio de 1098. *(1) La fuerza de los cruzados abandona el campamento principal y cruza el Orontes por el puente de barcas. (2) El grupo de avanzada de Bohemundo se infiltra en Antioquía a través de Dos Hermanas y abre el paso a la ciudad. (3) De forma simultánea, un pequeño grupo de asalto bajo el mando de Godofredo de Bouillon intenta sorprender la ciudadela. (4) Los cruzados en el campamento principal se enteran de la caída de la ciudad e invaden Antioquía por las puertas cercanas.*

De acuerdo con el plan, los cruzados primero fingieron alejarse de Antioquía, para después duplicar su número al amparo de la oscuridad. Mientras el cuerpo principal se mantenía escondido a cierta distancia de las murallas, las dos partidas de descubierta, comandadas por Bohemundo y Godofredo, avanzaron. Incluso aquellos que todavía disponían de caballos los dejaron atrás. El terreno que tenían por delante era demasiado escabroso y, de todas formas, los animales habrían hecho mucho ruido. Los compañeros de Godofredo, al parecer informados previamente de su objetivo, comenzaron a escalar el monte Silpio, subiendo y bajando por valles y abruptos precipicios. Cuando llegaron al pie de la ciudadela, se detuvieron en algún escondrijo a hacer sus últimos preparativos y a esperar el toque del cuerno desde Dos Hermanas. Mientras tanto, la partida de Bohemundo se dirigía hacia la torre de Firuz. El Anónimo,

que era miembro de este grupo, no proporciona ninguna información sobre cómo fueron elegidos los integrantes o qué se les dijo. Debían conocer ya su objetivo, sobre todo porque llevaban una escalera con ellos. Según Alberto de Aquisgrán, Bohemundo el Turco los condujo a través de estrechos senderos, ya que se había familiarizado con el área tras semanas o meses de entrar y salir en secreto de Dos Hermanas. Firuz tampoco durmió esa noche. Desde lo alto de su torre, oteaba el terreno a sus pies.

Alrededor de las 3 de la madrugada del jueves 3 de junio, los cruzados ocupaban sus puestos. El momento debía ser el exacto, porque Yaghisiyan había tomado precauciones. El prefecto de la guardia, acompañado por varios hombres de confianza, hacía rondas por la muralla y comprobaba que los centinelas no estuvieran dormidos ni maquinaran una traición. Bohemundo envió por delante a un intérprete lombardo de su séquito que conocía muy bien el griego. Se deslizó hasta el pie de Dos Hermanas y encontró a Firuz mirando con ansiedad por la ventana de la torre. Intercambiaron algunas palabras y Firuz le informó de que tenían que permanecer ocultos hasta que vieran pasar la lámpara del prefecto, para, a continuación, apresurarse a subir a la torre y asegurar el muro antes de su regreso. El lombardo volvió a informar a Bohemundo. Al cabo de un rato, en efecto, vieron una lámpara que se acercaba a lo largo de la muralla, pasaba por la torre y continuaba la ronda. Al fin había llegado el momento de comprobar si Bohemundo tenía razón al confiar en Firuz. El caudillo cruzado se dirigió a sus hombres brevemente. «Id —recordaba el Anónimo que dijo—, fuertes de corazón y con un solo pensamiento, y subid por la escalera a Antioquía, que, si a Dios le place, la tendremos en nuestro poder en un santiamén»[21].

La primera oleada de asaltantes se escabulló hasta la base de la torre. Una voz desde arriba les avisó de que todo estaba despejado y debían proseguir. Con la ayuda de cuerdas que les lanzaron desde la torre, apoyaron la escalera en la pared y la aseguraron con firmeza a las almenas. Un hombre llamado Fulcher o Gouel fue el primero en salvar la muralla. Tras él, uno a uno, los cruzados treparon por los peldaños y se colaron en la torre (ver ilustración de la página siguiente). Por un error de cálculo u otro motivo, solo

llevaban una escalera y el sinsentido de tal decisión quedó pronto de manifiesto. Era noche cerrada, la pared tenía unos 12 metros de altura, los cruzados iban cargados con armas de acero y tenían que tomar extremas precauciones para evitar que el tintineo del sonido del metal alertase a la guarnición. Además, los hombres aún temían una traición y, al parecer, no se mostraban en exceso ávidos de subir por la escalera. En consecuencia, la operación progresaba con lentitud casi insoportable, ya que una sola fila de hombres subía cautelosamente los peldaños.

El mismo Bohemundo se quedó abajo, pues tal vez sospechaba una trampa. Al cabo de largos y agónicos minutos, cuando solo unos sesenta cruzados habían culminado el ascenso y ocupado Dos Hermanas y las dos torres adyacentes, los nervios de Firuz saltaron. ¿Qué tipo de operación llevaba a cabo Bohemundo? ¿Trataba de matarlos a todos? Aunque procurasen ser silenciosos, pronto advertirían su presencia. Un soldado desafortunado que entrechocase su espada contra un escudo o un hombre que perdiese pie en la oscuridad podría alertar fácilmente a las torres vecinas de lo que sucedía. En cualquier caso, no pasaría mucho antes de que llegase la próxima ronda del prefecto. Si querían capturar Antioquía, tenían que moverse más rápido.



La traición de Antioquía. *Bohemundo y sus compañeros suben por la escalera de madera y entran de uno en uno en la torre Dos Hermanas. La pared tenía unos 12 metros de altura y los cruzados iban cargados con todas sus armas.* Biblioteca Nacional de Francia. Fondos franceses 9083, fol. 52.

Dando rienda suelta a sus sentimientos, Firuz espetó, al parecer en griego, a los cruzados que ya se escondían en la torre: «¡Tenemos aquí muy pocos francos! ¿Dónde está ese héroe, Bohemundo? ¿Dónde está ese héroe invencible?». Uno de los hombres bajó la escalera, lo que retrasó aún más la operación, y corrió hacia su líder para decirle por lo bajo: «¿Por qué te quedas aquí parado, señor, si es que tienes sangre en las venas? ¿Qué viniste a conseguir? ¡Mira! ¡Ya hemos tomado tres torres!». Herido por la reprimenda y reconociendo la razón que encerraba, Bohemundo se armó de coraje, ordenó un asalto total y subió en persona la escalera. Sus compañeros lanzaron su grito de batalla, ¡Deus vult! (¡Dios lo quiere!), y subieron tras él. Salieron de Dos Hermanas para tomar por sorpresa las torres cercanas y matar a todos sus ocupantes, incluido un hermano de Firuz y puede que también el prefecto de la guardia. En ese momento, se rompió la

escalera[22].

La inexplicable falta de previsión que les había hecho lanzarse al ataque con tan solo una escalera amenazaba con dar al traste con toda la operación. Por suerte para los cruzados, había un portillo cerca de la torre de Firuz. Cuando los hombres que habían salido de Dos Hermanas aseguraron el área desde el interior, los que seguían fuera buscaron a tientas en la oscuridad hasta dar con la entrada. Todos a una, rompieron la pesada puerta. La mayoría de los 700 integrantes de la partida de avanzada pudieron por fin entrar en Antioquía, y pronto les siguió el ejército principal, que se apresuró a acudir en su ayuda lo más rápido posible.

Al romper el alba, la plaza se despertó aterrorizada. Anónimo recordó cómo «se alzaron los gritos de innumerables personas, que hicieron un ruido increíble por toda la ciudad»[23]. Los cruzados se desparramaban con rapidez por el interior, masacrando a la guarnición y a muchos civiles. De acuerdo con Alberto de Aquisgrán, algunos de los cristianos de Antioquía se unieron a los asaltantes, ya fuese espontáneamente o por algún arreglo previo. Sin embargo, los cruzados dieron muerte a muchos más civiles cristianos que a turcos armados: un total de 10 000 personas, según Alberto. Guibert les excusa y dice que, en la oscuridad, era imposible distinguir a un cristiano oriental de un turco, ya que vestían la misma ropa y eran por igual barbudos (lo que no explica, obviamente, la matanza de mujeres y niños). El afeitado ordenado por el obispo Adhemar mostró su utilidad a la hora de evitar que los frenéticos cruzados se mataran unos a otros.

Las tropas que habían quedado en el campamento despertaron con los sonidos del combate y se asombraron al ver el estandarte color rojo sangre de Bohemundo ondear sobre la muralla. Acudieron a la carrera para unirse con rapidez a la refriega. A mediodía, las calles de la ciudad estaban cubiertas de muertos y el hedor de los cadáveres, ya putrefactos por culpa del calor veraniego de Oriente Medio, comenzó a emponzoñar el aire.

Antioquía estaba perdida. Pero los cruzados no pudieron asegurar la ciudadela. La operación había sido una cuestión de tanteo desde el principio, y las demoras en Dos Hermanas no mejoraron las cosas. Al parecer, solo tocaron el cuerno después de

que el grupo de Bohemundo asegurase el portillo y, para entonces, los guardias de la ciudadela ya estabn prevenidos. Es posible que los alertasen los ruidos procedentes de Dos Hermanas, o que simplemente estuvieran haciendo bien su trabajo. Parece que rechazaron el ataque inicial de Godofredo con facilidad. Bohemundo reunió una fuerza más grande e hizo otro intento, pero los defensores se mantuvieron firmes y el caudillo suspendió el asalto tras ser herido por una flecha.

Los miembros de la guarnición que pudieron huyeron a la ciudadela o escaparon de la ciudad. Yaghisiyan, que pensó erróneamente que la ciudadela también había caído, estaba en el último grupo. Cabalgó hacia el sur con algunos de sus hombres hasta agotar a los caballos. Se refugiaron en una aldea, pero cuando la población local de armenios y otros cristianos del este los identificaron, capturaron a su antiguo señor, lo decapitaron y enviaron la cabeza cortada como regalo a Bohemundo. Según otra versión, después de andar varios kilómetros, Yaghisiyan estaba tan abrumado por el dolor ante la idea de la pérdida de la ciudad, y por la casa y los niños que había dejado atrás, que cayó desmayado y permaneció tendido hasta que un armenio que pasaba le reconoció, le cortó cabeza y se la llevó como trofeo a Bohemundo. De cualquier manera, cuando Kerbogha llegó dos días más tarde, descubrió que había perdido la carrera.

La caída de Antioquía en la madrugada del 3 de junio no debe considerarse fortuita o accidental, como afirman algunas versiones modernas. Como demuestran las páginas anteriores, en este tipo de enfrentamientos era muy común capturar bastiones mediante operaciones especiales, y la organización de esas misiones era parte de los esfuerzos integrales del asedio, tanto como construir ingenios o imponer un bloqueo. Por supuesto, era imposible tener la certeza de que se hallaría un traidor o algún otro eslabón débil en la defensa, pero era igual de imposible estar seguro de que las máquinas de guerra derribarían la muralla o de que el cerco lograría matar de hambre a los defensores.

* * *

Las cuitas de los cruzados no terminaron con la muerte de

Yaghisiyan o la captura de Antioquía. Aunque su situación mejoró en algunos aspectos, la ciudadela todavía resistía y Kerbogha seguía invicto. Incapaces de enfrentarse a él en campo abierto, los cruzados se encerraron en Antioquía, y del 5 al 28 de junio se vieron sitiados. Tuvieron que luchar a la desesperada contra el ejército de aquel, apostado en el exterior, y al mismo tiempo contra la ciudadela. Solo la gran victoria que lograron sobre Kerbogha en la consiguiente batalla de Antioquía acabó por salvarlos, condujo a la rendición de la ciudadela y abrió el camino hacia Siria y Tierra Santa. Con posterioridad, Antioquía se convirtió en la capital de un principado normando, gobernado por Bohemundo y sus descendientes. Otros dos principados francos, Edesa y Trípoli, surgieron al este y al sur de Antioquía, mientras que en Tiera Santa los cruzados crearon el Reino de Jerusalén, destinado a perdurar, de una forma u otra, durante casi dos siglos.

A pesar de no haber tomado la ciudadela, y aunque se necesitó otra gran batalla para salvar a los cruzados y abrir el camino hacia el sur, la acción que capturó Antioquía fue una de las operaciones especiales más importantes y de más éxito de la Edad Media. De no ser por ella, los cruzados no habrían tomado la ciudad y habrían tenido que luchar contra Kerbogha en batalla campal y con una guarnición enemiga intacta a sus espaldas. En tales condiciones, las posibilidades de derrotar a Kerbogha habrían sido considerablemente menores, y es muy probable que la primera y última cruzada hubiera terminado en una ignominiosa derrota ante los muros de Antioquía.

Seguramente no habrían llegado a organizarse más campañas después de un desastre tan colosal. Cuando varias cruzadas posteriores fracasaron, los contemporáneos siempre recurrieron al ejemplo de la primera para incentivar nuevos esfuerzos. Pero si esa expedición inicial hubiera sido eliminada sin logro alguno, es más que probable que los europeos del siglo XI hubiesen llegado a la conclusión de que habían cometido un error y de que Dios, simplemente, no lo quería. Las cruzadas fueron una empresa histórica bastante complicada de acometer, y además de no existir suficientes condiciones estructurales que obligaran a los ciudadanos de Europa a realizar tales expediciones, las que se dieron eran, en

realidad, obstáculos para ello.

Por lo tanto, si Firuz no hubiera cometido traición para entregar Antioquía a Bohemundo y si los cruzados no hubieran salido tres semanas después de la ciudad para derrotar a Kerbogha, es probable que las cruzadas a Oriente Medio hubieran concluido como las incursiones vikingas a América: convertidas en poco más que una curiosa anécdota que no demostraría nada, excepto que los europeos medievales emprendían proyectos sumamente irracionales de tanto en tanto, desafiando cualquier realidad objetiva[24].



Roberto de Normandía combate en el exterior de Antioquía con las tropas de Kerbogha. La victoria de los cruzados permitió la continuación de las campañas en Tierra Santa Obra de Jean Joseph Dassy
realizada en 1850.

Notas

[1] ‘First and Second Crusades’, pág. 70.

[2] Fulcher of Chartres, Historia Hierosolymitana, 1.15.2, ed. Hagenmeyer, pág. 217.

[3] Stephani … epistolae, pág. 888.

[4] France, Victory in the East, pág. 227.

[5] Fulcher of Chartres, Historia Hierosolymitana, 1.15.5, ed. Hagenmeyer, pág. 218.

[6] Al-Ansarī, Muslim Manual of War, págs. 114–15, 120–2; Frontinus, Stratagems, libro 3, ed. McElwain, págs. 205–66; Vegetius, Epitome, 4.24–30, ed. Milner, págs. 128–31; ‘Excerpts of Polyaenus’, secciones 31.6–7, 31.12, 33.2, 36.1, 36.6–7, 54.1, 54.3, 55.2,

ed. Krentz, 2 :928–30, 938–40, 944, 978–80, 986; León VI, 'Estratagemas', secciones 2.1–2.2, ed. Krentz, 2 :1014–15; Pizan, Book of Deeds, pág. 137; Machiavelli, Art of War, 7.92, 95, 105, 114, ed. Lynch, págs. 151–3; Au-bigny, Traité, pág. 22. Ver también cp. 1 n. 50.

[7] Juvaini, History of the World-Conqueror, 2 :674–8; Bartlett, Assassins, págs. 44, 56–9, 92.

[8] Fulcher of Chartres, Historia Hierosolymitana, 1.15.10, ed. Hagenmeyer, pág. 221.

[9] Anselmi … epistola, pág. 892; Gilo de París, Historia, pág. 750; Guibert de Nogent, Dei Gesta per Francos, 7.33, ed. Huygens, pág. 332; Historia Gotfridi, págs. 472–3; Balduini III …, pág. 160; Roberto el Monje, Historia Iherosolimitana, págs. 794–5. Según algunas crónicas, sin embargo, los turcos acordaron una tregua temporal y Walo murió cuando aquellos rompieron a traición la tregua y atacaron a su partida.

[10] Sobre este episodio, ver Alberto de Aachen, Historia Hierosolymitana, pág. 378. Para una escena de ficción en el romance caballeresco del siglo XII, Roman de Thèbes, que probablemente se basa en este episodio, ver Sanok, 'Almoravides at Thebes', pág. 286. Sobre otros posibles complots, ver France, 'Fall of Antioch', pág. 17; France, Victory in the East, pág. 244.

[11] Ana Comneno, Alexiad, 10.11, ed. Sewter, págs. 328–9.

[12] Ver también Rogers, Latin Siege Warfare, págs. 100–2.

[13] Sobre musulmanes y musulmanes conversos que se unían a los cruzados, ver Kedar, Crusade and Mission, págs. 73–4; Kedar, 'Subjected Muslims'; Harari, 'Military Role', págs. 102–5.

[14] Fulcher de Chartres, Historia Hierosolymitana, 1.16.2, ed. Hagenmeyer, págs. 225–6.

[15] Gesta Francorum expugnantium Iherusalem, pág. 498.

[16] France argumenta, apoyándose en el testimonio de Alberto de Aquisgrán, que los jefes cruzados dieron el mando supremo a Bohemundo el 29 de mayo. Sin embargo, las pruebas no son concluyentes. Como muy bien dice France, los cruzados de Antioquía estaban en estrecho contacto con Edesa, y aunque Kerbogha llegó allí alrededor del 4 de mayo, debieron de recibir noticia de su aproximación hacia el día 10. El Anónimo dice que convocaron de inmediato un consejo de guerra que satisfizo las exigencias de Bohemundo. Si de verdad esperaron hasta el 29 de mayo, antes de ceder a las demandas de Bohemundo, cuesta explicar la completa inacción de los cruzados durante esas tres semanas cruciales. La explicación que se da a esa pasividad en las siguientes páginas presupone que Bohemundo ya actuaba como comandante supremo.

[17] Ana Comneno, Alexiad, 11.4, ed. Sewter, pág. 344.

[18] Según Kamāl al-Dīn, Bohemundo sugirió a los demás comandantes que cada uno de ellos mandase sobre todo el ejército durante ocho días, por turnos, y de esa manera se las ingenió para capturar Antioquía durante los días que le correspondieron.

[19] Al menos según Fulcher de Chartres, Stephen de Blois —uno de los grandes líderes cruzados, al que, en una ocasión, eligieron para ejercer como comandante en jefe— huyó del ejército el 2 de junio. De ser verdad, significaría que, o bien le mantuvieron en la ignorancia del plan o estaba en completo descuerdo con él. (Fulcher de Chartres,

Historia Hierosolymitana, 1.16.7, ed. Hagenmeyer, pág. 228).

[20] Guibert de Nogent, Dei Gesta per Francos, 5.6, ed. Huygens, pág. 206.

[21] Gesta Francorum et aliorum Hierosolymitanorum, pág. 46.

[22] Gesta Francorum et aliorum Hierosolymitanorum, págs. 46–7. Algunas de las fuentes dicen que la escalera estaba hecha de cuerdas en lugar de madera, y que se rompió en lugar de quebrarse. Si es así, resulta aún menos comprensible imaginar por qué Bohemundo llevó consigo una sola escalera de ese tipo. Es cierto que es mucho más fácil transportar varias escaleras de cuerda que otras tantas de madera de 12 metros de largo, pero también, que subir una escala de mano colgada es más complicado y lleva más tiempo que trepar por una de madera.

[23] Gesta Francorum et aliorum Hierosolymitanorum, pág. 47.

[24] El actual capítulo se basa sobre todo en las siguientes fuentes:
Gesta Francorum et aliorum Hierosolymitanorum, págs. 28–48; Alberto de Aquisgrán, Historia Hierosolymitana, págs. 359–407; Fulcher de Chartres, Historia Hierosolymitana, 1.15–17, ed. Hagenmeyer, págs. 216–35; Fulcher de Chartres, History of the Expedition, págs. 92–103; Hagenmeyer, Epistulae, págs. 149–71; Ralph de Caen, Gesta Tancredi, págs. 651–66; Raymond de Aguilers, Liber, págs. 62–7; Guillermo de Tiro, Historia, 5.1–23, ed. RHC, 1 :193–233; Ibn al-Athīr, Min kitāb kāmil al-tawārīkh, 1 :191–6; Ibn al-Qalānisī, Damascus Chronicle, págs. 41–6; Matthew de Edessa, Armenia and the Crusades, págs. 166–71; Asbridge, First Crusade, págs. 153–211; France, Victory in the East, págs. 122–296; France, ‘Fall of Antioch’, págs. 13–20; Runciman, History of the Crusades, 1 :213–35; Yewda Bohemond I, págs. 15–36; Rogers, Latin Siege Warfare, págs. 25–39.

Se basa en menor medida en: Abū’lFidā, Mun-tahabāt min al-mukhtasar, págs. 1–4; Ana Comneno, Alexiad, 11.3–6, ed. Sewter, págs. 342–52; ‘First and Second Crusades’, págs. 69–73; Baldry de Dol, Historia Jerosolimitana, págs. 52–7, 79–81; Balduini III…, págs. 160–2; Bar Hebraeus, Chronography, 1 :234–5; Cafarus, Liberatione civitatum orientis, págs. 49–53; Ekkehard of Aura, Hierosolymita, pág. 22; Gesta Francorum expugnan-tium Iherusalem, págs. 497–500; Gilo de París, Historia, págs. 750–66; Guibert de Nogent, Dei Gesta per Francos, 4.3–5.28, ed. Huygens, págs. 169–232; Henry de Huntingdon, De captione Antiochiae, págs. 374–9; Kamāl al-Dīn, Extraits de la Chronique d’Alep, págs. 580–2; Vitalis, Ecclesiastical History, 5 :84–94; Primi Belli Sacri Narrationes Minores, págs. 346–7, 354–7, 364, 371–2, 391–6; Roberto el Monje, Historia Iherosolimitana, págs. 795–807; Stephani … epistolae; Anselmi… epistola; Peter Tudebode, Historia de Hierosolymitano itinere, págs. 53–5; Malaterra, De rebus gestis Rogerii; William de Apulia, Geste de Robert Guiscard; Amatus de Montecassino, History of the Normans; Asbridge, Creation, págs. 15–36; El-Azhari, Saljūqs of Syria, págs. 60–97; Bachrach, ‘Siege of Antioch’, págs. 127–46; Bouchier, Short History of Antioch, págs. 1–17, 213–33; Bradbury, Medieval Siege, págs. 93–114; Brown, Norman Conquest; Edgington, ‘Albert of Aachen and the Chansons de Geste’; France, ‘Anonymous Gesta Francorum’; France, ‘Departure of Tatikios’, págs. 131–47; Harari, ‘Concept of “Decisive Battles”’; Loud, Age of Robert Guiscard; Nicholson, Medieval Warfare, págs. 13–20, 69–71, 135–42; Norwich, Normans in the South; Prawer, History, 1 :120–2; Rice, Seljuks in Asia Minor, págs. 48–51; Riley-Smith, First Crusade and the Idea of Crusading, págs. 65–7; Riley-Smith, First Crusaders, págs. 88, 214; Riley-Smith,

‘Casualties’, págs. 13–28; Riley-Smith, ‘Raymond IV of St Gilles’.

III
Salvar al rey Balduino: Khartpert, 1123

En las dos décadas posteriores a la Primera Cruzada, los tres principados cruzados de Antioquía, Trípoli y Jerusalén se expandieron y conquistaron de forma gradual casi toda la costa levantina, desde los montes Tauro hasta la península del Sinaí. Mientras tanto, el cuarto principado, el condado de Edesa, avanzaba hacia el este a través del río Éufrates, separando la Siria musulmana de Asia Menor y Mesopotamia (ver mapa 2).

En 1119, los francos de ultramar —como llegaron a ser conocidos aquellos pobladores— vivieron tiempos más difíciles. Una nueva dinastía turcomana, los artuquíes de la tribu de Döger, se comprometió a detener el avance de los invasores y a enviarlos de vuelta al mar. En la batalla del Campo de Sangre, en 1119, Il-Ghazi ibn Artuq —jefe del clan artuquí— aniquiló al ejército del principado de Antioquía, así como a la mayoría de la nobleza normanda y al propio príncipe Roger de Antioquía. En 1121, mientras el rey Balduino II de Jerusalén pugnaba por rescatar la plaza y detener la ofensiva de los artuquíes, el conde Pons de Trípoli se rebeló contra su autoridad y solo se rindió cuando Balduino marchó sobre Trípoli a la cabeza del ejército real. En 1122, fue el turno de Edesa. Uno de los sobrinos de Il-Ghazi, el príncipe Balak, hizo prisioneros al conde Josselin de Edesa, al conde Galeran de Birejik y a otros sesenta caballeros edesanos.

Balduino II se vio entonces obligado a actuar como regente de Antioquía y Edesa, ya que los herederos del príncipe Roger y el conde Josselin eran muchachos de diez años, al tiempo que gobernaba Jerusalén y vigilaba al poco de fiar Pons de Trípoli. Consideró que su tarea más urgente era socorrer a Edesa y estabilizar el flanco noreste de los francos. Sin embargo, mientras recorría las amenazadas fronteras de este principado, le alcanzó el desastre.



Mapa 2. *Oriente Medio en la época de las Cruzadas*.

En la mañana del 18 de abril de 1123, cuando el ejército real franco se desperezaba y preparaba para la marcha diaria, Balduino decidió dedicar un rato al ocio. Se adelantó al cuerpo principal con una escasa escolta para cazar con halcón. Cuando el rey cruzaba

un afluente del Éufrates por el puente de Shenchrig, el príncipe Balak atacó a su desprevenida presa. Al parecer, el notable artuquí estaba al acecho de las tropas reales desde hacía tiempo y esperaba una oportunidad. Balduino estaba aislado, su escolta era pequeña, y el ejército principal se encontraba desorganizado y aún sin despabilar. Los francos ofrecieron poca resistencia. Los que pudieron salvar sus vidas, huyeron, muchos murieron y el propio rey cayó prisionero junto con su sobrino. Los cargaron de cadenas y los enviaron a reunirse con los condes Josselin y Galeran en las mazmorras de la fortaleza de Khartpert, la capital de los dominios de Balak[1], quien no quiso oír hablar de rescate, a menos que incluyera enormes concesiones territoriales. Estaba dispuesto a utilizar sus éxitos para convertirse en el líder de la Siria musulmana y reconquistar el Levante para el islam, en lugar de limitarse a llenar sus arcas.

Así, a finales de abril de 1123, los francos se encontraron sin líder en el Levante. El rey de Jerusalén y el conde de Edesa estaban cautivos, el príncipe de Antioquía había muerto y el conde de Trípoli era un rebelde descontento que inspiraba poca confianza. Los herederos legales de Antioquía y Edesa eran dos menores, mientras que el rey Balduino tenía cuatro hijas, pero no hijos varones ni yernos. Los artuquíes estaban listos para sacar partido a sus recientes éxitos e invadir Antioquía y Edesa. Para empeorar las cosas, cuando las noticias del cautiverio de Balduino llegaron a oídos de los egipcios, estos inmediatamente consideraron la posibilidad de sacar provecho de la situación y enviaron su ejército contra el Reino de Jerusalén, para sitiar el puerto de Jaffa.

Los prelados y nobles del reino fueron convocados a una reunión de emergencia en Acre. Allí, por unanimidad, eligieron regente a Eustace Grenier, señor de Cesarea y Sidón. Eustace justificó de sobra la confianza depositada en él al derrotar y poner en fuga a las tropas egipcias en Jaffa. Sin embargo, la situación seguía complicada. Los egipcios habían sido rechazados, pero no vencidos, y su flota se reunió en Ascalón para preparar otra invasión. Además, aunque Grenier demostró ser un líder capaz, no era más que un regente, cuya autoridad nunca podría ser tan sólida como la de un rey coronado. En todo caso, su muerte repentina, quince días

después de su victoria en Jaffa, supuso un nuevo revés para los cruzados.

Si Jerusalén estaba en difícil situación, Antioquía y Edesa afrontaban condiciones aún peores. Además de haber perdido a sus príncipes, estaban malparadas por los recientes reveses y la mayoría de sus nobles en edad de combatir habían muerto o caído prisioneros. La desesperación cundía y parecían hallarse a merced de Balak, quien, en la práctica, se convirtió en el jefe del clan artuquí. Il-Ghazi había muerto en noviembre de 1122 y su patrimonio se dividió entre sus hijos, Suleiman y Timurtash, y sus sobrinos, Badr y Balak. Aunque este recibió la porción más pequeña de la herencia, una zona montañosa que rodeaba la fortaleza de Khartpert, era el líder más hábil, y sus recientes éxitos en la captura de Josselin y Balduino le envalentonaron y le dieron un inmenso prestigio. Tras encerrar a Balduino en Khartpert, Balak marchó con rapidez al sur, en mayo de 1123, y capturó la ciudad de Harran a su primo Badr. Luego se dirigió contra Alepo, la capital de Badr y la principal ciudad musulmana del norte de Siria. Tras un corto asedio, Badr perdió los ánimos y se rindió (29 de junio). Además de Alepo, Balak ganó la aureola de caudillo principal del islam en la lucha contra los infieles.

Estaba, por tanto, preparado para volverse contra los francos. Tras pasar unos pocos días en Alepo, marchó al norte, hacia Edesa, e invadió el área de Dalik y Tel Bashir (Turbessel), que había escapado previamente a la ruina. Arrasó la campiña, envió botín y esclavos a Alepo, y quemó todo lo que no pudo llevarse. A partir de ahí, podía encaminar su avance bien al noreste, hacia la ciudad de Edesa, o en dirección oeste, hacia el principado de Antioquía. Optó por ignorar Edesa de momento y concentrarse antes de nada en el premio mayor. Si Antioquía caía, Edesa la seguiría. A mediados de julio invadió Antioquía a la cabeza de un gran ejército y no tardó en capturar la ciudad de Albara. A principios de agosto puso sitio a la importante fortaleza de Kafartab, que parecía destinada a caer también, dado que los recursos militares de Antioquía y Edesa estaban más que agotados, la moral en ambos principados había tocado fondo y no les llegaba ayuda desde Trípoli ni Jerusalén.

Mientras tanto, Balduino, Josselin, Galeran y docenas de otros

prisioneros francos languidecían en las mazmorras de Khartpert. Con la colaboración de algunos residentes armenios de la ciudad cercana, lograron enviar peticiones de ayuda a Edesa, pero las posibilidades de rescate parecían extremadamente remotas. Khartpert estaba en el interior del territorio controlado por los artuquíes. Había aproximadamente 150 kilómetros a vuelo de pájaro hasta las fronteras septentrionales de Edesa, y la separaba de esta la formidable cordillera del Antitauro, que tiene cimas de más de 2500 metros, así como el río Éufrates, crecido por la fusión de las nieves invernales. Incluso si los edesanos lograban reunir una fuerza expedicionaria y llegar de alguna forma a Khartpert, difícilmente podrían esperar asaltar sus formidables defensas.

La fortaleza de Khartpert era un enclave de montaña. Construida en una colina empinada, se alzaba 350 metros sobre la llanura de Khanzit, con vistas al lago Hazar a un lado y al valle del Éufrates al otro. Su ubicación estratégica y su protección natural la habían convertido en lugar de importancia a lo largo de los siglos; existieron fortificaciones en ese emplazamiento de manera continua, desde los días del reino de Urartu, a principios del primer milenio antes de Cristo. Balak había gobernado Khartpert desde alrededor de 1113. La había convertido en la capital de sus dominios y, como albergaba allí no solo a sus prisioneros más importantes, sino también su harén y su tesoro, naturalmente, la reforzó lo mejor que pudo. Era prácticamente invulnerable a una operación de asalto frontal. Organizar un asedio regular era aún más impensable para los francos, ya que las líneas de comunicación con Edesa eran largas y se encontraban expuestas, y, en cualquier caso, Balak habría tenido tiempo suficiente para regresar a toda prisa a su base y acabar con los intrusos.



Balduino II cae prisionero del príncipe Balak la mañana del 18 de abril de 1123, cuando cruzaba con una reducida escolta un afluente del Éufrates por el puente de Shenchrig. Fue recluido en la fortaleza de Khartpert. Biblioteca Nacional de Francia. Fondos franceses 9083, fol. 97.

Aun así, los príncipes cautivos enviaron sus peticiones a Edesa y rezaron por que se obrase un milagro. Sus oraciones fueron respondidas por una unidad de tropas armenias de la guarnición de Behesni, el fuerte franco más cercano a Khartpert, situado en la frontera norte del condado de Edesa. Un grupo de entre quince y cincuenta de sus hombres (las crónicas difieren en cuanto a su número) decidieron que, a pesar de los enormes riesgos, marcharían a Khartpert e intentarían liberar a los prisioneros. Los turcomanos se habían establecido poco tiempo atrás en la zona y constituían solo un estrato de aristocracia guerrera poco numeroso. Los campesinos y la gente del pueblo tenían diferentes orígenes, y en Khartpert, en particular, la población civil era sobre todo armenia. En consecuencia, los armenios de Behesni supusieron que podrían infiltrarse en la región con relativa facilidad y mezclarse con los locales. Una vez allí, estarían en buenas condiciones para reconocer el terreno e intentar obtener ayuda sobre la marcha para

su empresa. Si no la recibían, y si la fortaleza estaba demasiado vigilada, siempre podrían regresar a Behesni.

No está del todo claro si los armenios de Behesni se embarcaron en esta aventura por iniciativa propia o si lo hicieron instigados por la élite franco-armenia. La Crónica siria anónima atribuye la idea a Morphia, la esposa armenia del rey Balduino, y al regente de facto de Edesa, Godfrey Almuin. En cualquier caso, tenían mucho que ganar si llevaban a cabo con éxito su misión. En lo personal, podrían esperar grandes recompensas en términos de honor y riqueza. Es probable que también estuvieran motivados por lealtad personal hacia Josselin. Como conde de Edesa, Josselin era el señor de los armenios y, aunque las relaciones entre francos y armenios no siempre fueron idílicas, era bastante querido por sus súbditos pertenecientes a este núcleo de población. Incluso antes de convertirse en conde de Edesa, por ser los principales magnates del territorio, se preocupó de establecer buenas relaciones con ellos y se casó con una princesa de ese reino.

Los armenios también tenían intereses nacionales en juego, y aunque los francos eran impopulares, eran conscientes de que tenían al menos tanto que perder como ellos en caso de una victoria turcomana. Los francos estaban recién llegados a Oriente Medio y conservaban sus familias, amigos y, a veces, incluso sus tierras en Europa. En el caso de una derrota total ante los musulmanes, sus territorios ancestrales y su patria estaban a salvo. Por lo tanto, ser vencidos nunca podría significar para ellos una debacle familiar o nacional, y los supervivientes podrían simplemente regresar a sus lugares de origen. Por ejemplo, el noble clan Montlhéry, al que pertenecían tanto el rey Balduino como el conde Josselin, estaba firmemente asentado en el norte de Francia y ninguna victoria turcomana podría desarraigarlo o aniquilarlo. Para los armenios, sin embargo, no existían salidas tan fáciles. Habían luchado por su supervivencia religiosa, cultural y política desde mucho antes de que llegaran los francos, y la derrota podría significar para ellos una catástrofe nacional de magnitud abrumadora, como se demostró a finales de la década de 1140.

Pero, más allá de lo que motivase a los armenios de Behesni y a quienes los animaron a su aventura, les correspondía a ellos

encontrar la manera de llegar a Khartpert, liberar a los prisioneros y regresar a salvo. Se vincularon de manera formal, mediante un juramento de lealtad y compromiso mutuos. Acto seguido, se disfrazaron con atuendos de civil y partieron hacia Khartpert tal vez en junio o julio de 1123. Viajaron durante el verano abrasador del Medio Oriente y lograron cruzar tanto los contrafuertes de los montes Tauro como el río Éufrates, para llegar a las proximidades de Khartpert sin ser detectados. Allí, al parecer, encontraron simpatizantes, tal vez incluso familiares, que les pusieron al tanto de las condiciones locales y los escondieron mientras se familiarizaban con la situación de la fortaleza y pergeñaban su plan.

Los armenios pronto descubrieron que los mismos factores que hacían a Khartpert invulnerable a un asalto convencional la convertían en potencialmente débil ante una operación encubierta. Gracias a sus imponentes fortificaciones, su distancia al territorio franco más cercano, las formidables barreras naturales intermedias y el estado de los recursos militares francos de la época, Balak consideraba, con razón, que estaba completamente fuera de la capacidad de sus enemigos asaltarla o asediarla. En consecuencia, había dejado solo una pequeña guarnición y esta también se comportaba de manera negligente, al no temer ninguna amenaza inmediata.

Aquella era muy buena noticia para los armenios de Behesni, pero no todos sus problemas quedaban resueltos. A pesar de que se enfrentaban a una tropa descuidada y relativamente pequeña, no podían sencillamente escalar las paredes o entrar sin más, sobre todo porque el destacamento los superaba en número y ellos solo disponían de armas ligeras. Abrir túneles o derrumbar las paredes estaba completamente fuera de discusión. Por tanto, para entrar en la fortaleza, tenían que encontrar una debilidad significativa en las defensas. Por suerte, descubrieron que Khartpert no solo era fortaleza militar, sino también centro administrativo, y que el comandante de la guardia simultaneaba esa ocupación con la de gobernador del campo cercano. En uso de tales atribuciones, era responsable de impartir justicia a la población, mediar en las disputas y corregir los errores.

Balak cuidaba de hacer cumplir la ley y mantener el orden en sus

dominios. Kamāl al-Dīn escribe que, una vez que Balak se hizo cargo del gobierno de Alepo, los salteadores de caminos cesaron en sus actividades y que las puertas de la ciudad permanecían abiertas día y noche, sin temor. Tanto la crónica anónima siria como Matthew de Edesa coinciden en que fue sumamente cuidadoso a la hora de proteger a sus súbditos cristianos de cualquier daño y que los trató bien. Erradicó a los bandidos que infestaban el territorio y se cuenta que llegó a empalar a un turcomano por arrebatar un bocado de carne a un hombre pobre. Ahí, pensaron los armenios, podía estar la debilidad de la defensa, ya que, si encontraban algún agravio del que quejarse, tal vez lograrían entrar en la fortaleza[2].

Según La Crónica siria, diez de los armenios se disfrazaron de aldeanos pobres y llegaron a Khartpert para quejarse de una fechoría del encargado de su aldea. Sin armas y cargados con uvas, frutas y aves, se acercaron a la entrada de la fortaleza y le dijeron al oficial de servicio que buscaban justicia. La muralla disponía de una doble puerta. La exterior conducía a una pequeña área cerrada en la que había una sala de guardia; desde este recinto, un segundo acceso llevaba a la fortaleza propiamente dicha. El oficial permitió que pasaran los diez más allá de la primera puerta y les indicó que esperaran en el área de la zona de guardia mientras enviaba a alguien a pedir instrucciones a su capitán.

Este daba un banquete a sus oficiales y otros miembros de la guardia; el vino fluía con prodigalidad y todos estaban alegres. Solo unos pocos soldados custodiaban la puerta. Mientras uno de ellos iba a informar al jefe de la solicitud de los visitantes, los «aldeanos» se deshicieron de sus frutas y sus aves, se apoderaron de algunas armas que encontraron colgadas en la sala de guardia y atacaron a los centinelas. Mataron al oficial y a sus hombres, abrieron las puertas y llamaron a sus camaradas, que estaban escondidos en las proximidades. Juntos, corrieron hacia los comensales y masacraron a la guarnición entera.

Fulcher de Chartres, un cronista franco que también era importante funcionario en el Reino de Jerusalén y que probablemente fue informado de los acontecimientos en Khartpert por el propio Josselin, está en gran medida de acuerdo con la versión anterior. Escribe que los armenios se acercaron a la

fortaleza disfrazados de aldeanos vendedores de mercancías, con dagas ocultas bajo las ropas. Desde el interior recibieron ayuda de un hombre que llevó al capitán a la sala de guardia de la puerta de entrada y lo entretuvo allí con una reñida partida de ajedrez. Los «aldeanos» interrumpieron el juego, al querer informar al capitán de alguna injusticia cometida contra ellos. Mientras lo rodeaban, con ruidosas quejas y pidiendo su ayuda, sacaron de repente las dagas y lo mataron. Luego tomaron las armas que había en la estancia, acabaron con los centinelas cercanos e irrumpieron en la fortaleza antes de que la guarnición pudiera reunirse. Mataron a cerca de un centenar de sus integrantes.

Guillermo de Tiro ofrece una versión algo diferente. Según él, los armenios se disfrazaron de monjes y no de aldeanos. Con dagas bajo sus holgadas túnicas clericales, llegaron a la fortaleza, manifestaron con lágrimas en los ojos que habían sufrido ataques y violencias, y pidieron presentar una protesta al respecto ante el capitán de la plaza, porque él era responsable de mantener el orden en la vecindad. Una vez admitidos en la ciudadela, sacaron sus armas y mataron a los guardias.

El cronista armenio Matthew de Edesa escribe que los asaltantes se dividieron en dos grupos y se acercaron a la fortaleza mientras discutían entre ellos, fingiendo ser litigantes enfrentados que buscaban justicia. El cronista Michael el Sirio y el médico judío Gregory Abu'l Faraj Bar Hebraeus indican que fueron residentes armenios de la ciudad de Khartpert quienes llevaron a cabo esta acción. Algunos de ellos se reunieron en la puerta de la fortaleza, protestando por sus bajos sueldos, y pidieron la mediación del capitán. Una vez admitidos al interior, tomaron algunas espadas que había allí y mataron a los guardias. Kamāl al-Dīn, el cronista musulmán mejor informado, también culpa a algunos residentes de la ciudad de Khartpert, incluidos parte de los propios soldados de Balak.



El rey Balduino I recibe en Edesa el homenaje de los armenios, que lo recibieron como un libertador. Le juraron, a él y a sus descendientes, lealtad eterna. Ilustración de la obra *Historia* o *Gesta orientalium principum*, de Guillermo de Tiro, publicada en 1285.

Todas estas versiones coinciden en lo esencial. Cualquiera que fuese el pretexto que utilizaron los armenios de Behesni, está claro que se acercaron a la puerta de la fortaleza disfrazados, armados solo con dagas —si es que las tenían— y que contaron con la ayuda y quizás la participación activa de varios residentes locales. Se quejaron de alguna afrenta y pidieron justicia al capitán del enclave. Tras entrar en la sala de guardia con ese pretexto, tomaron las armas que allí había, se impusieron a los vigilantes y se apoderaron de la fortaleza[3]. Los armenios corrieron luego a la zona de los cautivos, abrieron las puertas de la prisión y, con grandes gritos de alegría, rompieron sus cadenas y les pusieron en libertad. Parece que también enviaron un aviso de su victoria a sus amigos en la ciudad, y algunos residentes locales se unieron a ellos en la fortaleza. Por lo tanto, la primera mitad del plan se llevó a cabo con éxito asombroso. Con un gasto mínimo de dinero y fuerzas, y sin pérdidas reseñables rescataron al rey Balduino, al conde Josselin y a decenas de prisioneros; asimismo, la capital, el tesoro y el harén de Balak quedaron en su poder.

Sin embargo, el mayor inconveniente del plan de los armenios —o más bien, de la falta de plan— se puso entonces de manifiesto. Habían considerado que la parte más difícil de la operación sería entrar en Khartpert y que, si Dios los favorecía tanto como para lograr asaltar la fortaleza y salvar a los prisioneros, también conseguirían salir de una manera u otra. Por lo tanto, no tenían una

estrategia concreta sobre cómo regresar a Edesa. Así que ahora, rescatadores y rescatados se encontraban atrapados tras las murallas de la fortaleza, en el corazón del territorio enemigo.

El dilema al que se enfrentaban no era fácil. Por un lado, Josselin y Balduino —que, por supuesto, tomaron el control de la situación— tenían a su disposición una fuerza de al menos varias docenas de combatientes (de quince a cincuenta rescatadores armenios, un gran número de prisioneros francos capturados por Balak en varias batallas y ahora liberados, y quizás también algunos simpatizantes locales)[4]. Igualmente, contaban con una fortaleza que se consideraba inexpugnable, almacenes repletos, la cámara del tesoro de Balak y un harén con sus esposas y amantes (ochenta mujeres en total según Matthew de Edesa). Había muchos armenios simpatizantes en la vecindad, los miembros de la guarnición local de artuquíes estaban muertos o habían sido neutralizados y Balak se encontraba muy lejos. Kafartab se hallaba cientos de kilómetros al sur de Khartpert y ambas estaban separadas no solo por formidables barreras naturales, sino también por el condado de Edesa.

Por otro lado, tanto el espacio como el tiempo estaban del lado de Balak. Para los rescatados, dejar la fortaleza en masa habría sido suicida. Ahora que los turcomanos estaban alerta, era imposible que docenas de combatientes recorrieran en grupo toda la distancia que les separaba de Edesa sin ser descubiertos por el camino. En concreto, el Éufrates se podía cruzar por pocos lugares, y todos los vados, con certeza, estaban fuertemente protegidos. Una vez que los fugitivos fuesen descubiertos, no tendrían ninguna posibilidad en batalla campal. Incluso si todos ellos se armaban en el arsenal de Khartpert, setenta hombres no podrían defenderse en campo abierto contra una horda de jinetes turcomanos.

Por supuesto, podían quedarse en Khartpert y defender la plaza, pero el tiempo corría en su contra. Las guarniciones artuquíes más próximas se enteraron pronto del desastre y organizaron con rapidez un cordón alrededor de la fortaleza, para evitar que los prisioneros huyesen. Todos los días llegaban más tropas enemigas al lugar, y las posibilidades de escapar eran cada vez más escasas. Era solo cuestión de tiempo que el propio Balak regresase con el

grueso del ejército artuquí. ¿Y luego qué? Khartpert no podría aguantar para siempre.

Balduino, Josselin, Galeran, los principales caballeros francos y los líderes de los armenios se reunieron para discutir la situación. No era la primera vez que los dos primeros se veían juntos en tal circunstancia. Lo cierto es que tenían ambos una larga y agitada historia. Balduino, entonces conocido como Balduino de Le Bourcq, había llegado a Oriente con la Primera Cruzada junto con sus primos lejanos Balduino de Boulogne y Godofredo de Bouillon. Godofredo se convirtió en el primer rey de Jerusalén, mientras que Balduino de Boulogne capturó Edesa y llegó a ser su primer conde franco. Cuando Godofredo murió sin hijos, Balduino de Boulogne dejó el condado de Edesa para convertirse en el rey Balduino I de Jerusalén, y designó en su lugar como conde a Balduino de Le Bourcq.

Fue entonces cuando Josselin entró en escena. Como vástago menor y sin dinero del noble clan Montlhéry, a la edad aproximada de veinte años se unió a la nefasta cruzada de 1101, aquella que perdió en el camino al grueso de las fuerzas que la integraban. Pero él fue uno de los pocos afortunados que de alguna manera logró abrirse paso hasta Tierra Santa. Allí fue recibido por Balduino de Le Bourcq, primo hermano suyo, que se veía en dificultades para encontrar caballeros europeos dispuestos a instalarse en el condado. Balduino concedió a Josselin un vasto feudo en la parte occidental de Edesa, centrado en torno a la fortaleza de Tel Bashir, y lo nombró su lugarteniente principal. Hicieron juntos varias campañas para expandir el nuevo principado y tras varias victorias fueron derrotados en Harran y hechos prisioneros (1104).

Pasaron dos años en cautiverio, mientras Edesa era gobernada por Bohemundo y Tancredo, los príncipes normandos de Antioquía. Este último encontró la situación muy de su agrado y se negó con diversos pretextos a rescatar a Balduino. Josselin y Balduino convinieron que sería mejor que el primero pagara su propio rescate y luego utilizase su libertad para gestionar la liberación de su señor. Por tanto, Josselin pagó, obtuvo su libertad, y después realizó una gira por el Levante franco en la que suplicó ayuda para el cautivo Balduino y reunió dinero para liberarlo. Sus esfuerzos dieron frutos.

En 1108, Jāwalī, el jefe musulmán que retenía a Balduino, aceptó soltarlo a cambio, entre otras condiciones, de un enorme rescate. Josselin llevó el dinero a Jāwalī y se entregó como rehén, para garantizar que Balduino cumpliría los términos que se le habían impuesto.

Después de que Jāwalī liberase a Josselin, Balduino y él gobernaron Edesa casi como corregentes, hasta que se separaron en 1112. Balduino, escribe Matthew de Edesa, era un hombre puro y muy devoto, pero al mismo tiempo mezquino y codicioso. Su amor insaciable por el dinero solo se veía igualado por su tremenda falta de generosidad, y se mostraba ingenioso a la hora de idear formas de apoderarse de la riqueza ajena. Las prósperas tierras de Josselin, alrededor de Tel Bashir, que originalmente le había otorgado en un acto de prodigalidad que le era poco característico terminaron por despertar su codicia. Tras acusar a su primo de deslealtad, primero lo encarceló, luego lo expulsó del condado y finalmente confiscó sus tierras.

Josselin, ardiendo de rabia y amargura, se marchó de Edesa y fue a Jerusalén. El rey Balduino I, que reconocía sus méritos, le entregó Galilea como nuevo feudo, lo que lo convirtió en uno de los principales magnates del territorio. Cuando Balduino I murió en 1118 sin hijos, los líderes del reino se reunieron para discutir la cuestión de la herencia. Algunos estaban a favor de llamar al conde Eustace, hermano del difunto rey, que estaba en Europa, para convertirlo en el nuevo monarca. Otros apoyaron las aspiraciones de Balduino de Le Bourcq, primo del rey finado. En esa crítica tesitura, Josselin dejó de lado la disputa con su primo y antiguo señor, y defendió ardorosamente la causa de este. Su opinión se impuso, y Balduino de Le Bourcq se convirtió en soberano. A cambio, este designó a Josselin nuevo conde de Edesa.



La fortaleza de Khartpert. Recibe varias denominaciones, como Kharpurt y Kharput. También era conocida como Hisna Zayt, a partir del nombre del fuerte romano Castellum Zjata. Los francos pronunciaron su nombre como Quart-Pierre. En la actualidad su nombre turco es Harput.

La situación en Khartpert resultaba extrañamente familiar para Balduino y Josselin. Llegaron a una decisión similar a la que tomaron durante su cautiverio anterior. Aunque Josselin, de acuerdo con Kamāl al-Dīn, aconsejó que salieran todos de la fortaleza lo antes posible y que se dieran por satisfechos con salvar sus vidas, Balduino se negó. Era consciente de que no podían viajar juntos desde Khartpert y de que, si se dividían en pequeños grupos y huían, sin duda serían capturados por el camino. Tal vez, también se sintió tentado por la oportunidad que le había caído del cielo y no estaba dispuesto a abandonar la fortaleza y sus tesoros sin lucha.

Por tanto, decidieron que Balduino permanecería en Khartpert junto con la mayor parte de sus fuerzas, atraería la atención de los artuquíes hacia sí mismo y resistiría cuanto fuese necesario en la inexpugnable fortaleza. Mientras tanto, Josselin se escabulliría con sigilo de Khartpert para atravesar el anillo sitiador y dirigirse a Edesa. Una vez allí, debía repetir su actuación de 1108, recorrer los principados francos, levantar la moral y defender la causa del rey. Luego, tendría que regresar al frente de un ejército.

Así pues, una noche, poco después de la toma de la ciudad, o

quizás la primera noche, mientras la reacción de los artuquíes seguía siendo caótica, Josselin juró a Balduino que no descansaría, ni se cambiaría de ropa, ni comería carne, ni bebería vino (excepto en misa) hasta que volviera a Khartpert con tropas suficientes. Luego, se encomendó a Dios y escapó de la fortaleza junto con otros tres hombres. Dos eran armenios que conocían bien la región y debían servirle de guías. El tercero habría de regresar para informar al rey de que Josselin había logrado romper las líneas artuquíes que los rodeaban. Caminaron en silencio a la luz de la luna «con tanto miedo como audacia», según Fulcher de Chartres, y se deslizaron entre las tropas artuquíes que ya estaban acampadas alrededor de los sólidos muros. Una vez que sobrepasaron la posición enemiga, Josselin envió a su compañero de vuelta junto al rey. Le entregó su anillo, como prueba de que había pasado sin daño a través de los sitiadores. Mientras, caminando ligeros durante la noche, sus guías y él se apresuraron a poner algunos kilómetros de distancia con Khartpert.

Los artuquíes, en apariencia, no se percataron de la fuga de Josselin, pero los fugitivos iban a tener que andarse con cuidado. Las tropas artuquíes acudían de día y de noche desde todas partes a rodear la fortaleza y bloquear toda posible vía de escape. Moviéndose sobre todo durante las horas de oscuridad, Josselin y sus acompañantes se dirigieron hacia el Éufrates. El calzado del conde de Edesa estaba casi gastado cuando llegaron al río, pero allí le esperaban mayores dificultades. Los vados del Éufrates estaban fuertemente custodiados, los artuquíes vigilaban de cerca los barcos disponibles y él era un personaje demasiado familiar como para pasar desapercibido. No había nada que hacer, excepto tratar de alcanzar a nado la otra orilla por algún lugar apartado. Por desgracia, pese a sus otras habilidades, Josselin no sabía nadar. Podría fácilmente haber compartido el destino de otro ilustre cruzado, el emperador Federico Barbarroja, que como ya vimos se ahogó mientras se bañaba en un río cilicio.

Los guías armenios encontraron una solución. La población local estaba acostumbrada a cruzar ríos y arroyos sobre pellejos de cuero inflados. Cuando salieron de Khartpert, los tres llevaron consigo algunas provisiones que incluían dos pellejos de vino. Los inflaron.

Luego colocaron a Josselin sobre los odres hinchados y lo ataron con cuerdas. Los armenios, que eran excelentes nadadores, se colocaron a ambos lados del conde flotante y, entre ambos, lo condujeron sano y salvo hasta el margen opuesto del río. Fulcher dice que, cuando llegó a la orilla sur, estaba fatigado por ese viaje insólito, hambriento y sin aliento. Vencido por la somnolencia, se echó a dormir bajo un nogal y se cubrió con zarzas y arbustos para no ser reconocido si le veían. Ordenó a uno de sus compañeros que, entre tanto, mendigara o comprase pan a algún habitante local al precio que fuese.

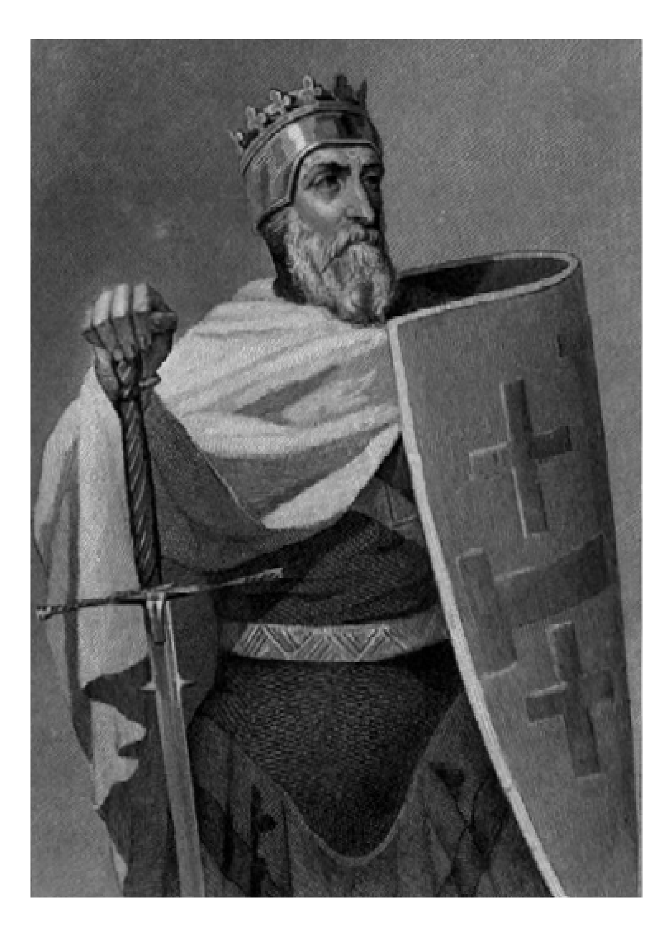
El armenio se encontró en las proximidades a un campesino que portaba higos secos y algunas uvas. Le llevó ante el conde y el hombre, al identificarle, se postró a sus pies y dijo: «¡Salve, Josselin!». El conde se alarmó sobremanera ante ese reconocimiento y negó su identidad, pero el aldeano insistió en que lo conocía bien. Entonces le expuso con franqueza su situación y le pidió su ayuda, prometiéndole una gran recompensa si lograba escapar. Cualesquiera que fuesen sus posesiones en esos predios, le otorgaría fincas aún mayores en su propio dominio de Tel Bashir. El campesino respondió que no aspiraba a recompensa alguna y que tan solo deseaba ayudarle, pues le había tratado con bondad en el pasado. El hombre regresó a su casa y volvió poco después con muchas provisiones, todas sus pertenencias y los miembros de su familia. El conde montó en el burrito del campesino y, para hacer que el disfraz fuese completo, colocaron en sus brazos a la hija pequeña (quien, según Fulcher, preocupó sobremanera al conde, pues lloraba sin parar). Así, disfrazado como miembro de una familia campesina en mudanza, y cargado con un bebé llorón, Josselin se dirigió despacio hacia Edesa, y llegó a su castillo de Tel Bashir de forma segura, dos o tres semanas después de abandonar Khartpert.

No pudo descansar para recuperarse de sus fatigas. Inquieto por el destino de sus compañeros en la fortaleza y consciente de su juramento, dio órdenes de recompensar al leal campesino, antes de viajar a toda prisa a Antioquía y de allí a Jerusalén. Su relato de los acontecimientos galvanizó a los francos y supuso una gran inyección de moral. También les reprendió y avergonzó por su inacción previa y la negligencia mostrada hacia su rey. Si Josselin de

verdad pronunció y mantuvo su juramento de no cambiarse de ropa antes de regresar a Khartpert, lo que no es imposible, dada la naturaleza sumamente teatral de la cultura nobiliaria medieval, su simple presencia debió de hablar con más elocuencia que sus palabras sobre el apuro del monarca y su necesidad de socorro. Como líder noble del Levante franco y como representante del soberano asediado, sus súplicas para que acudiesen en ayuda de Balduino debieron de tener también la carga de auténticas órdenes.

Puestos en esa tesitura, la amenaza egipcia quedó olvidada de momento y se organizó con rapidez una fuerza expedicionaria para ayudar a Balduino. Acompañados por la Vera Cruz, marcharon hacia el norte y sumaron fuerzas por el camino, hasta llegar a Antioquía. Allí se les unieron las tropas locales y, a principios de octubre, el ejército se internó en territorio edesano hasta entrar en Tel Bashir.

Sin embargo, mientras Josselin huía para reunir a los señores francos, Balak no permanecía ocioso. Se enteró de la caída de Khartpert pocos días después de que esta ocurriese (según Kamāl al-Dīn, ya lo sabía el 7 de agosto). Fulcher de Chartres y Guillermo de Tiro (que probablemente tomó la historia de Fulcher) escriben que, la misma noche en que se perdió Khartpert, un sueño terrible perturbó el descanso de Balak, porque en él vio a Josselin cegándolo. Cuando se despertó presa del pánico, envió de inmediato mensajeros a la fortaleza, con órdenes de cortarle la cabeza a Josselin. Cuando llegaron los mensajeros se la encontraron en manos de los francos y, sin pérdida de tiempo, regresaron para informar a Balak. Orderic Vitalis cuenta una historia igualmente fantástica, según la cual, tres de las esposas de Balak se escondieron en una torre cuando los francos capturaron Khartpert. Desde allí mandaron una paloma mensajera con una misiva a su señor, que de ese modo se enteró de lo ocurrido en tiempo récord.



Josselin de Courtenay, conde de Edesa y príncipe de Galilea, con el escudo de armas de rey de Jerusalén. Cuando su agitada huida de Khartpert tenía aproximadamente 42 años de edad. Juró a Balduino que no descansaría, ni se cambiaría de ropa, ni comería carne, ni bebería vino hasta que pudiera volver en su busca con un numeroso ejército capaz de devolverle sano y salvo a territorio franco. Murió en 1131 durante un asedio.

Independientemente de la forma en que Balak conociera aquellos sucesos, cuando supo que no solo se habían liberado los prisioneros, sino que también tenían en su poder su capital, su tesoro, sus esposas y sus amantes, se volvió loco de ira. De inmediato levantó el sitio de Kafartab y marchó hacia Khartpert «con la rapidez de un águila», según Matthew de Edesa. En quince días estaba a sus puertas. Al llegar, ofreció a Balduino términos generosos y le prometió que, si le entregaba la fortaleza y todo lo que contenía intacto, él y todos sus acompañantes podrían salir y serían llevados sanos y salvos a Edesa. Orderic Vitalis dice que Balak estaba particularmente interesado en recuperar a sus esposas y amantes, y le ofreció la libertad a Balduino a cambio de ellas. Su versión es muy dudosa y ninguna otra fuente explica el destino de las mujeres, ni a manos de los francos ni, más tarde, de nuevo en

poder de Balak[5].

Cualquiera que fuese el motivo que le movió a realizar su generosa oferta, cosechó el rechazo de Balduino, en parte porque este no daba crédito a las promesas y en parte porque confiaba en su habilidad para defender Khartpert hasta el regreso de Josselin. Balak juró que Balduino viviría para lamentar aquel desaire. Temeroso de que algún señor franco pudiera llegar en auxilio del castillo, hizo preparativos a toda prisa para asaltar la fortaleza con la fuerza principal. Por su parte, Balduino siguió ocupado en intensificar las defensas de la plaza, a lo que se había dedicado desde el preciso momento en que fuera liberado.

Sin embargo, Balak sabía algo que Balduino ignoraba. A pesar de su reputación de inexpugnabilidad, Khartpert era en realidad un gigante con pies de barro. Aunque contaba ciertamente con una ubicación magnífica y murallas formidables, la colina sobre la que estaba construida era de yeso blando, ideal para excavar túneles. Balak puso manos a la obra a gran número de zapadores y, en quince días, abrieron varios túneles, apuntalados con tablones de madera, bajo sus murallas. Durante todo ese tiempo, bombardeó el lugar con catapultas montadas de manera apresurada y hostigó a la guarnición día y noche. Una vez que los túneles estuvieron concluidos, prendieron fuego a los tablones de uno de ellos y una de las torres se derrumbó. Balak ofreció nuevamente términos de rendición a Balduino. Aunque a esas alturas el rey estaba preocupado, se negó por segunda vez, probablemente temiendo más por el destino de sus compañeros que por el suyo. Como monarca, suponía, era demasiado valioso como para ser asesinado.

Balak ordenó que incendiaran otro túnel, excavado justo debajo de la torre principal, la que contenía el suministro de agua de la ciudadela, que colapsó con fuerte estruendo. Cuando el humo y el polvo se disiparon sobre los escombros, Balduino se dio cuenta de que el juego había terminado. «Sus esperanzas vacías le abrumaron», escribe Fulcher, y acabó de perder el coraje. Envió al conde Galeran para pedir a Balak palabra de honor de que salvarían la vida todos los miembros de la guarnición. Cuando el artuquí lo prometió, la fortaleza se rindió (16 de septiembre de 1123).

Al final mantuvo su palabra solo hasta cierto punto. Conservó las

vidas del rey Balduino, el conde Galeran y un sobrino del rey que estaba con ellos. Estos tres valiosos prisioneros fueron trasladados a la ciudad de Harran, donde quedaron bajo custodia. El resto de la guarnición, incluidos los armenios de Behesni, los prisioneros francos a los que habían rescatado y los habitantes locales que se les habían unido, se enfrentaron a la furia desatada de su venganza. Rompiendo su compromiso, el caudillo los hizo torturar de diversas maneras. Unos fueron desollados vivos, otros serrados por la mitad y varios enterrados en vida; a algunos los entregaron a los soldados para que los utilizaran como blanco en sus prácticas de tiro con arco, y a otros los arrojaron desde lo alto de los muros a una muerte segura[6].

Por tanto, cuando el ejército reunido apresuradamente por Josselin llegó a Tel Bashir, no quedaba nadie a quien socorrer. Balduino y Galeran habían sido encarcelados en Harran, y el resto de los miembros de la guarnición de Khartpert estaban muertos. Dispuestos a no regresar con las manos vacías, y con el deseo de desquitarse de Balak de alguna manera, las tropas francas se dirigieron a la ciudad de Alepo. Destruyeron los campos circundantes, talaron jardines y árboles, profanaron tumbas y cementerios, y arrasaron algunas mezquitas que se encontraban fuera de las murallas de la ciudad. Después de vengarse contra plantas y piedras, regresaron al sur.

Josselin permaneció en el norte. Aunque no pudo salvar al rey, su propio rescate había dado un gran impulso a la moral de los francos y su presencia se hizo sentir en toda esa parte de Siria. Insufló energía a las fuerzas francas y durante el invierno de 1123-1124 dirigió varias incursiones devastadoras contra los territorios musulmanes.

En la primavera de 1124, Balak renovó su ofensiva. Primero penetró en el territorio edesano, con el fin de castigar al gobernante rebelde de Menbij, un pueblo musulmán que había prestado lealtad al rescatado conde de Edesa. Capturó con facilidad la ciudad, pero la ciudadela se resistió. Mientras tanto, Josselin reunió a las fuerzas de Antioquía y Edesa y acudió al rescate de Menbij. Balak dejó una pequeña fuerza ante la ciudadela y, con el resto del ejército, trabó combate con Josselin. La lucha terminó en tablas, ya que cada

bando, al parecer, aniquiló uno de los flancos del adversario. Pero los francos resultaron perjudicados en el intercambio, ya que no podían permitirse esa pérdida de recursos humanos. Josselin tuvo que retirarse con rapidez a Tel Bashir; Balak ejecutó a los prisioneros que habían caído en sus manos y volvió a sitiar la ciudadela de Menbij.

El jefe artuquí se ocupó en persona de disponer la artillería de asedio. El día era caluroso y se despojó de su cota de malla. En ese momento, un arquero de la muralla disparó una flecha que (según la versión que uno acepte) le acertó en el hombro izquierdo o en las nalgas. Dondequiera que se le alojase, provocó una herida mortal. El arquero, un adorador del sol armenio[7], tuvo éxito donde todos los ejércitos y líderes francos habían fallado previamente. El moribundo Balak convocó a su primo Timurtash junto a su lecho de muerte y lo nombró su heredero (6 de mayo de 1124). Cuando las noticias del fallecimiento de Balak se extendieron, el ejército artuquí sucumbió al pánico y se retiró en desorden. Muchos de sus súbditos, incluidos los cristianos, lamentaron profundamente su pérdida, pues su trato había sido siempre compasivo. Sin embargo, para los francos, su muerte fue una bendición enviada por Dios, de modo que reaccionaron con enorme alegría.

El éxito también sonrió a las armas francas en el sur. Una flota veneciana llegó a Oriente y derrotó a la armada egipcia, que hubo de retirarse, lo que neutralizaba esa amenaza. Mientras Josselin cubría su flanco noreste y mantenía ocupado a Balak, los venecianos y los francos de Jerusalén asediaron y capturaron la gran ciudad portuaria de Tiro, que durante veinticinco años había resistido desafiante todos los esfuerzos de los francos por hacerse con ella.

A la muerte de Balak, Timurtash heredó no solo sus territorios, sino también al prisionero Balduino. A diferencia de Balak, su sucesor estaba más interesado en las comodidades y la buena vida que en la conquista y, en lugar de utilizar el cautiverio de Balduino para librar una guerra total contra los francos, se mostró más que dispuesto a cambiarlo por dinero y seguridad. El emir musulmán de Shaizar, que se encontraba en términos amistosos con los artuquíes y los francos, logró sin demora un acuerdo. Timurtash aceptó liberar

a Balduino a cambio de la desmesurada suma de 80 000 dinares de oro y las fortalezas y ciudades de Athareb, Zerdana, Azaz, Kafartab y Jasr. Eso, en la práctica, significaba entregar a Timurtash toda la línea de defensas a lo largo de la frontera entre Antioquía y Alepo, lo que salvaguardaba esta última, pero abría la primera a cualquier ataque. Sin embargo, por la liberación de su rey, los francos parecían dispuestos a pagar casi cualquier precio.

Tras recibir un pago inicial de 20 000 dinares de oro, Timurtash soltó a Balduino. Para asegurarse de que se entregaría el resto del dinero y las fortalezas, varios personajes importantes, incluida la hija menor del rey, así como el hijo y heredero de Josselin, fueron confiados al emir de Shaizar en calidad de rehenes. Sin embargo, una vez liberado, Balduino se negó a cumplir el acuerdo. Dijo que pagaría el dinero, pero que no podía entregar las plazas porque pertenecían al principado de Antioquía y no al Reino de Jerusalén, y él no era más que el regente de Antioquía, no su señor legal. Timurtash, ansioso de evitar la guerra y obtener el resto del dinero del rescate, aceptó la explicación. La suma de oro restante fue a la postre reunida a costa de los propios musulmanes. Balduino logró una gran victoria sobre un ejército musulmán coaligado en Azaz (1125). Los caballeros francos donaron gran parte de los rescates recibidos por los prisioneros a su rey, y este pudo así pagar la cantidad que todavía debía por su propia liberación y conseguir la de los rehenes.

Así terminó el asunto del cautiverio del rey Balduino II. Aunque la toma de Khartpert fracasó a la hora de rescatarlo y aunque, desde luego, los armenios de Behesni sacaron poco beneficio de ello, es buen ejemplo tanto de la forma en la que se llevaban a cabo las operaciones especiales medievales como de su valor potencial. Con casi ningún gasto, los francos estuvieron a punto de recuperar a su soberano, por el que luego se mostraron dispuestos a pagar una suma inmensa de dinero y a renunciar a una línea de fortalezas importantes.

Aun así, la operación tuvo notables repercusiones sobre la situación estratégica en Medio Oriente. En primer lugar, hizo que Balak cancelara su ofensiva y se apresurara a regresar a Khartpert. Incluso después de haber recuperado la fortaleza, lo avanzado de la

temporada y los esfuerzos realizados en las semanas anteriores condujeron a que no hiciese más movimientos ofensivos durante la época de campaña de 1123. Cuando menos, se puede considerar exitosa la operación para el rescate de la fortaleza de Kafartab por la liberación del principado de Antioquía y del condado de Edesa de una situación extremadamente difícil. En segundo lugar, la arriesgada intervención y el rescate con éxito del conde de Edesa inflamaron la imaginación de los francos y dieron un impulso inestimable a su moral. Después de sufrir una serie de reveses humillantes, finalmente tuvieron algo de lo que enorgullecerse. Por último, el liberado conde de Edesa era un personaje casi tan valioso como el rey de Jerusalén. Su presencia entre los francos sin duda galvanizó la defensa y dio un nuevo espíritu a sus operaciones durante el invierno de 1123 y en 1124.

Por tanto, aunque la marea finalmente cambió de signo gracias a las oportunas intervenciones de la flota veneciana y del adorador del sol en la muralla de Menbij, el asalto a la fortaleza de Khartpert fue algo más que una atrevida fuga. Contribuyó de manera significativa a que la buena estrella de los francos brillase de nuevo entre 1123 y 1148[8].

Notas

[1] Existen varias denominaciones para la fortaleza, incluidas Kharpurt y Kharput. También era conocida como Hisna Zayt, a partir del nombre del fuerte romano Castellum Zjata. Los francos pronunciaron su nombre como Quart-Pierre, y su actual nombre turco es Harput.

[2] Es interesante observar que exactamente ese mismo año, 1123, Amaury IV de Montfort intentó utilizar una artimaña similar para apoderarse del pueblo de Gisors. Al enterarse de que cierto lunes se había fijado como el día para presentar demandas ante el gobernador de la localidad, Amaury envió a varios hombres a interponer un falso pleito, con el fin de asesinar al gobernador, desarmado durante la audiencia legal, y abrir las puertas de la ciudad en la consiguiente confusión. El plan fracasó en gran medida porque la esposa del gobernador le en-tretuvo para discutir asuntos privados y él llegó tarde al tribunal (Vitalis, Eclesiastical Historia, 6: 342-4).

[3] Solo los cronistas musulmanes Ibn al-Athīr e Ibn al-Qalānisī, así como el monje normando Orderic Vitalis ofrecen versiones sustancialmente diferentes. Ibn al-Athīr nos dice que Khartpert fue tomado por un grupo de soldados francos que entraron en la fortaleza fingiendo ser parte del propio ejército de Balak. Ibn al-Qalānisī cuenta que los prisioneros se liberaron mediante alguna estratagema. Las narraciones de estos dos autores musulmanes no ofrecen demasiada confianza. Orderic presenta una historia

muy imaginativa. Él también afirma que los cautivos se liberaron por sí mismos. Explica que emborracharon a los guardias durante un banquete y, mientras estos dormían a pierna suelta, los francos tomaron sus armas, unieron sus fuerzas con algunos cristianos armenios y sirios prisioneros, y masacraron a la guarnición. Orderic escribió su manuscrito en la abadía de Saint Evroul en Ouce, Normandía, y nunca visitó Oriente Medio. Aunque a veces obtuvo información muy precisa de los peregrinos y caballeros que pasaban por el monasterio en su camino de regreso desde el este, resulta bastante claro que su versión de los sucesos en Khartpert no es de fiar. Es muy probable que, en este caso, se sintiera incómodo ante la idea de que el indefenso rey de Jerusalén fuera rescatado por un grupo de herejes cristianos orientales y prefiriera convertir al soberano y sus compañeros francos en los artífices de su propia liberación.

[4] Matthew de Edesa escribe que contaban con alrededor de 65 defensores en total. Bar Hebraeus cifra el número en 70.

[5] La presencia de caballeros occidentales cautivos junto a un harén de princesas orientales en una fortaleza levantina ha sido objeto de fábulas románticas y coloniales desde el siglo xii en adelante. Para empezar, el asunto de Khartpert resultó bastante fantástico y ese elemento no se perdió en absoluto en la narrativa, ya que circuló por los puertos y tabernas del Mediterráneo y Europa Occidental. Para cuando llegó al monasterio de Orderic, ya debía de haberse convertido en una trama de lo más impresionante. Sentado en su claustro normando y fantaseando sobre aquellos sucesos acaecidos en el exótico Oriente, Orderic añadió algunos toques propios, pues inventó una larga historia de relaciones románticas habidas entre algunas de las princesas capturadas y los caballeros francos. No hay otra prueba de tales relaciones y generalmente he desestimado la versión de los sucesos que da Orderic, pero el hecho de que al menos parte del harén de Balak fuese capturado en Khartpert está confirmado por fuentes independientes, y es probable que los francos intentaran usar a las cautivas como piezas de negociación. El secuestro y el rescate de mujeres nobles era, desde luego, común en el Oriente Medio del siglo xii. Por ejemplo, durante el primer encarcelamiento de Balduino, sus captores musulmanes le ofrecieron soltarle a cambio de una gran suma de dinero y la liberación de una musulmana noble apresada por los príncipes normandos de Antioquía (Friedman, ‘Women in Captivity’, págs. 88).

[6] La crueldad de Balak está bien atestiguada no solo por las hostiles fuentes francas, sino también por las musulmanas, así como por las armenias y sirias, que, por otra parte, elogian su conducta humana. Michael el Sirio dice que, de una u otra forma, Balak asesinó a un total de setenta personas.

[7] Una secta pagana que todavía tenía seguidores entre parte de la población armenia durante la Edad Media.

[8] El presente capítulo se basa sobre todo en las siguientes fuentes:
‘First and Second Crusades’, págs. 89–95; Bar Hebraeus, Chronography, 1 :248–53; Fulcher de Chartres, Historia Hierosolymitana, 3.14–26, ed. Hagenmeyer, págs. 651–93; Fulcher of Chartres, History of the Expedition, págs. 238–54; Ibn al-Athīr, Min kitāb kāmil al-tawārīkh, 1 :349–56; Ibn al-Qalānisī, Damascus Chronicle, págs. 165–71; Kamāl al-Dīn, Extraits de la Chronique d’Alep, págs. 634–42; Matthew of Edessa, Armenia and the Crusades, págs. 228–36, 346–9; Chronique de Michel le Syrien, 3 :210–12; William de Tiro, Historia, 12.17–21, ed. RHC, 1 :536–45; Nicholson, Joscelyn I, págs. 52–74;

Riley-Smith, First Crusaders, págs. 2– 10, 169–75, 182–7, 244–6; Runciman, History of the Crusades, 2 :143–74. En menor medida se basa en: Abū'l-Fidā, Muntahabāt min al-mukhtasar, págs. 14–16; Balduini III…, pág. 184; Guillermo de Tiro, págs. 456–67; Vitalis, Ecclesiastical History, 5 :108–29; Usāmah, Kitāb al-I'tibār, págs. 107–8, 150; Asbridge, Creation, págs. 82–6; Cahen, Syrie du nord, págs. 294–9; Ghazarian, Armenian Kingdom; Friedman, 'Women in Captivity', págs. 75–88; Friedman, Encounter between Enemies, págs. 33–186, 217–18; La Monte, Feudal Monarchy, págs. 8–11, 187–202; Mayer, Crusades, págs. 74–7; Payne, Crusades, págs. 129–32; Prawer, History, 1 :209–18; Smail, Crusading Warfare, págs. 29–30, 46–53, 110, 178–81; Thomson, 'Crusaders through Armenian Eyes', págs. 71–82.

IV
El asesinato del rey Conrado: Tiro, 1192

La mayoría de las operaciones especiales medievales quedaron olvidadas durante mucho tiempo y no han dejado huella en la imagen popular o académica que se tiene de la guerra en la Edad Media. La única excepción son las llevadas a cabo por la secta de los nizaríes, que llegó a ser famosa con el nombre de Secta de los Asesinos. Los nizaríes no solo legaron a la posteridad el recuerdo de una de las organizaciones clandestinas con más exito de la historia, sino que también enriquecieron los idiomas europeos con la palabra «asesinato», que implica el uso de homicidios premeditados de individuos clave como herramienta militar y política. El vocablo «asesino» deriva de la palabra árabe hashīshīn, un término peyorativo que significa «consumidor de hachís», con el que las fuentes hostiles musulmanas se referían ocasionalmente a los nizaríes[1].

Los nizaríes eran una secta milenarista radical que surgió en el norte de Persia a fines del siglo XI como escisión de la secta ismaelita, otro grupo radical escindido a su vez del islam chiíta. Su teología y sus prácticas se oponían al islam suní dominante, y resultaban condenables incluso para la mayoría de los chiítas e ismaelitas. Se sentían especialmente orgullosos de dos de los asesinatos que habían cometido, los de dos califas sunitas, en 1135 y 1138. En 1164, los nizaríes incluso dieron el paso extremo de proclamar el qiyāma, el fin de los tiempos y de la ley. Todas las prohibiciones de la ley musulmana quedaron formalmente abolidas y se alentó a los fieles a romper los preceptos coránicos con gestos tales como beber vino, comer carne de cerdo, festejar durante el mes de Ramadán y rezar de espaldas a La Meca.

Sus doctrinas y prácticas despertaron los temores y la enemistad de los sunitas, los chiítas y los ismaelitas moderados, así como los de las autoridades tanto religiosas como seculares. El Imperio selyúcida se esforzó por sofocar el incipiente movimiento desde su cuna, mientras que el Imperio fatimí ismaelita, cuyos agentes fueron los líderes iniciales de la corriente, pronto comenzó a verlo como un

peligro mortal. Un típico escrito antinizarí argumentaba así:

> Matarlos es más legal que el agua de lluvia. Es deber de los sultanes y reyes conquistarlos y matarlos, y limpiar la superficie de la tierra de su contaminación. No es correcto asociarse o tramar amistad con ellos, ni comer carne sacrificada por ellos, ni casarse con ellos. Derramar la sangre de un hereje [nizarí] es más meritorio que matar a setenta infieles griegos[2].

Como respuesta, su líder, Hasan i-Sabah, se anticipó a un futuro más revolucionario centrándose en el uso de operaciones especiales. Comenzó alrededor de 1080, con una campaña sumamente eficaz de asesinatos, complots y engaños. En unos pocos años, i-Sabah liquidó a algunos de sus principales críticos y enemigos, y se apoderó de una gran cantidad de fortalezas y pueblos en las partes más remotas y montañosas de Persia, incluida la famosa Alamut, que se convirtió en su cuartel general. Consciente de que era todavía demasiado débil como para aventurarse en las llanuras y en los principales núcleos urbanos, estableció una red de teocracias con sede en las montañas, desde las que sus seguidores se lanzaron a misiones de proselitismo y subversión.

Tales teocracias eran militarmente débiles, y un ataque decidido podría haberlas borrado del mapa. Pero el asesinato sistemático de predicadores religiosos y líderes políticos hostiles provocó que pocos dirigentes tuviesen el coraje de sugerir, y mucho menos encabezar, un ataque contra los enclaves nizaríes. Como señala el historiador suní Juvaini, el simple hecho de enunciar los nombres de todos los que fueron asesinados por los nizaríes llevaría demasiado tiempo[3]. I-Sabah amplió su radio de acción y envió misioneros a todas partes. Esos agentes intentaron copiar el ejemplo persa y establecer enclaves nizaríes independientes en diferentes partes del Medio Oriente. Se esforzaron por obtener adeptos mediante su labor misionera, para conseguir fortalezas a través de la subversión y vencer a sus contrarios mediante el asesinato.

En Siria, sus intentos iniciales de obtener un punto de apoyo en las ciudades principales, como Alepo y Damasco, fracasaron. Sin embargo, entre 1132 y 1141, lograron capturar varios castillos en la salvaje frontera montañosa de Bahra, situada entre las potencias musulmanas y francas, donde establecieron un principado independiente (ver mapa de la página 142)[4] en el que vivían

alrededor de 60 000 nizaríes.



Fortaleza de Mysiaf, el principal enclave de la secta de los Asesinos en Siria. Está situada en la salvaje frontera montañosa de Bahra, límite entre las potencias musulmanas y francas.

Desde 1162 hasta 1193, el enclave sirio estuvo dirigido por un líder carismático llamado Rashīd al-Dīn Sinān, que se hizo famoso en Occidente con el nombre de Viejo de la Montaña. Las fuentes musulmanas y francas enemigas estaban fascinadas con Sinān, y la mayoría lo describen en términos similares a Kamāl al-Dīn: «un hombre sobresaliente, de recursos ocultos, grandes planes y enorme habilidad, con el poder de incitar y engañar a los corazones, esconder secretos, burlar al enemigo y usar a los míseros y a los necios para sus malignos propósitos»[5]. Las fuentes nizaríes ofrecen una imagen de Sinān similar, como hombre extremadamente capaz, de conocimientos insondables y con los poderes de un mago, aunque, por supuesto, lo califican en los términos más favorables.

La naturaleza de las actividades nizaríes inflamó la imaginación de los autores medievales, tanto como la de los modernos, y dio lugar a numerosos relatos. Por esta razón es muy difícil distinguir la realidad de la ficción en la historia de la secta. De hecho, casi todos los asesinatos importantes que tuvieron lugar en Oriente Medio, e

incluso en Europa, en los siglos XII y XIII les fueron atribuidos. Eran una suerte de chivo expiatorio al alcance de los verdaderos culpables; en parte porque es cierto que fueron responsables de cientos de muertes, y en parte también porque tenían mucho que ganar cultivando esa terrible reputación, de modo que no les importaba asumir el mérito de los actos de otros.

La mayoría de las víctimas de los nizaríes eran musulmanes sunitas, y con frecuencia mantenían buenas relaciones, o al menos aceptables, con sus vecinos cristianos y francos. El único gran líder franco asesinado por ellos antes de 1192 fue el conde Raimundo II de Trípoli (1152), tal vez a causa de una disputa fronteriza con su principado de Bahra[6]. Sin embargo, de todas sus hazañas, la que dejó una huella más profunda en la memoria histórica occidental fue el asesinato de Conrado de Montferrat, unos días antes de ser coronado rey de Jerusalén.

Los Montferrat eran uno de los linajes nobiliarios más importantes del norte de Italia. Parientes de sangre de los emperadores Hohenstaufen de Alemania y de los reyes Capetos de Francia, estaban también firmemente vinculados con varias de las familias imperiales de Bizancio. Conrado era el segundo hijo de Guillermo III, marqués de Montferrat, y sucedería a su padre en el título en 1190-1191. Tras una impresionante carrera militar en Italia, en la década de 1170-1180, llegó a Tierra Santa a fines de julio de 1187, solo para descubrir que unas semanas antes el ejército franco había sido aniquilado en la batalla de Hattin, y que las ciudades y fortalezas del reino de Jerusalén se rendían en masa al vencedor, Saladino.

Al atracar en la importante ciudad portuaria de Tiro, Conrado la encontró desbordada de refugiados y dispuesta a rendirse en cualquier momento. Adoptó una pose desafiante, aseguró a todos que la situación estaba lejos de ser desesperada y se ofreció a hacerse cargo de la defensa, si a cambio lo aceptaban como su señor y comandante. Tiro era parte del patrimonio de los reyes de Jerusalén, y el soberano, Guy de Lusignan, seguía vivo, aunque en aquel momento era prisionero de Saladino; con los otros líderes locales muertos, cautivos o huidos, los habitantes de Tiro aceptaron esa oferta con los brazos abiertos. Conrado recompuso con rapidez

la defensa, y mientras el resto del reino sucumbía ante Saladino, trabajó sin descanso para reforzar las fortificaciones y la moral de la ciudad. Cuando Saladino llegó por fin ante Tiro, en noviembre de 1187, se encontró con una urbe dispuesta a presentar batalla. El enfrentamiento terminó en victoria decisiva para Conrado, tanto por tierra como por mar. Fue el primer revés de Saladino después de Hattin y, en enero de 1188, sus tropas levantaron el sitio. Cuando los principales ejércitos de la Tercera Cruzada comenzaron a llegar a Tierra Santa en 1189, Tiro les proporcionó la tan necesaria cabeza de puente.

Entre 1189 y 1192, Tierra Santa fue testigo de dos grandes pugnas. Los ejércitos cruzados, reunidos a través de casi todo el continente europeo y dirigidos por los reyes Felipe Augusto de Francia y Ricardo Corazón de León de Inglaterra, hicieron lo posible por revertir el resultado de Hattin y restablecer el Reino de Jerusalén. Acre cayó ante ellos después de un asedio de dos años, Saladino fue derrotado en varias batallas y, finalmente, arrebataron una delgada franja costera a los musulmanes en la que crearon lo que los historiadores llaman «el Reino de Acre».



Al mismo tiempo, se desató una lucha feroz por la posesión de

este enclave residual. Por un lado, después de su exitosa defensa de Tiro, Conrado de Montferrat comenzó a verse a sí mismo como monarca de facto, o al menos como posible soberano por derecho de conquista. Por otro, estaba el rey Guy, a quien Saladino liberó del cautiverio en el verano de 1188, con la esperanza de fomentar la discordia entre los francos. Guy y Conrado no decepcionaron las esperanzas de Saladino y entraron con rapidez en la disputa por la corona de un reino inexistente. Cuando los principales ejércitos cruzados llegaron de Europa, la rivalidad entre ambos dio un salto cualitativo. Felipe Augusto apoyó la causa de su pariente Conrado, en tanto que Ricardo Corazón de León lo hizo con la de Guy.

El gobernante legal del reino, en realidad, no era ni Conrado ni Guy, sino la esposa de este, la reina Sibylla, que le había entregado la corona de Jerusalén al elegirlo como esposo, pese a las amargas protestas de la nobleza franca. En 1190, tanto ella como sus dos hijas murieron a causa de una enfermedad que asoló el campo cruzado, lo que privó a Guy de cualquier posible reclamación legal al trono, cuya legítima heredera era ahora la hermanastra de Sibylla, Isabella. Presionada por su madre y la nobleza franca, Isabella se vio obligada a divorciarse de su débil esposo, Humphrey de Toron, para casarse con Conrado (24 de noviembre de 1190), que se convirtió de esa forma en el rey legal de Jerusalén, así como en marqués de Montferrat (título por el que muchas de las fuentes se refieren a él). Guy, por su parte, quedó reducido a ser el viudo de la difunta reina.

No obstante, Ricardo mantuvo su apoyo a las reclamaciones de Guy frente a Conrado y Felipe. Cuando este último regresó a Francia y el soberano inglés se quedó para capitanear su titánico duelo con Saladino, Conrado se distanció del ejército cruzado, hasta el punto de que muchos creyeron que había cambiado de bando y llegado a un acuerdo secreto con el sultán. Sin embargo, en 1192, el deterioro de la situación en Inglaterra obligó a Ricardo a volver a casa, pero antes de irse, comprendió que tenía que dejar zanjada la disputa por el trono de Jerusalén. A principios de abril, reunió en Ascalón un consejo de líderes del ejército y de la nobleza franca para resolver el asunto. Los presentes eligieron por unanimidad a Conrado como rey y Ricardo aceptó a regañadientes su veredicto.

El 20 de abril de 1192, el conde Henry de Champagne, sobrino de Ricardo, llegó a Tiro a la cabeza de un séquito impresionante, y ofreció a Conrado la corona tanto tiempo deseada. Según el Itinerarium, un arrebatado Conrado alzó sus manos al cielo, lleno de júbilo y clamó:

> Señor Dios... Te suplico Señor, que, si me juzgas digno de gobernar tu reino, viva para verme coronado. Pero, si no piensas eso de mí, Señor, nunca consientas en que me eleven a él[7].

Luego comenzó a prepararse para su coronación, que debería tener lugar en Acre en apenas unas jornadas.

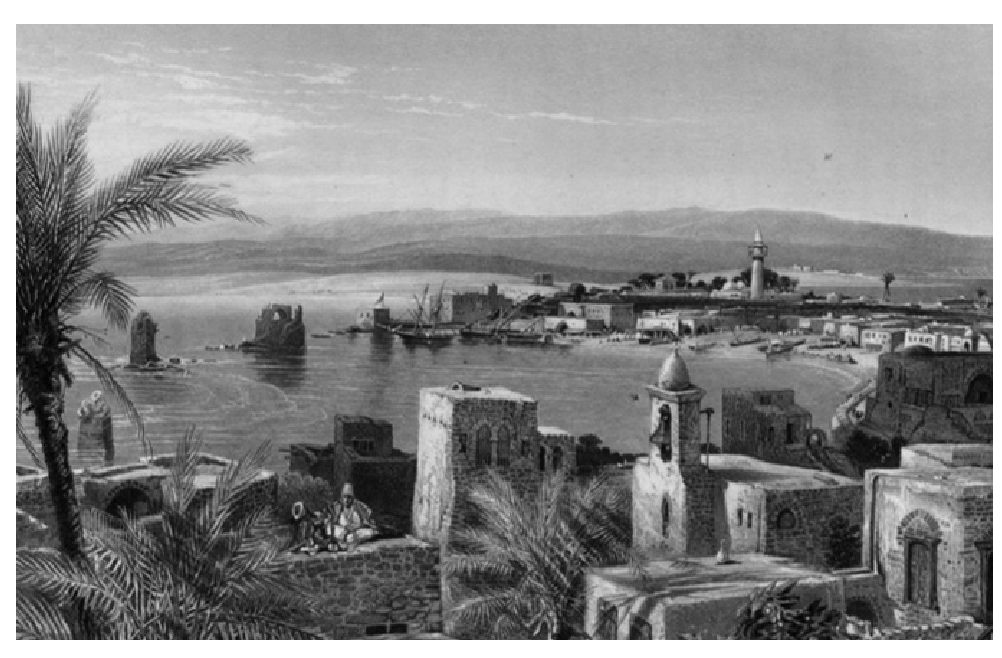
* * *

Los últimos días de abril de 1192, Tiro estuvo de fiesta. No solo el futuro rey, sino todos sus seguidores y el resto de ciudadanos hacían preparativos para la inminente coronación. Se prestó y gastó dinero con prodigalidad, se cosió y remendó la ropa y se bruñeron las armas para dar la mejor impresión en la ceremonia y en los fastos consiguientes.

Rashīd al-Dīn Sinān también hacía preparativos, aunque de naturaleza muy distinta. Tiempo atrás ya había decidido eliminar al aspirante a rey. Los motivos de Sinān han sido objeto de encendidas controversias desde 1192. Muchos han afirmado que el asesinato fue en realidad obra de Ricardo y que este convenció a Sinān mediante una combinación de soborno, amenazas y promesas para que matase al marqués de Montferrat. Otros han culpado a Saladino y argumentado que fue el sultán y no el rey de Inglaterra quien presionó a Sinān para que asesinara a Conrado. Vale la pena señalar que, cuando Saladino concluyó más tarde un tratado de paz con Ricardo y los francos, insistió en que los nizaríes también deberían estar protegidos por sus términos.

El hecho de que Conrado fuese asesinado poco después de la conferencia de Ascalón apoyaría cualquiera de las dos versiones. Bien pudiera ser que, después de haber sido rechazado en Ascalón, Ricardo decidiera eliminar a Conrado por métodos encubiertos. La conferencia le proporcionó también a Saladino el móvil que le faltaba. Antes de la misma se beneficiaba de la división en las filas

de los cristianos y no tenía, por tanto, ningún incentivo para matar a Conrado. Pero, una vez que el marqués fue aclamado como rey por unanimidad, tenía mucho que temer de ese oponente capaz y despiadado, y mucho que ganar al acabar con él y reabrir la pugna por la corona de Jerusalén.



Puerto de Tiro, Líbano. La ciudad formaba parte del patrimonio de los reyes de Jerusalén. Cuando los principales ejércitos de la Tercera Cruzada comenzaron a llegar a Tierra Santa en 1189, el enclave les resultó imprescindible como cabeza de puente.

Si Saladino fue de verdad el culpable, es interesante reparar en que el sultán del Imperio ayúbida tuvo que seducir al cabecilla del pequeño enclave nizarí para que diera muerte a Conrado en vez de mandar él mismo a un sicario a sueldo capaz de hacerlo. Sin embargo, si Ricardo estuvo detrás del asesinato, es más comprensible que le encargase la misión a Sinān en lugar de confiársela a alguno de sus propios hombres. Ricardo debió de ser más que consciente de los peligros de usar a los suyos para eliminar a un héroe cristiano. Es muy posible que recordase lo que le sucedió a su padre, Enrique II, cuando alentó a los caballeros de su casa a liberarlo de aquel sacerdote díscolo, el arzobispo Thomas Becket de Canterbury (1170).

Otras fuentes sostienen que Sinān tenía sus propios motivos para matar a Conrado; hay una versión según la cual él fue el único culpable de su asesinato. Cuando un barco propiedad de Sinān

ancló en Tiro, el marqués, codicioso de su riqueza, ordenó a sus hombres que se apoderasen de todo. Conrado rechazó por dos veces las peticiones de Sinān para que le devolviese a los cautivos y las posesiones robadas, lo que selló su sentencia de muerte[8]. Sin embargo, esa historia se ha puesto en duda y bien pudo haber sido inventada por los partidarios de Ricardo para exonerarlo. No está avalada por ninguna fuente musulmana.

Es imposible estar seguros a día de hoy de lo que realmente movió a Sinān, ni de quién fue el responsable final del asesinato de Conrado. Lo cierto es que los nizaríes no eran marionetas ni mercenarios. Justo unos años antes, cuando Saladino envió una carta amenazadora a Sinān, el líder nizarí respondió en los términos más insolentes, replicando así: «es sorprendente encontrar una mosca zumbando en la oreja de un elefante»[9]. Incluso si Ricardo o Saladino le hubieran pedido que matara a Conrado, Sinān habría aceptado solo si eso hubiera resultado útil para los intereses de la secta. El caso es que, cualesquiera que fueran tales intereses, a finales de abril de 1192, mientras Tiro era todo bullicio y ajetreo de preparativos para la coronación, dos asesinos nizaríes deambulaban por sus calles, al acecho del marqués y a la espera de su oportunidad.

Desde un punto de vista puramente militar, la pregunta más interesante sobre las actividades nizaríes es cómo los fidā'īs —así se llamaban los asesinos de la secta— se entrenaban y preparaban para su misión. Este interrogante ha puesto a prueba la imaginación de los escritores desde la Edad Media hasta hoy, y ha dado lugar a numerosas leyendas y especulaciones. La más persistente de todas tiene que ver con la palabra hashīshīn. Algunos autores occidentales han relacionado erróneamente este término peyorativo con la asombrosa habilidad de los nizaríes para el asesinato, y llegaron a la conclusión de que realizaban sus mortíferas operaciones bajo la influencia de narcóticos o que, al menos, les entrenaron y lavaron el cerebro con la ayuda de ellos (ver ilustración superior de la página 182). No hay ni una pizca de verdad en esa historia. Los principales autores musulmanes se referían a los nizaríes como hashīshīn porque este término era una expresión peyorativa común en la cultura islámica medieval que indicaba libertinaje y laxitud moral.

Fue dirigido contra otras muchas sectas sospechosas de creencias y comportamientos poco ortodoxos, y no tenía nada que ver con asesinatos[10].

Otra leyenda extendida pero infundada —difundida inicialmente por autores musulmanes hostiles— es la de que, dentro de algunas ciudadelas nizaríes, existían jardines ocultos destinados al disfrute en los que introducían en secreto a los jóvenes reclutas, que quedaban convencidos de estar en el edén. Durante el tiempo que permanecían en el lugar, se entregaban a extraordinarios placeres sexuales y sensuales. Totalmente seguros ya de la existencia del Paraíso, y habiéndoseles dicho que podrían regresar y vivir allí por toda la eternidad si sacrificaban sus vidas por la causa, esos jóvenes adeptos estaban dispuestos a hacer cuanto se les pedía, y de buena gana emprendían incluso misiones suicidas.

Aunque ninguna de estas historias tiene base real, ambas resaltan uno de los principales factores que contribuyeron a los éxitos de los fidā'īs: su motivación insuperable y su disposición a sacrificar sus vidas. La motivación resultaba crucial por dos razones. Primero, como veremos, los fidā'īs se aproximaron en ocasiones a objetivos enemigos junto a los que permanecieron en actitud pasiva, a veces durante meses o años, antes de realizar misión alguna. Era necesario un gran estímulo para mantenerlos fieles durante ese largo periodo de espera. En segundo lugar, una vez que se activaban, su disposición a perder la vida por la causa facilitaba la ejecución de asesinatos, ya que, obviamente, resulta mucho más fácil planificar y ejecutar la operación cuando no tienes que preocuparte de escapar después.

Esa fuerte motivación era, sin embargo, producto de la convicción religiosa y no de la intoxicación con drogas o del reclamo de extraordinarios placeres sensuales. A lo largo de la Edad Media, lo mismo que en otros periodos, muchas sectas y religiones produjeron legiones de mártires que se sometieron voluntariamente a torturas o se suicidaron sin la ayuda de drogas o parques de atracciones sensuales. Como escribe Juvaini, los fidā'īs se veían animados en gran medida por «una búsqueda equivocada de la felicidad en el mundo por venir»[11].

Sin embargo, la fuerte motivación no era en sí misma suficiente,

ya que no necesariamente convierte a las personas en combatientes y asesinos efectivos. Los fidā'īs nizaríes estaban dotados sin lugar a dudas de excelentes habilidades en las artes de la infiltración y el asesinato, que los distinguían del fanático medieval corriente y los convirtieron en una de las armas estratégicas más temibles del momento. ¿Cómo adquirieron exactamente esas aptitudes, que, como es obvio, solo podían transmitirse muy rara vez de una generación de fidā'īs a la siguiente?

Los nizaríes debían gran parte de sus habilidades encubiertas a su experiencia como secta misionera perseguida. Mientras que muchas confesiones musulmanas, cristianas y judías en la Edad Media hacían hincapié en una profesión pública de fe frente a la persecución, incluso a costa del martirio, los nizaríes abrazaron y desarrollaron la doctrina chiíta de la taqiyya, que, para difundir su mensaje, permitía e incluso alentaba a los fieles a ocultar o repudiar su fe para evitar ser descubiertos y perseguidos. Incluso después de establecer sus teocracias en las montañas, los misioneros nizaríes eran enviados de forma regular a territorios hostiles para propagar la fe, y con frecuencia, todos, los misioneros y sus nuevos conversos, tenían que vivir en secreto y esconder sus verdaderas identidades durante largos periodos, algo que les permitió alcanzar una gran habilidad para desenvolverse en la clandestinidad.

Por ejemplo, Ibn al-Qalānisī escribe que, tras llegar a Siria, el misionero nizarí Bahrām «vivía en secreto y ocultación rigurosos, y se disfrazaba de forma continua, de modo que se trasladaba de ciudad en ciudad y de castillo en castillo sin que nadie se apercibiese de su identidad», mientras ganaba conversos para la nueva fe[12]. De acuerdo con la autobiografía de Sinān (que se conserva en parte gracias a Kamāl al-Dīn y Juvaini), cuando le enviaron desde Alamut a Siria, recibió cartas de presentación para los agentes nizaríes en varias ciudades a lo largo de la ruta, que lo ocultaron y alquilaron para él monturas, para que pudiera viajar desde el norte de Persia a Alepo en total secreto y con relativa comodidad. Estas redes clandestinas de misioneros y conversos produjeron personas con excelentes habilidades de infiltración y facilitaron las misiones de asesinato.



Representación de los nizaríes según la imaginación europea. Manuscrito iluminado del siglo XIII. Biblioteca Nacional de Francia, fondos franceses, 2810, fol. 17.



Rashīd al-Dīn Sinān les enseña a sus discípulos un falso paraíso. Manuscrito iluminado del siglo XIII. Biblioteca Nacional de Francia, fondos franceses, 2810, fol. 431.

Muchas fuentes, tanto de Oriente Medio como europeas, insisten también en que los nizaríes formaron un cuerpo de élite con personas que eran particularmente expertas en esas artes encubiertas. Según tales fuentes, los líderes solían trasladar hasta

sus enclaves a cierto número de muchachos, a los que criaban y educaban desde edad temprana, enseñándoles en concreto muchos idiomas, así como las costumbres de diferentes razas y pueblos. Podían ser enviados a diferentes misiones encubiertas a tierras extranjeras, ya fuera como misioneros o como asesinos.

Farhad Daftary afirma que esa es solo otra leyenda sin base acerca de los miembros de la secta, pero existen muchas pruebas sólidas que respaldan esa historia en particular. Según la propia autobiografía de Sinān, él mismo llegó a Alamut muy joven, sin una sola moneda, tras huir de su hogar. Fue educado allí por Muhammad ibn Buzurgumīd, líder del movimiento nizarí desde 1138 a 1162. Muhammad tuvo dos hijos, y Sinān recordaba: «me puso en la escuela con ellos y me dio exactamente el mismo trato que les daba en todo lo necesario para el sustento, la educación y la ropa»[13]. Una vez completada su formación, Sinān fue enviado como misionero a Mesopotamia y Siria. Según otros relatos, conservados por Kamāl al-Dīn, y una biografía nizarí de Sinān, una vez que llegó a Siria, trabajó siete años como maestro de escuela infantil.

Las habilidades lingüísticas de los fidā'īs y su capacidad para confundirse en diferentes entornos culturales fueron a menudo comentadas no solo por europeos ignorantes de la materia, sino también por cronistas del Medio Oriente mucho mejor informados e incluso por autores nizaríes. Así, un relato apócrifo nizarí, que resulta una confusa narración sobre el asesinato de Conrado y que se conservó en una biografía de Sinān, cuenta cómo este «asesinó a un rey de los francos» en Acre. La historia pone el énfasis en la importancia de las habilidades lingüísticas de los fidā'īs y explica que los dos que mataron al monarca franco fueron instruidos por Sinān para hablar su lengua y llevaban prendas y espadas francas. De ese modo pudieron infiltrarse en el campamento enemigo de noche, entrar en el pabellón del rey y cortarle la cabeza[14].

Además, la idea de educar a los niños desde tierna edad en internados «de titularidad estatal», bajo la supervisión del jefe de Estado, e instruirlos en diversas artes para su futuro empleo militar y político era muy común entre los poderes islámicos de la época. Muchas cortes islámicas empleaban de forma habitual a tales mamelucos y ghulams. Algunos eran educados en las artes

militares, para convertirse en tropas de élite, mientras que otros recibían formación en las disciplinas civiles y acababan de administradores. Aunque ninguna fuente hace tal comparación, bien pudiera ser que los nizaríes copiaran tal práctica, con la salvedad de que sus mamelucos se entrenaban principalmente para operaciones encubiertas, en lugar de para el combate o la administración regular[15].

Los activos principales de los nizaríes eran la paciencia y la previsión. Una vez que decidían eliminar a una persona, a menudo esperaban meses y años antes de intentar un atentado contra su vida. Por ejemplo, la tentativa contra Buri de Damasco, que se analizará a continuación, tuvo lugar casi dos años después de que masacrase a la comunidad nizarí de la ciudad. Esto dio a los fidā'īs tiempo para situarse cerca de su objetivo y llegar a conocerlo a él y a su entorno. En otras ocasiones, parece ser que la secta situaba fidā'īs en lugares clave como mera rutina, para activarlos cuando surgiera la necesidad. Esto no siempre resultó efectivo como respuesta a amenazas imprevistas a corto plazo, pero, durante décadas, generó una reputación aterradora, tremendamente eficaz.

Por ejemplo, Kamāl al-Dīn narra que, cuando Saladino atacó el enclave nizarí a mediados de la década de 1170, Sinān le envió un mensajero con la orden de entregar un recado al sultán solo en privado. Saladino, naturalmente temeroso de un intento de asesinato, hizo que el mensajero fuera registrado a conciencia, pero incluso cuando se comprobó que estaba desarmado, se negó a separarse de su guardia. El correo insistió en que hablaría solo en privado. El sultán consintió finalmente en despachar a todos sus asistentes y guardaespaldas, a excepción de sus dos guardias mamelucos más fieles. Cuando el enviado insistió en que ellos también debían irse, el mandatario le dijo «los considero mis propios hijos, y ellos y yo somos uno», y rehusó una vez más retirarlos. Entonces, el emisario se volvió hacia los dos mamelucos y les dijo: «Si ordenase, en nombre de mi amo, matar a este sultán, ¿lo haríais?». Los mamelucos desenvainaron sus espadas y dijeron que estaban a sus órdenes. El representante de Sinān y los dos mamelucos se fueron juntos, y el espantado sultán hizo a toda prisa las paces con el caudillo nizarí[16].

Dado que los nizaríes trataron por dos veces de asesinar a Saladino, en diciembre de 1174 y en mayo de 1176, esta historia probablemente sea pura ficción[17]. No obstante, pone de relieve los métodos mediante los que los nizaríes trataban de llegar a sus objetivos, celosamente protegidos, y el temor que inspiraban esos procedimientos. Los fidā'īs no eran ninjas de Oriente Medio que salvasen las medidas de seguridad principescas por medio de arcanas artes marciales. Al contrario, por lo general, llegaban a sus víctimas a fuerza de previsión, buen entrenamiento y paciencia. En la sociedad multicultural de Oriente Medio del siglo XII, donde cada estado era un mosaico de muchas razas y religiones, y donde las fuerzas armadas y los servicios administrativos de todos los gobernantes incluían mercenarios y reclutas de diversos orígenes étnicos y religiosos, un joven forastero bien educado, sobre todo uno con buenas habilidades lingüísticas, podía encontrar empleo con facilidad en los séquitos de los príncipes o, al menos, muy cerca de su corte. Una vez establecido cerca de un objetivo potencial, y si no le importaba perecer junto con su víctima, era solo cuestión de tiempo que se le presentara una buena oportunidad para el asesinato. Como Sinān respondió una vez a las amenazas de Saladino, «te derrotaré desde dentro de tus propias filas y tomaré venganza contra ti en tu propio asiento»[18]. El cronista cruzado Ambroise conviene en ello, y escribió que, una vez que a los fidā'īs se les fijaba un objetivo, «partían y espiaban al poderoso, cuidaban de él, formaban parte de su casa y vigiliban sus palabras, hasta conseguir quitarle la vida»[19].

Por ejemplo, en 1126, el gran visir del Imperio selyúcida Mu'in al-Din Kashi, lanzó una campaña armada contra los enclaves nizaríes de Persia. En venganza, dos fidā'īs lograron entrar a su servicio como mozos de establo y le asesinaron en marzo de 1127. En 1129, Buri, al convertirse en gobernante de Damasco, se volvió contra los nizaríes, que habían sido aliados de su difunto padre. Al lanzar a la milicia de la ciudad, así como a las frenéticas multitudes sunitas, contra los odiados herejes, Buri fue al parecer responsable de la muerte de entre 6000 y 20 000 nizaríes. A partir de ese día, por supuesto, no fue a ninguna parte sin una armadura pesada y guardaespaldas armados hasta los dientes, pero de poco le sirvió.

Dos soldados turcomanos que había entrado a su servicio resultaron ser fidā'īs. Le atacaron y le hirieron de gravedad el 7 de mayo de 1131, y murió de sus heridas después de un año de agonía. En 1138, el depuesto califa abasida al-Rashid fue asesinado por algunos de sus sirvientes, que resultaron ser fidā'īs.

En 1270, dos fidā'īs llegaron a Tiro disfrazados de soldados regulares mamelucos. Fingieron ser desertores y pidieron a Felipe de Montfort, señor de Tiro y el líder franco más prominente en el Levante, ser bautizados y entrar a su servicio. Montfort no sospechó de ellos. Uno tomó el nombre de Felipe, por su nuevo padrino, el otro se llamó Julián. Poco tiempo después, el franco fue advertido de que el sultán Baybars había enviado fidā'īs a asesinarlo.

Felipe de Montfort ordenó a sus hombres que vigilaran de cerca a todo aquel que entrase en Tiro, pero no sospechó de sus dos nuevos servidores y los mantuvo en su propia residencia. Cierto domingo uno de los fidā'īs le dio muerte a puñaladas cuando fue a su capilla privada a oír misa, y casi logró matar también a su hijo y heredero. Se salvó al esconderse detrás del altar. Al mismo tiempo, el otro intentó asesinar al señor de Sidón, pero fue descubierto y tuvo que huir sin cumplir su misión[20].

Es de reseñar que, en muchas ocasiones, los fidā'īs se disfrazaban de ascetas o de monjes y a menudo cometían el asesinato en el interior o cerca de mezquitas y lugares sagrados. Así, la primera víctima famosa de los nizaríes, Nizam al-Mulk, fue asesinada por un fidā'ī disfrazado de asceta sūfī (1092)[21]. Cuando los nizaríes llegaron por primera vez a Siria, uno de sus principales enemigos fue Janāh al-Dawla, el gobernante de Homs. Por temor a un ataque, Janāh al-Dawla abandonaba su ciudadela lo menos posible y, cuando lo hacía, se vestía con armadura completa y rodeaba de guardias personales. El 1 de mayo de 1103, dejó la ciudadela y se dirigió a la mezquita principal de la ciudad para participar en las oraciones del viernes. Mientras ocupaba su lugar habitual, tres fidā'īs «ataviados con atuendos de ascetas» le atacaron y ni su armadura ni sus guardaespaldas le salvaron de sus dagas. Además de esos tres fidā'īs, otros diez auténticos ascetas sūfīs presentes en la mezquita fueron ejecutados[22]. De forma similar, en 1126 el soberano selyúcida de Mosul, Bursuqi, fue asesinado en

la mezquita principal de la ciudad por ocho fidā'īs vestidos de ascetas.

Las ventajas de hacerse pasar por ascetas eran múltiples. Primero, era indecoroso interrogarles o cerrarles el paso con excesiva brusquedad. En segundo lugar, los ascetas solían ser extranjeros y vagabundos desubicados, lo que proporcionaba la mejor cobertura posible a un fidā'ī. Por último, eran a menudo gente experimentada, cuyas habilidades lingüísticas y administrativas se valoraban tanto como su piedad. Por lo tanto, al hacerse pasar por uno de ellos, un extranjero cultivado no solo podía justificar su buena educación y evitar demasiadas preguntas sobre su pasado, sino que también tenía más facilidad para entrar en las casas de los potentados elegidos[23].

Aunque los fidā'īs no lograsen ponerse al servicio de ningún caudillo, su educación y su experiencia encubierta les permitía mantenerse próximos a los objetivos durante semanas y meses, hasta que de una manera u otra se presentaba la oportunidad de atacar.

En cuanto a las formas de asesinato en sí, no se sabe si los fidā'īs recibían entrenamiento en algún arte marcial o en el empleo de las armas. Lo que sí es seguro es que, durante dos siglos, la mayor parte de sus centenares de víctimas fueron asesinadas con dagas en algún espacio público. Está claro que, en muchas ocasiones, habría sido más fácil envenenar a los príncipes que apuñalarlos, especialmente cuando esos objetivos atemorizados comenzaron a portar en todo momento armaduras y a rodearse de guardias. Sin embargo, los fidā'īs estaban apegados a sus puñales y, al parecer, rara vez o nunca intentaron envenenar a sus víctimas, ni utilizar arcos u otras armas de larga distancia. Esto respondía a una cuestión de impacto dramático. Al igual que la monarquía de esa época, el terror medieval era también un espectáculo. Su eficacia no se basaba tan solo en eliminar a los enemigos propios, sino, todavía más, en atemorizar a otros rivales potenciales, así como en envalentonar a posibles aliados y amigos. Puestos a obtener el efecto teatral, el veneno era mucho menos útil que las dagas, porque a menudo era imposible determinar si había sido la causa de la muerte y, en todo caso, quién era el envenenador.

Además, la muerte por envenenamiento ocurría por lo regular en la intimidad del palacio. Por el contrario, los fidā'īs generalmente apuñalaban a plena luz del día, en lugares públicos como calles o mezquitas y mientras el elegido estaba rodeado de guardias y asistentes. Incluso cuando entraban al servicio de su futura víctima, normalmente se preocupaban de apuñalarla en público. Al desdeñar medios más sutiles y optar por matar de la manera más directa y visible, los nizaríes evidenciaban su desprecio por las medidas de seguridad de sus enemigos, para resaltar que esos procedimientos no podrían detenerlos, y mostraban sus habilidades y éxitos tanto a otras posibles víctimas como a la población en general. Como eran misioneros revolucionarios que esperaban derrocar el orden político y religioso establecido, sus asesinatos debían verse no solo como herramientas políticas, sino también como propaganda. Los relatos sobre sus increíbles hazañas y la impotencia de los gobernantes más poderosos estaban calculados para difundir su mensaje y atraer a nuevos conversos.

* * *

Los asesinos de Conrado habían llegado en realidad a Tiro mucho antes de abril de 1192. Si la historia del barco es cierta, Sinān esperó mucho tiempo antes de tomar venganza. Si el asesinato fue ordenado por Ricardo o por Saladino después de la conferencia de Ascalón, significa que Sinān ya se había ocupado de colocar a algunos de sus agentes cerca del marqués aun antes de tener planes concretos para eliminarlo. Como se ha señalado, la estrategia habría sido un ejemplo de la práctica habitual nizarí de situar de forma sistemática a fidā'īs en lugares clave, cerca de objetivos potenciales.

Imād al-Dīn e Ibn al-Athīr dicen que los fidā'īs arribaron a Tiro alrededor de noviembre de 1191, fingiendo ser monjes o ascetas cristianos. Al llevar una vida de piedad y frecuentar iglesias, se ganaron la confianza y entraron al servicio de Balian II de Ibelin y Reginald de Sidón, dos de los afines más próximos a Conrado. Mientras acompañaban a estos dos nobles, a menudo llegaban a presencia del propio marqués, que se familiarizó con ellos. Según la Continuation de Guillermo de Tiro, uno de ellos entró al servicio de

Balian, en tanto que el otro lo hizo al del propio Conrado. Según Ambroise en su Itinerarium, ambos fueron admitidos en el séquito del último, al que habrían servido fielmente durante meses antes de encontrar la oportunidad de matarlo.

No podemos afirmar con certeza en qué momento decidió exactamente Sinān activarlos. Si de verdad Ricardo o Saladino le persuadieron para asesinar a Conrado tras el consejo de Ascalón, sus órdenes no pudieron llegar a sus agentes mucho antes del 25 de abril (dado que los mensajeros de Ricardo o Saladino tuvieron que viajar a su fortaleza en el norte de Siria para deliberar con él y luego Sinān tuvo que enviar sus propios mensajeros a Tiro).



Conrado, marqués de Montferrat, segundo hijo de Guillermo III. Era pariente de sangre de los emperadores Hohenstaufen de Alemania y de los reyes Capetos de Francia; también estaba firmemente vinculado con varias de las familias imperiales de Bizancio. Tras una impresionante carrera militar en Italia en la década de 1170-1180, llegó a Tierra Santa a fines de julio de 1187, solo para descubrir que unas semanas antes el ejército franco había sido aniquilado en la batalla de Hattin y que las ciudades y fortalezas del reino de Jerusalén se rendían en masa al vencedor, Saladino. Defensor de Tiro, fue elegido rey de Jerusalén en abril de 1192.

No parece que Conrado tomase precauciones especiales para

salvaguardar su persona, ni antes ni después de haber escuchado las noticias llegadas de Ascalón. Se sabe que otros gobernantes en peligro organizaron complicados operativos de seguridad para contrarrestar la amenaza nizarí, además de portar de forma habitual armadura y emplear guardaespaldas. Cuando en 1122 el califa fatimí ‘Al-Ma’mūn se sintió amenazado por los nizaríes, mandó al gobernador de Ascalón —entonces puerta oriental de Egipto— que revocase en sus cargos a todos los hombres que no fuesen conocidos por la población local. Además, se le ordenó examinar minuciosamente a todas las personas que llegaban a la ciudad y negar la entrada a cualquiera que no fuese visitante conocido y regular, cuya identidad estuviera fuera de toda duda. También, tenía que enviar informes escritos a El Cairo, en los que indicase el número de personas que llegaban, sus nombres, los de sus sirvientes, los de sus camelleros y una lista de sus mercancías. A su llegada a Egipto, las caravanas se cotejaban con esos informes. Por otra parte, el califa mandó a los gobernadores de El Cairo que registrasen los nombres de todos los habitantes, calle por calle, y que no permitieran que nadie cambiase su domicilio sin permiso, para que cualquier extraño que llegase a la ciudad pudiera ser vigilado con facilidad. Por último, ‘Al-Ma’mūn empleó muchos espías e informadores y, gracias a todos esos medios, logró desenmascarar a varios agentes nizaríes.

Saladino, después de los dos atentados contra su vida, en 1174 y en 1176, durmió durante un tiempo en una torre de madera, sin permitir que nadie a quien no conociera personalmente se acercase a él. Cuando, en 1332, Felipe VI de Francia contempló la posibilidad de una nueva cruzada, un sacerdote alemán llamado Brocardus, que había pasado algún tiempo en Armenia, redactó un tratado para asesorar al rey sobre ese proyecto; entre otros peligros, advirtió al soberano contra los Assasinis. La única forma de protegerle contra ellos, escribió Brocardus, era que «en toda la casa del rey, para cualquier servicio, por mezquino o temporal que sea, no se admita a nadie, salvo aquellos cuyo país, lugar, linaje, condición y persona se conozcan sin duda, de forma completa y clara»[24].

Esas prevenciones nunca podían garantizar una protección total contra los fidā’īs nizaríes y, en cualquier caso, no eran fáciles de

implementar, especialmente por alguien como Conrado, en 1192. Al igual que la mayoría de los príncipes de su época, carecía de las instituciones y los medios burocráticos con los que contaba Al-Ma'mūn, sin los cuales era imposible vigilar a los visitantes extranjeros o incluso a los miembros de su extensa familia. Además, él mismo era extranjero, y Tiro, en 1192, estaba rebosante de refugiados y cruzados a los que no se podía esperar supervisar de manera efectiva.

En cuanto a la puesta en práctica de medidas de seguridad más estrictas, le habrían servido de poco a Conrado, una vez que los fidā'īs entablaron relación con sus asociados. Además, tales medidas podrían haber perjudicado sus aspiraciones a la corona de Jerusalén. Dado que los príncipes medievales eran tanto actores como funcionarios, y el reinado medieval era lo mismo una cuestión de ceremonia que de gobierno, los príncipes tenían que mostrarse en público a menudo y ser accesibles para sus súbditos. En consecuencia, si un príncipe se atrincheraba tras muros, cordones de guardaespaldas y seguridad estricta, y se hacía inaccesible e invisible para su pueblo, dañaba gravemente su prestigio y autoridad. Por otra parte, tal actitud le habría hecho pasar por timorato e incluso cobarde. Después de todo, a los príncipes medievales se les exigía que expusieran cada cierto tiempo sus personas a los peligros de la batalla. Esas medidas habrían sido particularmente dañinas cuando el príncipe en cuestión era un extranjero que pretendía el trono.

El cruzado Jehan de Joinville relata un incidente que demuestra los efectos nocivos de las medidas de seguridad. En cierta ocasión, durante la cruzada de Luis IX (1250-1254), el rey fue a pasear cerca de Sidón junto con Joinville. A lo largo del camino encontraron una iglesia en la que se celebraba misa, por lo que entraron para participar. Joinville notó que el clérigo encargado del servicio era «un tipo alto, moreno, delgado y peludo», y de inmediato sospechó que podría ser un asesino nizarí. Cuando el oficiante se acercó al rey con la santa pax —un crucifijo que habitualmente besaban el sacerdote y la congregación—, Joinville lo interceptó, se lo arrebató y él mismo lo puso ante Luis, con lo que impidió que el clérigo se aproximara al monarca. Luis —cuya fama y autoridad descansaban

sobre una imagen cuidadosamente cultivada de santidad y humildad — se quejó más tarde de la acción de Joinville, porque pensó que causaba mala impresión y le hacía parecer demasiado orgulloso como para permitir que un simple sacerdote se acercara a su persona. Incluso cuando el cruzado le explicó sus motivos, Luis insistió en que había actuado de manera equivocada[25].

Ya sea por falta de recursos, ausencia de miedo o por temor a alejar a sus súbditos y dañar su propia imagen, Conrado no tomó medidas especiales para proteger su persona. Por tanto, una vez que las órdenes de asesinarlo llegaron, los dos fidā'īs solo tenían que esperar la oportunidad adecuada. Aparentemente, no trazaron una estrategia muy elaborada, y simplemente mantuvieron los ojos y los oídos abiertos. El desarrollo de los acontecimientos prueba que su muerte no pudo haber sido planeada con antelación, ya que las acciones de Conrado en el día fatídico fueron de lo más erráticas y no siguieron un horario preconcebido.

La oportunidad de los fidā'īs se presentó el 28 de abril. Ese día, la reina Isabella, que estaba embarazada de la hija de Conrado, fue a los baños y no regresó a casa a tiempo para la comida. El marqués la esperó, pero le dijeron que se demoraría y tardaría en llegar. Tenía hambre y no deseaba comer solo, por lo que decidió visitar a su amigo, el obispo de Beauvais, y almorzar con él. Montó su caballo y, con solo dos acompañantes, se dirigió a la residencia del obispo, donde descubrió, para su sorpresa, que el religioso ya había terminado. «Señor obispo —dijo Conrado—, he venido hasta aquí para comer contigo. Pero como ya lo has hecho, me volveré a casa»[26]. El prelado manifestó que se sentiría feliz de ofrecer al marqués algún refrigerio, pero Conrado decidió que sería mejor regresar a su hogar y tomarlo allí. Salió de la vivienda del obispo, pasó junto a los cambistas y ante la puerta de la catedral de Tiro y luego se desvió por un camino estrecho. Dos hombres con túnicas de monjes estaban sentados a cada lado del sendero.

No eran otros que los fidā'īs de Sinān, que debían de haber vigilado el palacio de Conrado durante algún tiempo y, lo vieron dirigirse a la casa del obispo, por lo que se habrían colocado en un lugar oportuno, a la espera de su regreso. Como eran personas que llevaban en Tiro unos seis meses y conocían bien el trazado de la

urbe y al marqués, seguramente no les supuso dificultad alguna. De igual manera, para entonces eran ya figuras familiares en la ciudad y, por tanto, podían aguardar a la vista de todos sin despertar sospechas. Desde luego, ver a dos monjes sentados en el exterior de la catedral no resultaba particularmente inquietante.

El marqués no les prestó atención y siguió su marcha. Al pasar entre ellos, se levantaron y uno se acercó a Conrado con un brazo extendido, para entregarle una carta. Cuando el marqués alargó la mano para recogerla, el hombre sacó de repente un cuchillo con la otra mano y lo apuñaló. Mientras toda la atención se centraba en ese asesino, su compañero saltó desde donde estaba, subió al caballo y acuchilló a Conrado en el costado. Al parecer, un fidā'ī fue abatido de inmediato por los dos caballeros que acompañaban al marqués, mientras el otro huyó a la iglesia cercana.

Según una versión de la historia, Conrado sucumbió en el acto y cayó muerto del caballo; según otra, solo resultó herido y fue conducido a la misma iglesia en la que se había ocultado el fidā'ī superviviente. Esta fuente asegura que nadie se apercibió de su fuga, y la túnica le permitió ocultarse en el templo. Cuando vio al marqués entrar y lo oyó hablar, se dio cuenta de que su misión había quedado incompleta. Entonces lo atacó de nuevo y esta vez el golpe resultó fatal.

El fidā'ī fue capturado e interrogado mediante tortura. Antes de expirar, confesó que él y su compañero habían sido enviados en su misión a instancias del rey de Inglaterra. Incluso si estos detalles fuesen reales, demuestran poco. Varias fuentes explican que Sinān instruyó a sus asesinos para implicar a Ricardo en el crimen con el fin de sembrar confusión en el campo franco, en caso de ser atrapados. Además, los hombres que torturaron e interrogaron al cautivo pertenecían al séquito de Felipe Augusto. En consecuencia, pudieron haber inventado la confesión ellos mismos o, al menos, estar demasiado bien dispuestos a dejarse convencer por las acusaciones del fidā'ī.

* * *

En un principio, el asesinato de Conrado sembró temor y consternación entre los francos de todos los bandos. Sin embargo,

la crisis inmediata no tardó en resolverse. El conde Enrique de Champagne, el mensajero que llevó a Conrado las noticias de su elección al trono, fue reconocido por unanimidad como el mejor candidato para suceder al marqués. Estaba emparentado tanto con Ricardo como con Felipe Augusto y era popular entre la nobleza local franca y el ejército cruzado. El 5 de mayo de 1192, apenas una semana después de la muerte de Conrado, se casó con la embarazada reina Isabel, para vergüenza de los cronistas europeos y ante el absoluto rechazo de los orientales, cristianos y musulmanes. La pareja fue coronada en Acre, por lo que al menos no se desperdiciaron los costosos preparativos para la ceremonia.

En cuanto al impacto a largo plazo del asesinato, los autores medievales y los modernos están en desacuerdo. Algunos afirman que fue una gran bendición para los musulmanes, ya que Conrado era un político despiadado y un excelente soldado, el mejor hombre que podía tomar el relevo de Ricardo y continuar la reconquista de Tierra Santa. Otros argumentan que su muerte en realidad benefició a los francos, porque había sido una figura polémica que causaba división, mientras que el conde de Champagne era popular en todos los bandos. Ricardo y Felipe se complacían de ver a su pariente en el trono de Jerusalén, y las diversas facciones de la nobleza franca local, incluidos los partidarios de Guy, podían seguirle. Además, Enrique pronto demostró ser un gobernante sabio y capaz, que logró consolidar los territorios recién conquistados durante su breve reinado y establecer bases firmes para el renaciente Reino de Acre.

Ganasen o perdiesen los francos con la muerte de Conrado, Sinān y los nizaríes se beneficiaron sin duda de ello. El hecho de que su desaparición no llegara a causar el colapso del poder franco no decepcionó a Sinān, que no tenía ningún interés en la destrucción completa de aquellos. La supervivencia de su pequeño principado dependía de mantener un equilibrio entre los francos y los musulmanes ortodoxos. Una abrumadora victoria musulmana habría permitido a Saladino volverse contra el herético enclave nizarí y extirparlo, como sucedería a finales del siglo XIII. En realidad, el principal beneficio obtenido por los nizaríes con la muerte de Conrado fue de orden psicológico. Su mortífera reputación entre musulmanes y cristianos recibió un oportuno

impulso. Enrique de Champagne, en particular, aprendió del error de su predecesor y trató a los nizaríes con gran respeto y cuidado durante todo su reinado. Desde luego, no hizo ningún intento de vengar el asesinato de su predecesor.

En Europa corrieron rumores que sobrevaloraron, y mucho, las capacidades de los nizaríes. Los reyes y los cronistas se vieron atenazados por miedos infundados; sin darse cuenta de que los principales enemigos de los nizaríes eran los musulmanes sunitas y no los lejanos y relativamente inofensivos católicos europeos, comenzaron a creer que los fidā'īs se estaban infiltrando en las cortes occidentales y que tenían como objetivo a los monarcas europeos[27].

Los gobernantes empezaron a acusarse unos a otros de conspirar con el Viejo de la Montaña para asesinar a sus rivales, una acusación que se convertiría en un elemento básico de las guerras propagandísticas en Europa. La secta, en consecuencia, fue temida por los europeos a lo largo del siglo XIII y todavía después, independientemente del reducido número de líderes cristianos que realmente asesinase y de su desinterés general en los asuntos de Occidente. Sus métodos, sin embargo, nunca fueron copiados por las potencias europeas o de Medio Oriente. Lo cierto es que eran demasiado eficaces y amenazaban con deshacer el entramado político[28].

Notas

[1] El nombre de «asesinos» comenzó a ser conocido en Europa en época tan temprana como la década de 1170. Una noticia alemana de 1175 nombra a los heyssessini (Arnold de Lubeck, Chronica Slavorum, 7.8, ed. Pertz, pág. 274). La palabra comenzó a tomar su actual significado hacia finales de la Edad Media. Antes de eso se usaban otros términos para designar a quien había sido entrenado para dar muerte a otros, tales como «sicario» (ver, por ejemplo, Vitalis, Ecclesiastical History, 6 :342).

[2] Citado por Lewis, Assassins, págs. 47–8.

[3] Juvaini, History of the World-Conqueror, 2 :678.

[4] Usāmah Ibn-Munqidh cuenta cómo un único agente nizarí se las arregló para capturar el supuestamente inexpugnable castillo de al-Khirbah para sus propios fines (Usāmah, Kitāb al-I'tibār, págs. 107–8).

[5] Lewis, 'Kamāl al-Dīn's Biography', págs. 230–1, 261.

[6] Guillermo de Tiro, Historia, 17.19, ed. RHC, 1 :791–2.

[7] Itinerarium peregrinorum, 5.25, ed. Stubbs, págs. 337–8; Ambroise, History, líneas 8718–24, ed. Ailes, 1 :141.

[8] Ver también Ralph de Diceto, Opera Historica, 2 :127–8.

[9] Lewis, 'Kamāl al-Dīn's Biography', págs. 234, 265.

[10] Sobre la mala reputación del hachís en el islam medieval, ver Rosenthal, Herb, págs. 101–19, 137–62.

[11] Juvaini, History of the World-Conqueror, 2: 676. Comparar con Ambroise, History, líneas 8822–3, ed. Ailes, 1 :143.

[12] Ibn al-Qalānisī, Damascus Chronicle, pág. 179.

[13] Lewis, 'Kamāl al-Dīn's Biography', págs. 231, 262.

[14] Guyard, 'Grand Maître', págs. 463–6.

[15] La idea de misioneros especialmente entrenados no fue, por supuesto, exclusiva de los nizaríes. Los misioneros cristianos, desde la antigüedad tardía hasta hoy, a menudo, se han preparado aprendiendo todo lo posible acerca de los idiomas y hábitos de sus futuros feligreses. Sobre el ascenso de los mamelucos, ver en particular Pipes, Slave Soldiers.

[16] Lewis, 'Kamāl al-Dīn's Biography', págs. 236–7, 266–7.

[17] Para una historia parecida, en la que la espantada víctima fue el sultán selyucida Sanjar, ver Juvaini, History of the World-Conqueror, 2 :681–2.

[18] Lewis, 'Kamāl al-Dīn's Biography', págs. 235, 265.

[19] Ambroise, History, líneas 8817–21, ed. Ailes, 1 :143.

[20] 'Chronique du Templier de Tyr', section 374, ed. Raynaud, págs. 194–8; Harari, 'Military Role', pág. 102.

[21] Juvaini, History of the World-Conqueror, 2 :677.

[22] Ibn al-Qalānisī, Damascus Chronicle, págs. 57–8.

[23] Los agentes cristianos eran también bastante proclives a disfrazarse de monjes. En 1118, el rey Luis VI y un destacamento de sus hombres se vistieron con hábitos negros de monjes para infiltrarse y capturar la ciudad de Gasny (Vitalis, Ecclesiastical History, 6 :184). En 1451, los borgoñones trataron de capturar la ciudad de Lunéville, en Lorena, infiltrando tropas ataviadas como peregrinos (Vaughan, Philip the Good, pág. 101).

[24] Brocardus, Directorium, págs. 496–7.

[25] Joinville, Vie, secciones 588–90, ed. Monfrin, págs. 292–4.

[26] Chronique d'Ernoul, pág. 290; Guillermo de Tiro, Continuation, ch. 137, ed. Morgan, págs. 140–1.

[27] El único intento de asesinar a un príncipe cristiano en el siglo XIII que se puede atribuir con certeza a los nizaríes es el atentado contra la vida del futuro Eduardo I, en1270

(Langtoft, Chronicle, 2 :156–60).

28 Al hablar de la Tercera Cruzada, este capítulo se basa sobre todo en: Bahā' al-Dīn, Rare and Excellent History; Bahā' al-Dīn, Kitāb; Edbury, Conquest of Jerusalem; Guillermo de Tiro, Continuation; Chronique d'Ernoul; Ambroise, History; Itinerarium peregrinorum; Chronicle of the Third Crusade; al-Kātib al-Isfahānī, Conquête de la Syrie; Ibn al-Athīr, Min kitāb kāmil al-tawārīkh, 1 :712–44, 2 :1–73; Johnston, Crusade and Death; Gillingham, Richard I; Bradbury, Philip Augustus, págs. 87–101; Nicholson, Joscelyn III, págs. 164–98; Runciman, History of the Crusades, 3 :1–75; Mayer, Crusades, págs. 137–51; Richard, 'Philippe Auguste'; Prawer, History, 1 :526–61, 2 : 3–92; Turner and Heiser, Reign of Richard Lionheart.

Para la historia de los nizaríes en general, este capítulo se basa sobre todo en: Ibn al-Athīr, Min kitāb kāmil al-tawārīkh, 1 : 272, 291, 304–5, 384–5, 400, 438; Abū'l-Fidā, Muntahabāt min al-mukhtasar, págs. 6, 10, 12, 17–18, 21, 25, 147, 181; Guyard, 'Grand Maître'; Brocardus, Directorium, págs. 496–7; Ibn alQalānisī, Damascus Chronicle, págs. 57–8, 72–4, 115, 145–8, 163, 175–80, 187–95, 202–3, 263, 342; Juvaini, History of the World-Conqueror, 2 :666–725; Joinville, Vie, sections 451–63, 588–90, ed. Monfrin, págs. 222–8, 292–4; Barber y Bate, Templars, págs. 73–7; Usāmah, Kitāb al-I'tibār, págs.107–8, 146, 153–4, 190, 192–3; Arnold of Lubeck, Chronica Slavorum, 7.8, ed. Pertz, págs. 274–5; Lewis, 'Kamāl al-Dīn's Biography', págs. 225–67; Guillermo de Tiro, Historia, 14.20, 17.19, 20.29, 20.30, ed. RHC, 1 :634, 791–2, 996, 999; Ambroise, History, líneas 8797–8824, ed. Ailes, 1 :142–3; Lewis, Assassins; Mirza, Syrian Ismailism, págs. 19–55; Daftary, Assassin Legends; Bartlett, Assassins; Ford, Political Murder, págs. 100–4; Wilson, 'Secrets of the Assassins'.

Para el asesinato de Conrado, este capítulo se basa sobre todo en: Ambroise, History, líneas 8694-8886, ed. Ailes, 2 :141–4; Chronique d'Ernoul, págs. 289–91; Bahā' al-Dīn, Rare and Excellent History, págs. 200–1; Bahā' al-Dīn, Kitāb, págs. 202–3; al-Kātib al-Isfahānī, Conquête de la Syrie, págs. 376–8; Guyard, 'Grand Maître', págs. 463–6; Edbury, Conquest of Jerusalem, págs. 114–15; Guillermo de Tiro, Continuation, ch. 137, ed. Morgan, págs. 140–1; Itinerarium peregrinorum, 5.25–7, ed. Stubbs, págs. 337–42; Chronicle of the Third Crusade, 5.25–7, ed. Nicholson, págs. 304–8; Ibn al-Athīr, Min kitāb kāmil al-tawārīkh, 2 :58–9; Gabrieli, Arab Historians, págs. 238–45; Ralph of Diceto, Opera Historica, 2 :104, 127–8; Bartlett, Assassins, págs. 141–4, 188–9; Gillingham, Richard I, págs. 197– 202; Runciman, History of the Crusades, 3 :64–6.

También son importantes en el tema del asesinato de Conrado: Arnold of Lubeck, Chronica Slavorum, 4.16, ed. Pertz, págs. 145–6; Bar Hebraeus, Chronography, 2 :339; Chronique de Michel le Syrien, 4 :210; 'Chronique de Terre-Sainte', pág. 14; Johnston, Crusade and Death, págs. 37–8; Roger de Howden, Chronica, 3 :181; Walter de Coventry, Memoriale, 2 :18–19; Ralph of Coggeshall, Chronicon Anglicanum, pág. 35; Lewis, Assassins, págs. 4–5, 117–18, 133; Mirza, Syrian Ismailism, págs. 36–7; Daftary, Assassin Legends, págs. 72–3; Hindley, Saladin, págs. 176–7; Nicholson, Joscelyn III, págs. 195–7; Richard, Crusades, pág. 230; Mayer, Crusades, pág. 148.

Adviértase que la crónica traducida en la obra de Edbury, Conquest of Jerusalem, la crónica editada por Morgan en su Continuation de Guillaume de Tyr y la Chronique d'Ernoul son en la práctica diferentes versiones del mismo texto. El documento conocido como el Itinerarium se apoya sobre todo en la History de Ambroise, pero al parecer también usa otras fuentes y, por tanto, se debe considerar independiente al menos en varios de los sucesos descritos.

V
Por un saco lleno de escudos de oro: Calais, 1350

Hacia el mediodía del 3 de agosto de 1347, una apesadumbrada procesión salió de Calais. Seis de sus ciudadanos más distinguidos aparecieron en actitud humilde por la puerta principal, en mangas de camisa, con nudos corredizos al cuello y las llaves de la villa en sus manos. Detrás de ellos, hombres, mujeres y niños lloraban amargamente y se retorcían las manos con desesperación. Fueron recibidos extramuros por un airado Eduardo III, rey de Inglaterra, por la esposa de este, la reina Philippa, y por decenas de miles de soldados enemigos. Durante once meses, Eduardo había sitiado Calais en lo que resultó ser la mayor empresa militar de su mandato y uno de los asedios más costosos de la Edad Media. Envió unos 32 000 soldados desde Inglaterra para la empresa: el contingente inglés más grande jamás enviado al extranjero en esa época. Una flota tripulada por otros 15 000 marinos bloqueó la ciudad desde el mar, mientras que un ejército flamenco aliado de unos 20 000 hombres apoyó a los ingleses por tierra. Felipe VI de Francia, para oponerse a su rival Eduardo, reunió una gran fuerza que al menos sumaba también 20 000 hombres e hizo cuanto le fue posible para obstaculizar el bloqueo[1]. El hambre acabó por obligar a la ciudad a capitular, pero solo después de haber resistido a las máquinas de guerra y las amenazas de Eduardo, y cuando el cerco había agotado ya los recursos financieros de Inglaterra y Francia hasta llevarlas casi a la quiebra. Para entonces no quedaba nada de comida en la hambriento ciudad, y el ejército de Felipe no podía arriesgarse a una batalla campal tras el desastre sufrido poco tiempo antes en Crécy.

Cuando Calais accedió a rendirse, Eduardo prometió perdonar las vidas de los ciudadanos y los miembros de la guarnición, pero resolvió ejecutar a los seis principales burgueses, en parte para saciar su propia ira y en parte para atemorizar a otras ciudades y llevarlas a que se rindieran más rápido. Sir Walter Mauny, uno de los

principales soldados de Eduardo, trató de apaciguar la cólera regia y salvar a esos ciudadanos, pero el monarca se mantuvo firme. Entonces su propia esposa, Philippa, embarazada, cayó de rodillas y suplicó por sus vidas. El rey, con acusado olfato teatral, se permitió entonces reducir su furia y les perdonó.

Sin embargo, los agradecidos burgueses y casi toda la población civil de Calais recibieron la orden de abandonar la ciudad, que Eduardo pretendía repoblar con súbditos más leales y convertir en su principal cabeza de puente hacia Francia. Hasta ese momento, transportar ejércitos de Inglaterra al continente había sido una tarea difícil. Desembarcar tropas en una costa hostil era un asunto extremadamente problemático, no porque las playas estuviesen defendidas, sino más bien porque la operación llevaba al límite las capacidades logísticas de los reyes del siglo XIV. Si un contingente de varios miles de hombres quería poner pie en una playa enemiga, significaba que todo el ejército, junto con miles de caballos y todos los necesarios equipos y suministros de campaña tenían que transportarse y desembarcarse de una sola vez. Eso obligaba a reunir cientos de barcos y grandes cantidades de pertrechos y abastecimientos. Las operaciones resultaban mucho más fáciles si las tropas podían desembarcar y congregarse en algún puerto amigo. En tal caso, un número mucho más reducido de buques dejaban con antelación las cantidades necesarias de equipos, suministros e incluso caballos en el muelle de desembarque, y luego transportaban el resto de hombres y animales en un solo esfuerzo concertado o en varias fases.

Hasta 1347, Eduardo no contaba con un buen puerto en Francia. Los de la Gascuña se encontraban demasiado lejos y, aunque los pocos de Bretaña que estaban bajo su autoridad o la de sus aliados se localizaban más cerca, su posesión no era segura, y en su mayoría no eran más que fondeaderos que no ofrecían un fácil acceso a Francia. Durante cierto tiempo, los puertos de Flandes estuvieron abiertos a Eduardo gracias a la facción rebelde que gobernó el condado en la década de 1340. Sin embargo, la política flamenca era extremadamente turbulenta. Ayudar a esa facción a mantenerse en el poder suponía un derroche continuo de recursos y resultaba bastante evidente que, tarde o temprano, caería, como

sucedió en 1349.

Calais fue la respuesta a las dificultades estratégicas de Eduardo. Los barcos podrían cruzar con facilidad desde Sandwich y Dover en pocas horas, de modo que, navegando de un lado a otro entre los dos puertos, una flota modesta podría preparar una gran invasión en un tiempo relativamente breve. Además, a diferencia de los enclaves bretones, Calais permitía fácil acceso tanto a las llanuras del norte de Francia como a los Países Bajos.



Dibujo alegórico de la llegada de la peste negra a Francia en 1348, publicado en el manuscruto iluminado Essai sur l'histoire de la ville d'Avignon*.* Obra de J. B. M. Joudou. Biblioteca
Nacional de Francia.

Después de tomar la ciudad y expulsar a sus antiguos habitantes, Eduardo reparó sus defensas e instaló una considerable guarnición de alrededor de 1200 hombres. Luego regresó a Inglaterra, tras haber firmado una tregua temporal con Felipe, en septiembre de 1347. Era demasiado tarde para emprender nuevas campañas ese año y, en cualquier caso, en el Tesoro del rey de

Inglaterra no quedaba ni una moneda.

La tregua expiró en julio de 1348 y las hostilidades se reanudaron, pero mientras tanto, un enemigo común alcanzó tanto a Francia como a Inglaterra, la peste negra, que había llegado a la costa mediterránea francesa en diciembre de 1347. Durante el invierno, avanzó con lentitud por el Ródano y descendió por el Garona. En la primavera de 1348 cobró impulso, y justo cuando cumplía la tregua se extendió por Francia como un incendio incontrolable. Llegó a París en agosto, mató al menos a un tercio de la población e hizo huir al rey y al resto de principales a la supuesta seguridad de la campiña. Al mismo tiempo, la plaga logró lo que los ejércitos franceses no habían podido hacer en más de una década de lucha; estibada en algún lugar a lo largo de la costa atlántica, desembarcó en Dorset en el mes de julio. Luego devastó a la victoriosa Inglaterra con mayor voracidad aún que a Francia, y aniquiló aproximadamente a la mitad de la población en un año. En noviembre de 1348, los dos reyes acordaron renovar la tregua hasta mayo de 1350.

Sin embargo, tregua y peste juntas no fueron suficientes para poner fin a la lucha de reyes. Durante los terribles años de 1348 y 1349, cuando parecía que toda la raza humana estaba a punto de perecer, los soldados siguieron los combates por su cuenta mientras los soberanos miraban hacia otro lado. En Bretaña y Aquitania en particular, las bandas de mercenarios comenzaron a practicar una forma de guerra que pronto se convertiría en el flagelo de Francia. Profesando lealtad nominal a un soberano u otro, sus líderes se erigieron en gobernantes virtualmente independientes de pequeños feudos, extorsionaron económicamente a la población local a cambio de protección y lucharon de manera incesante contra otras facciones. Los castillos fueron los puntos focales de esas luchas territoriales, y dado que las operaciones de asedio estaban en gran medida más allá de las posibilidades de estos grupos, las escaladas y la traición se convirtieron en elementos militares básicos.

Jean le Bel describió el método habitual utilizado por estos «bandidos». Primero espiaban la fortaleza objetivo durante uno o dos días. Luego, una pequeña fuerza de unos treinta o cuarenta hombres se acercaba al amparo de la noche. Al romper el día daban

el golpe, irrumpían, incendiaban algunas viviendas y organizaban tanto escándalo como fuera posible. La asustada guarnición y los habitantes se aterrorizaban tanto al creer que les atacaba una gran fuerza, que a menudo huían y dejaban la fortaleza a merced del saqueo o en poder de los atacantes. Así, dice Le Bel, es cómo los bandidos capturaron Donsenac, Comborn y muchas otras plazas[2].

Durante 1348 y 1349, ciudades y castillos de Bretaña y Aquitania cambiaron de manos gracias a tales escaladas, en tanto que varios de los capitanes, como Raoul de Caours, mostraron su propensión a mudar de lealtades y venderse al mejor postor. En una atmósfera así, no resulta sorprendente que incluso caballeros respetados y comandantes reales de confianza probasen fortuna con la traición y el asalto. En esto, como en muchas otras cosas, es el tamaño de la ambición, más que los métodos empleados, lo que distingue a los reyes de los mafiosos. Así, en el verano de 1349, Godofredo de Charny, modelo de la caballería francesa y comandante real del frente flamenco, decidió tratar de recuperar Calais para su rey por medio de la traición.

El relato de la vida de Charny es un cuento caballeresco de alguien llegado a lo alto desde abajo. Nacido en torno a 1305, era el hijo pequeño de una familia de la nobleza menor de Borgoña. El tiempo de paz le brindó pocas posibilidades de ascenso, pero el estallido de la Guerra de los Cien Años en 1337 le abrió una puerta a las oportunidades y formó parte de la primera generación de soldados profesionales a quienes la marea bélica elevó a la cima de la fama y la fortuna. En los primeros cinco años de conflicto, se hizo un nombre como combatiente, por lo que, en la batalla de Morlaix (1342), fue elegido para dirigir la carga de la vanguardia francesa. El ataque y la batalla terminaron en derrota, y Charny tuvo que pasar varios meses como prisionero en Inglaterra, pero parece que su reputación salió ganando gracias a su conducta. Finalmente fue rescatado y volvió a la lucha.

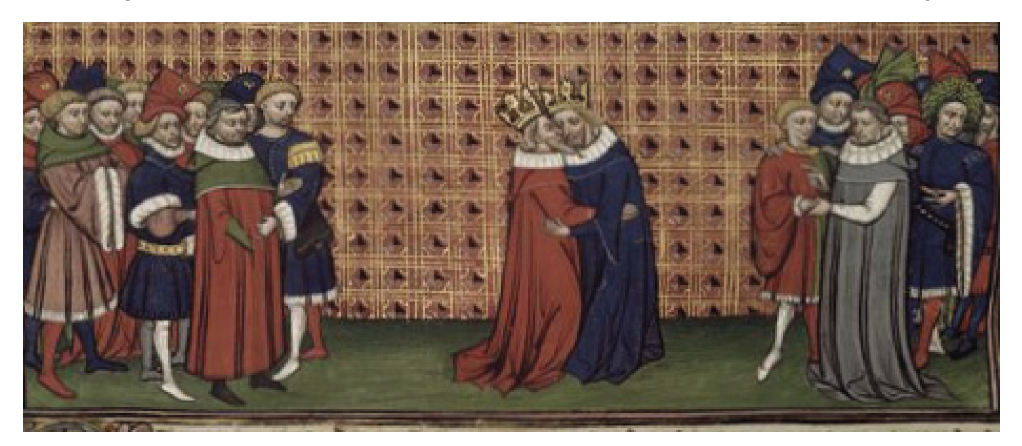
Cuando Eduardo y Felipe firmaron la Tregua de Malestroit (1343-1345), el decepcionado Charny no tardó en unirse a una cruzada a Asia Menor. Regresó del este a tiempo para las grandes campañas de 1345-1347. Durante uno de los episodios más calamitosos de la historia de Francia, casi toda la dirección militar gala se deshonró en

Bergerac, Auberoche, Aiguillon, La Roche-Derrien y, sobre todo, en Crécy. Contra ese fondo sombrío, la heroica defensa que dirigió Charny en Béthune contra los flamencos (1346) supuso un rayo de luz y le afirmó como uno de los guerreros franceses más destacados de su época. Su reputación fue reconocida por el rey Felipe VI, quien, durante el posterior intento de liberar Calais, nombró a Charny portador de la Oriflama[3], el estandarte sagrado real que tradicionalmente se confiaba al mejor caballero de la nación. Cuando Felipe retó a Eduardo a salir de las líneas de asedio y enfrentarse a él en campo abierto, eligió a Charny como uno de los dos emisarios que comunicaron el desafío real.

La reputación de Charny fue ampliamente reconocida incluso fuera de Francia. El cronista Froissart, en un momento en que servía a la reina de Inglaterra, lo describió como el más digno y más valiente de los caballeros[4]. El cronista inglés Geoffrey le Baker, cuya obra es a menudo un tosco panfleto antifrancés, lo hizo de la manera siguiente:

> Un caballero más ducho en asuntos militares que cualquier otro francés, por lo que su fama era general. También era alguien que, gracias a la práctica prolongada de las armas y a una personalidad vivaz y sabia, fue hasta su muerte consejero principal de los jóvenes caballeros franceses[5].

El propio Charny dejó a la posteridad tres obras destinadas a instruir a los jóvenes caballeros sobre cómo comportarse y combatir.



Felipe VI de Francia y Eduardo III de Inglaterra, miembros de la misma familia, se rinden homenaje rodeados de sus cortesanos unos años antes de embarcarse en una larga guerra mutua. Biblioteca Nacional de Francia. Fondos franceses.

Durante la crisis política que siguió a la caída de Calais, fue

nombrado miembro del consejo del rey[6] y sirvió en diversos puestos diplomáticos. En julio de 1348, regresó al campo de batalla como comandante de las fuerzas frente a Calais y el rebelde condado de Flandes. Desde el mismo momento de su designación, se propuso reconquistar Calais. Aunque hasta ese momento había ganado grandes honores y riquezas, lo cierto era que no había probado la victoria. Su único gran éxito era preservar Béthune ante un motín de tejedores flamencos. En Morlaix fue derrotado de manera contundente, la cruzada a Asia no logró absolutamente nada y Calais se había entregado. Esta última pérdida en particular debió de ser una experiencia humillante, ya que Charny y el resto de caballeros tuvieron que observar impotentes cómo Eduardo mataba lentamente de hambre a una ciudad francesa, mientras acampaba en su territorio ante los ojos de una fuerza de socorro que no se atrevió a atacarle. Si lograba recuperar la plaza, Charny no solo lavaría esa vergüenza, sino que se convertiría en el mejor comandante francés de la época. Tal hazaña le aseguraría fácilmente incluso el cargo de condestable.

Primero intentó conquistar Calais mediante operaciones regulares. Mientras la peste asolaba el norte de Francia y el mundo parecía llegar a su fin, utilizó la conclusión de la tregua de julio de 1348 para atacar. Al tiempo que los muertos se amontonaban en las calles de las ciudades y las macabras procesiones de flagelantes recorrían los caminos del país, Charny cortaba las vías que conducían a Calais, obstaculizaba las comunicaciones de la ciudad con Flandes y construía un pequeño fuerte para observar y hostigar a la guarnición. Para cuando la tregua se reanudó en noviembre, sus ataques habían logrado muy poco, excepto probar que la muerte no es capaz de frenar las ambiciones humanas.

Al darse cuenta de que su real majestad y él mismo simplemente carecían de los recursos militares necesarios para asaltar o rendir por hambre la población, e inspirado tal vez por los acontecimientos de Bretaña y Aquitania, decidió probar métodos más solapados. La reanudación de la tregua en noviembre de 1348 le dio la cobertura que necesitaba para montar operaciones encubiertas. Durante el tiempo de paz, la gente viajaba con libertad entre Calais y Picardía, y los espías franceses se mezclaban fácilmente con otros viajeros.

Esos agentes informaron a Charny de que un caballero llamado Aimeric de Pavía bien podría ser el eslabón más débil de Calais. Como su nombre indica, Aimeric era lombardo y no inglés. Según la Chronique de Quatre Premiers Valois, primero sirvió al rey de Francia. Sin embargo, en abril de 1348 Eduardo le contrató para mandar la galera capitana de la pequeña flotilla de Calais. Las galeras eran particularmente adecuadas para navegar en las aguas poco profundas próximas a esta plaza. Mucho después de que los veleros impusieran su dominio sobre el Atlántico e incluso el Mediterráneo, los reyes de Francia mantenían una fuerza de galeras en Calais, Bolonia, Dunkerque y los puertos cercanos, y uno de los peores castigos que los tribunales de Luis XIV podían aplicar a criminales y herejes era condenarlos a dichas galeras. Tales naves, empero, eran sobre todo una especialidad mediterránea, y no se empleaban gran cosa en la Inglaterra del siglo XIV. Probablemente por esa razón, Eduardo confió un mando tan importante a un mercenario lombardo.

Parece que el soberano inglés se sentía impresionado por las habilidades y la lealtad de Aimeric, ya que pronto le encomendó no solo dirigir las fuerzas navales de Calais, sino también el mando de una de las torres de la ciudadela, que tenía una puerta que conducía al muelle. La mayoría de las fuentes afirman que Aimeric era, de hecho, el comandante de toda la guarnición de Calais, o al menos de la ciudadela. Puede ser que, a la muerte del comandante anterior por causa de la peste, recibiese, en efecto, el mando temporal del puesto. La ciudad, sin embargo, la gobernaba John Beauchamp, el hermano del conde de Warwick. No importa cuán favorablemente impresionado estuviese Eduardo con Aimeric, nunca le habría confiado un puesto tan importante.

La opinión de Charny sobre Aimeric era algo diferente a la de Eduardo. Consciente de que era un mercenario extranjero que solo servía por dinero y cuya lealtad no estaba apuntalada por lazos de vasallaje a largo plazo, o por los crecientes vínculos del nacionalismo, supuso que podría comprarlo con una suma lo suficientemente grande. El hecho de que Aimeric fuera lombardo no hizo sino reforzar su creencia, ya que, en la Europa Occidental del siglo XIV, los lombardos eran conocidos por su avaricia y eran

mucho más famosos como banqueros y comerciantes que como guerreros. Froissart escribe con sorna que Charny pensaba que Aimeric se inclinaría a traicionar Calais porque era lombardo, y «los lombardos son de natural codicioso»[7].

Charny no tardó en ponerse en contacto con Aimeric, quizás a través de un agente lombardo llamado Ambroise. Aquel acabó seducido por las tentadoras ofertas, a las que al principio se resistió. El francés finalmente le ofreció la suma de 20 000 escudos de oro, algo ínfimo en comparación con el precio de Calais. Aparte del enorme coste que supuso la conquista de la ciudad, entre 1347 y 1361, Eduardo III gastó un promedio de 70 000 escudos al año en la defensa de la plaza[8]. De hecho, cuando un bandido llamado Bacon capturó el castillo mucho menos importante de Comborn, primero cobró por el señor de este un rescate de 20 000 escudos, y luego vendió la fortaleza al rey Felipe VI por otros 30 000[9].

Sin embargo, 20 000 escudos suponían una suma respetable, suficiente para convertir a Aimeric en un hombre muy rico, así que aceptó traicionar a Calais. Según Jean le Bel, se entrevistó con Charny en secreto y juró de buena gana que una noche, a la elección de su interlocutor, abriría la puerta de su torre, bajaría el puente levadizo del foso y franquearía el paso a los franceses en la ciudadela. Froissart nos narra el trato en términos sarcásticos, y dice que Aimeric acordó mercar Calais a Charny[10]; usa de forma deliberada un verbo comercial y no marcial. El burgués anónimo de Valenciennes emplea el mismo verbo y agrega que la reunión decisiva tuvo lugar en Lille, en julio de 1348. Esa fecha es extremadamente improbable, aunque el burgués bien pudo haber querido decir julio de 1349. Charny informó al rey Felipe VI de este éxito mercantil y comenzó a preparar sus fuerzas.

La tregua entre Eduardo y Felipe debía expirar en mayo de 1350, pero nunca tuvo lugar realmente en Bretaña y Aquitania, y en septiembre de 1349 el propio rey francés la anuló o simplemente la ignoró, al enviar grandes ejércitos para invadir áreas en el suroeste de Francia en poder de su rival. En noviembre, Eduardo reaccionó y destacó a su general más hábil, el conde de Lancaster, para dirigir una contraofensiva. Por tanto, Charny no tenía motivos para preocuparse por romper la tregua. En cuanto a la conveniencia de

corromper a una guarnición enemiga y tomar la fortaleza de un rival por traición, al parecer tampoco consideraba que algo así no fuese caballeresco. Curiosamente, su obra Livre de chevalerie establece claramente que no hay nada de malo en servirse de mercenarios o en «hazañas realizadas a cambio de recompensas»[11], pero guarda silencio sobre la cuestión de comprar soldados enemigos, sin recomendarlo ni prohibirlo.

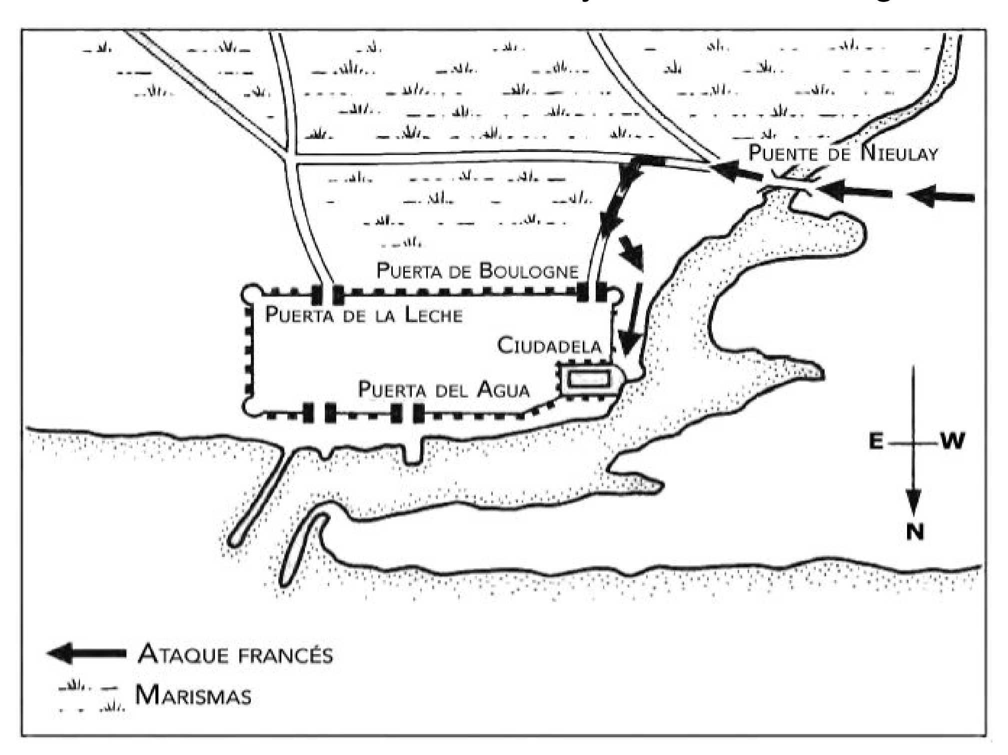
Comprometer a Aimeric no resolvió todas las dificultades de Charny. Primero, no era fácil para tropas enemigas llegar a Calais sin ser detectadas. La ciudad estaba rodeada de marismas surcadas por abundantes arroyos, y solo se podía acceder a ella por un número limitado de carreteras que cruzaban la tierra pantanosa sobre puentes y calzadas. Estos caminos estaban vigilados por varias fortalezas periféricas, así como por exploradores y espías.

En segundo lugar, en lo que a Charny le importaba, la torre de Aimeric estaba ubicada en la peor sección posible de las defensas de la plaza. La ciudadela de Calais se hallaba arrinconada en el extremo noroeste, rodeada por el puerto por un lado y la ciudad por el otro. Eso le permitía a Aimeric tener fácil acceso a sus naves, pero implicaba que su torre resultaba casi inaccesible para un grupo de asalto proveniente del lado terrestre. Para llegar a la torre de Aimeric sin atravesar la ciudad, el grupo tendría que acceder desde el puente de Nieulay, pasar a escondidas por la esquina sudoeste de la villa y atravesar una estrecha franja de arena encajada entre el muro occidental de la ciudad y el puerto. La amplitud de esa franja variaba según la marea y con pleamar era virtualmente intransitable (ver mapa 3 en la página siguiente).

Por último, incluso si un pequeño grupo de asalto conseguía alcanzar la torre, tal hazaña no podría por sí sola conducir a la caída de la ciudad. A diferencia de Antioquía en 1098, Calais en 1349 no se hallaba asediada por una fuerza abrumadora y, por lo tanto, no bastaba con abrir un agujero en las defensas y luego permitir que el peso numérico hiciese el resto. Si Charny llegaba a Calais con solo un pequeño grupo de asalto, incluso aunque lograse hacerse con el baluarte, sufriría el contrataque de una guarnición que contaba con unos 1200 soldados profesionales apoyados por varios cientos de auxiliares y milicianos. Por lo tanto, para capturar Calais, al grupo de

asalto tenía que seguirle con rapidez una fuerza mucho mayor de tal vez varios miles de soldados. Pero la posición peculiar de Calais implicaba que esos refuerzos no podían entrar a la ciudad a través de la misma puerta. Unas pocas docenas de hombres tal vez serían capaces de infiltrarse por la playa y apoderarse de su objetivo, pero varios miles difícilmente conseguirían imitarlos. Si el grueso de las fuerzas intentaba seguir los pasos del grupo de avanzada y acceder por la puerta del puerto, la guarnición probablemente los descubriría y contratacaría antes de que pudieran abrirse camino. Los franceses se encontrarían atrapados en una playa estrecha con las murallas de un lado y la marea creciente por el otro.

A pesar de estas dificultades, la oportunidad era demasiado buena para dejarla pasar. Charny informó a Eustace de Ribbemont, Oudart de Renti y otros comandantes franceses de la relevancia de sus planes, y les pidió ayuda. Entre todos, reunieron en secreto una fuerza de unos 1500 jinetes y 4000 soldados de infantería de las guarniciones y levas feudales de Artois y Picardía. El objetivo de ese ejército se mantuvo en secreto a la mayoría de sus integrantes.



Mapa 3. *El ataque a Calais, 1 de enero de 1350. La amplitud de la franja de arena para acceder a la ciudadela variaba según la marea. Con pleamar era virtualmente intransitable.*

Charny trató de utilizar varios factores para superar las

dificultades antes mencionadas. Primero, aunque las operaciones de combate se reanudaron en los frentes de Bretaña y Aquitania en septiembre de 1349, no lo hicieron en el de Calais. Eso, con suerte, podía hacer que la guarnición de la ciudad se relajase y creyera que no estaban peligro inmediato. La peste negra también le resultó útil, ya que, dado su catastrófico alcance en las áreas circundantes, era fácil suponer que los franceses no tenían ánimos para actividades bélicas.

En segundo lugar, el momento del ataque se programó para el alba del 1 de enero de 1350. La conveniencia de la hora resultaba obvia, ya que permitía a los franceses situarse en posición al amparo de la noche. La elección de la fecha también fue deliberada. A lo largo de la historia, las fiestas han sido un momento socorrido para lanzar ataques sorpresa, y Charny bien pudo suponer que, durante la temporada festiva de Navidad y Nochevieja, la guarnición tendría otras cosas en la cabeza mejores que vigilar ante posibles ataques franceses.

Finalmente, Calais había estado en manos inglesas solo durante dos años, y a los franceses no les faltaban guías que conocían las peculiaridades del terreno mucho mejor que sus actuales ocupantes y que podían conducirles hasta las murallas con el mayor de los sigilos.

Mientras los campesinos de Artois celebraban las segundas Navidades desde la llegada de la peste, unos agradeciendo a Dios que, a pesar de todo, hubiera salvado a la raza humana y otros deleitándose con las montañas de alimentos sin dueño, Charny reunió a su ejército en Saint-Omer y se puso discretamente en camino hacia el oeste. Invadieron el territorio ocupado por el enemigo al amparo de una noche helada, se acercaron a Calais por el lado sudoeste y llegaron al puente de Nieulay un poco después de la medianoche, sin encontrar resistencia ni alertar a ninguno de los fortines ingleses. La mayor parte de las tropas se quedaron cerca del puente, mientras que Charny, sus principales comandantes y un grupo de avanzada se dirigieron hacia la ciudadela tras enviar a dos escuderos por delante, a investigar.

Los soldados elegidos llegaron al puerto sin ser detectados por la guarnición y se encontraron con Aimeric en persona, que les

aseguró que todo iba bien y que, una vez recibiera su dinero, los franceses tendrían paso franco por la puerta. Volvieron a informar a Charny, al parecer con el hijo de Aimeric como garantía, aunque, según algunas fuentes, ya había sido enviado como rehén con anterioridad. La afirmación de Gilles le Muisit de que Aimeric hasta entregó a los franceses un juego de llaves, diciéndoles que eran las de Calais, es probablemente una exageración fantasiosa[12].

Hasta ese momento todo había ido bien, pero ahora llegaba la parte más complicada. ¿Cómo podría el grupo de asalto tomar la torre, y luego recibir el refuerzo del ejército principal sin alertar a la guarnición demasiado pronto y sin verse atrapados en la playa expuesta? El plan de Charny, ideado sin duda con la ayuda del lombardo y de los miembros de la antigua guarnición francesa, se puede reconstruir, aunque con cierta dificultad, gracias a las fuentes que han sobrevivido. La fuerza principal nunca tuvo intención de entrar a través de la torre de Aimeric. Tras reunirse y esperar frente a la puerta de Boulogne, un pequeño grupo de asalto compuesto por cien hombres de armas y doce caballeros tomaría posesión del baluarte en cuestión, para luego atravesar la ciudad dormida hacia la mencionada puerta, tomarla por sorpresa y permitir la entrada de la fuerza principal. Para entonces la guarnición probablemente estaría sobre alerta, pero tanto la superioridad numérica como lo inesperado del asalto darían a los franceses la ventaja necesaria (ver mapa 3).

Charny confió el trabajo crucial de encabezar el grupo de asalto a Oudart de Renti, «un caballero muy valiente y maravillosamente sutil»[13]. El propio Renti había sido hacía poco un traidor. Fue desterrado de Francia a mediados de la década de 1340 por ciertos crímenes y se unió a la causa de Eduardo III. Le dieron el mando de las fuerzas flamencas que ayudaron al inglés a capturar Calais en 1347. Mientras fue comandante de ese ejército dirigió varios intentos fallidos de sorprender a las ciudades francesas de Béthune y Lille. Solo en junio de 1347 recibió el perdón de Felipe VI, por lo que desertó del ejército de Eduardo III y los flamencos se reincorporaron al servicio del soberano francés. Charny pudo haber elegido a Renti para permitirle redimir su honor. O quizás porque tenía, obviamente, un conocimiento preciso de la zona de Calais y era ducho en tramas

traidoras y mentes traicioneras[14].

Renti y sus hombres avanzaron. Llevaban con ellos uno o dos sacos que contenían los 20 000 escudos de Aimeric. Sincronizaron su marcha con la bajada de la marea y se abrieron camino entre las murallas escarpadas y la orilla del mar, con sus pasos silenciados por la suave arena y el rumor de las olas. Según lo prometido, el puente levadizo bajó sobre el foso de la ciudadela. La puerta estaba abierta y Aimeric los esperaba ansioso en la entrada. Comenzaba a romper el alba.

Mientras tanto, Charny y sus compañeros esperaban nerviosos frente a la puerta de Boulogne. Mataban el tiempo y ocultaban su ansiedad con burlas sobre lombardos. «¡Cuánto tarda el lombardo!», dijo Charny (al menos según Froissart), «este nos va a matar aquí de frío». «En nombre de Dios, señor», respondió Pepin de Biere, «los lombardos son gente astuta; tendrá que revisar tus florines, para ver si ninguno de ellos es falso, y comprobar que está toda la suma»[15]. En ese momento, por fin, se abrió la puerta y salieron en tromba cientos de soldados ingleses encabezados por Eduardo III en persona al grito de «¡A! ¡Eduardo, San Jorge! ¡A! ¡Eduardo, San Jorge!»[16].

* * *

El rey Eduardo supo por primera vez de la trama para capturar Calais una semana antes, mientras se preparaba para celebrar la Navidad en su mansión rural de Havering. Aunque Aimeric y Charny creían que su acuerdo era un completo secreto, alguien se enteró, quizás uno de los ayudantes de Aimeric, y decidió compartirlo con el monarca inglés. Cuando este lo supo, decidió permitir que los conspiradores siguiesen adelante con sus planes para usarlos en su propio beneficio.



Eduardo III de Inglaterra embarca para ir a Francia. Tanto el rey como su heredero, el futuro Príncipe
Negro, se unieron en Dover a la fuerza dirigida por Walter Mauny para defender Calais del ataque de los franceses. Ilustración de Crónica,
de Geoffrey le Baker.

Según Le Bel y Froissart, Eduardo mandó aviso a Aimeric de que se requería con urgencia su presencia en Inglaterra. Aimeric hizo el corto viaje a través del Canal, repitiéndose que Eduardo no podía haber oído hablar de la trama. Sin embargo, sus peores temores no tardaron en hacerse realidad. Según Froissart, el rey le reprochó que, pese a haberle confiado lo que más amaba en el mundo después de su esposa e hijos, es decir, Calais, tuviese intención de vendérselo a los franceses. Merecía morir[17].

Mientras que desde 1241 a las mujeres acusadas de alta traición las quemaban, el castigo inglés para los hombres condenados por este mismo delito era ser ahorcados, arrastrados y descuartizados. Esto implicaba primero llevar al traidor al lugar de ejecución, a la vista del pueblo; luego colgarlo, pero sin romperle el cuello, y tajarlo mientras todavía estaba vivo y consciente; cortarle sus órganos sexuales y quemarlos ante sus ojos; después destriparlo y quemar los órganos internos también; y por último decapitar el cadáver y dividir el cuerpo descabezado en cuatro cuartos. Estos y la cabeza se exhibían, por lo general, en diversos lugares públicos para mostrar la justicia y el poder del rey.

Si la acusación de Eduardo puso ese aterrador espectro ante los ojos de Aimeric, sus siguientes palabras fueron como un bálsamo reparador. Estaba dispuesto a perdonar el crimen si aceptaba servirle de agente doble. De hecho, si jugaba bien su papel y atraía a Charny a una trampa, Eduardo le permitiría incluso embolsarse los 20 000 escudos. Lo que tenía que hacer era muy simple: debía mantener la boca cerrada y no informar a nadie de sus tratos con él ni con Charny, y cumplir escrupulosamente las promesas hechas al francés, es decir, abrir la puerta, bajar el puente levadizo y franquear el paso a los enemigos. Él se ocuparía del resto. Aimeric se mostró de acuerdo, agradecido a su generoso monarca y a su increíble suerte. No solo le permitían conservar la vida, sino que incluso podría quedarse con el dinero. Para estar seguro de que no le traicionaría, Eduardo retuvo a su hermano como rehén.

Le Bel y Froissart podrían haber adornado sucesos reales para realzar el dramatismo, y puede ser que Eduardo nunca convocase a Aimeric a Inglaterra y llegase a un acuerdo con él a través de enviados de confianza. Alternativamente, según una versión de la crónica de Froissart, el lombardo nunca tuvo intención de traicionar Calais. En el preciso momento en que cerró su acuerdo con Charny, cruzó a Inglaterra por propia voluntad e informó al rey de todo. Esta afirmación, sin embargo, resulta mucho menos convincente. Por un lado, Aimeric debió de cerrar su trato con el francés al menos varias semanas antes de la víspera de Año Nuevo, porque a este último le llevaría un tiempo considerable reunir y preparar una fuerza de más de 5000 soldados. Eduardo, sin embargo, no fue informado de todo hasta Navidad. Si Aimeric hubiera querido traicionar a Charny desde el principio, no habría esperado hasta el último momento para alertar al soberano inglés. Por otro, después de los sucesos de Calais, Eduardo eliminó a Aimeric de su escalafón y parece que perdió su confianza en él. Si hubiera actuado desde el principio como agente doble, el rey no habría tenido motivos de duda. Por el contrario, al traicionar a los franceses de una manera tan espectacular, Aimeric se ganó muchos y muy poderosos enemigos en ese bando, y unió su suerte a la de Eduardo.

Fuera como fuese la manera en que el rey descubrió el complot, solo dispuso de unos días para preparar una cálida bienvenida a

Charny. Un tiempo tan corto apenas era suficiente para una leva de nuevas tropas. Por tanto, el soberano inglés tuvo que reunir una pequeña fuerza expedicionaria con los hombres que ya tenía a mano. En los cinco días de que dispuso logró concentrar en Dover a unos 300 hombres de armas y 600 arqueros. Tanto Eduardo como su heredero, el futuro Príncipe Negro, se unieron a esa fuerza, pero el mando formal lo recibió Walter Mauny, que no solo había sido uno de los arquitectos de la conquista de Calais en 1346-1347, sino que era también el capitán general inglés de la ciudad. Froissart dice que, después de haber sido el general en Crécy y Calais, el valiente Eduardo deseaba luchar como un caballero más. Si Froissart no inventó este detalle y si Mauny realmente estaba al menos al mando oficial de este contingente, bien pudo haberse hecho para mantener el secreto. Una fuerza dirigida por el soberano de Inglaterra en persona atraería mucho más la atención que una comandada por Walter Mauny.

Algunos soldados cruzaron de Dover a Calais las noches previas, pero parece que la mayor parte de la fuerza lo hizo con Eduardo la noche del 30 de diciembre, veinticuatro horas antes de cuando se preveía la llegada de Charny. Eso se hizo también para salvaguardar mejor el secreto, ya que minimizaba las posibilidades de que espías franceses pudieran descubrir esos refuerzos e informasen de ello a Charny. Para limitar aún más las posibilidades de ser detectados, una vez en Calais, los hombres recién llegados se escondieron en sótanos y habitaciones ocultas.



El asalto a Calais, 1350. El ejército francés espera mientras Oudart de Renti y sus hombres avanzan hacia la torre de Aimeric. Biblioteca Nacional de Francia. Fondos franceses, 2643, fol. 188.

Cuando Renti entró en la torre, Aimeric le condujo a una emboscada bien preparada. Ese es el momento representado en una imagen de la versión del siglo xv de la crónica de Froissart (véase la ilustración de la página anterior). El dibujo iluminado muestra, con evidente licencia artística, al ejército francés principal que espera al fondo, mientras Renti y sus hombres avanzan hacia la torre de Aimeric. Este los recibe en el puente levadizo y se hace con el saco de monedas. De acuerdo con el texto adjunto, Renti le dijo a Aimeric que podía contar las monedas para ver si estaban todas, pero Aimeric respondió amistosamente que ya habría tiempo para eso más tarde, que en ese momento no había un minuto que perder, ya que amanecía. Tomó el pesado saco y lo arrojó a una estancia próxima, para luego guiar a Renti y sus hombres directamente a la encerrona inglesa. Sorprendido en la estrecha puerta de entrada por

una fuerza enemiga superior, el grupo de Renti se vio abrumado con rapidez. A una señal preestablecida de las trompetas, la fuerza principal inglesa salió de la puerta de Boulogne. Simultáneamente, otra más reducida, al mando del Príncipe Negro, abandonó Calais por la puerta del Agua y rodeó la ciudad para atacar a las tropas de Charny desde el flanco.

Mientras atronaban los gritos de «¡Traición! ¡Traición!»[18], la mitad del ejército francés se desbandó y huyó presa del pánico. La otra parte se mantuvo firme bajo el mando de Charny, que, según Froissart, espetó a sus compañeros comandantes que habían sido traicionados por ese lombardo embustero, pero que debían tratar de defenderse lo mejor que pudieran. Por un tiempo pareció que Eduardo iba a tener que enfrentarse a una batalla más difícil de lo que esperaba. El acierto de Charny en su decisión de mantener a la mayor parte de sus fuerzas en campo abierto, en lugar de llevarlas a lo largo de la playa hasta la torre de Aimeric, se puso ahora de manifiesto. Además, en su deseo de volver el complot a su favor, Eduardo quizás subestimó al ejército reunido por el francés, que superaba en número a las fuerzas combinadas de la guarnición de Calais y la pequeña tropa expedicionaria de Eduardo. Según la crónica de Chandos el Heraldo, el enfrentamiento que se dio bajo las murallas de Calais fue uno de los combates más duros en la vida del monarca inglés.

Al final, sin embargo, venció Eduardo. La fuerza francesa era un ejército de segunda fila reunido de manera apresurada, que esperaba una conquista fácil y estaba obviamente desmoralizado por el golpe de la traición. Las tropas personales de Eduardo, en cambio, eran de mejor calidad y ganaron confianza al ver a sus adversarios atrapados como incautos. Además, los ingleses recibían continuamente refuerzos desde Calais: hombres que previamente habían sido excluidos del plan, pero que ahora se armaron para unirse a la refriega. Por el contrario, los franceses no tardaron en verse atacados desde el flanco por el Príncipe Negro.

Al amanecer, con la luz del día, los franceses vieron que la situación era desesperada. Intentaron retirarse al puente Nieulay, pero el terreno pantanoso los obstaculizaba. Mientras los caballeros y los hombres de armas con pesados equipos luchaban a lo largo de

las estrechas calzadas, los arqueros ingleses, de armadura ligera, se trasladaron al pantano y, protegidos de los contraataques galos por el terreno fangoso, hicieron llover flechas sobre los expuestos flancos franceses. Se desbandaron, pero ni siquiera su fuga fue fácil, ya que estaban atrapados entre Calais, el mar y las marismas. Charny, Renti, Eustace de Ribbemont y otros treinta importantes caballeros cayeron prisioneros y varios cientos de hombres más resultaron muertos, incluido Pepin de Biere.

En la mejor tradición caballeresca, esa noche Eduardo organizó una fiesta para celebrar su victoria e invitó a sus nobles prisioneros a unirse a ella. Fue de uno a otro, habló de los acontecimientos del día y alabó a los que más se habían distinguido. Cuando llegó a Charny, le comentó:

> ¡Mi señor Godofredo, mi señor Godofredo! Mis motivos tengo para no guardaros afecto por haber querido quitarme de noche lo que gané, y a un alto precio de dinero. Así que me congratulo de haberos puesto freno. Queríais obtenerlo más barato que yo, por 20 000 escudos. Pero Dios me ayudó e hizo que fracasarais en el intento. Él también me ayudará, si le place, en una empresa aún mayor[19].

Luego, para demostrar que no albergaba enemistad contra los franceses, Eduardo habló con Eustace de Ribbemont, con quien había luchado cuerpo a cuerpo durante la batalla. Tras alabarlo y exaltar su coraje y destreza, se quitó un collar de perlas que llevaba y se lo colgó al cuello. A continuación, permitió que partiera a París e informara de los acontecimientos a su rey, a condición de que luego regresase a custodia inglesa, hasta que pagaran su rescate. Una versión de la crónica de Froissart incluso agrega que Eduardo le entregó a Ribbemont 20 000 escudos para gastos de viaje, aunque eso es claramente una invención literaria que pretende contrastar la conducta honorable de Ribbemont con la traición de Aimeric.

Incluso las partes menos dudosas de este relato, como tantos otros que nacieron de la hábil pluma de Froissart, han sido puestas en cuestión por los historiadores modernos. Sin embargo, no hay nada inverosímil en esto. Como la mayoría de sus contemporáneos, Eduardo sabía que el teatro era la mejor mitad de la política, y él, entre los monarcas, era un maestro insuperable en las artes interpretativas. Resulta revelador que, en el apogeo de la epidemia

de la peste negra, tuviera tiempo y energía para fundar una nueva orden de caballería, la de la Jarretera, que sigue siendo la más famosa y apreciada del mundo. Y, aunque Eduardo devastó sin piedad Francia, y causó la muerte y miseria de millones de plebeyos franceses, tuvo cuidado de mostrar magnanimidad hacia rivales y prisioneros más respetables, como Ribbemont o los ricos burgueses de Calais.

Pocos días después de su victoria, el monarca y sus hombres abordaron un barco y regresaron a Inglaterra con sus prisioneros. Charny se quedó en Calais para recuperarse de sus heridas y luego fue trasladado a Londres, donde permaneció prisionero hasta el verano de 1351. Trabajó en su Livre de chevalerie, el manual citado anteriormente. En la sección 30 de la obra, advierte a sus lectores contra los hombres:

> …a los que algunos consideran sabios, pero que ponen toda su inteligencia y concentran sus esfuerzos en trazar astutos planes a los que su gran sutileza a veces hace incapaces de concluir de manera certera, leal y sensible, por lo que tales personas sutiles quedan al margen de todas las empresas. Como aquellos que abandonan el correcto camino principal para seguir otros secundarios y así perderse, de igual manera, merced a su gran sutileza, no actúan de acuerdo con el buen sentido natural y, por tanto, no sacarán provecho de su natural inteligencia al emplear su mente con tan gran sutileza[20].

Este pasaje tortuoso ¿se refiere a Charny o a Aimeric?

El propio Aimeric recibió dos caballos como regalo de Eduardo. También se embolsó los 20 000 escudos. Ninguna fuente aclara lo que le sucedió a su hijo.

* * *

Un día de finales de julio de 1352, la gente de Saint-Omer se agolpaba en la plaza principal de la ciudad. Godofredo de Charny, que un año antes había regresado de su cautiverio y reasumido su puesto anterior como capitán militar en Artois, estaba a punto de brindarles uno de los espectáculos más impresionantes y populares de la Edad Media: una ejecución pública.

Hacía pocos días, Oudart de Renti había regresado de un reconocimiento con buenas noticias. Para reforzar su control sobre Calais, los ingleses habían rodeado la ciudad con una línea de

castillos y torres. Renti había descubierto que la torre de Fretun, que guardaba el camino por el que viajaron Charny y él aquella desafortunada noche de diciembre de 1349, podía capturarse mediante una escalada. Renti también había descubierto algo mucho más interesante: el gobernador de Fretun no era otro que Aimeric de Pavía.

Charny era un cristiano devoto. No solo estuvo en una cruzada, sino que, a lo largo de su vida, dotó con generosidad a varios monasterios con reliquias recopiladas con avidez (fue el primer propietario conocido de la famosa Sábana Santa de Turín) y rindió homenaje a la vocación espiritual en sus tratados de caballería. Sin embargo, el perdón no era una de sus cualidades más sobresalientes. Reunió sin dilación una fuerza de ataque y se presentó ante Fretun al amanecer del 25 de julio de 1352. Esta vez no hubo tratos secretos, los franceses tomaron por asalto la torre y capturaron a su infortunado gobernador.

Aimeric fue llevado triunfalmente a Saint-Omer. El destino del que trató de escapar al pactar con Eduardo lo alcanzó finalmente. Aunque era costumbre tratar bien a los prisioneros nobles y rescatarlos, y pese a que el propio Charny había disfrutado de un trato de lo más privilegiado después de su derrota en Calais, estaba resuelto a darle a Aimeric un final de traidor, no de prisionero de guerra. Froissart cuenta que le llevaron al mercado principal de Saint-Omer, que sería lo apropiado para un comerciante. El autor de la Chronique Normande relata cómo, mientras la población de la ciudad observaba con espantada fascinación, el verdugo arrancó con dos pinzas de hierro al rojo los pezones de Aimeric, antes de proceder a hacer lo mismo con la lengua, los talones de Aquiles y otras partes de su cuerpo. Luego le cortó las piernas, los brazos y la cabeza. Colgaron las partes desmembradas en las puertas de la ciudad y la cabeza se exhibió en el mercado[21]. Froissart, cuya sensibilidad caballeresca se veía ofendida por el lombardo, añade que la bella esposa de Aimeric, una dama inglesa que también fue capturada en el ataque, se convirtió posteriormente en la amante de un escudero francés.



Godofredo de Charny, situado junto al rey de Francia, porta la Oriflama, el estandarte sagrado real, que tradicionalmente se confiaba al mejor caballero de la nación, en la batalla de Poitiers (1356). Allí murió en combate. Ilustración de *Chroniques*, de Jean Froissart, publicada entre 1407 y 1417. Biblioteca Nacional de Francia. Fondos franceses.

Cuatro años después, Charny siguió a su víctima a la tumba. Cayó en combate mientras portaba la Oriflama en la batalla de Poitiers (1356), una derrota francesa aún más catastrófica que Crécy. Murió, pues, como había vivido: un modelo de caballero que consiguió grandes honores y riquezas merced a una serie de derrotas casi ininterrumpidas.

* * *

Tras el fracaso de la incursión de Charny, Calais permaneció en manos inglesas durante otros dos siglos. Se convirtió en la principal cabeza de puente de Inglaterra en el continente, desde donde se lanzaron innumerables invasiones contra Francia y los Países Bajos. También fue el principal centro de espionaje inglés en el sur; una base desde la que operaron numerosos agentes[22]. Además, adquirió de manera gradual una notable relevancia económica, y gran parte del comercio inglés con el continente pasó por su puerto. Los franceses trataron repetidas veces de recapturarla y la asediaron en diversas ocasiones, pero todos los intentos fracasaron gracias a su ventajosa posición en medio de las marismas, la consistencia de las

fortificaciones y la resolución de los ingleses de mantenerla a toda costa.

Incluso en la década de 1440-1450, cuando los ingleses perdieron todos sus territorios en Gascuña y Normandía, Calais permaneció firmemente en su poder. Su posesión amargó las relaciones anglo-francesas, alentó repetidos intentos de conquista por parte de Inglaterra en el continente e influyó en los vínculos con los Países Bajos. Jugó un papel importante incluso en las guerras intestinas de Inglaterra de finales del siglo XV y principios del XVI, sobre todo porque la guarnición de la plaza era lo más parecido a un ejército profesional permanente que tenía el país.

Calais fue recuperada por fin por los franceses muy tarde, en 1558. Es interesante observar que el triunfal ataque del duque de Guisa contra la ciudad parece que se ideó a partir de los datos sobre la fallida intentona de Charny, dos siglos antes. Guisa llegó a Calais en el aniversario de esa derrota, el 1 de enero de 1558, y decidió atacar exactamente por el mismo lugar donde lo intentó Charny y fracasó: la ciudadela. La artillería de Guisa se colocó en las dunas, al otro lado del puerto, y, tras un breve bombardeo, rompió sus murallas exteriores. Los franceses esperaron a que bajase la marea y, por la noche, vadearon las aguas poco profundas hasta la entrada del puerto[23]. Abrieron brecha exactamente por donde dos siglos antes el grupo de Renti había caído en la trampa inglesa, y asaltaron la ciudad[24].



La toma de Calais a los ingleses por Francisco I de Lorena, duque de Guisa, el 9 de enero de 1558. Grabado de Geille a partir del cuadro original de François Edouard Picot, realizado en 1838.

Notas

[1] Sumption, Hundred Years War, 1 :578.

[2] Le Bel, Chronique, 2 :174. Comparar Machiavelli, Art of War, 7.118, ed. Lynch, pág. 154; Aubigny, Traité, pág. 17.

[3] Istore et Croniques de Flandres, 2 :64.

[4] Froissart, Œuvres, ed. Lettenhove, 5 :412. Ver también 5 :232.

[5] Baker, Chronicon, pág. 103.

[6] Journaux du trésor de Philippe VI, págs. 799, 838–9.

[7] Froissart, Œuvres, ed. Lettenhove, 5 :230.

[8] Sumption, Hundred Years War, 2 :23.

[9] Le Bel, Chronique, 2 :175.

[10] Froissart, Œuvres, ed. Lettenhove, 5 :230.

[11] Charny, Book of Chivalry, secciones 10–11, ed. Kaeuper, págs. 92–4.

[12] Muisit, Chronique et Annales, pág. 262.

[13] Istore et Croniques de Flandres, 2 :52.

[14] Istore et Croniques de Flandres, 2 :52–4; Sumption, Hundred Years War, 1 :565–7.

[15] Froissart, Œuvres, ed. Lettenhove, 5 :237–8. El florín era una moneda popular; en la jungla monetaria medieval, montos que se suponían de un tipo de moneda se pagaban, por lo general, con una mezcolanza inclasificable de distintas piezas.

[16] Murimuth, Continuatio Chronicarum, pág. 410.

[17] Froissart, Œuvres, ed. Lettenhove, 5 :231.

[18] Muisit, Chronique et Annales, pág. 262.

[19] Froissart, Œuvres, ed. Lettenhove, 5 :247; Le Bel, Chronique, 2 :181. Traducción tomada de Charny, Book of Chivalry, ed. Kaeuper, pág. 12.

[20] Charny, Book of Chivalry, sección 30, ed. Kaeuper, págs. 149–51.

[21] Chronique Normande, pág. 104; Baker, Chronicon, págs. 107–8; Chronographia Regum Francorum, pág. 254.

[22] Alban, 'Spies', pág. 84.

[23] Es imposible saber por qué Charny no trató de vadear las aguas en bajamar. El puerto de Calais había sufrido un grave problema de cegado por arena y quizás tenía menos calado en 1558 que en 1350. Probablemente, si Charny hubiese tratado de hacerlo en 1350, el resultado para los franceses habría sido catastrófico.

[24] Este capítulo se basa sobre todo en las siguientes fuentes:
Avesbury, De gestis mirabilibus, págs. 406–10; Le Bel, Chronique, 2 :173–82; Baker, Chronicon, págs. 103–7; Chronique Normande, págs. 91–2, 104; Chronographia Regum Francorum, 2 :247–54; Muisit, Chronique et Annales, págs. 259–63; Froissart, Œuvres, ed. Lettenhove, 5 :148–9, 220–51, 271–4; Charny, Book of Chivalry, ed. Kaeuper, págs. 3–18, 84–199; Récits d'un bourgeois, págs. 264–6; Istore et Croniques de Flandres, 2 :52–71; Sumption, Hundred Years War; 1 :535–86, 2 :60–2, 93; Rogers, War Cruel and Sharp, págs. 273–85; Contamine, 'Geoffroy de Charny'; DeVries, 'Hunger, Flemish Participation'.

En menor medida se basa también en: Rymer, Foedera, vol. 3, part 1, págs. 1–51; Journaux du trésor de Philippe VI, págs. 799, 838–9; Lescot, Chronique, págs. 85, 91; Chronique des quatre premiers Valois, págs. 29–30; Prince noir, lines 410–55, ed. Michel, págs. 27–9; Chronicon Angliae, págs. 27–8; Walsingham, Historia Anglicana, 1 :273–4; Lettres de rois, 2 :78–101; Neillands, Hundred Years War, págs. 113–17; Cazelles, Sociétié politique; Keen, Chivalry, pág. 12; Boulton, Knights of the Crown, pág. 186; Doig, 'New Source for Siege of Calais'; Grummitt, 'Financial Administration'; Harriss, 'Struggle for Calais'; Munro, 'Economic Aspect'; Oman, Art of War in the Sixteenth Century, págs. 267–73; Prestwich, Three Edwards, págs. 172–3; Potter, 'Guise and the Fall of Calais'; Power, 'English Wool Trade'.

VI
Príncipes en el punto de mira: el ascenso y caída de los Valois borgoñones, 1407-1483

Muchos imperios medievales y de comienzos de la Edad Moderna se fundaron gracias a la esterilidad de algunas casas principales. Reinos y principados que se resistieron a la conquista durante siglos eran totalmente absorbidos si su dinastía gobernante se extinguía. Cuando un príncipe no conseguía aportar un heredero legítimo, no tardaba en verse a los parientes y vecinos codiciosos rodearlo como una bandada de buitres. La conquista o la guerra civil eran los pasos siguientes. Cuando solo engendraba hijas, se veía rodeado con igual rapidez por los pretendientes, ávidos por poner sus manos sobre la dote. Fue de esa forma como Escocia e Inglaterra, y Aragón y Castilla —hasta entonces enemigos acérrimos— acabaron unidos para formar Gran Bretaña y España, respectivamente. Así fue tembién como los Habsburgo construyeron el mayor imperio de la primera Edad Moderna.

Durante la Baja Edad Media, ninguna dinastía se aprovechó de sus vecinos infértiles con más crueldad y éxito que los Valois de Borgoña. Como los peldaños hacia el imperio eran las cabezas y los úteros de príncipes y princesas, sus esfuerzos militares se centraban tanto en esas partes del cuerpo como en ejércitos y fortalezas.

La casa de Valois era una rama de los Capetos, la dinastía gobernante en Francia desde 987. (Ver tabla genealógica más adelante). Llegó al poder en 1328, cuando el último rey de los Capetos de Francia, Carlos IV, murió sin dejar heredero varón. La herencia capeta, que constituía el reino más poderoso de la cristiandad, se la disputaron entonces el primo de Carlos IV, el conde Felipe de Valois, y su sobrino, el rey Eduardo III de Inglaterra. Felipe ganó gracias a una combinación de muchas causas, pero la excusa legal fue que Eduardo reclamaba la corona francesa a través de su madre y se suponía que, en el reino de Francia, una mujer no

podía heredar tierras ni transmitir derechos de herencia a sus hijos.

El hijo de Felipe, el rey Juan II de Francia, engendró varios hijos y, mientras que la corona fue a parar al mayor, cada uno de los otros obtuvo como compensación un ducado. Uno de esos hijos menores, Felipe el Atrevido, recibió el de Borgoña. Poco después, se casó con la heredera más rica de su tiempo, Margaret de Mâle, que había heredado de su padre el condado de Artois, el Franco Condado y, sobre todo, el próspero condado de Flandes, la zona más urbanizada e industrializada del norte de la Europa medieval. Gracias a la rica dote de su esposa, Felipe pasó de ser un duque más a uno de los príncipes más importantes de la cristiandad y la fuerza más poderosa en la política francesa (ver mapa 4 en la página 234).

Cuando en 1392 el joven rey de Francia perdió la razón, Felipe el Atrevido trató de hacerse cargo del gobierno real, pero quedó bajo el control absoluto de uno de sus rivales: el duque Luis de Orleans. Durante varios años, Francia se tambaleó al borde del conflicto armado, codiciada por facciones rivales. Cuando murió Felipe el Atrevido, su hijo Juan Sin Miedo le sucedió como duque de Borgoña y jefe de la facción borgoñona. El intrépido nuevo duque no tardó en asesinar a su rival Orleans (1407), lo que llevó a Francia a una cruenta guerra civil.

Durante algún tiempo, el duque Juan se hizo con el control de París y del gobierno, pero el principal beneficiario del conflicto fue Enrique V de Inglaterra, que tenía sus propias aspiraciones familiares a la corona francesa y aprovechó las desavenencias entre Borgoña y Orleans para invadir el reino. Aniquiló casi por completo al ejército orleanista que le hizo frente en Agincourt (1415) y, a continuación, comenzó a conquistar poco a poco los fuertes y ciudades de Normandía. La invasión inglesa apenas interrumpió la guerra civil que libraban en esos momentos el duque de Borgoña y el joven príncipe heredero francés, el Delfín Carlos. Solo cuando Enrique conquistó Ruen, la capital de Normandía (1419), las facciones rivales aceptaron llegar a un acuerdo. El duque Juan y el Delfín Carlos se reunieron para negociar en el puente de Montereau, a fin de conseguir una paz permanente entre ellos y organizar un frente común contra Inglaterra. Sin embargo, la conferencia no

acabó bien. Ya fuera debido a la tensión del momento o por un plan preconcebido, uno de los seguidores del Delfín le abrió la cabeza al duque Juan con un hacha.



Asesinato de Juan Sin Miedo en el puente de Montereau durante la conferencia que mantuvo con el Delfín de Francia. Grabado publicado en 1470-1480 en *Chroniques de France*, obra de Enguerrand de Monstrelet. Biblioteca Nacional de Francia. Mss, fr. 2680, fo 288.

A Juan le sucedió su hijo, el duque Felipe el Bueno. Al principio, Felipe cerró una firme alianza con los invasores ingleses para vengar a su padre. Más tarde se diría que aquellos entraron en Francia por el agujero en la cabeza del duque Juan. Con la ayuda de Borgoña, los ingleses lograron el control momentáneo de París, así como de grandes zonas del norte de Francia, y durante cierto tiempo parecieron estar a punto de unir a Francia e Inglaterra bajo la égida de los Plantagenet. Sin embargo, la muerte prematura de Enrique V, la carrera meteórica de Juana de Arco y la deserción de

Borgoña en 1435 determinaron un cambio de rumbo.

De hecho, ya mucho antes de 1435, Felipe el Bueno perdió interés en el conflicto anglo-francés. Ofreció solo asistencia limitada a los ingleses y, tras cambiar de bando, brindó ayuda aún más escasa a los franceses. En lugar de enredarse en la política francesa como su padre, Felipe prefirió seguir el camino menos arriesgado de su abuelo. Mientras la monarquía francesa estaba ocupada en la lucha por su supervivencia, trató de crear un imperio borgoñón en los Países Bajos, mediante las herencias de las dinastías moribundas.

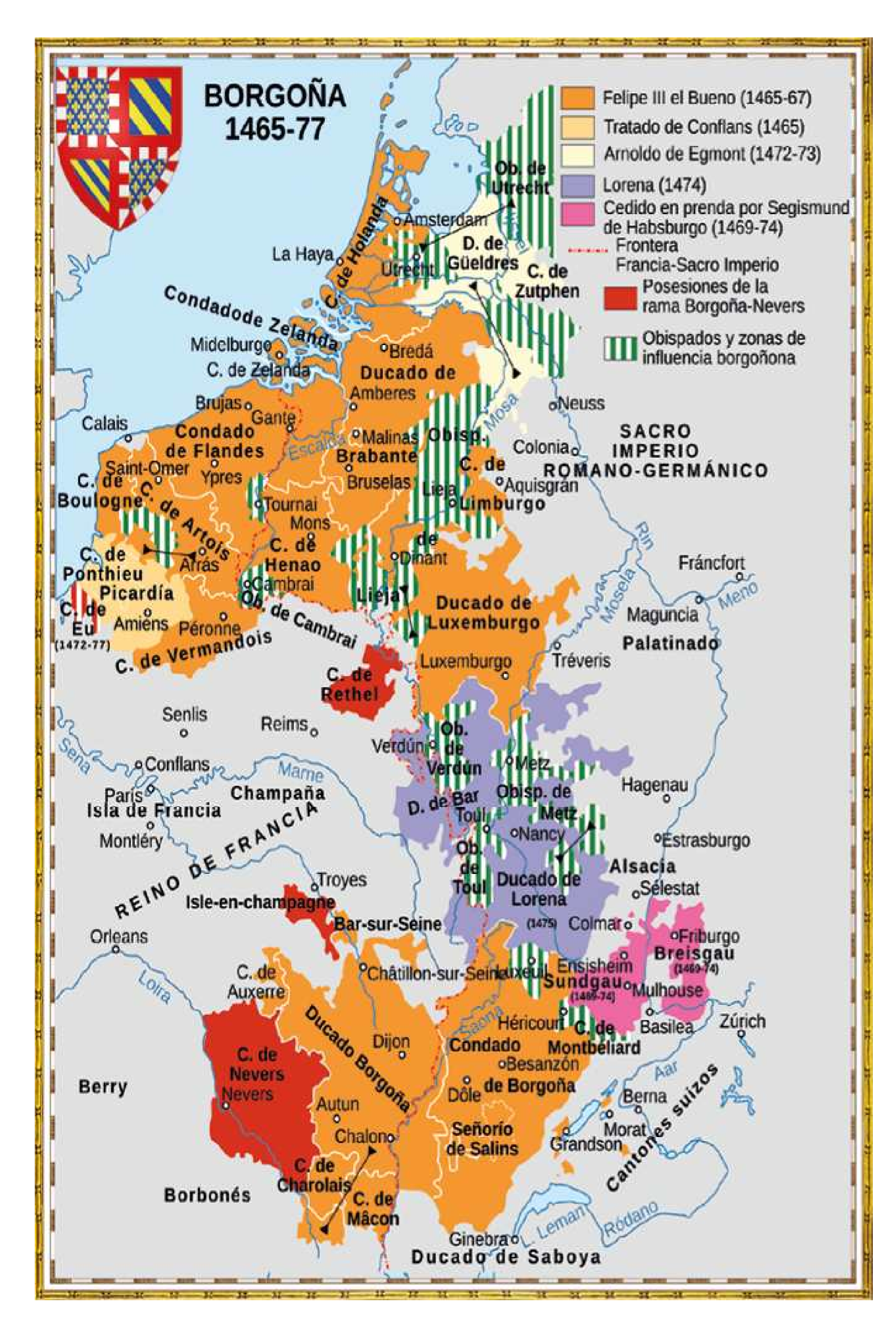
Su primera presa fue el condado de Namur. Su conde, Juan III, no tenía hijos, y Felipe lo convenció en 1420 para que le nombrase heredero a cambio de una enorme suma de dinero. Juan murió en 1429 y Felipe se convirtió en el nuevo conde. Luego vino el ducado de Brabante. En 1427, Brabante pertenecía a un joven primo de Felipe, llamado Felipe de Saint-Pol. También aceptó nombrar a Felipe el Bueno su heredero provisional, siempre que él no acabara por engendrar hijos propios. Poco después, Felipe de Saint-Pol pidió la mano de una princesa de la casa de Anjou, enemiga de la casa de Borgoña. Sin embargo, murió el 4 de agosto de 1430 antes de casarse con su prometida, y Brabante pasó a manos de Borgoña. Las malas lenguas lanzaron el rumor de que el duque de Borgoña había matado a su primo.

La adquisición de Namur y Brabante palideció ante su siguiente conquista. A lo largo de la década de 1420, los florecientes territorios de Holanda, Zelanda y Hainault estuvieron en disputa entre otra de las primas de Felipe el Bueno, la joven duquesa Jacqueline, y su tío Juan de Baviera. Juan pasó la mayor parte de su vida en el servicio a la Iglesia y no tuvo hijos. El 6 de abril de 1424, Felipe convenció a Juan de que lo nombrase heredero y, a cambio, convino en ayudarle en su guerra contra Jacqueline. Exactamente nueve meses después Juan murió, asesinado, decían muchos, por su impaciente sobrino o tal vez por Jacqueline. Uno de los presuntos agentes incluso confesó bajo tortura que habían usado un libro de oraciones envenenado para eliminar al antiguo obispo[1].

Felipe se proclamó heredero de Juan de Baviera y recrudeció la

guerra contra Jacqueline. La infortunada duquesa, que intentó establecer su cuartel general en la ciudad de Mons, fue traicionada por sus habitantes, que la entregaron a su primo el 13 de junio de 1425, a fin de salvar la plaza del asedio y el asalto. Felipe la colocó bajo arresto en Gante y se convirtió en su tutor[2]. No sería la última vez que los duques de Borgoña encerraban a una princesa en una torre para apoderarse de sus tierras.

Sin embargo, la victoria se le escapó entre los dedos al duque. A principios de septiembre, enterada de que estaban a punto de trasladarla al castillo más seguro de Lille, Jacqueline resolvió fugarse. Se disfrazó con ropa de hombre y, mientras sus guardias comían, abandonó la casa donde estaba recluida junto con dos compañeros. Salió de la ciudad sin ser vista y se dirigió a Amberes, todavía disfrazada. Allí se consideró lo suficientemente segura como para desvelar su verdadera identidad; a continuación, se encaminó a Holanda, que aún apoyaba su causa. La guerra de sucesión, que parecía haber terminado, rebrotó de nuevo con mayor virulencia[3]. Se necesitaron tres años más de intensos esfuerzos militares para vencer a los partidarios de Jacqueline, que, finalmente, en 1428, tuvo que rendirse. Para entonces, la joven duquesa había tenido dos matrimonios desastrosos, pero ningún hijo. En el tratado de paz, aceptó reconocer a Felipe como heredero y tutor provisional. También quedó estipulado que no podría casarse de nuevo sin la aprobación de su primo. Si rompía ese término, perdería sus tierras, que de inmediato pasarían a él, obviamente poco inclinado a poner en peligro su herencia permitiendo el matrimonio de Jacqueline. Cuando en 1433 descubrió que se había casado en secreto con Frank van Borselen, secuestró y encarceló al desafortunado marido, y a ella la obligó a renunciar a todos sus derechos.



Mapa 4. *La expansión de los Valois borgoñones.*

Según Monstrelet, la agraviada Jacqueline y su madre, Margaret de Hainault, trataron de vengarse de Felipe haciéndolo asesinar. Uno de los caballeros de la casa de Margaret, Gille de Postelles,

conspiró con varios nobles de Hainault para sorprender al duque de Borgoña mientras cazaba en el bosque. Sin embargo, se descubrió el complot y Postelles y sus cómplices fueron capturados y ejecutados[4].

Poco después, Felipe firmó la paz con el rey Carlos VII de Francia en Arras (1435). A cambio de que abandonase la alianza con los ingleses, Carlos le entregó en garantía las ciudades del Somme, un cinturón de poblaciones estratégica y económicamente importantes, en la frontera norte de Francia. Sin embargo, Felipe era reacio a librar una guerra contra los que fueron sus antiguos aliados en el asunto del asesinato de su padre, de modo que, con excepción de algunas aparatosas demostraciones, continuó concentrando sus esfuerzos en los Países Bajos.

Mientras, otro pariente sin heredero se había puesto en el punto de mira de Felipe. Isabel de Görlitz, duquesa de Luxemburgo, que se había casado primero con Antonio, tío de Felipe, y después de su muerte con Juan de Baviera, sin haber conseguido en ningún caso descendencia. Felipe presionó durante dos décadas a su decadente tía hasta que esta accedió por fin a nombrarlo heredero a cambio de un estipendio anual de 7000 florines (1441).

Había, como suele suceder en tales casos, otros aspirantes a la herencia. El duque Guillermo de Sajonia, que contaba con el apoyo de muchos luxemburgueses, ocupó el ducado y guarneció sus principales puntos fuertes. Después de dos años de escaramuzas dispersas, un ejército borgoñón invadió Luxemburgo en 1443 para desalojar al sajón. Ocuparon el territorio con facilidad, pero los dos enclaves principales de Thionville y Luxemburgo parecían fuera del alcance de los invasores. Dos experimentados eschelleurs borgoñones, Robert de Bersat y Johannes de Montagu, acompañados por un intérprete alemán, fueron enviados a infiltrarse en ambas ciudades con la misión de detectar alguna debilidad en las defensas. Primero se colaron en Thionville, pero no hallaron nada útil. Luego se infiltraron en Luxemburgo, trepando por las murallas mediante una escala de seda y disfrazados con atuendos alemanes. En esa ocasión, Montagu descubrió una poterna oculta que los habitantes del pueblo usaban en tiempos de paz y ahora estaba clausurada. Después de reconocerla con detalle y explorar a

fondo sus alrededores, llegó a la conclusión de que, mediante un ataque por sorpresa, podría ser capturada con relativa facilidad.

En una de las noches más oscuras del año, la del 21 al 22 de noviembre de 1443, una fuerza borgoñona de unos 200 hombres, conducidos por Montagu y varios guías locales, inició el ataque a las murallas de Luxemburgo. A media legua de distancia de la ciudad, desmontaron de sus caballos y cubrieron el resto del camino a pie. Llegaron a su destino sin ser detectados, alrededor de las dos de la madrugada. Un grupo de asalto de entre sesenta y ochenta hombres apoyó sus escaleras contra los muros y subió. Montagu abría camino, seguido por varios guerreros notables y seis arqueros de la guardia personal del duque Felipe, que llevaban con ellos unas enormes tenazas de hierro. Una vez que el grupo llegó a lo alto de la muralla, despachó a los pocos guardias que encontró y corrió hacia la puerta posterior. La capturó sin dificultad y la abrió con las tenazas.

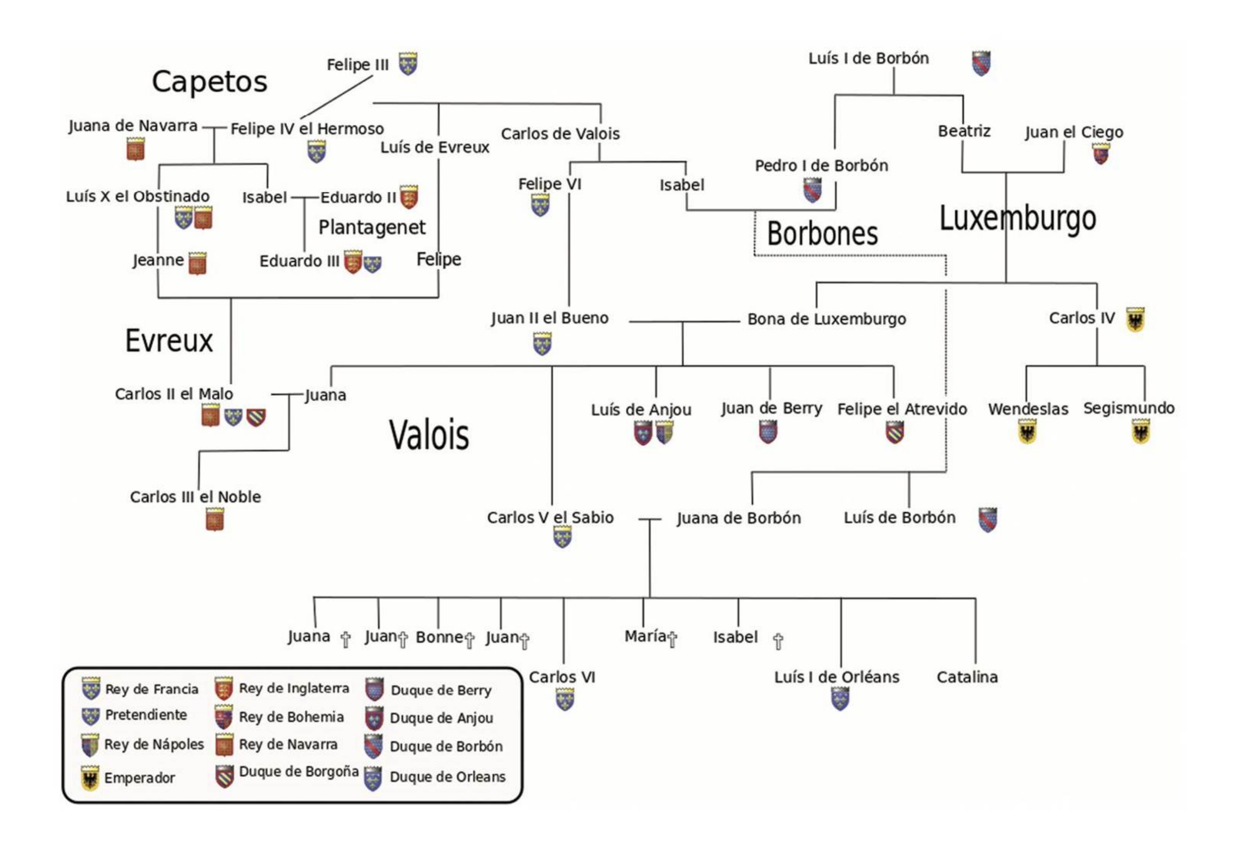
El resto de la tropa borgoñona entró en la ciudad. Dio la voz de alarma y gritó «¡Señora, la ciudad ha sido tomada! ¡Borgoña! ¡Borgoña!». Los defensores se despertaron alarmados y casi ni opusieron resistencia. Algunos huyeron de la ciudad y el resto se atrincheró en la ciudadela. La capital del país cayó sin apenas intercambiar un golpe y sin un soldado borgoñón herido. La ciudadela se rindió al cabo de unas semanas. El duque sajón, descorazonado por la derrota, pidió la paz y accedió a evacuar también Thionville, así como a renunciar a todas sus reclamaciones al ducado a cambio de una buena suma[5]. Otro aspirante apareció después, en 1457, en la persona del rey Ladislao de Bohemia, de diecisiete años. Sin embargo, justo cuando comenzaba a presionar en serio, murió de forma repentina. Esta vez podemos descartar con seguridad cualquier rumor que hiciera recaer las sospechas de su envenenamiento sobre agentes de Borgoña, aunque, quizás enemigos más próximos pudieron tener algo que ver con su muerte.

Luxemburgo fue la última gran adquisición de Felipe. Merced a la infertilidad de sus parientes y vecinos, y gracias a la invasión inglesa de Francia, que ocupó la atención y los recursos del rey francés, la casa de Borgoña acabó por controlar no solo su ducado, sino también un mosaico de territorios que abarcaba la mayor parte de la

Bélgica moderna, Holanda y Luxemburgo, junto con grandes zonas del norte de Francia y el oeste de Alemania. Dado que los ingleses fueron expulsados en 1453 de todas sus posesiones continentales, excepto de Calais, Felipe podía esperar un enfrentamiento con un resurgido y vengativo rey de Francia. Sin embargo, estaba preparado para esa eventualidad. Acabada la Guerra de los Cien Años, el duque Valois de Borgoña no era el único noble galo que desconfiaba de una renacida monarquía francesa. Durante los años 1450 y 1460, una coalición de príncipes locales se había reunido a su alrededor, deseosa de poner coto al poder del rey francés.

La escena quedó dispuesta así para una colisión entre las dos ramas de la casa de Valois. La rama mayor, encabezada ahora por un nuevo rey, Luis XI, tenía como objetivo unificar Francia y transformarla en un reino centralizado; la rama menor borgoñona tenía por meta mantener Francia en una suma heterogénea de principados autónomos y, al mismo tiempo, fusionar sus propios y diversos dominios bajo una política centralizada.

No obstante, Borgoña se enfrentaba a un enemigo mucho peor que el rey de Francia. El mismo tipo de calamidad genealógica que había sido hasta ese momento la fuente de su poder amenazaba ahora a la propia casa con la extinción. Felipe el Bueno tenía varias hermanas, pero no hermanos. Su padre trató de salvaguardar la herencia familiar con la boda de Felipe a la edad relativamente temprana de trece años (1409). Sin embargo, la esposa escogida, Michelle de Francia, no le había proporcionado ningún hijo antes de morir en 1422. Una de sus damas de honor la envenenó, según creyeron algunos[6]. Felipe volvió a casar con rapidez y tomó como esposa a una de sus muchas tías, la condesa Bonne de Nevers, que murió en 1425. Le dejó el condado de Nevers, pero ningún heredero.



Las casas de los Capetos, Plantagenet y Valois. Árbol genealógico.

En 1430, Felipe contrajo de nuevo matrimonio, en esa ocasión con la princesa Isabel de Portugal, que le dio un hijo en 1431 y otro en 1432, pero ambos murieron en la infancia. Para entonces, Felipe ya había engendrado un tropel de bastardos —llegaron a consignarse hasta veintiséis[7]—, ninguno de los cuales podía, no obstante, heredar la fortuna familiar. Otro hijo legítimo nació en 1433 y lo bautizaron con el nombre de Carlos. Isabel ya no tuvo más.

Carlos, que al venir al mundo se convirtió en el conde de Charolais, sobrevivió a los peligrosos años de la niñez. Su nacimiento iluminó momentáneamente las perspectivas de continuidad dinástica, aunque se mantenían precarias. Si moría o no engendraba descendencia propia legítima, probablemente la herencia familiar se dividiría entre una hueste de parientes lejanos; los más importantes, los reyes Valois de Francia. Para asegurar la sucesión, Felipe casó a Carlos cuando solo tenía cinco años. Sin embargo, su prometida murió en 1446 y la cuestión de la descendia quedó tan abierta como antes. Carlos contrajo nuevas nupcias, esta

vez con su prima Isabel de Borbón, que vivió hasta 1465 y le dio una sola hija, María. Nacida en 1457, era la única heredera de Carlos y el premio más codiciado del mercado matrimonial europeo. Con ella, la historia de los Valois borgoñones completó el círculo: había comenzado con una rica heredera y ahora parecía destinada a cerrarse con otra.

A partir de 1457, la cuestión del legado borgoñón llegó a dominar la política dinástica europea. ¿Podría María, una mujer, heredar el vasto patrimonio familiar? Algo así estaba lejos de lo posible, al menos en lo relativo a los dominios de Borgoña dentro del reino de Francia. Pero incluso si María llegaba a hacerse con el imperio paterno, ¿quién se casaría con ella y lo agregaría a su propio patrimonio?

Dado que los derechos dinásticos de María estaban en cuestión, Carlos debería haberla casado lo antes posible con el fin de asentar a su esposo y futuros hijos en su lugar, y asegurar su posición antes de que él muriera[8]. Pero no lo hizo. Durante su reinado, concertó numerosas alianzas matrimoniales para ella y las rompió todas, una tras otra. Su comportamiento se debió en parte a una reticencia psicológica a ceder el control de María y colocar a un extranjero como heredero suyo. Pero también a que ella era un peón diplomático demasiado valioso. En repetidas ocasiones consiguió aliados prometiéndoles su mano, y casi tan a menudo destruyó alianzas hostiles por el mismo sistema con alguno de sus posibles enemigos. Sin embargo, estas ventajas inmediatas agravaron en grado sumo la posición a largo plazo de Carlos. Mientras María siguiera sin marido y sin hijos, el futuro de la herencia borgoñona continuaría en el aire.

Por tanto, desde el momento de su nacimiento hasta el día de su muerte, Carlos sabía que el destino de su casa y del floreciente estado de Borgoña dependía únicamente de su propia vida. Las diversas conquistas que su padre había hecho eran significativos recordatorios del destino que alcanzaría a Borgoña en caso de que él muriera sin heredero legítimo. Las numerosas historias, verdaderas y falsas, acerca de envenenamiento y asesinato que circulaban por la corte eran testimonios igual de estremecedores sobre la precariedad de su existencia. En concreto, el destino de su

abuelo en Montereau rondaba siempre las mentes de los miembros de la corte ducal. Durante la infancia de Carlos, la reputación en alza de George de la Trémoille como maestro de la guerra sucia hizo aumentar la incertidumbre. La Trémoille llegó al poder tras el rey Carlos VII y tuvo notable influencia durante gran parte de las décadas de 1420 y 1430. En 1427, organizó el asesinato de los dos anteriores favoritos de Carlos VII, los señores de Giac y de Beaulieu, y más tarde se le atribuyó el secuestro, muerte e intentos de asesinato de diversos rivales y enemigos. En 1432, planeó el secuestro del canciller Nicolas Rolin, en el interior del territorio de Borgoña. Rolin logró escapar por pura suerte en 1432 y 1433, tras lo que se le concedió una guardia personal de doce a veinticuatro arqueros, número que en 1438 se incrementó de nuevo hasta cincuenta[9].

A medida que Carlos crecía, los estrechos vínculos que estableció con Italia y los cortesanos de esa nacionalidad no hicieron otra cosa que exacerbar sus temores previos, pues el país tenía fama de ser tierra de asesinos y envenenadores, y todos los años le llegaban noticias de nuevos crímenes o conspiraciones para asesinar desde las rutilantes y turbulentas cortes peninsulares. Las noticias procedentes de las islas británicas apenas eran menos inquietantes. Los rústicos isleños carecían de la delicadeza de los italianos en el uso de veneno y daga, pero, a lo largo del siglo XV, los clanes reales y nobiliarios de Inglaterra y Escocia se masacraron unos a otros con bárbara ferocidad. Al menos tres reyes y dos príncipes reales, así como numerosos duques y condes fueron encarcelados y asesinados durante esas décadas violentas.



Felipe el Bueno, hijo de Juan Sin Miedo y Margarita de Baviera. En 1419, al ser asesinado su padre recibió en herencia los estados borgoñones, dos grupos de territorios situados en el norte de Francia —Artois y Flandes principalmente— y en el este —el ducado y condado de Borgoña, entre otros—; algunos estaban bajo la soberanía nominal del emperador germánico. Obra de Weiden Antwerp realiazada hacia 1450. Koninklijk Museum voor Schone Kunsten.

La madre de Carlos, Isabel de Portugal, se sumó a la atmósfera de temores. Era, según el testimonio de su esposo, «la mujer más aprensiva que había conocido»[10]. No resulta sorprendente que su hijo también fuese un príncipe bastante paranoico.

Carlos comenzó a tener miedo de los intentos de asesinato antes de convertirse en duque. A fines de la década de 1450 y principios de la de 1460, su posición en la corte ducal era incómoda. Su padre se sumía gradualmente en la senilidad y varias facciones luchaban por controlar tanto al anciano como el gobierno de Borgoña. Carlos era un hijo conflictivo y un cortesano incompetente, y las relaciones con su progenitor se deterioraron de manera progresiva. El viejo duque privó a su heredero de cualquier participación en el gobierno, y, en cambio, confió cada vez más en el poderoso clan noble de los Croy, que durante algún tiempo llegaron a ser los virtuales dirigentes del ducado.



Carlos el Temerario, conde de Charolais, hijo de Felipe el Bueno. Para asegurar la sucesión de su casa, Felipe le hizo contraer matrimonio cuando solo tenía cinco años. Su prometida murió en 1446 y la cuestión de la descendencia quedó abierta. Finalmente contrajo nuevas nupcias con su prima Isabel de Borbón, que vivió hasta 1465 y le dio una sola hija, María. Taller de Rogier van der Weyden. Gemäldegalerie Dalhem, Berlín.

Como es lógico, se cimentó una profunda hostilidad entre Carlos y los Croy, pues temía que pudieran convertirse en regentes de facto de Borgoña. También sospechaba que habían planeado con el rey Luis XI de Francia eliminarlo. Los Croy habían recibido sobornos franceses de forma regular desde 1435 y, si no eran traidores declarados, desde luego mantenían lealtades contrapuestas. Mientras viviera el duque Felipe, su lealtad seguiría siendo sobre todo para él, más que nada porque a través del control del viejo duque acumulaban más y más tierras y riquezas en Borgoña. Sin embargo, resultaba obvio que, tarde o temprano, Felipe moriría, y entonces, si Carlos le sucedía como duque, la revancha podría ser sumamente dura.

En julio de 1462, Carlos acusó a Jehan Coustain, uno de los protegidos de los Croy en la corte ducal, de intentar envenenarlo.

Hizo detener al sospechoso en Bruselas, lo llevó al castillo de Rupelmonde y lo ejecutó con rapidez, antes de que los Croy o el duque Felipe pudieran intervenir. Los cronistas contemporáneos dieron buena cuenta de esa jugosa historia que el propio Carlos difundió, pero es imposible saber cuánto de verdad hay en ella. Tal vez los Croy realmente tenían intención de deshacerse de él para luego gobernar Borgoña en nombre de Felipe el Bueno y su pequeña nieta, a la que podrían casar a su conveniencia; quizás Coustain y los Croy eran inocentes, y Carlos inventó toda la historia para incriminarlos y recuperar el favor de su padre; es posible también que aquellos no estuvieran conspirando en absoluto y, sin embargo, el temeroso y disgustado Carlos creyera que de verdad planeaban su eliminación. Cuando menos, el asunto Coustain aumentó la tensión en la corte de Borgoña y planteó la cuestión del asesinato de manera abierta[11]. Un año después, Carlos acusó a otro rival en la corte, el conde de Étampes, de fabricar imágenes suyas de cera con el fin de embrujarle.

El asunto Coustain no mejoró la posición de Carlos ante su padre. Felipe no creyó la historia de su hijo y mantuvo su confianza en los Croy. Lo cierto es que esta familia llegó entonces al apogeo de su poder y dio un buen golpe de timón a favor del rey Luis. Cuando el rey Carlos VII entregó a Felipe el Bueno las ciudades de Somme para comprar su alianza (1435), el mismo tratado estipulaba que los reyes de Francia podrían recuperar esas plazas por una gran suma de dinero. Carlos VII nunca lo logró.

Uno de los primeros objetivos de Luis al suceder a su padre fue recobrar esa área vital. En 1463, los Croy convencieron a Felipe de que aceptara vender las ciudades al rey de Francia, a pesar de las vehementes protestas del conde Carlos. El trato condujo a otra gran crisis entre padre e hijo, y puso de manifiesto el poder de la familia Croy. Según las crónicas, Carlos vivía atormentado por el temor a que estos lo aprehendieran y encarcelasen[12]. Se distanció de la corte e intentó construir un núcleo de poder independiente en Holanda, por si su padre llegaba a desheredarlo por completo.

Poco después de hacerse con las ciudades del Somme, Luis volvió a la carga con una nueva propuesta. Ávido de explotar al máximo la influencia que tenía sobre Felipe a través de los Croy, el

rey francés se ofreció a comprar Lille, Douai y Orchies. Estas ciudades también gozaban de una gran importancia económica y estratégica, pero, a diferencia de las del Somme, eran un antiguo territorio borgoñón, parte de la dote de Margaret de Mâle. Luis argumentó que habían sido otorgadas por los reyes de Francia a los condes de Flandes y sus herederos varones mucho tiempo atrás, pero que no podían ser heredadas por una mujer o a través de ella. Los Croy presionaron a Felipe para que vendiera las plazas y evitara la guerra, y Felipe se reunió con Luis varias veces en Hesdin para discutir la oferta, además de otros asuntos pendientes. Carlos se opuso con ferocidad a ese nuevo negocio y, acertadamente, presentó la postura de los Croy como propia de traidores. Sin embargo, sus opiniones tenían poco peso. Mientras Felipe y los Croy negociaban en Hesdin con el rey Luis, Carlos se carcomía de enojo en su castillo de Gorinchem, en Holanda, unos 40 kilómetros al este de Rotterdam, en el río Merwede.

En esos momentos, estalló un escándalo aún más serio que el caso Coustain. Luis XI tenía a su servicio a un personaje sombrío, el bastardo de Rubempré, con fama de «hombre valiente y emprendedor»[13], aunque también considerado «hombre de mala reputación, asesino y mala persona»[14] o «un hombre de mala fama, de consejo ligero y de malos actos»[15]. El bastardo era sobrino de los Croy. En septiembre de 1464, Luis le dio instrucciones secretas para el desempeño de una delicada misión en el interior del territorio de Borgoña. Reunió una banda de cuarenta a ochenta bravucones, contrató un pequeño barco corsario en el puerto de Crotoy y navegó hacia el norte. «Ninguno de los tripulantes», dice la crónica de Wavrin, «sabía dónde pensaba llevarlos el bastardo, ni qué órdenes tenía, salvo que se les dijo que debían seguirlo a donde pensase guiarlos, y hacer cualquier cosa que les ordenase»[16].

El barco llegó a Armuyden, en la costa de Zelanda, a mediados de septiembre. Fondeó, Rubempré tomó consigo a algunos de sus más fieles compañeros y se dirigió al interior, hacia Gorinchem. Una vez llegados a la ciudad, buscaron el mejor alojamiento y se hicieron pasar por comerciantes en visita de negocios. Permanecieron allí tres semanas, según la Crónica de La Haya, y comenzaron a investigar sobre los hábitos y asuntos domésticos de Carlos:

¿Cuándo salía al mar? ¿En qué tipo de barco navegaba habitualmente? ¿Cuándo iba a cazar? ¿Lo acompañaba un séquito numeroso o reducido? ¿Iba de mañana o por la tarde? Rubempré realizó un reconocimiento del castillo y sus alrededores, subió a las murallas y examinó con sumo interés la ruta de regreso a la costa.



Luis XI de Francia, nacido en Bourges el 3 de julio de 1423. Apodado el Prudente, fue un monarca absolutista que reinó entre 1461 y 1483. Falleció en Plessis les Tours el 30 de agosto de ese año. Obra anónima realizada hacia 1470. Colección particular.

Aunque las cortes de los príncipes solían atraer a muchos vividores ansiosos por obtener información sobre sus actividades, las indagaciones de Rubempré despertaron recelos. Cuenta la Crónica de La Haya que fue la patrona de su albergue la que sospechó de sus huéspedes y los denunció a las autoridades. Según Chastellain, Rubempré había servido a Carlos en el pasado, y eso hizo que fuese reconocido por algunos de los miembros de su

casa. Informaron de sus actividades al conde y, cuando Rubempré lo supo, se asustó y se refugió en una iglesia. Lo sacaron por la fuerza y lo encarcelaron. Según otra versión, no fue Rubempré, sino uno de sus compañeros, el que fue reconocido en una taberna e interrogado sobre lo que se traía entre manos. El hombre confesó que era parte de una fuerza armada al mando del bastardo, enviado a Holanda por el rey de Francia. Sin embargo, no sabía cuál era su misión. Ese informe alarmó a Carlos, que de inmediato mandó hombres a aprehender a Rubempré, y otra fuerza a capturar el barco.

Ya en prisión, Rubempré afirmó al principio ser un comerciante camino de Escocia. Luego cambió la historia y dijo que en realidad iba a visitar a lady de Montfort, hija del señor de Croy. Sin embargo, pronto se quebró y confesó todo. Lo que contase, sin embargo, se mantuvo como un secreto muy bien guardado. Eso no evitó que los rumores se extendieran, probablemente activados por Carlos. Rubempré, según se supo en tabernas, iglesias y palacios de los Países Bajos y Francia, había sido enviado a Holanda por el rey Luis con el fin de secuestrar a Carlos y llevarlo a Francia. Algunos, bien informados, agregaron que tenía órdenes de matar al conde si no lograba el rapto.

Thomas Basin, una fuente extremadamente hostil a Luis XI, escribe que Rubempré confesó, ante numerosas personas de confianza y sin ser sometido a tortura alguna, que tenía intención de secuestrar a Carlos durante alguna de sus escapadas, conducirle a su buque y llevarle ante Luis, vivo o muerto. Algunos informes añadían que el monarca francés tenía la intención, una vez que Carlos fuese preso o muerto, de derrocar al duque Felipe en Hesdin y hacerse también con él. Luego, casaría a María de Borgoña con quien quisiera y repartiría los terriorios de la herencia a su antojo.

La Crónica de La Haya ofrece la explicación más detallada de cómo se supone que planeaba Rubempré hacerse con Carlos. El navío del bastardo era de excepcional diseño y su patrón le había prometido que podría llevarle a Holanda y traerlo de regreso sano y salvo, aunque todas las flotas de Inglaterra y Holanda trataran de cerrarles el paso. Carlos era aficionado al mar y a la navegación en grado sumo. Olivier de la Marche, jefe de su guardia e intimo amigo,

confirma que «antes que nada, sentía un amor natural por el mar y los barcos»[17]. En consecuencia, Rubempré creía que, si hablaba en Gorinchem de su maravillosa embarcación, a Carlos le picaría la curiosidad y acudiría a verla en persona. Una vez que el conde abordase la nave, los hombres de Rubempré podrían dominar a sus guardias y llevárselo. Como alternativa, podrían emboscarlo durante una de sus frecuentes excursiones a la costa y el mar, y conducirlo a bordo a la fuerza. La crónica añade que, cuando Rubempré fue capturado, se le encontró una carta con el sello privado de Luis XI en la que el rey le prometía grandes recompensas si le llevaba al conde. Este último detalle, sin embargo, arroja dudas sobre la veracidad del relato. Rubempré habría tenido que estar loco para portar tal evidencia incriminatoria[18].

Tan pronto como Rubempré fue preso e interrogado, Carlos envió a Hesdin a Olivier de la Marche, para evitar la propagación de rumores e informar al duque Felipe sobre el asunto con palabras cuidadosamente elegidas. La Marche llegó a la ciudad el 7 de octubre, mientras Felipe almorzaba. Al parecer, explicó al duque que Carlos se había salvado a duras penas de un intento de secuestro y que él mismo podría estar en peligro. Según una carta enviada al duque Francesco Sforza de Milán, La Marche también llevaba encima una copia escrita del interrogatorio de Rubempré, en la que el bastardo confesaba que el rey de Francia le había ordenado capitanear a unas ochenta personas y secuestrar al conde Carlos.

Felipe se alarmó. Aunque había desdeñado las acusaciones de su hijo cuando se produjo el asunto Coustain, tenía suficientes razones para sospechar de Luis. No pesaba poco en su ánimo el destino de Felipe, el hijo menor del duque de Saboya. Luis XI siempre había mostrado gran interés en los asuntos de ese ducado alpino, fronterizo con Francia y Borgoña, situado al sudeste, que controlaba los vitales pasos de montaña que conectan Italia con el noroeste de Europa. Incluso se había desposado con una de las hijas del duque de Saboya, al tiempo que su hermana Yolanda estaba casada con Amadeo, el príncipe de la corona saboyana. Felipe de Saboya era el líder de la facción antifrancesa en el ducado, y se opuso frontalmente a la intervención de Francia en la política interna. Unos meses antes del caso Rubempré, Luis lo había

invitado a visitarlo en su corte para resolver sus diferencias, dándole todas las garantías necesarias y cartas de salvoconducto. Sin embargo, cuando el príncipe llegó, el rey rompió su palabra y lo encarceló en la lúgubre fortaleza de Loches. Una conducta tan deshonrosa suscitó protestas en todas las cortes de Europa, pero el soberano francés no cedió.

El duque de Saboya era primo de Felipe el Bueno, y Felipe de Saboya llevaba su nombre en honor del duque de Borgoña. En agosto de 1464, el apenado duque de Saboya visitó Hesdin y, durante veinticinco días, imploró al duque de Borgoña que mediase ante Luis para que liberase a su hijo. El problema se planteó durante las reuniones de Felipe con Luis, pero nada salió de ahí. A principios de septiembre, el decepcionado duque de Saboya dejó Hesdin. Felipe de Saboya continuó languideciendo durante dos años más en Loches, donde compuso una lastimera canción sobre la traición del rey de Francia. ¿Podrían las noticias de Holanda implicar que Luis XI trataba de traicionar a la casa de Borgoña de manera similar?[19].

Chastellain dice que los presentes en la corte de Felipe comenzaron también a hablar del puente de Montereau y otras pasadas traiciones francesas. Las sospechas se vieron alimentadas por la circunstancia de que, poco antes de la llegada de La Marche, el duque Felipe había recibido un mensaje de Luis en el que le informaba de que se dirigía a Hesdin y que tenía la intención de visitarle al día siguiente. Según los informes, Luis iba acompañado por una nutrida guardia, en tanto que Felipe solo contaba con una pequeña fuerza en Hesdin. Tras una breve deliberación, Felipe decidió no correr riesgos. Casi ni esperó a terminar la comida. Partió con rapidez con solo seis u ocho jinetes y procuró que la menor cantidad posible de personas supiese de su marcha. Primero se dirigió a Saint-Pol, a unos 20 kilómetros de distancia, donde llegó al caer la noche. A la mañana siguiente, temprano, continuó su camino. Llegó a Lille, en el interior del territorio borgoñón y lejos del amenazador rey de Francia, el 10 de octubre.

Luis se llevó un buen chasco al enterarse de la repentina marcha de Felipe. Sin saber qué había provocado esa acción, regresó a Abbeville y de allí a Ruen. Hasta ese momento no había recibido nuevas de o sobre Rubempré. Pero, en cuestión de días, las noticias

comenzaron a circular. Por todas partes se decía que el rey Luis había enviado al bastardo a Holanda para secuestrar o asesinar al conde de Charolais. Se quedó estupefacto. Aquello era un desastre político y diplomático de primer orden. Reaccionó con rapidez y envió mensajeros por doquier para difundir su propia versión de los sucesos. Sí, había enviado a Rubempré con cincuenta hombres a Holanda. Y sí, le ordenó que secuestrase a una personalidad importante allí. Pero su objetivo no era el conde Carlos de Charolais, sino Jehan de Renneville, el vicecanciller del ducado de Bretaña.

Bretaña, como Borgoña, era en teoría un ducado francés y un principado independiente de hecho. Los duques de Bretaña nunca habían acatado en la práctica la autoridad del rey de Francia y, durante gran parte del siglo anterior, se habían aliado con sus enemigos. En la década de 1420 se cerró una triple alianza entre Bretaña, Borgoña e Inglaterra que estuvo a punto de eliminar al soberano francés. Después de que Luis XI accediese al trono, el temeroso duque de Bretaña intentó revivir ese pacto. En consecuencia, había enviado a su vicecanciller en embajada a Inglaterra para concluir un tratado. Tenía instrucciones de ir desde allí a Holanda, encontrarse con el heredero de Borgoña y convencerle para que se uniese a la coalición. Luis XI, al que una red de espías informaba al detalle sobre lo que sucedía en Bretaña, supo de la misión de Renneville y envió a Rubempré a Holanda para secuestrarlo antes de que pudiera encontrarse con el conde Carlos. Mediante esa acción, Luis esperaba frustrar o retrasar la formación de la alianza y también informarse en profundidad de los términos propuestos.

El soberano francés alegaba que, dado que el duque de Bretaña era técnicamente su vasallo, tal secuestro era en realidad el arresto legal de uno de sus propios súbditos. También afirmó con vehemencia que nunca tuvo la menor intención de secuestrar a Carlos o de hacerle daño de cualquier otra manera. Solo su propio y exagerado temor había llevado a Carlos a sospechar de Rubempré y ordenar su arresto. Para dar más fuerza a sus argumentos, Luis añadió que habría sido del todo imposible apresar al conde con solo cincuenta hombres y que, si de verdad hubiera querido hacerlo, no habría confiado esa labor a piratas de medio pelo de Picardía.

¿Decía Luis la verdad o trataba de librarse mediante una mentira ingeniosa? Como suele ser habitual en tales casos, no se puede saber con certeza al cabo de medio milenio. Todos los detalles del asunto Rubempré quedaron sepultados con rapidez bajo una montaña de propaganda, ya que el caso se convirtió en una gran crisis política y diplomática, con consecuencias de gran alcance. El conde Carlos se dio cuenta de que tenía la oportunidad de recuperar el favor de su padre y socavar la influencia de Luis y los Croy en la corte borgoñona. Por su parte, Luis estaba ansioso de defender su buen nombre, salvar a los Croy y evitar una ruptura abierta con Borgoña.

Asumiendo que la mejor defensa era un ataque contundente, el francés pasó con rapidez de las confesiones a las acusaciones. Dejó de lado el hecho de que incluso había admitido haber enviado a una banda de piratas a un país amigo para secuestrar a un alto emisario diplomático y comenzó a actuar como si fuera la parte perjudicada. A los pocos días de recibir las noticias de Holanda, envió un mensaje urgente y agraviado al duque Felipe. Se sorprendía y estaba consternado, decía, de que se hubiera marchado tan repentinamente de Hesdin sin esperar a su encuentro. Además, había oído que algunos predicadores en Brujas difundían rumores sobre su intención de secuestrar o asesinar al conde Carlos. Se sentía enojado en extremo por tal infundio y esperaba que el duque de Borgoña pusiera fin a esas habladurías de inmediato y castigase a los culpables de haberlas propagado.

Poco después, envió otra demanda al duque de Borgoña. Afirmaba haber tenido noticias de que el verdadero culpable era Olivier de la Marche y no los predicadores de Brujas. Fue él quien dirigió la captura de Rubempré; fue él quien posteriormente llevó al duque Felipe las primeras noticias del arresto del bastardo[20] y fue él quien, de forma inicua, le contó al duque que Rubembré tenía la intención de secuestrar a Carlos. Por otra parte, Luis afirmaba que La Marche, en su viaje de Holanda a Hesdin, no mantuvo la boca cerrada, sino que difundió aquellos rumores falsos por doquier. El rey exigía que Felipe le entregara tanto a los predicadores de Brujas como a La Marche. Por último, manifestaba su deseo de que le devolviesen a Rubempré.

Al hacer tales exigencias, Luis puso a Carlos contra las cuerdas y forzó una lucha de poder dentro de la corte borgoñona. Si los borgoñones entregaban a La Marche, significaría que Carlos se lo había inventado todo y que era un mentiroso o un tonto. Peor aún, se demostraría que el conde de Charolais era incapaz de defender incluso a sus servidores más firmes y cercanos. Su honor y su posición en Borgoña, así como en el extranjero, sufrirían un golpe fatal.

Para tomar una decisión, Carlos, los Croy y los embajadores del rey de Francia se presentaron ante el duque Felipe en Lille, los días 4 y 5 de noviembre de 1464. Los embajadores se reafirmaron en la versión francesa sobre los acontecimientos y exigieron que Rubempré, los predicadores de Brujas y La Marche les fuesen entregados. Carlos entonces cayó de rodillas y protestó ante su anciano padre. Según una crónica inédita, argumentó que la versión de los hechos de Luis tenía poco sentido. Si la intención de Rubempré era interceptar al vicecanciller bretón cuando llegase de Inglaterra, ¿por qué dejó su barco fondeado en la costa de Zelanda y se dirigió a Gorinchem, unos 60 kilómetros tierra adentro? Por otra parte, si de verdad era un agente francés real en misión legal de arrestar a un traidor, ¿por qué, cuando llegó a Gorinchem, no se presentó ante el conde de Charolais, como exigía la etiqueta?

El último argumento era obviamente marrullero, pero el primero tenía mucho sentido. Carlos ganó aquel día. Felipe se convenció de que la historia de su hijo era cierta, o al menos se dio cuenta de dónde estaban sus verdaderos intereses. Independientemente de si Carlos decía la verdad o no, Felipe debía su lealtad y apoyo a su vástago y heredero, y no a los Croy o a Luis, así que respondió de forma negativa a todas las demandas del monarca francés. No tenía intención de devolverle a Rubempré: aquel pirata había sido arrestado en Holanda, donde Felipe era soberano y no reconocía a ningún señor excepto a Dios, y sería juzgado allí según sus méritos y crímenes[21]. En cuanto a los predicadores de Brujas, Felipe alegó que él mismo era un príncipe secular y no podía interferir con el clero. Además, le explicó a Luis que «muchos predicadores no andan sobrados de sabiduría y con ligereza dicen cosas sin sentido ni autoridad»[22]. Por último, con respecto a La Marche, hasta donde

Felipe sabía, no había hecho ni dicho nada malo.

Los embajadores franceses se marcharon consternados. Al volver, pasaron por Tournai, Douai, Arras, Amiens y varias otras ciudades francesas importantes. En cada lugar, convocaron cortes ciudadanas para repudiar de manera formal los horribles rumores sobre el monarca y jurar por el honor regio que no había intentado secuestrar a Carlos. Si alguien repetía esas calumnias otra vez, sería arrestado y enviado al rey, para enfrentarse a su ira y a su justicia[23].

El asunto Rubempré terminó así en victoria decisiva para Carlos. Él o el embajador bretón se salvaron de las garras de Luis. El honor del rey sufrió un duro golpe dentro y fuera de sus dominios. Y lo más importante fue que, a partir de noviembre de 1464, Carlos y Felipe se reconciliaron; los Croy perdieron su control sobre la corte borgoñona y Carlos les sustituyó, convirtiéndose allí en el verdadero poder. Al cabo de pocos meses, los Croy estaban fugitivos en Francia, mientras que Carlos iniciaba una guerra contra Luis XI, con la alianza del duque de Bretaña y varios otros importantes príncipes franceses. Estuvieron a punto de derrocar a Luis y fragmentar el reino de Francia.

* * *

La guerra que Carlos y el resto de príncipes emprendieron contra el monarca francés en 1465, comúnmente conocida como la Guerra del Bien Público, contó con varias operaciones especiales. Por ejemplo, en la noche del 3 al 4 de octubre de 1465, un grupo de asaltantes de Borgoña capturaron por escalo la ciudad de Péronne acompañados de su señor, el nigromante conde de Étampes. Sin embargo, el único incidente interesante, en términos de intentos de asesinato, tuvo lugar poco después de la batalla de Montlhéry.

Cuando las tropas de Borgoña se unieron a sus aliados en Étampes después de este combate, los soldados de ambos ejércitos se divertían por las calles, en tanto que el conde Carlos de Charolais y el príncipe Carlos de Francia —el hermano rebelde del rey Luis XI — conferenciaban en una de las viviendas de la ciudad. Mientras los dos comandantes estaban «en una ventana, hablando entre ellos con mucha intimidad», un pobre soldado bretón llamado John

Boutefeu se divertía a costa de sus camaradas. Se había metido en una casa que daba a la calle y lanzaba petardos a los soldados que pasaban por debajo. Uno de esos petardos cayó accidentalmente en el marco de la ventana donde los príncipes conversaban y ambos se sobresaltaron, convencidos de que era un intento de asesinato. Inmediatamente convocaron a su guardia y a otras tropas de sus respectivas casas. En cuestión de minutos, doscientos o trescientos hombres de armas y arqueros rodearon el lugar y organizaron una búsqueda para encontrar al posible asesino. El gamberro acabó por confesar, fue perdonado y todo terminó bien[24].

Este incidente muestra lo nerviosos que estaban los príncipes. Cosa curiosa, también pone en evidencia cuán débiles eran sus medidas de seguridad. Nadie impidió que el soldado bretón se acercara a la residencia principesca con una carga de explosivos, y solo después de que explotase el petardo se montó una guardia en la entrada. Quizás, en el caos que siguió a la batalla de Montlhéry, los procedimientos normales se relajaran de forma momentánea. Por otra parte, tal vez las medidas de seguridad tomadas por Olivier de la Marche —recordemos que era el comandante de la guardia personal de Carlos— fueron sencillamente inadecuadas. No es de extrañar que La Marche no mencione el incidente en sus memorias.



Luis XI se reúne con los príncipes firmantes de la alianza que dio inicio a la Guerra del Bien Público. Grabado de J. Robert publicado hacia 1490 en la obra de Felipe de Comines *Manuscrit de l'Abbaye Royale de Saint Germain des Prez*. Biblioteca Nacional de Francia.

La Guerra del Bien Público terminó con una resonante victoria de Borgoña. El poder de Luis XI se vio interrumpido y tuvo que devolver las ciudades del Somme a Borgoña. Durante los años siguientes, el monarca francés se vio obligado a permanecer a la defensiva, mientras Carlos ganaba fuerza. Se convirtió en duque de Borgoña tras la muerte de su padre en 1467 y encabezó una alianza formidable, aunque frágil, de príncipes franceses, cuyo objetivo era mantener a raya a Luis XI. En 1468, se casó por tercera vez. Mientras que sus dos primeras esposas eran princesas francesas, esta vez se unió a Margarita de York, hermana del rey Eduardo IV de Inglaterra. No le dio hijos, pero fortaleció en gran medida las relaciones de Borgoña con Inglaterra.

Luis, que ya temía el poder creciente de Carlos, ahora tenía que alarmarse ante el fantasma de una alianza anglo-borgoñona. Cuando reanudó las hostilidades con los príncipes franceses, en 1468, el rey decidió que lo mejor era encontrarse con el nuevo duque en persona y resolver sus diferencias. Dado el precedente de

Montereau y los temores pasados de Carlos sobre asesinatos y secuestros, el soberano francés dio un paso audaz: le informó de que estaba dispuesto a visitarle en la ciudad de Péronne, en Borgoña, acompañado por solo algunos de sus hombres. Carlos estuvo de acuerdo. Y así el zorro entró en la guarida del lobo por propia voluntad, confiando únicamente en su astucia. Luis llevó consigo cincuenta hombres, mientras que Carlos controlaba el enclave con seguridad y disponía de un ejército de varios miles de soldados acampados en las proximidades. Fue el 9 de octubre de 1468, exactamente cuatro años después de la captura de Rubempré.

Lo que ocurrió se ha descrito y analizado en numerosas ocasiones. Carlos, siempre desconfiado de Luis, acababa de recibir al rey de Francia en el castillo de Péronne cuando le llegaron noticias de que la ciudad de Lieja, una de las plazas más poderosas y turbulentas de los Países Bajos, había atacado su retaguardia. Lieja había supuesto un problema para Borgoña durante décadas y en 1465 se había levantado contra su príncipe-obispo, Luis de Borbón, aliado y pariente del duque de Borgoña. Este acudió en ayuda del prelado y tuvo que organizar tres expediciones sucesivas contra los rebeldes hasta que finalmente los derrotó en la batalla, destruyó las fortificaciones de su ciudad y obligó a los líderes insurrectos a huir al exilio.

En septiembre de 1468, cuando Luis XI vio que otra confrontación con Borgoña era inminente, animó a los liejenses a rebelarse de nuevo. Con ese aliento, los exiliados regresaron a Lieja el 9 de septiembre, masacraron a sus oponentes y se prepararon para la guerra. El duque Carlos se tomó esa noticia a la ligera. Continuó concentrando la mayoría de sus fuerzas contra Francia y despachó hacia Lieja solo un pequeño ejército de varios miles de hombres de armas, con la seguridad de que no sería demasiado difícil aplastar la nueva rebelión.

Mientras Luis pedía a Carlos un encuentro para una conferencia de paz, mandaba agentes a Lieja, prometía su ayuda a los sediciosos y les incitaba a atacar a su príncipe-obispo y a sus aliados de Borgoña. Cuando Carlos accedió a reunirse con Luis, este no sabía qué frutos habrían dado los esfuerzos de sus

emisarios. Aguardar hasta haber enviado nuevos agentes a Lieja para revocar sus movimientos anteriores e instar a la paz a los liejenses habría llevado demasiado tiempo. Esperaba que estos no hubieran tenido tiempo de emprender ninguna operación importante, y cabalgó confiado hacia Péronne.

Por desgracia para Luis, los liejenses habían mordido el anzuelo y se habían movido con inusual celeridad y audacia. En la noche del 9 al 10 de octubre, un pequeño grupo de ataque partió de Lieja al mando de Jehan de Wilde y Gossuin de Streel, y se dirigió hacia Tongres, el cuartel general del príncipe-obispo y su ejército de Borgoña. Los borgoñones fueron tomados por sorpresa. Creían que Lieja estaba indefensa y que su única esperanza sería recibir asistencia francesa. Pero cuando esa noche se enteraron de la presencia de Luis en Péronne, llegaron a la conclusión de que no habría apoyo francés y que, en consecuencia, la ciudad estaba condenada. Cuando los incursores llegaron a Tongres unas horas más tarde, en medio de la noche, los sorprendidos borgoñones no se resistieron. El ejército entero cedió el campo y huyó presa del pánico. Los liejenses no se molestaron en perseguir a los fugitivos, pero sí capturaron a Luis de Borbón y se lo llevaron triunfalmente de regreso a Lieja. Durante la marcha los burgueses mataron a varios de sus sirvientes y consejeros. Según se cuenta, para divertirse cortaron en pedacitos al odiado archidiácono de la catedral, Robert de Morialme, y se arrojaron unos a otros la cabeza.

Los ciudadanos esperaban llegar a un acuerdo de paz por separado con su cautivo, con lo que cualquier nueva intervención borgoñona sería superflua. Según varias autoridades medievales y modernas, en aquel momento el príncipe-obispo podría haberse dado por satisfecho de lograr un pacto independiente con Lieja, consciente de que un acuerdo de paz dictado por el duque de Borgoña le convertiría en una marioneta impotente.

Las noticias de ese desastre le llegaron a Carlos, en Péronne, la noche del 11 de octubre. Los primeros informes hablaban de que el ejército borgoñón había sido destruido y el obispo de Lieja asesinado. Además, aseguraban que agentes reales franceses habían sido vistos entre las fuerzas atacantes. Aunque Carlos ya sabía que Luis había tratado con los liejenses antes, hasta entonces

lo había considerado una cuestión insignificante. Ahora, la derrota espoleó su orgullo y reavivó sus más profundas sospechas. En 1419, el padre de Luis había acudido a Montereau, en apariencia a hablar de paz con el abuelo de Carlos, pero había acabado asesinado. En 1464, el propio Luis hablaba de paz con el duque Felipe en Hesdin mientras enviaba a Rubempré a Holanda para secuestrar o matar a Carlos. Ahora, en 1468, Luis se presentaba en Péronne, una vez más para hablar de paz con Carlos, mientras incitaba a los liejenses a secuestrar o matar a su obispo. El duque se encendió de ira: iba a hacer pagar de una vez por todas al monarca francés por sus traiciones. Además, quizás no pudo resistir la tentación de hacer sufrir a su principal enemigo los temores que le habían perseguido a él durante tantos años.

Cerraron las puertas de Péronne y colocaron guardias armados alrededor de los aposentos de Luis. No le encarcelaron de manera formal, pero era observado de forma estrecha. Ninguna persona se atrevía a hablar con el rey, excepto en voz alta, para aplacar posibles sospechas de planear su huida en secreto. Algunos cronistas afirman que Carlos sopesó la idea de matarlo allí mismo y coronar al hermano disminuido de Luis en su lugar. Durante varios días, el rey vivió con miedo ante dicha posibilidad. Le inquietaba la presencia junto a Carlos de varios de sus enemigos mortales, sobre todo Felipe de Saboya, que acababa de ser liberado de Loches. Luis se sintió muy poco consolado cuando el duque le recordó que ya otro rey de Francia había sido prisionero en el castillo de Péronne: Carlos el Simple, a quien un conde de Vermandois apresó en 923 y mantuvo allí durante seis años, hasta que falleció.

El duque decidió por último perdonar al rey a cambio de imponerle las más duras condiciones que fuera posible. Estas se formularon en un tratado de paz firmado allí mismo que le otorgó a Carlos todo cuanto quiso exigir a Luis. El acuerdo aseguraba en la práctica el establecimiento de un estado borgoñón independiente y casi certificó la fragmentación permanente del reino de Francia. El indefenso Luis firmó sin rechistar, pero Carlos era consciente de que esa firma valdría muy poco una vez le dejara en libertad[25].



La firma forzada del tratado de Péronne representada en una ilustracción popular del siglo XIX. El acuerdo aseguraba el establecimiento de un estado borgoñón independiente y dividía de manera permanente el reino de Francia.

Para mantener a Luis en sus manos, y también humillarle un poco más, a Carlos se le ocurrió una nueva exigencia. Cuando las noticias de lo ocurrido en Lieja llegaron a Péronne, Luis, para demostrar su inocencia, dijo que estaba dispuesto a marchar junto a Carlos y someter entre los dos a la recalcitrante ciudad. Ahora que se había hecho la paz entre ellos, ¿cumpliría su promesa y se uniría al duque en la expedición contra la capital? Luis intentó escabullirse, pero al final no tuvo más opción que aceptar. Así pues, Carlos partió hacia Lieja con el rey de Francia como equipaje. Para mantener las apariencias, tanto uno como otro fingieron que el viaje era por propia voluntad. Carlos incluso permitió que Luis llevase un pequeño contingente francés, incluidos 100 arqueros mercenarios escoceses de la guardia real y otros 300 hombres de armas, unos efectivos que, sin embargo, no recibieron buen trato. Ludwig von Diesbach, un paje suizo de Luis XI que estuvo con él en Péronne y en Lieja, y que luego redactó una autobiografía, escribió que sus compañeros y él sufrieron mucho por culpa del hambre y el frío, y temieron por sus vidas debido al odio de los borgoñones que los rodeaban.

Cuando los liejenses se enteraron de lo ocurrido en Péronne, lógicamente quedaron descorazonados. Incapaces de enfrentarse a Borgoña ellos solos, liberaron con rapidez a los prisioneros que habían tomado en Tongres, incluido su príncipe-obispo, y suplicaron la paz. Pero Carlos no estaba por la labor. Era la cuarta campaña que lideraba contra Lieja en tres años y estaba decidido a arrasar la ciudad hasta los cimientos de una vez por todas. Sus desesperados habitantes organizaron algunas audaces incursiones contra el arrollador avance borgoñón, pero les sirvió de poco. El 27 de octubre, Carlos, Luis y la fuerza principal llegaron ante las asoladas murallas de la ciudad. La mayor parte de las tropas acamparon al oeste, frente a la puerta de Sainte-Walburge. Otra gran fuerza fue enviada al norte de la plaza. Carlos no se molestó en bloquear los accesos al este o al sur. Dado el estado de sus fortificaciones y el de sus defensores, asumía que Lieja caería fácilmente ante un asalto directo.

Carlos se instaló aproximadamente a medio kilómetro de la puerta de Sainte-Walburge, en una de las casas de los suburbios que seguían aún en pie. Luis se alojó en otra vivienda próxima. Siguieron dos días con sus noches de escaramuzas inconexas, en los que se rechazaron varias salidas liejenses, mientras que la mayoría de la población huía de una ciudad ya condenada y los sitiadores se preparaban para el asalto final. El ataque se fijó en principio para el 29 de octubre, pero llovió de manera torrencial y Carlos decidió posponerlo hasta la mañana siguiente. Como escribe Philippe de Commynes, «en aquel momento los liejenses no tenían un soldado profesional en su guarnición... No tenían ni puerta, ni muro, ni fortificación, ni una sola pieza de cañón que sirviera para nada»[26]. Desde luego, los pocos contingentes que quedaban habían sufrido mucho en las salidas por sorpresa. Todos en el campamento de Borgoña esperaban que aquello fuese un paseo. Los soldados se fueron a dormir confiados. Soñaron con la fácil conquista del día siguiente y la orgía de rapiña, botín y destrucción que les esperaba. Como el duque planeaba aniquilar Lieja de todos modos, habría menos restricciones a su comportamiento que de costumbre.

Los liejenses parecían una presa indefensa. Sin embargo, Gossuin de Streel, comandante de la incursión en Tongres, ideó un

plan desesperado. Habían atraído la destrucción sobre sus cabezas al atacar aquella otra plaza de noche y capturar a su obispo por sorpresa. ¿Por qué no repetir la misma jugada, pero esta vez contra el propio duque de Borgoña? Si algunas almas resueltas pudieran entrar en el campamento y matar o capturar al duque, la ciudad podría salvarse. De hecho, si lograban asesinarlo, el estado borgoñón se desintegraría. Streel convenció a los restantes líderes ciudadanos de que era su única oportunidad, y decidieron llevar a cabo el plan. Matarían al duque o perecerían en el intento.

Carlos estaba rodeado por miles de soldados borgoñones. Nutridos piquetes se situaban frente a las murallas en ruinas para alertar de cualquier salida. Disponía además de una guardia personal permanente de cuarenta arqueros de élite[*] al mando de De la Marche, que nunca se apartaba de su lado, ni en campaña ni en tiempos de paz[27]. Turnos de doce arqueros rotaban para vigilar la persona del duque durante todo el día, y ahora se alojaban en la misma casa que él, en el piso superior. Otra complicación la planteaba la presencia de Luis. El rey de Francia había dispuesto a sus 100 arqueros escoceses alrededor de la casa que ocupaba, y el resto de sus hombres de armas acampaba cerca. Carlos temía que Luis intentara escapar o, peor aún, atacarle al amparo de la noche con esa fuerza de élite. En consecuencia, 300 de sus mejores y más fieles hombres de armas se encontraban en un inmenso granero situado entre las viviendas de ambos. Ese grupo tenía como misión principal proteger a Carlos contra una posible embestida repentina de la guardia real francesa, pero igualmente estaba en disposición de enfrentarse a cualquier otro enemigo, por ejemplo, una fuerza procedente de Lieja.

Ninguna acción de los liejenses podría aspirar a derrotar a esas fuerzas en combate abierto. Sin embargo, Streel confiaba en que un contingente pequeño y resuelto pudiera infiltrarse en el campamento de Borgoña al amparo de la oscuridad y alcanzar al duque antes de que se diese la alarma. Sabía con exactitud dónde dormían Carlos y Luis. Las casas en las que se acuartelaban estaban ornadas con toda la pompa y circunstancia de las residencias principescas, y se hallaban a solo unos cientos de metros de las murallas en ruinas. Los liejenses conocían al dedillo el terreno. Y, lo que era más

importante, los propietarios anteriores de esas dos casas que ahora albergaban a gente tan principal estaban en Lieja y habían suministrado a Streel toda la información que necesitaba sobre los edificios y sus alrededores. Un dato vital fue saber que el alojamiento de Carlos se hallaba cerca de un barranco profundo y rocoso, llamado Fond-Pirette. Le protegía contra cualquier ataque convencional por el flanco, pero también era una vía ideal para la penetración secreta. Los dos vengativos propietarios acordaron además servir como guías y dirigir personalmente la fuerza de ataque contra sus nuevos e indeseados inquilinos.

Según Commynes, Streel recibió información el 29 de octubre de que el asalto final a la ciudad estaba planeado para las 8 en punto de la mañana siguiente y que, por tanto, el duque había ordenado que, la noche anterior, todo su ejército, incluso sus guardias, dejaran las armas y reposaran. Eso aumentaba mucho sus probabilidades de éxito. Streel también esperaba que las previsiones meteorológicas jugaran a su favor; el 29 fue un día tormentoso, y el mal tiempo ayudaría a ocultar sus movimientos.

Destacaron entre 200 y 600 hombres para el golpe, dirigidos por Vincent de Bures y el propio Streel. No eran fuerzas especiales en ningún sentido, pero probablemente incluían lo mejor de las tropas que les quedaban a los liejenses. En particular, era notorio entre ellos un gran contingente de hombres del distrito montañoso de Franchimont. Todos en la ciudad se pusieron alerta: al oír los gritos de guerra procedentes del campamento de Borgoña, tenían que hacer una salida y causar tantos estragos como fuera posible, confundir a los borgoñones e impedir que enviaran refuerzos al único lugar donde aún podían perder la guerra.

Solo quedaba un gran interrogante: ¿qué pasaba con el soberano francés? Es imposible decir lo que Streel y los liejenses tenían pensado hacer con él. Su objetivo principal era, sin duda, Carlos. Tal vez pretendían liberar al rey si era posible; quizás, como muchas fuentes indican, deseaban matarlo en venganza por su traición. Puede que esperaran que, en la oscuridad de la noche, cuando sonara la alarma, Luis ordenara a sus guardias unirse a los atacantes y colaborar con ellos para liquidar al duque.

Alrededor de las diez de la noche del 29 de octubre, Streel y sus

hombres salieron por la puerta Sainte-Marguerite, que no estaba vigilada por los borgoñones. Siguieron a pie una ruta tortuosa y se dirigieron con cautela hacia el barranco de Fond-Pirette para sumirse en su interior sin ser observados por ningún puesto de control enemigo. Luego, lentamente, se abrieron paso entre las rocas hasta que emergieron al otro lado de la quebrada.

El campamento de Borgoña estaba en silencio. El duque y el rey se hallaban en sus alojamientos, profundamente dormidos. La información que había recibido Streel era correcta, e incluso los soldados del granero se habían quitado la armadura apenas dos horas antes y ahora descansaban. Durante tres jornadas, de la mañana a la noche, habían participado en constantes escaramuzas, y Carlos quería que estuvieran frescos para el asalto del día siguiente. Los doce arqueros de turno de la guardia de corps del duque se entretenían con juegos de dados en la habitación que estaba sobre el dormitorio de Carlos. Solo los centinelas borgoñones estaban alerta. El señor de Gapannes, su comandante esa noche, había dispuesto un cordón de exploradores y vigilantes entre el campamento y las murallas en ruinas, listos para dar la voz de alarma. Pero ni él ni ninguno de sus hombres detectó la marcha de flanco de los liejenses. Al parecer, no se colocaron soldados a lo largo del Fond-Pirette.

Los liejenses comenzaron a entrar dispersos en el campamento donde miles de soldados de diferentes unidades, países e idiomas llevaban tres días concentrados. En medio de esa Babel esperaban no ser reconocidos como enemigos hasta que fuera demasiado tarde. Varias fuentes afirman que, para mezclarse con más facilidad, los incursores cosieron en sus túnicas la cruz de san Andrés, la insignia de Borgoña, y cuando les interrogaron, afirmaron ser soldados del ducado. Casi habían llegado a las estancias del duque cuando algo se torció. Según Commynes, que durmió esa noche en la habitación de Carlos, la culpa fue enteramente de los liejenses. «Habría sido seguramente asesinado —escribe Commynes—, de no ser porque algunos de los asaltantes se lanzaron de forma prematura contra la cercana tienda del duque de Alençon y el granero fortificado, ya fuese por impaciencia o porque los confundieron con los aposentos de Carlos».

Jean de Haynin y Onofrio de Santa Croce dicen que los asaltantes no cometieron tal error y que los detuvieron a escasa distancia de la cama del duque gracias a la vigilancia de algunas mujeres que seguían al ejército. Haynin escribe que la vanguardia de los incursores había llegado a la cocina de la casa de Carlos sin ser detectada. Sin embargo, justo cuando estaban a punto de entrar en la estancia, fueron detenidos e interrogados por una lavandera llamada Labesse (o quizás apodada, «la Abadesa»), que al parecer estaba acompañada por varias mujeres. Los asaltantes afirmaron ser soldados de Borgoña, pero Labesse o alguna otra debió de sospechar de su acento y comenzaron a gritar que eran hombres de Lieja. Por temor a que su presencia se viese delatada, los liejenses sacaron sus armas y acabaron con las infortunadas seguidoras de campamento.

Las mujeres fueron asesinadas con rapidez, pero una de ellas, que según Onofrio se cayó o saltó a un pozo, logró hacerse oír. Haynin escribe que uno de los asaltantes ya entraba en el alojamiento del duque, pero, cuando se dio la alarma, el grupo sucumbió al pánico y huyó. La mayoría de las demás fuentes confirman que sucedió lo contrario. Al darse cuenta de que era entonces o nunca, algunos de los asaltantes se dispersaron para crear el mayor estrago posible e incendiaron tiendas y bagajes, mientras que dos fuerzas de ataque especiales se lanzaron directamente hacia las habitaciones del duque y el rey, guiadas por los vengativos propietarios. El asalto principal se inició en el alojamiento de Carlos, al grito de «Vive le Roi!», pues los liejenses todavía afirmaban ser acérrimos aliados del rey de Francia, y quizás confiaban en sembrar la confusión entre sus enemigos y hacer creer a los borgoñones que les atacaban los guardias reales.

Carlos despertó a una pesadilla. Los soldados asaltaban las entradas de su casa y parece que mataron a uno de sus ayudas de cámara y a dos escuderos en el interior de la propia vivienda. Los arqueros de la habitación superior se olvidaron de su juego de dados, tomaron sus armas y bajaron a la carrera las escaleras para salvar al duque. Se desató una lucha feroz, con los arqueros tratando de ganar unos preciosos segundos al precio de sus propias vidas. Mientras tanto, los hombres que se encontraban en el granero

empuñaron cuantas armas tenían a mano y corrieron al rescate de Carlos. Dentro de la habitación del duque, Commynes y los otros dos pajes intentaban frenéticamente armar a su señor, pero solo tuvieron tiempo de ponerle el peto de la coraza y un casquete de acero en la cabeza. Commynes describe en sus memorias el caos y la confusión de esos momentos: «En toda la casa y en la calle había un ruido y un alboroto terribles, los gritos de '¡Larga vida a Borgoña! se mezclaban con el clamor de batalla de la guardia real y el Vive le Roi! de los asaltantes liejenses. Nadie sabía con certeza qué ocurría. ¿Era un ataque de los liejenses o tal vez juego sucio por parte del traicionero Luis?».

El monarca francés también se despertó lleno de temor. Según su paje, Ludwig von Diesbach, su alojamiento fue incendiado y los asaltantes casi lograron matarlo. Commynes afirma que llegaron a penetrar en la casa antes de ser rechazados por los guardias escoceses. Estos se colocaron como un escudo humano alrededor del rey y lanzaron una lluvia de flechas sobre el confuso gentío del exterior, con lo que abatieronde forma indiscriminada tanto a liejenses como a borgoñones.

A cada segundo que pasaba, las posibilidades de éxito de la incursión disminuían, ya que los asaltantes eran expulsados de las dos casas y cada vez más soldados borgoñones se armaban y se unían a la refriega. Las antorchas arrojaron luz sobre la escena y aclararon la situación; los liejenses no tardaron en retirarse por completo. Olivier de la Marche podría haber ofrecido más información sobre esos momentos memorables, sin embargo, ni siquiera menciona el ataque en sus memorias. Según una carta de Anthoine de Loisey, los liejenses mataron a unos 200 hombres, incluidos muchos seguidores de campamento y pajes. Ellos mismos parece que sufrieron pérdidas menores; Haynin dice que solo catorce resultaron muertos. Commynes escribe que el propietario de la casa del duque, que guio y dirigió el ataque, fue el primero en ser abatido, aunque sobrevivió unas pocas horas y el propio Commynes llegó a oírle hablar. El resto, encabezado por Streel, regresó sano y salvo a Lieja[28].

A la mañana siguiente, la ciudad fue asaltada. Los atacantes encontraron poca resistencia. La saquearon por completo y la

quemaron hasta los cimientos. Carlos supervisó personalmente su destrucción. Luego envió una expedición punitiva para causar todos los estragos posibles en la región de Franchimont, de la que procedían sus frustrados asesinos. Retuvo a Luis unos días más, pero se había quedado sin excusas y debía permitir partir al rey, so pena de verse obligado a asumir públicamente que el monarca era en realidad su prisionero. Optó por lo primero. Tras exigirle unas cuantas promesas más sin valor sobre no incumplir lo firmado en Péronne, lo liberó a regañadientes[29].

* * *

El Tratado de Péronne se convirtió en papel mojado en menos de dos años. En 1470, el rey y el duque volvían a vigilarse con recelo mientras se preparaban para la siguiente ronda. La guerra de propaganda entre ellos continuó incansable. Carlos insistió en sus viejos temas de asesinato y secuestro, y acusó a Luis de librar una guerra sucia. El 13 de diciembre de ese año, manifestó públicamente que el rey estaba detrás de un reciente complot para matarle o secuestrarle. De acuerdo con la versión más extravagante de los acontecimientos, Jehan d'Arson, un noble borgoñón que había entrado en secreto al servicio del rey Luis, se puso en contacto con uno de los bastardos del duque Felipe el Bueno, Balduino de Borgoña, y le hizo una tentadora oferta. Si Balduino lograba librar al rey del duque Carlos, por un medio u otro, Luis le prometía las mayores recompensas imaginables. Arson explicó que Carlos no tenía descendientes, salvo una única hija, y que, si moría, sus tierras se separarían y dividirían entre muchas manos. Luis estaba dispuesto recompensar a Balduino con la porción de esta herencia que quisiera.



La destrucción deliberada de Lieja por Carlos el Temerario en 1468 comparada con la de la bíblica Gomorra. La imagen da una idea de la devastación de las ciudades en la época borgoñona. En este caso, una delegación de Flandes fue obligada a ver el suceso desde las colinas circundantes para que tomaran buena nota de lo que ocurriría si se enfrentaban al duque de Borgoña. Miniatura iluminada de la *Biblia figurata*, obra de Raphaël de Mercatel realizada a finales del siglo XV. Catedral de Gante.

El bastardo estuvo de acuerdo y reunió a un grupo de nobles descontentos para que le ayudasen a llevar a cabo el proyecto. Pensaban sorprender a Carlos en el parque de Hesdin, donde solía ir a cazar solo con una pequeña compañía, o durante su visita al puer-to de Crotoy, en la costa de Picardía (desde donde había zarpado Rubempré). Contaban con vencer a sus guardias y matarlo o llevarlo a Francia. La conspiración se descubrió, aunque Balduino y la mayoría de sus cómplices lograron huir de Borgoña en noviembre de 1470. No es fácil juzgar si esta historia es cierta. Lo único de lo que podemos estar seguros es de que Balduino y varios otros nobles pasaron de Borgoña a Francia en la fecha citada, y

recibieron muy pocas recompensas de Luis[30].

En mayo de 1472, murió el hermano menor del soberano francés, lo que apagó cualquier esperanza de Carlos de Borgoña y los principales nobles franceses de utilizarlo para controlar el poder de su rival. Carlos y sus cómplices divulgaron de inmediato denuncias de que había sido envenenado por orden de Luis, e incluso secuestraron a algunos de los servidores íntimos del muerto que confesaron su culpabilidad bajo tortura. Los estudiosos modernos suelen descartar tales acusaciones como propaganda. La opinión pública del siglo xv las tomó más en serio, y Carlos de Borgoña y sus aliados se aprovecharon de ello como pretexto para lanzar un ataque militar combinado contra Luis[31]. Casi al mismo tiempo, el propio Carlos ordenó sofisticadas precauciones en sus cocinas y comedores contra las amenazas de envenenamiento[32].

Luis, por su parte, respondió con contraacusaciones cuya veracidad es igualmente imposible de contrastar. En 1473, un envenenador llamado Jehan Hardy fue capturado en la cocina de Luis. La propaganda francesa le acusó de ser un agente borgoñón que intentaba matar al rey de Francia. En 1476, atraparon a otro en las cocinas reales. Esta vez, el supuesto objetivo era el príncipe heredero[33].

La espesa atmósfera de sospecha queda claramente de manifiesto por las elaboradas precauciones que se tomaron durante varias conferencias cumbre que se celebraron después de Péronne. Cuando Luis se reunió con su hermano, Carlos de Francia, en Niort (1469), tendieron un puente de barcos sobre el río Sèvres y en su centro levantaron una gruesa reja de madera. Los dos hermanos reales se encontraron con una barricada que los separaba; les permitía hablar y estrecharse la mano, pero evitaba que pudieran darse muerte o incluso secuestrarse el uno a otro. En 1475, se construyó un puente similar sobre el río Somme en Picquigny, para la conferencia de paz entre Luis y Eduardo IV de Inglaterra. «En el medio —escribe Commynes—, se colocó un fuerte enrejado de madera, como las jaulas de los leones, siendo el hueco entre barras no más ancho que lo que permite pasar el brazo de un hombre»[34]. Los dos reyes conversaron y se abrazaron a través del enrejado. Para minimizar aún más el peligro de asesinato, algunos de los

asistentes de ambos llegaron a la reunión vestidos exactamente como sus amos.

En 1477, el rey Alfonso V de Portugal, que era pariente y aliado del duque Carlos, visitó Francia e intentó negociar un tratado de paz entre el duque de Borgoña por un lado y el rey de Francia y sus aliados por otro. En algún momento, mientras residía en París, el monarca portugués sospechó que Luis estaba a punto de aprehenderle y entregarlo a su enemigo, el rey de Castilla. En consecuencia, se disfrazó y, con solo dos sirvientes, trató de huir de Francia. Uno de los lugartenientes de Luis lo capturó porque despertó sus sospechas. Luis, según Commynes, se sintió muy avergonzado de todo el episodio. No tenía intención de hacer ningún daño a Alfonso y, para demostrar su inocencia, lo condujo sano y salvo a Portugal[35].

A pesar de estos temores, al parecer generalizados, acerca de los métodos clandestinos de Luis, fue el captor de Péronne quien durante esos años pareció haber tomado el gusto al secuestro de príncipes extranjeros. Los primeros en aprender la lección fueron los duques Adolf y Arnold de Güeldres. Durante las décadas de 1450 y 1460, Adolf había estado enfrascado en una disputa amarga con su padre, Arnold. Frustrado por la extraordinaria longevidad de su progenitor, afirmó que había gobernado el tiempo suficiente y que era hora de que se hiciese a un lado y le permitiera tener su oportunidad. El anciano se negó y llegaron a un estado de guerra civil de facto. Los rivales recurrieron a la mediación del duque de Borgoña, su poderoso vecino y viejo aliado. Parece que la intervención de Borgoña forzó por algún tiempo un acuerdo pacífico en Güeldres. Sin embargo, el 10 de enero de 1465 Adolf organizó un ataque sorpresa contra su padre en el castillo de Grave, supuestamente con ayuda de los borgoñones. Arnold fue capturado y pasó los siguientes cinco años encerrado en la fortaleza de Buren. Adolf se convirtió en duque en su lugar, pero los partidarios de Arnold se negaron a reconocer su autoridad y acabó por estallar una guerra abierta.

En 1470, Adolf y sus rivales viajaron a la corte del duque Carlos, entonces en el apogeo de su poder, para defender su caso y asegurarse su apoyo. En enero de 1471, con o sin el consentimiento

de Adolf, Carlos envió a Henric van Horne con una pequeña fuer-za borgoñona a Güeldres. Sacó a Arnold de su prisión y lo llevó también ante la presencia del duque, que retuvo al padre y al hijo en Hesdin, mientras las negociaciones avanzaban con lentitud y continuaba la guerra civil.



Tortura y ejecución de un traidor a la corona durante el siglo xv. Ilustración del manuscrito de Froissart. Biblioteca Nacional de Francia. Fr. 2643, fol. 11r.

Adolf se volvió aprensivo, temeroso de que Carlos intentase mantenerlos a su padre y a él como virtuales prisioneros mientras se hacía cargo del gobierno de Güeldres. La noche del 10 de febrero de 1471, escapó en secreto de Hesdin. Carlos peinó los Países Bajos en busca del duque prófugo, que disfrazado de viajero francés y acompañado de un solo sirviente, intentaba regresar a su ducado. Casi había llegado a su destino cuando al subir a un transbordador cerca de Namur fue reconocido por un sacerdote y arrestado. Pasó los siguientes seis años bajo estrecha vigilancia en varios castillos de Borgoña, a pesar de las repetidas solicitudes de potencias extranjeras para que fuese liberado. Mientras tanto, su padre lo desautorizó y el 7 de diciembre de 1742 adoptó a Carlos de Borgoña como heredero. En esa ocasión, el viejo duque de Güeldres no iba a hacer esperar mucho tiempo a su sucesor: murió tres meses después. Carlos reunió con rapidez sus ejércitos e invadió el ducado para hacer valer sus derechos. En julio, la conquista se había

completado y el territorio formaba parte del patrimonio borgoñón[36].

Un año después fue el turno del conde Henry de Württemberg. El joven, de diecisiete años, había heredado la estratégica ciudad de Montbéliard en la región del Alto Rin, que atraía buena parte de las ambiciones expansionistas de Carlos. También había recibido varios feudos en el interior de Borgoña. Aunque sus derechos allí habían sido vulnerados, parece que estaba en buenos términos con el duque.

En abril de 1474, Henry viajaba por las proximidades de Thionville con una reducida escolta; quizás tenía la intención de encontrarse con Carlos para resolver la cuestión de sus tierras de Borgoña, estaba en peregrinación o marchaba al encuentro del emperador alemán. Cuando Carlos se enteró, despachó una pequeña fuerza que lo interceptó y capturó. Una vez en prisión, el conde prometió entregar Montbéliard a Carlos a cambio de su libertad. Olivier de la Marche se hizo cargo de la delicada misión. Junto al conde, se presentó ante las murallas de Montbéliard y amenazó a la guarnición con decapitar a su amo y señor, si no entregaban la ciudad. Tras las murallas hicieron oídos sordos a las exigencias de La Marche, así como a las súplicas desesperadas del conde Henry. Dado que el ataque psicológico había fracasado y que uno convencional contra aquella ciudad fuertemente fortificada estaba fuera de discusión, La Marche tuvo que regresar junto a Carlos con las manos vacías. El enojado duque volvió a meter al conde Henry en prisión, primero en Maastricht y luego en Boulogne. El joven no pudo soportar aquel giro de la rueda de la fortuna y se volvió loco. Sin embargo, Carlos le mantuvo encarcelado. Solo lo liberaron tras la muerte del duque, convertido en un hombre destrozado[37].

El propio Carlos comenzaba también a mostrar signos de locura. Había alcanzado la cima de su poder, pero el éxito se le había subido a la cabeza y empezaba a extralimitarse. Durante los siguientes cuatro años, mientras Luis XI observaba y mantenía a raya a sus ejércitos, Carlos se empantanó en aventuras cada vez más erráticas. Intentó casi simultáneamente conquistar Alsacia, Lorena y Colonia, así como establecer un protectorado sobre Saboya. Estos ataques, junto con la hábil diplomacia francesa,

forjaron una poderosa coalición antiborgoñona por parte de las potencias alemanas, liderada por Suiza y las ciudades de la cuenca del Rin. El testarudo Carlos arremetió repetidamente contra esa coalición y perdió campaña tras campaña. La flor del ejército de Borgoña se despilfarró durante el estéril asedio de Neuss (1474-1475). Otro contingente fue derrotado el 2 de marzo de 1476 por el creciente poder suizo en la batalla de Grandson. En junio de ese año, Carlos reunió un tercer ejército, que fue masacrado por los suizos en Morat el día 22.

Esta cadena de desastres quebró el poder militar de Borgoña, que perdió sus conquistas más recientes, una tras otra. El monarca francés parecía dispuesto a atacar su retaguardia, y los muchos aliados que se congregaban alrededor del duque mientras tenía éxito le dieron la espalda. A la vez que trataba de reunir un nuevo ejército, Carlos hizo intentos desesperados por mantener la alianza de, al menos, una vía de paso crucial, el ducado de Saboya, que no solo protegía su flanco sudeste y amenazaba el flanco sur de sus enemigos suizos, sino que también controlaba las rutas a Borgoña desde Italia, de donde le llegaban ahora la mayoría de sus soldados mercenarios.

Tras la muerte del duque Amadeo IX en 1472, su hijo Filiberto fue proclamado duque de Saboya. Tenía solo siete años, así que su madre Yolanda gobernó como regente. Aunque era hermana del rey de Francia, fue firme aliada de Borgoña a lo largo de la década de 1470, en parte porque Carlos la tentó con la promesa de casar a su hija María con Filiberto. De hecho, el conflicto entre Borgoña y los suizos fue en gran parte el resultado de los intentos de Borgoña de proteger Saboya de las intrusiones imperialistas suizas, y tanto la campaña de Grandson como la de Morat se libraron en territorio saboyano para repeler las invasiones suizas. Es interesante observar que, hacia 1475, Yolanda tenía a su lado una guardia de ochenta mercenarios de Borgoña, aunque no estaba del todo claro si la protegían o controlaban[38].

Después de Grandson, el control borgoñón sobre Saboya se fortaleció, ya que Yolanda se hizo completamente dependiente de la ayuda del ducado para defenderse de los suizos. El 22 de marzo de 1476, tanto ella como sus cinco hijos se reunieron con Carlos en

Lausana para asegurarle su inquebrantable lealtad. También enviaron 4000 hombres para unirse al rehecho ejército del duque. Permanecieron bajo la supervisión borgoñona de ahí en adelante, al tiempo que Carlos estacionó guarniciones en varios enclaves saboyanos. No es fácil entender cómo una princesa pudo confiar voluntariamente su persona y a la de sus hijos al secuestrador en serie de la época.

Exactamente tres meses después de que Yolanda y Carlos se conocieran en Lausana, el ejército de Borgoña fue aniquilado en Morat. En ese momento, Yolanda se alojaba en Gex, una pequeña ciudad del ducado de Saboya, en la frontera con el Franco Condado Borgoñón, unos 100 kilómetros al suroeste de Morat y 15 al noroeste de Ginebra, que, desde 1444, también formaba parte de los dominios de Saboya. Las primeras noticias de la derrota llegaron a Gex en algún momento del 23 de junio, seguidas de inmediato por una oleada de fugitivos. El propio Carlos huyó al principio a Morges, en el lago Lemán, y de allí viajó a Gex, aparentemente más ansioso de salvaguardar su dominio de Saboya que su tambaleante posición en Lorena. Llegó a Gex la noche del 23, convertido en un hombre sombrío. Fue directamente al castillo donde se alojaban Yolanda y sus hijos, y, tras besarlos a todos, se encerró con la regente de Saboya para mantener una charla privada. A continuación, Yolanda cedió su habitación para uso del duque y ella se trasladó a la de Filiberto. El duque de Borgoña, visiblemente apesadumbrado por los efectos de su derrota, se encerró en la estancia y se negó a ver a nadie hasta la mañana siguiente.



Batalla de Morat, librada el 22 de junio de 1476 entre el ducado de Borgoña y la Confederación Helvética. El duque Carlos consiguió huir a duras penas, pero perdió un tercio de su ejército y toda la artillería. Tras la derrota, Luis XI aprovechó rápidamente su debilidad.

Cuando Yolanda oyó las noticias de Morat y vio a los fugitivos, así como el quebranto del duque, se dio cuenta por fin de que había apostado al caballo equivocado. De inmediato envió mensajeros para entablar conversaciones con su hermano del rey de Francia e intentó llegar a un acuerdo con él y los suizos. Mientras, Carlos comenzó a sospechar que intentaba traicionarle. No solo la acusó de tratar de desertar de su lado en esa hora de necesidad, sino que, en su búsqueda desesperada de un chivo expiatorio, la acusó de haberle traicionado desde el principio y de conspirar con su hermano

desde el comienzo de la guerra, para provocar su caída.

Yolanda hizo todo lo posible por apaciguar sus temores, pero, inquieta por lo ocurrido con los duques de Güeldres y el conde Henry de Würtemberg, y consciente de que no podía negociar con los franceses y los suizos mientras permaneciese bajo vigilancia borgoñona, decidió poner cuantos más kilómetros mejor entre ella y el inestable duque de Borgoña. Fingiendo seguir las directrices de Carlos, le dijo que, por el interés de ambos, debía retirarse a Turín, la capital saboyana, para fortalecer las defensas del ducado frente a los victoriosos suizos y las crecientes amenazas del duque de Milán y el rey de Francia. Carlos intentó convencerla de que se quedara en Gex, donde a él le sería más fácil protegerla, pero se negó. El 26 de junio Yolanda reunió a sus hijos y asistentes, y se preparó para viajar a su ciudad, Ginebra, custodiada por una tropa de saboyanos leales.

Cuando abandonó Gex, Carlos la acompañó una parte del camino. A poca distancia de la ciudad, al caer la noche, se apeó del caballo y se presentó ante la duquesa. De nuevo trató de convencerla para que se quedase. Durante hora y media se disculpó y negoció, hasta que por fin pareció aceptar la situación y cedió. A esas alturas, en uno de los días más largos del año, el sol ya se había puesto. Intercambiaron besos y cumplidos, y Carlos regresó a Gex. Yolanda y su séquito, felices de dar por fin la espalda al duque, continuaron su camino hacia Ginebra, en completa oscuridad.

Sin embargo, Carlos no estaba dispuesto a permitir que la duquesa escapase de sus garras. La prolongada ceremonia de despedida había sido tan solo una estratagema para dar tiempo a preparar una acción más siniestra. Para mantener su control de Saboya y castigar a Yolanda por su supuesta traición, Carlos había decidido apresar a la duquesa y sus hijos, y gobernar el ducado como su «protector». Es imposible saber por qué no se limitó a arrestar a los saboyanos en Gex. En vez de eso, mientras ella terminaba sus preparativos, Carlos había hecho llegar un mensaje urgente al fiel La Marche, que por suerte ya estaba en Ginebra con una selecta compañía de tropas.

Unos días antes de la batalla de Morat, Carlos había enviado a La Marche hacia Turín con una fuerza de entre 600 y 1200 hombres

para proteger Saboya de la creciente amenaza de una invasión francesa o milanesa. La Marche pasaba por Ginebra cuando, el 22 de junio, por la noche, recibió la noticia de que el ejército borgoñón había sido aniquilado en Morat. Se detuvo en el acto a esperar información más precisa. La mañana del 23 llegaron más nuevas que confirmaban la derrota y que el duque Carlos había escapado sano y salvo.

Estaba todavía en Ginebra el 26 de junio cuando un jinete al galope llegó con un mensaje secreto de Carlos para informarle de que Yolanda y sus hijos se dirigían hacia allí. Se le ordenaba interceptarlos y capturarlos a toda costa. Si fracasaba o rechazaba el encargo, tendría que responder de ello con su propia cabeza. La Marche era para entonces uno de los mayores expertos mundiales en el negocio de los secuestros principescos. Sin embargo, en sus memorias escribe que esa orden en particular iba «contra sus principios». No obstante, obedeció, explica, para salvar su propia vida.

A simple vista, parecía un trabajo fácil, pues él ya estaba situado sobre la ruta de escape de la duquesa. Además, sumados a sus hombres, había otros contingentes borgoñones en Ginebra, en su mayoría mercenarios italianos. Varios factores, sin embargo, le complicaron la tarea. Lo primero de todo, Ginebra estaba muy en el interior del territorio de Saboya y, si se producía una batalla campal, la milicia de la ciudad y el resto de la población estaban obligados a apoyar a sus gobernantes y no a los borgoñones extranjeros, sobre todo porque estos últimos ya habían logrado ganarse el odio local. En segundo lugar, también había en Ginebra algunas tropas leales a Saboya, y seguramente acudirían en ayuda de Yolanda.

Finalmente, y lo más importante, el trabajo de La Marche no consistía tan solo en derrotar a la escolta armada de Yolanda, sino sobre todo en capturar a la duquesa y a sus hijos, y en particular a Filiberto y sus dos hermanos. Si Yolanda, el duque de once años, o incluso uno de los hermanos de Filiberto escapaban, todo el plan del duque corría el riesgo de venirse abajo, ya que cualquiera de esos fugitivos serviría para encabezar un gobierno antiborgoñón en Saboya. Eso significaba que La Marche no podía concentrar las fuerzas de Borgoña en Ginebra y atacar a Yolanda abiertamente. Tal

movimiento advertiría con antelación a la duquesa de sus intenciones, y bastarían unos minutos para que los miembros de la familia ducal se dispersasen y súbditos leales los ocultasen o alejasen de allí. Si eso sucedía, solo una búsqueda a fondo por el campo, rodeados de una población hostil, serviría para encontrar a los príncipes desaparecidos, y La Marche no tenía ni el tiempo ni las fuerzas necesarias para ello.

Por tanto, decidió montar una operación encubierta y capturar a toda la familia ducal en un ataque audaz. Saldría de Ginebra con tan solo una compañía de élite de unos 600 jinetes, sin recurrir a los otros contingentes borgoñones de la ciudad, que ni siquiera estarían avisados de la misión, por temor a una filtración. Luego, sorprendería a Yolanda y a sus hijos en algún punto del camino y escaparía a Borgoña antes de que las noticias del golpe llegaran a la ciudad. Las acciones dilatorias de Carlos en Gex estaban al parecer destinadas a asegurarse de que la comitiva de Yolanda se acercase a Ginebra en la oscuridad de la noche.



Yolanda de Valois, duquesa consorte de Saboya, a la izquierda, recibe del teólogo Guillaume Fichet un ejemplar de su obra Rhetorica*. Aunque era hermana del rey de Francia, fue firme aliada de Borgoña a lo largo de la década de 1470, en parte porque el duque Carlos la tentó con la promesa de casar a su propia hija, María, con Filiberto, el heredero de los Saboya.* Manuscrito de Froissart. Biblioteca Nacional de Francia. Fr. 2643, fol. 43v.

Cuando las tinieblas cayeron sobre Ginebra, La Marche reunió a sus hombres y abandonó la capital. Era de sobra sabido que Yolanda venía de camino, pero al parecer nadie sospechaba de las intenciones del borgoñón. Tal vez anunció que iba a proseguir su viaje hacia los puertos de montaña y Turín, de acuerdo con sus órdenes iniciales. Pero no se dirigió hacia el sudeste, a Turín. Por el contrario, cabalgó una corta distancia hacia el noroeste, en dirección a Gex. Luego dispuso con cuidado a sus hombres para una emboscada en las afueras de la ciudad, lo bastante cerca de las puertas como para asegurarse de interceptar la caravana de Yolanda, pero lo suficientemente lejos como para evitar que se pudiera escuchar el alboroto y diese tiempo de enviar ayuda a la duquesa.

A las 2 de la madrugada o tal vez dos horas después de oscurecer, la caravana saboyana cayó en la trampa. Los borgoñones la rodearon con rapidez para evitar que nadie escapase y luego se acercaron. La escolta luchó en un intento desesperado de salvar a la familia ducal, pero inútilmente. La Marche se adelantó hasta el carruaje de Yolanda y cortésmente le dijo: «Ilustrísima señora, es necesario que vengas a Borgoña, pues así le place a nuestro señor el duque». Para intimidarla, agregó que tenía 4000 hombres con él. «Nunca iré allí», respondió ella con acritud, pero La Marche la colocó a la fuerza a la grupa de su propio caballo. Sus tres hijos y sus dos hijas también fueron apresados por los asaltantes, que picaron espuelas y avanzaron lo más rápido posible en la oscuridad de la noche por las montañas, hacia Saint-Claude, con el fin de escapar a cualquier persecución que pudiera organizarse desde Ginebra.

Para espanto de La Marche, en algún punto del camino descubrió que dos de los pájaros habían volado. Tanto Jacques-Louis, el hermano más joven de Filiberto, como el propio duque habían desaparecido. Más tarde se supo que dos de los hombres de

La Marche, mercenarios de origen saboyano, consideraron que debían lealtad a su propia familia ducal antes que a su pagador y aprovecharon la oscuridad y la confusión para rescatarlos. Filiberto se ocultó primero bajo el manto de Ludovic Taglianti o del de Goffredo di Rivarolo —los dos mercenarios— y luego se escondió en un sembrado, mientras la fuerza borgoñona pasaba cerca. En su afán por escapar a cualquier persecución, ni La Marche ni ninguno de sus subordinados cayeron en la cuenta de la desaparición de los dos niños, confiados en que algún otro los tenía en su poder. Cuando se descubrió la verdad, ya era demasiado tarde para volver a Ginebra. Además, tratar de localizar al joven duque desapa-recido habría sido como buscar una aguja en un pajar. Con gran pesar continuaron adelante, atravesaron Mijous, unos 7 kilómetros al noroeste de Gex, y por último llegaron a la ciudad borgoñona de Saint-Claude.

Mientras tanto, los leales a Saboya habían salido de Ginebra a toda prisa, en cuanto los fugitivos avisaron de la emboscada. Al tiempo que algunos trataban de alcanzar a los invasores sin éxito, otros, con antorchas y armas, peinaron los alrededores y se llenaron de alegría al encontrar a Filiberto escondido en el campo. La población de Ginebra se indignó ante la noticia del secuestro, se amotinó contra los borgoñones y masacró a muchos de los soldados de ese origen que, ajenos a las acciones de La Marche, se habían quedado en la ciudad, ahora hostil.

Merece reseñarse que, en sus memorias, La Marche no condena a los hombres que lo traicionaron y rescataron a los dos príncipes. Aunque le habían resultado desleales, dice, lo cierto es que no hicieron otra cosa que lo que debían. Confiesa que él mismo realizó aquella odiosa tarea solo porque su cabeza estaba en juego. Cuando Carlos se enteró del fracaso, se lo tomó muy mal y durante algún tiempo La Marche estuvo en peligro de perder la vida a pesar de todo. El duque, sin embargo, no podía permitirse el lujo de prescindir del leal comandante de sus guardias de corps y al final lo perdonó. Yolanda, su hijo Carlos y sus dos hijas, María y Luisa, fueron conducidos primero al castillo de Rochefort, cerca de Dole, y luego a Rouvres, en los alrededores de Dijon.

Tener en su poder a Yolanda casi no le sirvió de nada a Carlos.

La opinión pública en Saboya se indignó ante ese acto y se inclinó de forma decisiva a favor de Francia. El 29 de junio, un diplomático milanés informó desde Ginebra que los saboyanos enviaban embajadores para negociar con los suizos y que ahora consideraban al duque de Borgoña su enemigo mortal. Los representantes borgoñones en Saboya fueron arrestados y las guarniciones, atacadas y expulsadas. Simultáneamente, Luis XI envió fuerzas armadas a Saboya para anticiparse a una posible intervención de Borgoña. Con la protección —y bajo presión— francesa, el duque Filiberto se instaló en Chambéry, en la frontera de Saboya con Francia, a una distancia segura del condado enemigo. Las cortes saboyanas eligieron regentes profranceses y, en los años siguientes, el territorio se convirtió en un protectorado francés. El golpe de Carlos actuó como un bumerán, pues sirvió para poner Saboya en manos de su enemigo más enconado. Aunque pensó en tomar represalias e invadir el ducado con el pretexto de defender los derechos de Yolanda a la regencia, la amenaza a la posición de Borgoña en Lorena desvió su atención hacia el norte. Además, el secuestro de Yolanda brindó a los últimos aliados italianos de Carlos la excusa que buscaban para abandonarle con una excusa honorable.

En Rouvres, la duquesa se encontraba custodiada por una hueste de mercenarios ingleses, una de las pocas fuerzas en las que Carlos todavía tenía confianza. Las condiciones de su encarcelamiento eran relativamente laxas. Aunque ni ella ni sus hijos podían abandonar el castillo, sus servidores eran completamente libres de ir y venir a su antojo. A través de ellos, entabló una comunicación regular tanto con Saboya como con su hermano, el rey de Francia, con quien mantuvo negociaciones secretas. Prometió a Luis convertirse en su fiel servidora si la rescataba. Él estuvo de acuerdo, y encomendó la caballeresca tarea a Charles de Amboise, uno de sus comandantes más hábiles.

Rouvres se hallaba en el centro de Borgoña, cerca de la capital, Dijon. Sin embargo, Carlos había concentrado todas sus fuerzas disponibles en la frontera oriental del ducado y por tanto, estaba desprovista de tropas. Al parecer, la guarnición inglesa de Rouvres, a pesar de la confianza del duque, tampoco tenía muchas ganas de

pelear. Amboise fue informado de la situación por los enviados de Yolanda. Pensó que, si sacaba ventaja de la velocidad y la sorpresa, más que de la fuerza, podría llegar a Rouvres y regresar sin encontrar resistencia. Con un contingente de entre 700 y 1200 hombres, cabalgó hacia el castillo y llegó a sus puertas el 2 de octubre de 1476. Se impuso con facilidad a la sorprendida y desmoralizada guarnición, liberó a Yolanda y a sus hijos, y se los llevó a la residencia de Luis en Plessis-les-Tours. Allí, hermano y hermana se reconciliaron[39].

En noviembre de ese año, con el apoyo de las fuerzas francesas, Yolanda regresó a Saboya y fue reconocida como regente de su hijo. En septiembre, mientras todavía estaba en territorio francés, instituyó una guardia personal para su propia protección y la de su familia, integrada por 100 arqueros leales. En junio de 1477, después de haberse reinstalado en el ducado, redujo su número a 72[40].

Para entonces, el duque Carlos había muerto. En enero de este último año estaba en el sitio de Nancy a la cabeza de un ejército reducido y desanimado. Cuando se enteró de la llegada de tropas de socorro en número muy superior, se negó a retirarse. En aquellos momentos, o su percepción de la realidad estaba completamente distorsionada o tenía muchas ganas de morir. Su ejército se desintegró al primer envite. Él cayó en combate por un golpe de alabarda que le hendió la cabeza desde la parte superior hasta la barbilla. Finalmente acabó por alcanzarle el destino de su abuelo.

En aquel momento, su hija María, de veinte años de edad, seguía soltera y sin hijos. El rey reclamó inmediatamente las vastas tierras de Borgoña en Francia, con el argumento de que no podían ser heredadas por una mujer, y respaldó esa argucia legal con la fuerza militar. Ciudad tras ciudad abrieron sus puertas a las tropas francesas y, en poco tiempo, casi todas las tierras de Borgoña en Francia pasaron a sus manos. Luis también esperaba casar a su hijo, el futuro Carlos VIII, con María, para, de esta manera, hacerse con el resto del patrimonio borgoñón. Sin embargo, ella eligió desposarse con Maximiliano de Habsburgo, hijo y heredero del emperador Federico III, lo que originó una guerra de sucesión entre la pareja y Luis.

María y Maximiliano lograron mantener el control sobre la mayoría de los territorios de Borgoña en los Países Bajos. Estos acabarían por pasar al hijo de la pareja, Felipe, junto con el resto de las tierras de los Habsburgo. Felipe de Habsburgo continuó la tradición familiar al casarse con Juana, única heredera de Fernando de Aragón e Isabel de Castilla. El descendiente de esa unión fue Carlos V, el más grande de los primeros emperadores europeos modernos, que heredó una España unida, gran parte de los Países Bajos, vastos territorios en Italia y Alemania y, por último, llegó a gobernar también gran parte del Nuevo Mundo. Un famoso proverbio sobre los Habsburgo austriacos resumía su ascenso a la cima del poder mundial: «Mientras otros hacen la guerra, tú, feliz Austria, te casas».



Felipe de Austria (1478 - 1506) y Juana de Castilla (1479 - 1555), reyes de Castilla y León, de Granada y de las Indias en 1504, duques titulares de Borgoña, duques de Brabante, Limburgo y Luxemburgo, condes de Flandes, Holanda y Zelanda, Henao y Artois, archiduques de Austria y condes de Tirol.

Luis, por su parte, agregó a sus dominios reales casi todas las tierras de Borgoña en Francia, que incluían el propio ducado de Borgoña, Picardía y Artois. Sin embargo, como el héroe de algún cuento mítico, al hacerse con los territorios de su rival muerto, incorporó también sus debilidades y temores, además de sus poderes. Desde el momento en que conquistó el ducado de Borgoña hasta su muerte en 1483, el monarca francés cayó prisionero de un creciente temor por su seguridad.

Las semillas de tales miedos ya se habían sembrado en su infancia. En la década de 1430, su padre, Carlos VII, lo había encerrado en la fortaleza de Loches para asegurarse de que ninguna de las facciones cortesanas rivales lo secuestrara con el fin de utilizarlo como marioneta (curiosamente, Luis encarcelaría más tarde a Felipe de Saboya en el mismo lugar, en 1464). Esos temores se vieron avivados por los acontecimientos de los años 1460 y 1470, y crecieron con profusión incluso antes de Péronne. Así, cuando el duque Juan de Anjou acudió a visitarlo en 1466 a su castillo de Meung-sur-Loire, Luis temió que su invitado, que era reputado como hombre volátil y violento, intentara secuestrarle o asesinarle. Así que, antes de que Jean llegara, se dice que Luis inspeccionó la fortaleza habitación por habitación y, al descubrir un pasaje secreto que no conocía, lo bloqueó sin tardanza.

Péronne, ciertamente, no ayudó en nada a mitigar los temores de Luis. Sin embargo, solo después de 1477 estos eclosionaron de la manera más virulenta y se apoderaron por completo de él. El viejo monarca se volvió paranoico con la idea de que sus parientes o algunos nobles descontentos le secuestraran a él o a su heredero y se erigieran en regentes con el pretexto de que era demasiado débil o estaba demasiado loco para gobernar Francia.

En consecuencia, imitó a su padre y encerró a su propio hijo Carlos en el castillo de Amboise. El pequeño permaneció aislado y bajo estricta vigilancia. A los extraños se les prohibía incluso acercarse por los alrededores, y pocos recibían permiso del rey para visitarle. Luis, por su parte, se recluyó en la casa solariega de

Plessis, casi sin atreverse a abandonar sus estrechos confines. Solo autorizaba allí la presencia de un número muy reducido de personas, especialmente si eran sus parientes o pertenecían a la alta nobleza. Incluso cuando su querida hija y su fiable marido le visitaron, hizo que sus sirvientes buscaran armas de forma minuciosa. Viendo espías, asesinos y secuestradores por todas partes, despidió al personal de servicio y cambió con frecuencia a sus integrantes. Al parecer, evitó establecer un horario predecible para mejor frustrar posibles complots.

Para protegerse de ataques armados, Luis rodeó la casa con una trinchera y un muro con reja de hierro. También construyó cuatro torres vigía de hierro grueso en las esquinas de la mansión, en las que colocó a veinte ballesteros con órdenes de disparar contra cualquiera que se acercase al lugar antes de que abrieran la puerta, que siempre se mantenía cerrada por la noche y nunca se abría antes de las 8 de la mañana. Otros 400 arqueros vigilaban ese acceso y patrullaban los alrededores día y noche para evitar ataques por sorpresa. Se les ordenó específicamente que supervisaran las aldeas y pueblos cercanos y expulsasen a todos los recién llegados que despertaran sospechas. Commynes, que era una de las pocas personas en quien Luis todavía tenía cierta confianza, escribe que Plessis estaba custodiada de forma estrecha, como si fuera una fortaleza fronteriza[41].

Como el propio Commynes explica, esas medidas de seguridad y esas fortificaciones no podrían haber resistido un asedio o un ataque a gran escala por parte de un numeroso ejército. Sin embargo, Luis no temía un ataque así. Más bien, su gran aprensión era que algún gran señor o algún grupo de nobles, con ayuda desde dentro, intentaran capturar el lugar por escalo para luego mantenerlo cautivo y proclamarse regente. Las defensas de Plessis fueron diseñadas de manera específica para frustrar un ataque sorpresa por parte de un pequeño grupo de asalto[42]. Commynes reflexiona sobre los caprichos de los destinos humanos, y escribe que el rey victorioso pasó sus últimos meses aprisionado por sus miedos, como un criminal encarcelado.

* * *

Este capítulo ha versado sobre una gran cantidad de operaciones de secuestro y asesinato. Algunas de ellas tuvieron bastante éxito, como el secuestro de los duques de Güeldres, que permitió a Carlos de Borgoña apoderarse de su ducado con relativa facilidad. Tal vez muchas más intervenciones de este tipo se llevaron a cabo con acierto, si damos crédito a la historia de que Luis XI, por ejemplo, de verdad envenenó a su hermano Carlos. Después de todo, los envenenamientos de más éxito son los que quedan sin descubrir. Sin embargo, incluso si tenemos en cuenta estos casos sospechosos, los secuestros y atentados más espectaculares que se han tratado en este capítulo terminaron en fracaso. El bastardo de Rubempré fue enviado a Holanda para fortalecer la posición del rey de Francia, pero su misión terminó en una revolución palaciega en Borgoña que derrocó a los Croy profranceses y llevó al poder al antifrancés Carlos. Al secuestrar al rey Luis en 1468, Carlos le impuso el tratado de Péronne, que se convirtió en un trozo de papel sin valor a los pocos meses de su liberación. La captura del obispo Luis de Lieja en Tongres fue un movimiento calamitoso que hundió los esfuerzos de paz y aseguró la destrucción de la ciudad; el intento posterior de asesinar al duque Carlos pudo haberla salvado y arruinado Borgoña, pero falló. El secuestro del conde Enrique de Würtemberg no logró otra cosa que empañar aún más el honor del duque Carlos, mientras que el de Yolanda resultó completamente contraproducente: en lugar de salvaguardar Saboya, empujó al ducado directamente a las ávidas manos del rey de Francia.



Plessis-les-Tours. Luis XI repartió sus días entre el antiguo castillo de Amboise y las austeras dependencias de este palacio, donde acabó por retirarse. Un poco paranoico, pues vivió siempre con el temor de ser asesinado, tenía su residencia rodeada de un alto muro coronado con barras de hierro en punta. También mantuvo una guardia personal de arqueros que vigilaba en todo momento. Finalmente murió de causas naturales en Plessis-les-Tours el 30 de agosto 1483; tenía 60 años de edad.

El daño político directo causado por estos fracasos, particularmente el de Rubempré y los secuestros del obispo Luis y Yolanda, fue inmenso. El perjuicio a largo plazo para la imagen y la posición diplomática de los autores también fue notable. Además, esas operaciones siniestras, incluidas las llevadas a cabo con éxito, crearon una atmósfera de temor y sospecha que perjudicaba más a los jefes de estado involucrados que a los demás. Eso, sin embargo, no era necesariamente malo, y seguramente habría sido aprobado por los utopistas de Tomás Moro. Mientras que, en la mayoría de las guerras, los príncipes iniciaban hostilidades haciendo que la gente común soportase la mayor parte de las penurias, la «guerra sucia» tenía la ventaja de que sus principales víctimas, tanto en términos físicos como psicológicos, eran los máximos responsables del conflicto. Como Ludwig von Diesbach escribió sobre el fracaso de los liejenses a la hora de matar al duque Carlos: «Resultó desafortunado para muchos buenos caballeros y sirvientes que su

vida se salvase, porque más tarde perdieron las suyas por su culpa»[43].

Notas

[1] Vaughan, Philip the Good, pág. 36.

[2] Monstrelet, Chronique, 4 :239.

[3] Monstrelet, Chronique, 4 :248–9; Wavrin, Recueil des croniques, 3 :193–4; Lefèvre de St Rémy, Chronique, 2 :116–17.

[4] Monstrelet, Chronique, 5 :67; Chastellain, Œuvres, 2 :85.

[5] Monstrelet, Chronique, 6 :87–93; La Marche, Mémoires, 2 :35–40; Chastellain, Œuvres, 8 :34–8; Emerson, Olivier de la Marche, págs. 30–2.

[6] Monstrelet, Chronique, 4 :118–19.

[7] Emerson, Olivier de la Marche, pág. 159.

[8] La situación se puede comparar con la del emperador Habsburgo del siglo XVIII José I, que se volcaba en asegurar los dudosos derechos de herencia de su hija María Teresa.

[9] Vaughan, Philip the Good, pág. 140.

[10] Commynes, Mémoires, 1.1, ed. Mandrot, 1 :6.

[11] Sobre el caso Coustain, ver Chastellain, Œuvres, 4 :235; Du Clercq, Mémoires, 3 :212–19; Collard, 'Assassinat manqué'.

[12] Vaughan, Philip the Good, pág. 345.

[13] La Marche, Mémoires, 3 :3.

[14] Du Clercq, Mémoires, 4 :77.

[15] Chastellain, Œuvres, 5 :84.

[16] Wavrin, Recueil des croniques, 5 :443.

[17] La Marche, Mémoires, 2 :217.

[18] El relato de la Crónica de La Haya se encuentra en Chastellain, Œuvres, 5 :85–6.

[19] Sobre Felipe de Saboya, ver sobre todo Chastellain, Œuvres, 5 :8–10, 38–42.

[20] La Marche, Mémoires, 3 :4.

[21] Rubempré estuvo, de hecho, preso durante cuatro años. Carlos le liberó en 1468 y entonces volvió al servicio de Luis XI.

[22] Du Clercq, Mémoires, 4 :78.

[23] Sobre el caso Rubempré, ver Du Clercq, Mémoires, 4 :65–82; La Marche, Mémoires, 3 :3–5; Briefwechsel, Karls des Kühnen, 1 :104–5; Haynin, Mémoires, 1 :7; Chastellain, Œuvres, 5 :81–151; Commynes, Mémoires, 1.1, ed. Mandrot, 1 :4–8; Basin, Histoire, 2 :87–93; Roye, Journal, 1 :35; But, Chronique, págs. 447, 455; Wavrin, Recueil des

croniques, 5 :441–54; Plancher, Histoire, 4 :318–20; Emerson, Olivier de la Marche, págs. 59–63.

[24] Commynes, Mémoires, 1.5, ed. Mandrot, 1 :47–8.

[25] Sobre Péronne, ver La Marche, Mémoires, 3 :81–5; Commynes, Mémoires, 2.7–9, ed. Mandrot, 1 :135–50; Basin, Histoire, 2 :187–200; Haynin, Mémoires, 2 :67–70; Bricard, Serviteur et compère, 106–9; Roye, Journal, 1 :212–15; Briefwechsel Karls des Kühnen, 1 :327–33; Oudenbosch, Chronique, págs. 208–14; Pauwels, Historia, págs. 210–16; Maupoint, Journal Parísien, págs. 107–10; Lettres de Louis XI, 3 :285–99; Commynes, Mémoires, ed. Dupont, 3 :226–37; Lettres-missives… de Thouars, págs. 47–50; Analecta Leodiensia, págs. 371–8; Diesbach, Autobiographischen Aufzeichnungen, págs. 42–4; But, Chronique, pág. 491; Chastellain, Œuvres, 5 :431–2; Buser, Beziehungen, págs. 437–40; Vaughan, Charles the Bold, págs. 53–9; Paravicini, Guy de Brimeu, págs. 177–89; Plancher, Histoire, 4 :371.

[26] Commynes, Mémoires, 2.12, ed. Mandrot, 1 :158.

[27] Vaughan, Charles the Bold, pág. 195.

[28] En 1327, cuando los ejércitos escoceses e ingleses se enfrentaron en la orilla del río Wear, James Douglas condujo a 200 hombres de armas escoceses en un audaz ataque nocturno contra el campamento inglés. Los escoceses llegaron hasta la tienda del rey Enrique III y a punto estuvieron de matarle o capturarle, aunque al final solo consiguieron cortar dos o tres vientos de la tienda (Le Bel, Chronique, 1 :70).

[29] Sobre Lieja, ver Commynes, Mémoires, 2.11–13, ed. Mandrot, 1 :154–67; Commynes, Mémoires, ed. Dupont, 3 :238–52; Pauwels, Historia, págs. 220–1; Los, Chronicon, págs. 59–60; Henrici de Merica, Compendiosa Historia, pág. 177; Analecta Leodiensia, págs. 254–6, 380–1; Oudenbosch, Chronique, págs. 215–16; La Marche, Mémoires, 3 :84–6; Haynin, Mémoires, 2 :76–7; Briefwechsel Karls des Kühnen, 1 :335–6; Basin, Histoire, 2 :200–3; Speierische Chronik, págs. 497–9; Roye, Journal, 1 :215–17; Maupoint, Journal Parísien, págs. 110–11; But, Chronique, págs. 491–2; Wavrin, Recueil des croniques, 5 : 569–71; Lettres de Louis XI, 3 :299– 302; Diesbach, Autobiographischen Aufzeichnungen, págs. 44–8; Chronique de Lorraine, pág. 87; Onofrio de Santa Croce, Mémoire; Vaughan, Charles the Bold, págs. 31–2; Kurth, Cité de Lieja, 3 :318–27, 360–3, 385–8; Fairon, 'Six cents Franchimontois'; Plancher, Histoire, 4 :371–2.

[30] Sobre esta cuestión, ver Chastellain, Œuvres, 5 :470–83; Basin, Histoire, 2 :234–44; Haynin, Mémoires, 2 :94–5; Oudenbosch, Chronique, págs. 231–2; Vaughan, Charles the Bold, págs. 238–9.

[31] Commynes, Mémoires, 2.8–9, ed. Mandrot, 1 :228–38; Basin, Histoire, 2 :285–8, 295–6; Roye, Journal, 1 :262–3, 268–70; Vaughan, Charles the Bold, págs. 76–7; Kendall, Louis XI, págs. 246–8.

[32] La Marche, Mémoires, 4 :27.

[33] Collard, 'Assassinat manqué', pág. 11; Kendall, Louis XI, pág. 261.

[34] Commynes, Mémoires, 4.9, ed. Mandrot, 1 :313.

[35] Commynes, Mémoires, 5.7, ed. Mandrot, 1 :381–3.

[36] Sobre Güeldres, ver Commynes, Mémoires, 4.1, ed. Mandrot, 1 :259–62; Basin, Histoire, 2 :314–20; Vaughan, Charles the Bold, págs. 112–22.

[37] La Marche, Mémoires, 3 :207–8.

[38] Vaughan, Charles the Bold, pág. 305.

[39] Sobre el secuestro y rescate de Yolanda, ver La Marche, Mémoires, 3 :234–6; Chroniques de Yolande, págs. 22–5, 140–75, 302–4; Commynes, Mémoires, 5.4, ed. Mandrot, 1 :364–9; Haynin, Mémoires, 2 :220–1; Dépêches des ambassadeurs milanais sur les campagnes de Charles-le-Hardi, 2 :302–43, 365–8; Lettres de Louis XI, 6 :66–71, 92–4, 99–100; Roye, Journal, 2 :17–22; Briefwechsel Karls des Kühnen, 2 : 384–431; Buser, Beziehungen, págs. 459–71; Schilling, Berner Chronik, 2 :75–6; Etterlin, Kronicat, págs. 254–60; Basin, Histoire, 2 :391; Bonivard, Chroniques de Genève, págs. 104–5, 203–6; Favier, Louis XI, págs. 710– 12; Gabotto, Stato sabaudo, 2 :180–213; Perret, Histoire, 2 :75–81; Guichonnet, Histoire de Genève, 117–18; Emerson, Olivier de la Marche, págs. 70–2.

[40] Chroniques de Yolande, pág. 174.

[41] Compárese con Aubigny, Traité, págs. 20–1, donde se discuten las disposiciones para abrir las puertas de la fortaleza fronteriza.

[42] Commynes, Mémoires, 6.6–7, 10–11, ed. Mandrot, 2 :41–2, 48–52, 56, 69–70, 75–80.

[43] Diesbach, Autobiographischen Aufzeichnungen, pág. 46.

El presente capítulo se basa sobre todo en las siguientes fuentes:
Chastellain, Œuvres; Du Clercq, Mémoires; La Marche, Memoires; Haynin, Mémoires; Monstrelet, Chronique; Basin, Histoire; Roye, Journal; Lettres de Louis XI; Commynes, Mémoires, ed. Mandrot; Molinet, Chroniques; Dépêches des ambassadeurs milanais en France; Dépêches des ambassadeurs milanais sur les campagnes de Charles-le-Hardi; d'Escouchy, Chronique; Lefèvre de St Rémy, Chronique; Briefwechsel Karls des Kühnen; Maupoint, Journal Parisien; Buser, Beziehungen; Bonenfant, Actes; Chronique de Lorraine; Diesbach, Autobiographischen Aufzeichnungen; Etterlin, Kronica; Speierische Chronik; Wavrin, Recueil des croniques; Linden, Itinéraires de Philippe; Linden, Itinéraires de Charles; Schilling, Berner Chronik; Vaughan, John the Fearless; Vaughan, Philip the Good; Vaughan, Charles the Bold; Vaughan, Valois Burgundy; Emerson, Olivier de la Marche; Bittmann, Ludwig XI; Le Cam, Charles le Téméraire; Kendall, Louis XI; Cauchies, Luis XI et Charles le Téméraire; Paravicini, Karl der Kühne; Paravicini, Guy de Brimeu; Plancher, Histoire, vol. 4; Bricard, Serviteur et compère; Dufournet, Destruction des mythes; Harari, Renaissance Military Memoirs; Collard, 'Assassinat manqué'; Gabotto, Stato sabaudo, vol. 2; Dufayard, Histoire de Savoie; Favier, Louis XI; Bonenfant and Stengers, 'Rôle de Charles le Téméraire'; Bonenfant, Philippe le Bon; Mandrot, 'Jean de Bourgogne'; Guichonnet, Histoire de Genève. Para episodios concretos, ver las notas precedentes.

---

[*] Los arqueros de la guardia de Borgoña —archers— llevaban además del arco un arma de asta cuya moharra era una ancha hoja de tajo. En castellano pasó a denominarse «archa», de ahí el nombre de «archeros» que recibió alguna unidad de la Guardia Real

española. (N del E.)

VII
El molino de Auriol: Auriol, 1536

A comienzos del siglo xvi, dos estados dinásticos luchaban por dominar Europa Occidental. Al principio, la ventaja fue para los Valois de Francia, que parecían dispuestos a convertirse en los árbitros del Viejo Continente después de expulsar a sus rivales ingle-ses, vencer a sus poderosos vasallos de Borgoña y forjar un estado centralizado a partir de un rompecabezas feudal. Sus intentos de conquistar Italia a duras penas fueron rechazados por las potencias instaladas en ese territorio, el emperador del Sacro Imperio Romano (es decir, el alemán) y el recién unificado reino de España.

En 1516, sin embargo, Carlos de Habsburgo heredó la corona de España; era, al mismo tiempo, cabeza de la casa de Austria, gobernante de los Países Bajos y, desde 1519, emperador del Sacro Imperio Romano. El mismo año en que se convirtió en emperador, el aventurero español Hernán Cortés desembarcó en México y un flujo de tesoros del Nuevo Mundo no tardó en llenar los cofres de los Habsburgo en Europa.

A mediados de la década de 1520, Francia, rodeada por territorios de los Habsburgo al norte, sudeste y sudoeste, tuvo que ponerse a la defensiva. La primera guerra entre Francisco I y Carlos V finalizó con la batalla de Pavía (1525), en la que el ejército francés resultó aniquilado y su monarca cayó prisionero. El rey cautivo firmó el humillante tratado de Madrid de 1526, pero lo repudió nada más ser liberado. En la segunda guerra, los franceses sufrieron una sucesión de derrotas y lograron sobrevivir solo gracias a la ayuda de los cismáticos príncipes protestantes de Alemania y de los infieles turcos otomanos, que estaban alarmados por el creciente poder de los Habsburgo. En 1529, Carlos V, preocupado por la amenaza otomana, concedió a Francia una paz razonable en Cambrai.



Batalla de Pavía (24 de febrero de 1525). La derrota francesa durante esta primera guerra entre Francisco I y Carlos V supuso que el rey de Francia cayera prisionero y su ejército resultara aniquilado. El monarca cautivo firmó en Madrid, en 1526, un humillante tratado, pero lo repudió nada más ser liberado. Obra anónima del siglo XVI. Museo de Arte de Birmingham.

Francisco se lamió las heridas, reorganizó sus ejércitos y se preparó para el siguiente embate. Carlos utilizó la paz para concentrar sus esfuerzos contra los otomanos. En 1536, el rey francés consideró que era hora de volver a la ofensiva, en parte para ven-gar las derrotas pasadas y, sobre todo, para ayudar a sus aliados turcos. Una expedición francesa a Italia invadió Saboya, amenazó Milán y obligó a Carlos a abandonar sus planes de nuevas campañas contra los turcos en el Mediterráneo. Mientras tanto, los franceses también ayudaban a los piratas musulmanes en las costas mediterráneas. Las flotas turcas eran recibidas con regularidad en los puertos de Provenza, donde se reabastecían y desde donde atacaban la navegación cristiana.



Francisco I, hijo de Carlos de Angulema y de Luisa de Saboya, pertenecía a la rama Valois-Angulema de la dinastía de los Capeto. Durante su reinado, además de las guerras contra Carlos I de España, comenzaron las manifestaciones de intolerancia hacia los protestantes en Francia, conocidos como hugonotes, lo que sería el origen de las cruentas guerras de religión que devastaron el país. Obra de Jean Clouet realizada hacia 1530. Museo del Louvre, París.

Carlos V decidió que esta vez no se iba a limitar a expulsar a los franceses de Italia. El rey francés ya había violado dos tratados de paz en el lapso de una década; ayudaba a piratas infieles contra los cristianos y había atacado al emperador por la espalda cuando este dirigía una cruzada. Era hora de aplastar a Francisco de una vez por todas.

Carlos podía invadir Francia por tres puntos principales: desde España, por los Pirineos; desde los Países Bajos; y desde Italia, a través de los Alpes. Optó por ese último camino. Sus fuerzas barrieron primero a los invasores franceses en el norte de Italia. El 24 de julio de 1536, Carlos cruzó el río Var hacia la Provenza, a la cabeza del ejército más grande jamás reunido contra un enemigo cristiano. Llevaba con él cerca de 60 000 hombres[1] dirigidos por sus mejores generales: el duque de Alba, el marqués del Vasto, Fernando de Gonzaga y, sobre todo, Antonio de Leiva, considerado

como uno de los más grandes capitanes de su época y que fue el principal artífice de la invasión. La flota de Carlos, comandada por el temible almirante genovés Andrea Doria, navegó a lo largo de la costa provenzal. Un pequeño ejército Habsburgo invadió de manera simultánea Francia desde los Países Bajos, al tiempo que se iniciaban maniobras amenazadoras en el frente de los Pirineos para evitar que los franceses concentraran sus fuerzas en Provenza. Carlos estaba tan seguro de su éxito que ordenó a su historiador oficial Paulus Jovius hacer gran provisión de papel para registrar las inminentes victorias[2]. Martin du Bellay escribe que el emperador había obtenido un detallado mapa militar de Provenza gracias a un general mercenario traidor que cambió de bando. Los mapas militares eran todavía una novedad a principios del siglo XVI. El emperador estaba tan contento con su adquisición que estudió aquel documento a fondo, «volcando en él de tal manera todos sus deseos y afectos, que imaginaba haberse apoderado de la propia provincia al poseer el mapa»[3].

Para hacer frente a Carlos, los franceses disponían al principio solo de unos 30 000 hombres, en su mayoría fuerzas mercenarias de diversa preparación. En agosto, su número casi se había duplicado, pero, en comparación, el ejército francés era de calidad notablemente inferior a las fuerzas de los Habsburgo. Muchas de las tropas eran reclutas novatos, algunas de las fuerzas mercenarias no resultaban de fiar, e incluso se produjeron varios brotes de violencia entre diferentes unidades. El comandante francés, Anne de Montmorency, decidió que no podía arriesgarse a presentar batalla en tales condiciones. De hecho, incluso si hubiera contado con tropas más leales, luchar en campo abierto habría sido una apuesta de extraordinario peligro, ya que la derrota habría dejado a Francia completamente indefensa.

En cambio, adoptó una estrategia fabiana[**]. Fortificó y protegió intensamente los únicos puentes sobre el bajo Ródano, en Arles y Tarascón, y situó a su ejército principal en una posición ventajosa cerca de Aviñón, lo que bloqueaba la ruta a lo largo de la orilla oriental del Ródano. El propio rey Francisco acampó río arriba, en Valence, desde donde supervisó la campaña y envió suministros y refuerzos río abajo. El puerto principal de Provenza, Marsella, estaba

igual de bien fortificado y allí se estacionó una firme guarnición de unos 6000 hombres, comandada por el señor de Barbezieux. El resto de las ciudades provenzales, incluida la capital Aix, fueron abandonadas sin lucha, tras destruir sus depósitos de suministros. Los franceses en retirada también devastaron el campo, a pesar de la resistencia, a veces violenta, de los campesinos provenzales. Las reservas que no pudieron transportarse se quemaron y destruyeron, los animales de granja fueron sacrificados, se incendiaron las cosechas, se cegaron o contaminaron los pozos y se arrasaron los molinos. Solo los viñedos y los árboles frutales se preservaron adrede, ya que el consumo excesivo de fruta provocaba disentería entre los invasores (ver mapa 5).



Mapa 5. *La invasión imperial de Provenza, 1536.*



Anne de Montmorency. Próximo desde su juventud al rey Francisco I, le acompañó en sus campañas en Italia durante la primera década del siglo XVI. Se distinguió en las batallas de Rávena (1512) y Marignano (1515). Obra de Corneille de Lyon realizada en 1533 o 1536. Museo de Artes Decorativas, Boston.

Montmorency invitó así a las tropas de Carlos a avanzar hacia un callejón sin salida. No encontrarían nada para comer en Provenza. No podrían abastecerse a través del puerto de Marsella. Detrás de ellos, los altísimos Alpes impedirían la llegada de suministros por tierra desde Italia. La penetración hacia el norte estaba cerrada por esos mismos Alpes, y hacia el sur por el Mediterráneo. Solo podrían avanzar hacia el este, pero todos los cruces del Ródano estaban fuertemente guarnecidos y el camino a lo largo de la orilla oriental del río se encontraba bloqueado por el campamento de Montmorency en Aviñón.

La propia Aviñón podía proporcionar a las fuerzas imperiales una salida de la trampa. Era ciudad papal, y el pontífice aliado de Carlos. Los franceses no tenían tiempo de sitiar la villa, y asaltarla podría resultar costoso. Además, Francia era un país católico y, en la medida de lo posible, Francisco prefería no tener que atacar uno de los enclaves del papa. Si a sus mercenarios alemanes protestantes, que eran la élite de su infantería, les daba por saquear el lugar,

podía convertirse en un desastre en el plano de las relaciones públicas. En vez de eso, decidió capturar Aviñón mediante una estratagema.



Aviñón, situada en la margen izquierda del río Ródano, 80 km al noroeste de Marsella, residencia papal desde 1309 hasta 1377. La ciudad no se incorporó a Francia hasta 1791.

François de Vieilleville, escoltado por solo seis hombres, se presentó ante las murallas de la ciudad y exigió, en nombre del rey de Francia, hablar con el gobernador, que era vicelegado papal. Este apareció en lo alto de la muralla, pero Vieilleville le pidió que acudiese a parlamentar con más discreción, ya que tenía asuntos importantes que exponerle. Vieilleville solo llevaba un puñado de hombres, pero su interlocutor podía ir acompañado por una escolta tan grande como quisiera. El vicelegado consintió, abrió la puerta de la ciudad y salió junto a veinte soldados y algunos de sus principales subordinados.

Vieilleville le dijo que su soberano no deseaba ocupar Aviñón, pero quería asegurarse de que no se permitiera la entrada a ningún imperial, por lo que el vicelegado debería entregar algunos rehenes para garantizarlo. El gobernador respondió que tenía órdenes estrictas del papa de no permitir el acceso de tropas de ninguno de los bandos, pero que los franceses tendrían que conformarse con su palabra, ya que no iba a entregarles ningún rehén. Vieilleville fingió enojarse y comenzó a gritar y amenazar al vicelegado. Mientras toda la atención se centró en él, cuatro de sus hombres se

colocaron cerca de la puerta para evitar que los guardias la cerraran. Vieilleville saltó sobre el vicelegado, le arrojó al suelo y le amenazó con su espada. Los dos hombres que iban con el francés descargaron entonces sus arcabuces a quemarropa y mataron a dos de los guardias papales. Luego echaron mano a sus espadas y los tres cargaron contra el resto de los guardias, que, aturdidos por un comportamiento tan poco diplomático, huyeron a la ciudad. En la confusión resultante, los otros cuatro hombres de Vieilleville lograron evitar que cerraran la puerta. En ese momento, entre 1000 y 1200 soldados franceses que estaban a poca distancia, escondidos en los sembrados, avanzaron y se colaron por ese acceso. La ciudad se rindió sin mayor resistencia[4].

Con la caída de Aviñón, la trampa que Montmorency había tendido a los imperiales estaba cerrada. Sin embargo, era imposible saber si sería lo bastante fuerte como para contener a la presa. Tras cruzar el Var, Carlos ocupó Fréjus sin lucha y luego Brignoles. Sus fuerzas invadieron casi toda la Baja Provenza, pero encontraron el campo devastado y un escaso suministro de alimentos. Los campesinos provenzales, que anteriormente se habían opuesto a las partidas incendiarias francesas, ahora resistieron con mayor vehe-mencia a los forrajeadores imperiales, e incluso atacaron a las formaciones regulares del emperador.

Esas incursiones guerrilleras eran una molestia, pero difícilmente podían detener la apisonadora imperial. Una banda de cincuenta campesinos que habían comprendido tal circunstancia hizo un intento de matar al emperador, en algún momento alrededor del 10 de agosto, con la esperanza de que la gigantesca maquinaria de guerra se derrumbase si se eliminaba su eje principal. Carlos cruzaba un estrecho sendero de montaña en dirección al pueblo de Le Muy. La banda se armó con arcabuces y se escondió en una torre de la villa, que más tarde sería conocida como Tour de Charles-Quint. Los campesinos tenían intención de esperar ocultos hasta que vieran acercarse al emperador, y entonces descargar simultáneamente todas sus armas de fuego contra él, con la esperanza de que alguna pudiera acertarle (los arcabuces del siglo XVI eran notablemente imprecisos). Su principal problema era que ninguno de ellos sabía cómo era su objetivo. Para su desgracia,

confundieron a uno de sus generales, que iba ricamente vestido y acompañado por un numeroso séquito, con el emperador. Cuando el general se acercó, le dispararon como estaba planeado y parece que acabaron con su vida. Toda la columna imperial se detuvo y hubo que llevar un cañón para desalojar a la banda. Los campesinos se rindieron solo después de que las balas de la artillería comenzasen a impactar contra la torre. Carlos ordenó que los ahorcasen a todos[5].

Mientras Carlos se libraba por los pelos, el príncipe heredero francés, el Delfín Francisco, moría repentinamente en Tournon el 10 de agosto. Se lanzaron encendidas acusaciones de que había sido envenenado por agentes imperiales. Un sirviente del príncipe muerto, un italiano llamado Sebastiano de Montecuculli, admitió bajo tortura haberle dado el veneno al Delfín por orden de Leiva y Gonzaga. La propaganda francesa aireó la cuestión y acusó a Carlos de asesinato. Mientras tanto, en Francia apuntaban a otra italiana, Catalina de Medici, esposa del hermano de Francisco, Enrique, que gracias a esta muerte pronto se convertiría en reina de Francia. No sería la última vez que se lanzaran tales acusaciones contra esa Livia[***] del siglo XVI y, desde luego, no contribuyeron a generar buen ambiente en el campo francés[6].

Al tiempo que el rey Francisco lloraba a su hijo y el bando francés hervía de rumores y acusaciones, el emperador Carlos continuaba su marcha. Entró en Aix, la capital provenzal, el 13 de agosto. Estableció un campamento en la planicie cercana de Aillane y envió avanzadillas hacia Aviñón, Arles, Tarascón y Marsella, para evaluar las defensas enemigas. Tenía que capturar al menos una de esas posiciones clave para salir de Provenza o asegurar su conquista. Sin embargo, debía hacerlo rápido; el tiempo de que disponía se medía con un gigantesco reloj de grano. Sus problemas de abastecimiento aumentaban con rapidez y, si no lograba escapar de la trampa cuando su suministro se agotase, su ejército moriría de hambre o se vería obligado a batirse en retirada apresurada y vergonzosa. La estrategia de tierra quemada de Montmorency y la campaña guerrillera llevada a cabo por los campesinos provenzales frustraron las esperanzas del emperador de vivir de la tierra, y el aprovisionamiento planificado, a cargo de los buques de Doria, no

se materializó. La flota se retrasó primero por culpa de los vientos adversos, pero, incluso después de que estos rolasen, la falta de un buen puerto redujo en gran medida el volumen de suministro que le llegaba a Carlos desde los barcos.



La Torre de Carlos V, de construcción circular, con un diámetro exterior de 7 metros y 15 de altura. Tiene muros de 1,5 metros de espesor, arqueros rectos y una poderosa cañonera. Los dos edificios de la izquierda son de construcción posterior al siglo XVI.

Montmorency y el rey de Francia estaban también preocupados. El ejército de Carlos podía tener privaciones, pero aún era muy superior al suyo. Además, tropas hambrientas podían ganar batallas y conquistar ciudades, como sucedió, sin ir más lejos, en Agincourt (1415). Si Carlos tomaba por asalto las defensas de Arles, por ejemplo, y cruzaba el Ródano hasta Languedoc, o si marchaba sobre el campamento de Montmorency y derrotaba al ejército francés en combate, pocos recordarían sus momentáneas dificultades de suministro. De igual modo, si Carlos conquistaba Marsella y establecía allí una base segura de abastecimiento marítimo, podría permanecer en Provenza indefinidamente, y agregar la provincia a sus dominios. Los líderes franceses, por lo tanto, resolvieron hacer cuanto estuviese a su alcance para acorralar al emperador y acortar el tiempo del que disponía.



Carlos I de España y V del Sacro Imperio Romano Germánico. Nieto por vía paterna de Maximiliano I de Habsburgo y María de Borgoña, de quienes heredó el patrimonio borgoñón, los territorios austriacos y el derecho al trono imperial, y por vía materna de los Reyes Católicos, Isabel I de Castilla y Fernando II de Aragón, de quienes heredó Castilla, Navarra, las Indias, Nápoles, Sicilia y Aragón. En 1548, Tiziano retrató al emperador vestido con armadura de gala, un óleo hoy desaparecido del que solo se conserva esta copia realizada por Rubens en 1603. Museo Histórico Alemán, Berlín.

Los espías franceses activos en la Provenza ocupada informaron a Francisco de que el talón de Aquiles del ya tambaleante sistema de suministro imperial era el puñado de molinos que aún proporcionaban harina y pan. Los molinos eran tan importantes como el grano para los sistemas de abastecimiento militar medievales y de la primera Edad Moderna. Sin ellos, los soldados tenían grandes dificultades para consumir el grano disponible, que a duras penas podía ser triturado de otra forma. Por otro lado, aunque fuera posible hacer gachas con grano entero, su preparación requería mucho tiempo. Además, comer demasiado grano sin moler causaba problemas digestivos, a menudo enfermedad e incluso la muerte[7]. Por tanto, los defensores que apostaban por estrategias de tierra arrasada siempre se cuidaban de destruir los molinos. Los ejércitos invasores trataban a veces de contrarrestar el problema y llevar consigo morteros y molinillos, pero obviamente eran mucho

me-nos eficientes que los grandes molinos fijos impulsados por agua, viento y tracción animal[8].

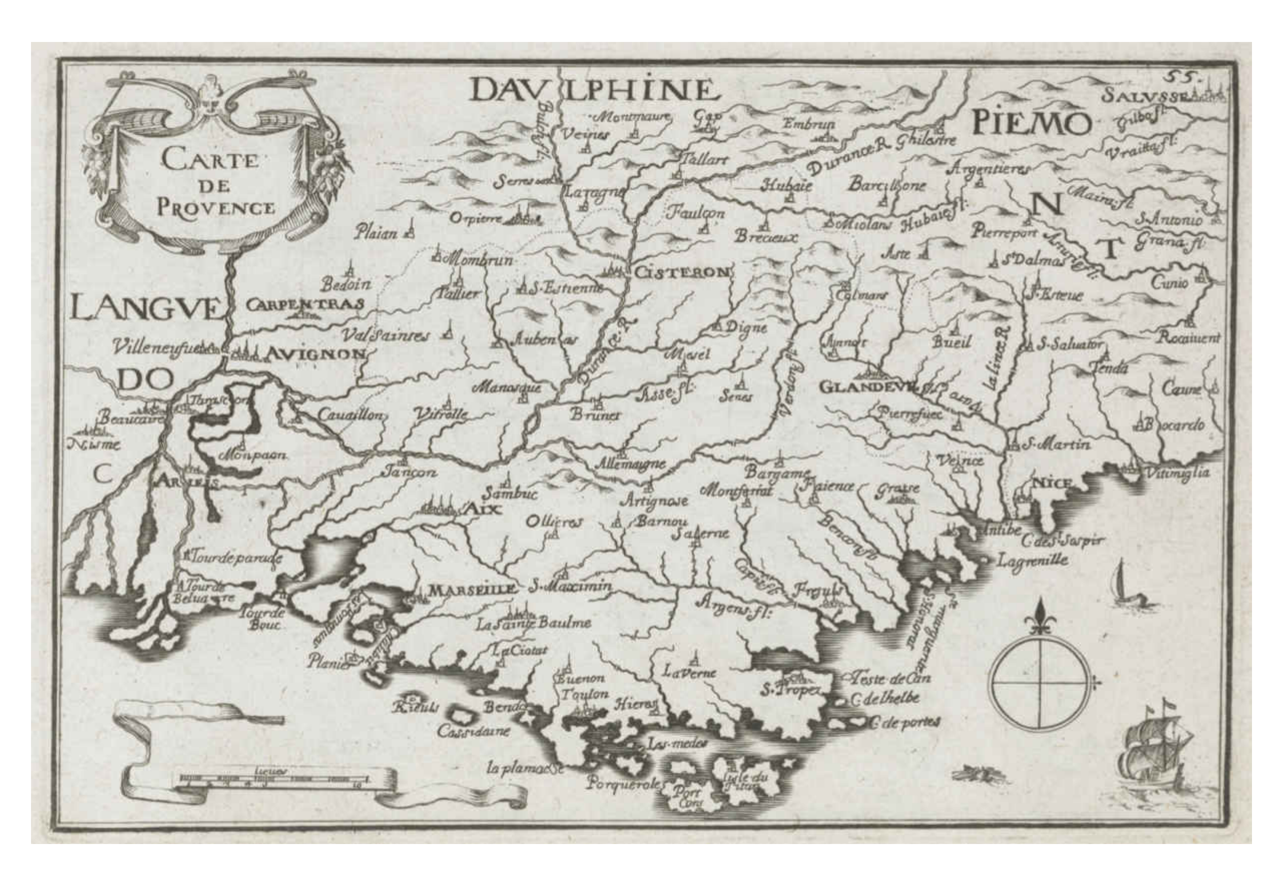
Cuando los franceses se retiraron de Provenza, Montmorency hizo que todos los molinos locales quedaran inutilizados. Du Bellay escribe: «los molinos fueron destruidos; rompieron en pedazos sus piedras de moler, se llevaron la maquinaria y todos aquellos paisanos que sabían cómo construirlos fueron enviados a nuestro campamento con el pretexto de que les darían empleo allí, pero en verdad por temor a que pudieran ayudar al enemigo a reparar lo destruido»[9]. No obstante, los espías franceses informaron de que algunos aún permanecían en pie; uno en la ciudad de Auriol y un par más cerca de Arles.

Francisco y Montmorency decidieron que la mejor forma de presionar a los imperiales era destruirlos todos. Atacaron primero los de Arles, que estaba en manos de campesinos franceses. La línea de frente aún no se había estabilizado, y los molinos no estaban bien defendidos. Una incursión bien ejecutada por el señor de La Garde logró apoderarse de los objetivos y quemarlos, sin encontrar mucha resistencia.

El molino de Auriol era algo completamente diferente. Estaba era una pequeña ciudad fortificada en el río Huveaune, unos 25 kilómetros al noreste de Marsella y aproximadamente a la misma distancia de Aix en dirección sudeste. En ese momento, en el corazón del territorio ocupado por los imperiales. No está del todo claro cómo escapó el molino a la estrategia francesa de tierra arrasada. Tal vez porque pertenecía a la abadía de Saint-Victor y el superior de la misma, el cardenal Trivulzio, era el legado papal que negociaba la paz entre Francisco y Carlos[10]. En tal caso, el monarca francés tendría motivos para lamentar amargamente esta particular muestra de indulgencia. Tras la destrucción de los molinos de Arles, el de Auriol se convirtió en la piedra angular del sistema de suministro imperial. Los espías franceses informaron a Francisco de que la harina de ese único molino alimentaba al propio emperador, a toda la casa imperial y a los 6000 veteranos soldados de infantería españoles de los tercios de Nápoles y Sicilia que formaban la tropa de élite de Carlos y guardaban día y noche su persona.

Cuando el rey supo aquello, envió a Barbezieux, su lugarteniente

en Marsella, repetidas órdenes para poner fuera de servicio el molino de Auriol, incluso si para ello tenía que sacrificar una unidad entera de hombres. Barbezieux y su teniente principal, Montpezat, que no disponían de ninguna fuerza especial capaz de ejecutar algo así, recurrieron a Christophe Guasco, uno de sus subordinados más capaces, y le pidieron que encabezase algunas unidades regulares y fuera a Auriol a cumplir las órdenes recibidas. Guasco, un experimentado mercenario italiano, se negó en redondo. Informó a sus superiores de que le pedían que acometiese una misión suicida. Había 25 kilómetros a vuelo de pájaro desde Marsella a Auriol. El campo estaba infestado de exploradores y fuerzas imperiales. El principal campamento imperial, aparte de Aix, estaba a solo 20 kilómetros de distancia de Auriol, que a su vez estaba custodiada por una compañía completa, que en el ejército español de 1536 significaba alrededor de 250 hombres. El molino mismo estaba protegido por otros sesenta hombres al mando de un capitán experimentado al que se le había ordenado no moverse de allí, ni de día ni de noche. Para asegurarse de que permaneciera en su puesto, incluso si la ciudad era atacada, la guarnición se había constituido como mando independiente, y su capitán solo respondía ante Carlos, no ante el comandante de Auriol. El emperador sabía tan bien como Francisco lo importante que era ahora ese molino.



Mapa de la Provenza dibujado por Michel van Lochom en 1633 y publicado en París en Cartes generalles de toutes les Prouinces de France et d'Espagne and Cartes generales des royaumes d'Espagne.

Para aprovechar el factor sorpresa, explicó Guasco, sus hombres tendrían que marchar al menos 25 kilómetros y luego combatir en una acción difícil. Incluso si vencían a la guarnición de Auriol, los agotados asaltantes no tendrían ninguna posibilidad de cubrir la distancia de regreso a Marsella sin ser interceptados por las fuerzas imperiales procedentes del campamento de Aix. De hecho, marchar más de 50 kilómetros sin interrupción, con una dura batalla incluida, era más de lo que hasta entonces había hecho cualquier tropa de la historia.

Francisco fue informado de la postura de Guasco. Le explicaron que exigía lo imposible, pero el rey no se dejó impresionar. Ya había recibido varios informes que acusaban a Barbezieux de ser un general incompetente y perezoso, y no estaba de humor para recibir respuestas negativas. Envió un orden aún más contundente, y exigió que Barbezieux y Montpezat encontrasen a alguien dispuesto a acometer la misión. Francisco les aseguró que no debían preocuparse por perder ni siquiera mil hombres, ya que los benefi-

cios de la quema del molino valdrían la pena.

Barbezieux y Montpezat ofrecieron entonces esa «patata caliente» al señor de Fonteraille; al principio, convino, seducido por la oferta, pero después, disuadido por sus amigos, que argumentaron que caería en el intento, cambió de opinión. Francisco siguió con su presión sobre los comandantes de Marsella para que acometieran la misión, cada vez más descontento con su inacción. Como en un cuento de hadas clásico, por el campamento francés corrió la voz de que, después del fracaso de estos dos primeros campeones, cualquiera que estuviera dispuesto a emprender aquella peligrosa tarea sería recompensado con la munificencia real.

Aquí entra en escena Blaise de Monluc, un oscuro oficial de infantería que por aquel entonces se encontraba en la mitad de la treintena. Monluc, que había nacido alrededor de 1501, era descendiente de una noble familia gascona de once hijos y muy poco dinero. Las escasas tierras familiares difícilmente podían alimentar a esa cantidad de retoños y mucho menos financiar sus ilimitadas aspiraciones sociales en una época en la que cada noble menor, y particularmente un gascón, se consideraba a sí mismo igual a los reyes. Justo al sur de los Pirineos, en España, se decía que los hombres de noble cuna mendigaban por la noche, mientras que de día se engallaban y alardeaban de que «eran tan buenos caballeros como el propio rey, solo que con menos dinero»[11]. Al igual que tantos aspirantes gascones pobres, antes y después de él, Monluc sabía que la única forma honorable de colmar sus aspiraciones y ascender por la tortuosa escala social era a través del ejército. Por lo tanto, con veinte años y un espíritu inflamado por las historias de hazañas y riquezas en Italia, dejó su hogar y se alistó como soldado raso de caballería ligera. En esa época, todavía se esperaba que los hombres se pagaran su propio equipo, y no tardó en descubrir que no podía sufragarse lo que costaba el de un soldado de caballería. Por tanto, se pasó a la infantería, menos exigente, y se aseguró, gracias a los contactos familiares, el puesto de oficial subalterno.

Su más ardiente ambición era hacerse un nombre por las armas y ganar fama y fortuna. En sus memorias, Monluc se jacta de que, para avanzar en sus ambiciones militares se desentendió por

completo del juego, el vino, la avaricia y las locuras románticas, a las que los jóvenes normalmente son propensos, y que han sido la ruina de muchos oficiales. «Puedo decir con orgullo —escribió—, que nunca ningún afecto o locura [amorosa] me desvió de emprender y ejecutar lo que se me ordenó»[12]. Sin embargo, subraya Monluc, no era suficiente con ser un hombre virtuoso y luchar con arrojo. Las hazañas valerosas debían causar una impresión favorable en los superiores. «En las primeras campañas —aconseja —, los miembros y la vida debían arriesgarse en osadas aventuras para llamar la atención y ganarse el favor de algún gran hombre[13]». Porque solo un poco de ayuda desde arriba podría valer a un subordinado para subir por el resbaladizo escalafón.

Monluc hablaba por amarga experiencia. Había servido con distinción en numerosas campañas en Italia y en las fronteras españolas y alemanas de Francia, de 1521 a 1528, resultado herido varias veces y casi perdido una mano. Se distinguió particularmente por su talento como comandante de pequeñas fuerzas en audaces ataques, primero en una escaramuza en San Juan de Luz (1523) y más tarde en otra refriega en el río Magdalena (1528). Sin embargo, los únicos mandos importantes que se fijaron en él murieron al poco y, en consecuencia, cuando el descontento Monluc dejó el servicio en 1528, todavía era oficial subalterno. El único botín que se llevó de Italia fueron 30 codos de tafetán, la tela con la que vendaba y acolchaba su brazo lesionado. Durante seis años llevó la vida de un terrateniente gascón empobrecido y sirvió como simple hombre de armas en la hueste personal del rey de Navarra. Así crio una familia mientras soñaba con la guerra y ansiaba algo de acción.

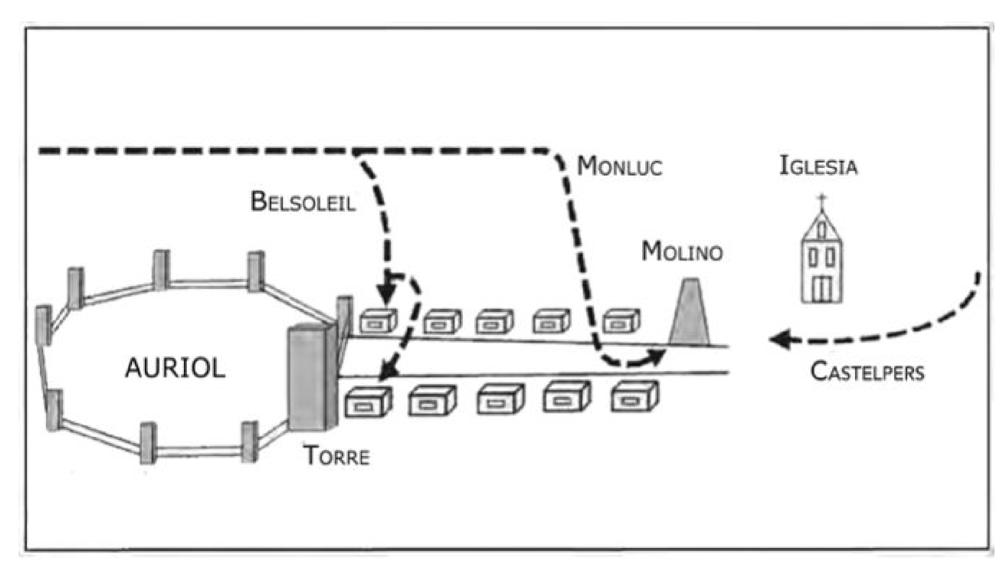


Blaise de Monluc. Tras participar en la batalla de Cerisoles en 1544, comenzó a ascender con rapidez y a ganar un rango tras otro. Finalmente, se convirtió en mariscal de Francia en 1575 y en gobernador católico de Guyena durante las Guerras de Religión. En el desempeño de este último cargo, dirigió una campaña de terror contra los rebeldes hugonotes. En el retrato lleva la orden de Saint Michel. Obra de Henry Scheffer realizada en 1834. Galería de los mariscales de Francia. Palacio de Versalles.

Cuando Francisco I comenzó a reclutar nuevas tropas en 1534, a la espera de reanudar las hostilidades, Monluc, de treinta y tantos años, volvió a alistarse gozoso. Dejó a su esposa para que se hiciera cargo de las tierras y la tropa de hijuelos que había engendrado y se unió a la Legión de Languedoc, una nueva unidad de soldados de infantería formada por franceses nativos. Las cuatro legiones que creó Francisco estaban integradas por seis unidades de 1000 hombres cada una. El capitán de una de ellas, Antoine de Rochechouart, designó a Monluc como uno de sus dos tenientes. Esta vez, el gascón estaba decidido a cumplir sus sueños juveniles. Tomó parte en la invasión de Saboya y en la posterior retirada, pero no realizó ninguna acción memorable. En agosto de 1536 servía en

la guarnición de Marsella junto con el resto de la unidad de Rochechouart.

Cuando Monluc supo lo ansioso que estaba el rey por destruir el molino de Auriol y el disgusto que le causaba la inacción de sus subordinados, se esperanzó. ¿Tal vez podría realizar esta importante hazaña y ganarse así la eterna gratitud no solo de sus avergonzados superiores, sino también del soberano? El problema era, por supuesto, que no resultaría tarea fácil. Los argumentos de Guasco eran ciertos y de lo más desalentadores. Sin embargo, mientras daba vueltas a todo eso en la cabeza, Monluc decidió acometer la misión y llevarla a cabo o morir en el intento. La guarnición de Marsella no tenía cuarteles ni campamento, sino que los soldados se hallaban alojados entre la población civil. Por un golpe de suerte, el propietario de la casa a la que habían asignado a Monluc era oriundo de Auriol. Por tanto, se confió a aquel civil anónimo y le pidió su consejo. Su anfitrión le explicó que Auriol era una ciudad pequeña, rodeada de altos muros y dominada por un castillo bien fortificado. El molino estaba fuera de las murallas, cerca del río Huveaune, y lo unía a la villa una calle de gran longitud a lo largo de la cual había surgido un suburbio con muchas casas. Una torre alta, construida en la puerta de la ciudad, dominaba por completo el camino hacia el molino. Cualquiera que se aventurase por él podría ser fácilmente tiroteado desde la torre. A treinta o cuarenta pasos del molino, en el lado más alejado de la ciudad, se ubicaba la iglesia parroquial (ver mapa 6 en la página siguiente).



Mapa 6. *La incursión contra Auriol, 19-20 de agosto de 1536.*

En cuanto a la ruta a seguir hacia Auriol, le dijo, para llegar desde Marsella primero tendría que ir a Aubagne. Desde allí, tendría dos alternativas. La primera era la carretera principal, que atravesaba el valle de Huveaune y podía transitarse a pie y a caballo, sin embargo, cruzaba al menos un curso de agua importante y los puentes esos días estaban hundidos. Además, a alguien que fuese por esa vía le resultaría difícil ocultar sus movimientos a las tropas enemigas. Como segunda opción podía abandonar la carretera principal de Aubagne y dirigirse a Auriol por la cordillera de Roussargue, que se alza al este del valle de Huveaune. Esas cimas solo podían cruzarse a pie. Ir por allí sería mucho más lento, pero los soldados de caballería enemigos no podrían entrar y patrullar el área.

Monluc sopesó la situación. Al igual que Guasco, concluyó que el mayor problema al que se enfrentaba era el regreso. Tenía bastante confianza en su capacidad para asaltar y destruir el molino, pero ¿cómo podría esperar cubrir al menos 25 kilómetros de vuelta a Marsella con soldados exhaustos y eludir al tiempo la inevitable persecución? Más aún, incluso si lograban escapar de la batida que se organizaría desde Auriol, ¿cómo evitar ser interceptados por las fuerzas imperiales procedentes de Aix?

Decidió que su mejor oportunidad pasaba por formar un grupo de élite de unos 120 hombres que iría y vendría de Auriol a pie, a través de las montañas. El pequeño tamaño de esa fuerza dificultaría que los puestos avanzados enemigos los detectasen en el viaje de ida y que las patrullas enemigas los rastrearan a su regreso. Una cosa era localizar una hueste de 1000 soldados y otra muy distinta hacer lo mismo con un grupo de 120. El mayor peligro durante la persecución estaría en la caballería ligera. Atravesar las montañas reducía en gran medida esa amenaza en particular, pero tenía una desventaja evidente: la dificultad del terreno. Sin embargo, supuso que una pequeña tropa de élite de hombres muy motivados podría superar estas dificultades mejor que una gran formación regular.

La desventaja de llevar consigo a tan solo 120 soldados era, por supuesto, que, en lugar de atacar Auriol con un nutrido contingente, se enfrentaría a un enemigo bien fortificado que lo superaba en

número por más de dos a uno. Aun así, Monluc estaba bastante seguro de que, dado que solo tenía que destruir el molino, y no conquistar la ciudad, si lograba sorprender a los imperiales, podría culminar con éxito la tarea incluso contra un rival tan superior. Al sopesar los factores cuidadosamente, calculó que era mejor reducir la fuerza de asalto al mínimo para maximizar sus posibilidades de regresar a Marsella sanos y salvos. Además, si la empresa fracasaba, la pérdida de una tropa importante podría poner en peligro la defensa de Marsella, mientras que la merma de 120 hombres apenas cambiaría la situación general.

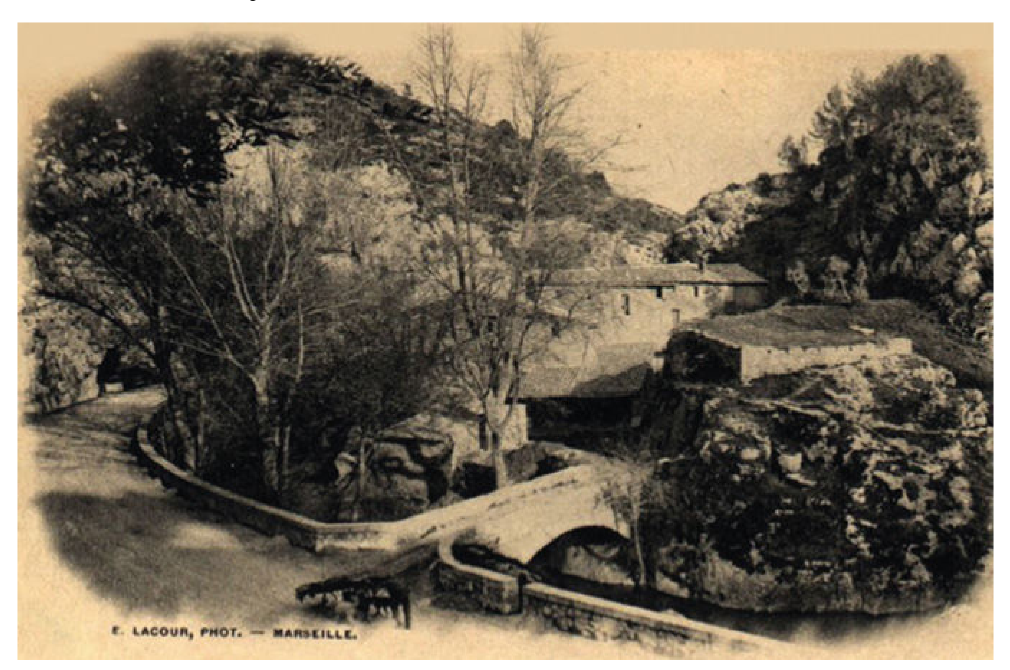
Comunicó la decisión a su anfitrión, que actuaba para él ahora tanto como oficial de inteligencia como de operaciones. Juntos, calcularon cuántas horas de oscuridad tenían las cortas noches de agosto y cuántas requeriría la marcha hacia Auriol. Llegaron a la conclusión de que, si Monluc partía de Marsella al atardecer, marchaba a toda velocidad y no se extraviaba en el trayecto, llegaría a Auriol dos horas antes del amanecer. Sin embargo, el regreso tendría que hacerse a la luz del día.

El dueño de la casa donde se alojaba el gascón acometió una tarea aún más delicada e importante: buscarle tres guías que encontraran el camino hacia Auriol de noche, a través de las montañas. Curiosamente, Monluc prefirió confiar en los civiles locales en lugar de en los exploradores del ejército. Su anfitrión, que disponía de buenos contactos, localizó rápidamente a esos tres hombres cualificados, que, no obstante, al saber lo que se requería de ellos, quedaron descorazonados. Pero aquel les dio ánimos con buenas palabras, en tanto que Monluc distribuía entre ellos un puñado de brillantes escudos. Para impedir que se fuesen de la lengua, los dejó encerrados en la casa y fue a ver a Montpezat. Era ya el mediodía del 19 de agosto[14]. Para evitar cualquier filtración sobre sus intenciones, esperaba estar en camino hacia Auriol esa misma noche.

Monluc explicó al teniente su disposición a emprender el ataque contra Auriol junto a una pequeña fuerza de 120 hombres que elegiría personalmente entre los integrantes de la unidad de Languedoc de Rochechouart. Montpezat era un viejo amigo de Monluc; habían servido juntos en Italia en la década de 1520 y sabía

que el gascón era un oficial capaz y experimentado. Se alegró de que alguien por fin hubiera recogido el guante y estuviera dispuesto a intentar destruir el molino. No obstante, pensó que Monluc estaba loco y le aconsejó, si realmente quería atacar Auriol, llevar al menos 500 hombres. Monluc no quiso ni oír hablar de eso y respondió que prefería contar con solo 120. Montpezat no quedó muy convencido. Pero, según escribe Monluc en sus memorias, lo atosigó tanto que finalmente aceptó presentar el plan ante Barbezieux y escuchar la opinión del comandante en jefe.

Barbezieux mostró más dudas aún sobre las posibilidades de Monluc. Exigió una explicación detallada de cómo se proponía destruir el molino con una fuerza tan pequeña, cuando tanto Guasco como Fonteraille habían rehusado emprender la misma misión incluso con mil hombres a su disposición. Monluc se negó, dijo que no revelaría a nadie su estrategia. Montpezat intercedió por su amigo: «Dejadle ir —le dijo a Barbezieux—, porque si se pierde con tan poca gente, no pondrá en peligro la ciudad y al menos contentaremos al rey».



El molino de Auriol en una fotografía de 1900. Hoy, situado junto a la carretera nacional 560, solo queda de él un rastro de ruinas.

El señor de Villebon, que también estuvo presente en la reunión y con quien el volátil Monluc había discutido previamente, se burló de la sugerencia de este, diciéndole a Barbezieux, como chanza,

que debería permitir marchar al gascón, porque «capturará al emperador y nosotros quedaremos avergonzados cuando le veamos traerlo a la ciudad mañana por la mañana»[15]. Monluc, que según él mismo admitía era un iracundo guerrero gascón y nunca pudo mantener la boca cerrada, se encaró a Villebon y le dijo que era como el perro del hortelano, que ni come ni deja comer. Cruzaron algunas palabras más, medio enojados y medio en broma. Por último, Rochechouart, el superior directo de Monluc, convenció a Barbezieux para que le diese carta blanca. Luego se le autorizó a elegir a sus 120 hombres y partir en pocas horas hacia Auriol.

Monluc actuó con rapidez. Se marchó de inmediato y seleccionó a 120 de los mejores soldados de la unidad de Languedoc, con cuidado de escoger solo nobles. «Constituían una compañía tan buena —escribe—, como para hacerlo mejor que 500 soldados ordinarios». Comenta también que, en todas las formaciones que había mandado, siempre se familiarizó con sus hombres, estudiándolos a fondo para saber de qué era capaz cada uno y en qué misiones podía emplearlo[16]. Este hábito, dice, le resultó más que útil en esta ocasión.

Al cabo de una hora, toda Marsella conocía las intenciones de Monluc. Para evitar que algún «valiente» lo siguiera y lastrase su fuerza, y para asegurarse de que la noticia de lo que planeaban no pudiera enviarse a los imperiales, hizo que Barbezieux cerrara las puertas de la ciudad[17].

Al atardecer, Monluc y su grupo de elegidos marcharon hacia la puerta de la villa. La salida se encontraba virtualmente bloqueada por una multitud de soldados, todos clamando por unirse a los incursores. Gaspard de Saulx-Tavannes, más tarde mariscal, pero en ese momento un oficial subalterno como Monluc, presionó en particular a su compañero para que permitiese que él y una veintena de nobles bajo su mando se incorporaran a la expedición como voluntarios. Monluc acabó por dejarse convencer y sustituyó a veinte de los hombres que él mismo había escogido por Tavannes y sus compañeros. Tales alteraciones y discusiones costaron un tiempo precioso, y ya era de noche cuando por fin emprendieron la larga marcha.

Monluc dividió su fuerza en dos partes. Mantuvo a sesenta

soldados y dos de los guías bajo su mando directo y encomendó a los otros sesenta y al guía restante al capitán Belsoleil, al que dijo que marchase detrás, a una distancia considerable de la partida que él mismo encabezaba. Justo al comenzar la marcha, veinte jinetes llegaron de repente desde Marsella. Eran caballeros gascones mandados por el señor de Castelpers, que, según explicó a Monluc, debía permitir que se sumaran a la operación, porque el honor de todos los gascones estaba en juego y, si Monluc fracasaba, los soldados gascones en Marsella nunca llegarían a saber lo ocurrido por los franceses. Después de una discusión que consumió otra media hora, Monluc aceptó el refuerzo. Le cedió uno de los dos guías de su tropa a Castelpers y le indicó que se dirigiera a Auriol a caballo a lo largo de la carretera principal. Si llegaba antes que ellos debía esconderse detrás de la iglesia parroquial y no hacer nada hasta que el resto de la fuerza se presentara en el lugar.

Hicieron una buena media hasta Aubagne, marchando unos 17 kilómetros a través de la llanura provenzal; restaban 12 más, en línea recta, hasta Auriol. En Aubagne, Castelpers continuó a caballo por la carretera principal, mientras que Monluc y Belsoleil fueron en dirección a las montañas. Subieron y bajaron por las empinadas laderas del Roussargue, conducidos por sus guías a través de estrechos caminos de cabras. Tras una ardua marcha, salieron de las montañas y se detuvieron unos cientos de metros al sudoeste de Auriol. Ya había transcurrido la mayor parte de la noche y el amanecer se acercaba. Todavía no había señales de Castelpers, pero Monluc sabía que no había tiempo que perder.

Dejó su tropa a las órdenes de Tavannes y fue a reunirse con Belsoleil. Ordenó a este y a su guía que tomaran a sus sesenta hombres y marcharan detrás de él. Mientras avanzaba para atacar el molino, Belsoleil debía desviarse hacia un lateral y continuar por el suburbio sin murallas, directamente hacia la puerta de la ciudad. Tendría que tomar las dos casas adyacentes a la puerta y fortificarse en ellas. Luego se concentraría exclusivamente en bloquear ese acceso e impedir que la guarnición saliese o enviase refuerzos al molino. Para asegurarse de que no se cometieran errores, Monluc explicó también sus planes a los sesenta soldados de Belsoleil. Debían centrar toda su atención en el bloqueo de la puerta y, bajo

ninguna circunstancia, acudirían a ayudar en el ataque al molino.

Todo el plan de Monluc se basaba en la suposición de que podía derrotar a los sesenta defensores del molino con solo sesenta hombres propios. Más inquietud le causaba la compañía enemiga que guarnecía la ciudad amurallada. Si salían en tromba, no tendría ninguna posibilidad de hacerles frente y mucho menos de capturar y destruir el objetivo. Sin embargo, creía que, mientras durase la oscuridad, la guarnición no podría saber lo pequeña que era la fuerza de ataque y, mientras no se percatasen de su número, se mostrarían reacios a arriesgarse a una salida por miedo a caer en una trampa o ser sorprendidos por la espalda por otra fuerza enemiga[18]. A lo sumo, la guarnición haría solo intentos vacilantes de reforzar el molino y tratar de calibrar la potencia de los asaltantes. Si Belsoleil oponía una buena resistencia a tales intentos poco entusiastas, Monluc tendría tiempo suficiente para tomar y destruir el molino antes de que la luz del día «quitase la venda de los ojos» de la guarnición (ver mapa 6).

Monluc volvió junto a sus hombres y los condujo al ataque. Primero tuvieron que rodear la ciudad fortificada. Los centinelas imperiales en la muralla oyeron sus movimientos y gritaron: «¿Quién va?». Los franceses no respondieron, sino que apresuraron el paso. Al pasar junto a la puerta, Belsoleil se desvió hacia un lado, mientras Monluc conducía su tropa hacia el molino, cuya guarnición estaba dormida, si bien tres o cuatro centinelas armados montaban guardia en el exterior de la entrada. Uno de ellos vio o escuchó acercarse a los asaltantes, y gritó la primera parte de la contraseña imperial: «¿Quién vive?». Monluc respondió «España», suponiendo que era la réplica correcta. Estaba equivocado. La contraseña era, en realidad, «Imperio». El centinela disparó contra ellos, pero falló.

Monluc y Tavannes, a la cabeza de los invasores, cargaron contra el molino. Los centinelas corrieron al interior y trataron de clausurar las dos pesadas puertas batientes. Lograron cerrar una por completo y colocaron un gran cofre detrás para afirmarla. También trataron de bloquear la segunda, y la aseguraron con una barra de hierro, pero quedaba espacio suficiente entre las dos como para que un hombre pasase. Se colocaron en la entrada, listos para disparar a cualquiera que se atreviera a cruzar. Mientras tanto, el

disparo del primer centinela y los consiguientes gritos habían despertado al resto de los sesenta guardias, y se podía esperar que entraran en acción en uno o dos minutos.



Lansquenetes del ejército imperial. Su arma por excelencia era una espada corta con dos gavilanes en forma de lazo, llamada Katzbalger, que se llevaba además del arma principal, generalmente la pica o el arcabuz. Los arcabuceros representaban una octava parte del total de soldados. Gradualmente su número fue ampliándose hasta constituir la cuarta parte del regimiento.

La mente de Monluc trabajó rápido. El soldado que les había disparado probablemente estaría ocupado recargando su arcabuz, lo que le llevaría al menos un minuto en las condiciones más favorables. Por el momento, solo había dos o tres arcabuces más contra los que lanzarse. Tavannes se arrojó hacia adelante, con la intención de meter la cabeza con audacia en la trampa. Monluc lo agarró por el brazo y tiró de él hacia atrás. A continuación, asió a un soldado que estaba tras él y lo empujó hacia adentro a la fuerza. Aparentemente, el honor tenía sus límites. Es interesante observar que, veinte años más tarde, cuando Monluc ordenó el asalto a Thionville (1558), repitió el mismo truco. Cuando sus soldados se negaron a atacar una posición peligrosa, agarró a uno de ellos y le ofreció 20 escudos si saltaba el primero. El soldado se negó,

diciendo que 20 escudos no le servirían de nada a un hombre muerto. Monluc luego se volvió hacia sus oficiales subordinados. Entre todos, tomaron al soldado y lo arrojaron a la posición enemiga a la fuerza, de cabeza. «Lo hicimos valiente contra su voluntad»[19], bromeó Monluc. Afortunadamente para ese soldado, el puesto de Thionville resultó estar vacío.

Pero en Auriol, los centinelas imperiales estaban armados y dispuestos. En el momento en que empujaron dentro al soldado, dos disparos de arcabuz resonaron. «Ahora entre —dijo Monluc a Tavannes— si quiere»[20]. Tavannes penetró seguido del gascón y algunos otros hombres. Tuvo lugar un combate cuerpo a cuerpo en la oscuridad, a la luz de una sola lámpara. Los invasores se impusieron con rapidez a los centinelas. Los imperiales de la planta baja, medio dormidos y a medio armar, ofrecieron poca resistencia y huyeron al piso superior. Se produjo una lucha feroz en la escalera. Monluc se dio cuenta de que no podía tomar esa posición por la fuerza. Envió órdenes a aquellos de sus hombres que se habían quedado en el exterior para que subieran al techo, abrieran agujeros en él y disparasen contra los imperiales del segundo piso. Los hombres cumplieron sin demora sus órdenes. Tan pronto como los disparos comenzaron a llover sobre los imperiales, estos perdieron el ánimo. Abrieron una ventana que había en la parte posterior del molino y la mayoría de ellos saltó al río que bordeaba el edificio. Monluc asaltó después el piso superior, mató a cuantos aún ofrecían resistencia e hizo prisionero a su capitán y a otros siete hombres, todos heridos.

Mientras el gascón se apoderaba de su objetivo, Belsoleil se hizo con el control de las dos casas próximas a la puerta de la muralla y frustró tres tibios intentos de salida de la guarnición. Los disparos de arcabuz llovían por la calle que iba desde ese acceso hacia el molino, pero ningún soldado imperial logró salir de la ciudad y ayudar a sus compatriotas. Como Monluc había previsto, supusieron que los atacaba una fuerza francesa numerosa y se mostraron reacios a abandonar la seguridad de las fortificaciones. Después de capturar el molino, Monluc envió a la mayoría de sus hombres a reforzar a Belsoleil, a quien ordenó que hiciese de tripas corazón y continuara bloqueando la salida a toda costa. Con los soldados

restantes, retiró todos los ejes y demás engranajes, arrojó rodando las piedras de amolar al río y quemó el edificio hasta los cimientos.

Completó el trabajo de destrucción justo a tiempo. El alba comenzaba a romper. La guarnición de Auriol no tardaría en darse cuenta de la verdadera situación y saldría por la fuerza. Justo cuando Monluc estaba a punto de dar la orden de retirada, Castelpers llegó por fin. Dejó a sus hombres detrás de la iglesia parroquial y se dirigió al molino en llamas para pedir instrucciones a Monluc. Este le indicó que permaneciera detrás del templo, protegido de la lluvia de disparos que provenía de la ciudad. Mandó a Tavannes reunir a los soldados del molino y unirse a Castelpers detrás de la iglesia. El mismo Monluc fue a retirar a Belsoleil. Uno a uno, los hombres dejaron las casas próximas de la puerta y corrieron como alma que lleva el diablo hacia el templo. Monluc ahora temía que, mientras retiraba a los últimos hombres de Belsoleil, la guarnición saliese y les arrollase. Afortunadamente, Castelpers, por iniciativa propia y deseoso de un poco de acción tras su llegada desde Marsella, apareció con sus veinte soldados de caballería al otro lado de la calle. Su presencia disuadió a los imperiales, que temieron perseguir a Monluc por miedo a ser ellos mismos atacados, y permanecieron en el interior de la ciudad, dando tiempo a que Monluc y los últimos soldados llegaran a salvo a la iglesia.

En la creciente luz diurna, el gascón pasó inspección a su fuerza para la marcha de regreso a Marsella. Para su alegría, descubrió que solo siete u ocho de los atacantes habían resultado heridos durante el enfrentamiento, y únicamente uno de ellos, un hombre llamado Vignaux, estaba grave. Al parecer, el soldado que fue arrojado al interior del molino tuvo la suerte de escapar, lo que no es imposible dada la notoria inexactitud de los arcabuces del siglo XVI (o, alternativamente, Monluc pudo haberlo obviado). Colocaron a Vignaux sobre un burro y el resto comenzó a marchar hacia Aubagne a pie. Los jinetes de Castelpers conducían sus caballos por las bridas. Su ritmo fue extremadamente lento, porque estaban agotados y el terreno era difícil. Sin embargo, lograron escapar de la persecución organizada por la guarnición de Auriol y llegar a salvo a las montañas. Luego continuaron su marcha sin descanso y

cobraron fuerzas gracias a unas hogazas de pan. Todavía tenían un largo camino por delante y temían que su ruta pudiera ser bloqueada por fuerzas provenientes del campo imperial de Aix. Monluc sabía que, aunque había hecho todo lo posible para maximizar sus posibilidades de éxito, dependían de los caprichos de la fortuna.

Llegaron a Aubagne intactos y sin haber sido detectados por ninguna fuerza imperial. Los soldados de caballería ligera enemigos, los ojos y oídos de los primeros ejércitos modernos, podían rastrear la llanura en su busca, pero no se aventurarían en las montañas. Al llegar a Aubagne, Monluc esperaba poder dar descanso a sus soldados, sin embargo, cuando entraron en la ciudad, oyeron el sonido de cañonazos en la dirección de Marsella. Sin que ellos lo supiesen, durante la noche, mientras marchaban de Marsella a Auriol, el emperador Carlos se había desplazado de Aix a Marsella con un contingente de entre 8000 y 12 000 hombres, con el objetivo de probar las defensas de la ciudad. Fue recibido con un furioso cañoneo desde los fuertes de la villa y el escuadrón naval francés[21].

Esto fue, en realidad, un gran golpe de suerte para Monluc. Cuando los suyos atacaron el molino, lo primero que hizo el capitán encargado de la defensa fue mandar un mensajero a Aix para informar del asalto al emperador. Según Monluc, cuando el enviado llegó a Aix, se enteró de que Carlos ya se había marchado, y tuvo que seguir hasta Marsella para entregar su mensaje. Si Carlos hubiera permanecido en el campamento, cualquier fuerza que hubiese enviado a interceptar a Monluc habría alcanzado sin duda a los incursores franceses, que era lo que temía Guasco. Tal como ocurrió, Carlos se enteró del ataque a Auriol ya después de amanecer, cuando se aproximaba a Marsella. De inmediato envió a detener a los invasores a unos 400 o 500 jinetes, que cabalgaron a toda velocidad desde Marsella hacia Aubagne, ciudad a la que se aproximaban justo cuando el gascón y sus fatigados hombres entraban por el otro lado.

Monluc no podía saber qué significaba el estruendo procedente de Marsella. Sus hombres y él creyeron al principio que el ejército imperial al completo había marchado sobre la ciudad durante la noche y se preparaban para asaltarla o asediarla en toda regla. Si

se apresuraban, tal vez todavía podrían entrar; si esperaban, quizá quedaran aislados. Decidió que no podían correr el riesgo de detenerse en Aubagne. Por otro lado, si anteriormente tuvo la intención de marchar de Aubagne a Marsella a lo largo de la carretera principal, resolvió ahora abandonarla por temor a encontrarse con columnas imperiales. Solo Vignaux, en su burro, y los demás heridos, que no podían transitar por las montañas, tomaron el camino llano. El resto, dirigido por Monluc, volvió a las sendas montañosas para subir y bajar por las laderas de Carpiagne y Marsella-Veyre.



Marsella y sus defensas. Grabado de Braun and Hogenberg. para Civitates Orbis Terrarum, parte 2: De Praecipuis, Totius Universi Urbibus*.* Obra publicada en 1575 en Colonia por Gottfried von Kempen.

Monluc hizo bien en abandonar con rapidez el camino del llano. Vignaux y los otros heridos graves apenas se habían alejado 500 pasos de Aubagne cuando se toparon con el destacamento de caballería imperial procedente de Marsella. Todos fueron hechos prisioneros. El gascón y sus hombres, esforzándose a través de las montañas hacia el sur, escaparon inadvertidos.

Sin embargo, de lo que no pudieron escapar fue de las caricias

del sol provenzal de agosto. A medida que avanzaba el día y los kilómetros se alargaban, la temperatura también aumentaba y el sudor corría. Los incursores no disponían de agua y no pudieron encontrar ni una gota en los campos agostados. Aun así, subieron y bajaron por las laderas, pensando que morirían de sed de un momento a otro. Por fin llegaron al fuerte de Notre Dame de la Garde, una de las defensas periféricas de Marsella. Al principio dispararon contra ellos, pero luego los reconocieron y se les permitió entrar. Mientras tanto, los imperiales renunciaron a su ataque y se retiraron hacia Aix. Habían encontrado las defensas de Marsella demasiado formidables para ellos.

Al ver que los imperiales se replegaban, Monluc y sus hombres salieron de Notre Dame de la Garde y marcharon hacia la puerta de la ciudad. Allí se encontraban Barbezieux, Montpezat y los otros capitanes. De entrada, creyeron que los hombres de Monluc eran la vanguardia de otro ataque imperial, pero no tardaron en identificarlos y los recibieron con alborozo. Se mostraron muy contentos al escuchar las buenas noticias que traía el grupo y también ansiosos por interrogar al capitán capturado en el molino de Auriol. Monluc confiesa en sus memorias que su regreso a Marsella, sano y salvo, se debió tanto a la suerte como a la razón. Aunque desde el principio confiaba plenamente en su capacidad para capturar y quemar el molino, igual que los armenios en Khartpert, tuvo que confiar en el destino, o en Dios, para retornar indemne a Marsella. A diferencia de los pobres armenios, Monluc no tuvo motivos para lamentar su fe.

La destrucción del molino contribuyó en gran medida a la posterior derrota imperial. Agravó las dificultades de suministro de las fuerzas de Carlos, que ahora tenían que depender cada vez más de frutas y de pan hecho con grano molido en morteros. La producción de ese pan llevaba mucho tiempo y su calidad era tan mala que los franceses se burlaban de los panes capturados. Montmorency enviaba muestras a los ministros en París, para levantarles el ánimo y convencerlos de que el enemigo estaba cerca del colapso[22]. La dieta malsana desembocó en un brote de epidemia de disentería entre las tropas imperiales. Miles murieron y miles más quedaron incapacitados. El 2 de septiembre, sin librar una sola

batalla, el ejército del emperador ya había perdido 8000 hombres. El 7 de septiembre, Leiva, con su gran empresa cayéndose a pedazos a su alrededor, también murió.

Es imposible precisar cuán importante fue la destrucción del molino de Auriol para la deteriorada situación de las fuerzas imperiales. Resulta comprensible que Monluc lo presente como la gota que colmó el vaso. Ninguna otra fuente señala esta operación como la causa principal de la debacle de Carlos, pero muchos afirman que la destrucción de todos los molinos disponibles sí fue, en efecto, uno de los problemas principales que sufrieron sus tropas[23]. El mismo emperador, en varias cartas que escribió para explicar su fracaso, dice que resolvió retirarse de Provenza sobre todo por la falta de suministros y que una de las principales causas de que eso ocurriera fue la destrucción de los molinos[24].

El 11 de septiembre, Carlos reconoció la derrota y decidió replegarse a Italia mientras sus hombres todavía eran capaces de caminar y defenderse. En consecuencia, abandonó el campamento de Aix y puso rumbo al este, hacia Fréjus y la frontera. El camino que los imperiales hollaron con tanta confianza a principios de agosto ahora estaba cubierto por sus enfermos, muertos y rezagados. Los merodeadores franceses los acechaban y cayeron de vez en cuando sobre los más débiles de la manada. Martin Du Bellay, que dirigió una unidad de caballería ligera en persecución de los enemigos, escribe que, desde Aix hasta Fréjus, «todos los caminos estaban llenos de muertos y enfermos, con arneses, lanzas, picas, arcabuces y otras armas, y con caballos exhaustos... Allí se podía ver... los agonizantes se mezclaban con los cadáveres, presentando un espectáculo horrible y lastimoso»[25]. De los 60 000 hombres que cruzaron el río Var el 24 de julio, menos de la mitad lograron regresar a Italia. Miles habían desertado, gran numero cambió de bando para unirse a los franceses y muchos otros cayeron prisioneros. Miles más murieron. El ejército principal francés no se movió de su campamento fortificado cerca de Aviñón. Habían conseguido una gran victoria sin librar un solo combate.

Ya «sin moros en la costa», Francisco I llegó desde Valence para recorrer la devastada provincia y felicitar a las fuerzas francesas por su eficiente defensa. El 20 de septiembre visitó Marsella[26]. Ese era

el día con el que Monluc había soñado desde su juventud. En su imaginación, ya se veía presentado al victorioso monarca, que había insistido tanto en la destrucción del molino de Auriol y que había sido informado en repetidas ocasiones sobre la imposibilidad de esa misión. En un mundo ideal Barbezieux le habría contado a Francisco cómo Monluc logró arrasar el objetivo a pesar de la dificultad de la misión, y el agradecido monarca seguramente habría tomado buena nota de ello y recompensado con generosidad al gascón[27].

Pero le esperaba un duro despertar. Barbezieux luchaba por defender su nombre y su conducta, que habían sido criticados con severidad durante la campaña. Necesitado de todo el crédito que pudiera obtener, no desdeñó apropiarse incluso de los logros de otros. Por eso, cuando envió a Montmorency y a Francisco la noticia de la destrucción del molino, se atribuyó el honor de la hazaña, diciendo que fue él quien ideó el ingenioso plan. Ni siquiera mencionó el nombre de Monluc.

Montmorency también se apresuró a atribuirse el éxito. En una carta que escribió el 2 de septiembre, informó al comandante francés del Delfinado, el señor de Humières:

> Envié [a Auriol] un buen número de soldados de caballería e infantería, que demolieron y quemaron por completo el molino, y también liquidaron a 100 o 120 españoles que lo custodiaban. Esto supone un gran daño [para los imperiales], ya que se cree que no pueden obtener harina excepto a partir de allí, y ahora veremos qué hacen[28].

No dijo ni una sola palabra sobre el comandante de la exitosa incursión.

Cuando el victorioso Francisco entró en Marsella, Barbezieux volvió a presentarse ante el rey como el arquitecto principal del ataque, y cosechó todos los elogios y honores. Quiso la suerte que Montpezat estuviera en ese momento aquejado de una enfermedad grave y no pudiese defender a Monluc. El oficial gascón nunca fue presentado a Francisco, quien parece que no preguntó por la identidad del hombre que ejecutó el «plan de Barbezieux». Como escribió el historiador Jean de Saulx, hijo de Tavannes:

> Muchas veces la gloria de la guerra recaía sobre los oficiales superiores que a menudo estaban durmiendo en sus camas mientras sus subordinados mandaban en el campo. De las victorias resultantes, dice, los comandantes de campo sacaban todas

las fatigas, mientras que los superiores obtenían la gloria[29].

Así, el nombre de Monluc permaneció desconocido para el rey Francisco, Anne de Montmorency y la mayoría de los generales franceses. Las relaciones de Monluc con el único general importante que lo conocía bien, es decir, Barbezieux, se agriaron. Cuando Francisco y Carlos firmaron la tregua de Niza (1538), Monluc, que tenía casi cuarenta años, solo había logrado el rango de capitán de infantería.

Sin embargo, para su regocijo, la guerra se reavivó en 1543 y lo cierto es que no terminó hasta la paz de Cateau-Cambrésis, en 1559. Tras ellas, llegaron inmediatamente las Guerras de Religión francesas. Las campañas interminables le dieron a Monluc unas cuantas oportunidades más para mostrar su valía y por fin colmó sus sueños juveniles más allá de sus expectativas más descabelladas. En 1543, destacó en varios combates, incluidas algunas operaciones especiales, como la destrucción del vital puente de Po en Carignano (1544)[30]. Más tarde, ese mismo año, pudo por fin encontrarse personalmente con Francisco I. El monarca, que había llegado a apreciar las ventajas de la cautela en la guerra, le prohibió terminantemente a su comandante en Italia, el duque de Enghien, participar en la batalla. Enghien envió a Monluc ante Francisco para convencerle de que revocase la orden. Gracias a un discurso enérgico y heroico, el gascón se salió con la suya. Regresó al ejército y Enghien lo recibió con alegría, exclamando: «¡Bien sabía que no nos traerías la paz!»[31]. La siguiente batalla de Cerisoles (1544) casi terminó en derrota, pero gracias en parte a la conducta vigorosa de Monluc, al final los franceses ganaron el combate. Fue nombrado caballero en el mismo campo de batalla, si bien la acción estuvo tan cerca del desastre que tres noches después, escribe, se despertó asustado en medio de la oscuridad soñando con la derrota[32].

Comenzó entonces a ascender con rapidez y a ganar un rango tras otro. Por último, se convirtió en mariscal de Francia y en gobernador católico de Guyena durante las Guerras de Religión. En el desempeño de este último cargo, dirigió una campaña de terror contra los rebeldes hugonotes. Las vetas de crueldad que asomaron en la puerta del molino de Auriol, y que luego se manifestaron en el

abominable trato que dispensó a los civiles italianos en Siena (1555), eclosionaron entonces con toda su fuerza. El apuesto oficial de operaciones especiales se convirtió en un tirano brutal en la vejez, mientras dirigía lo que cabría calificar de «campaña de limpieza étnica» contra los hugonotes guisenses. Murió en 1577[33].

Notas

[1] Sobre el papel, el ejército constaba de casi 64 000 hombres (Oman, History of the Art of War in the Sixteenth Century, pág. 61; Tracy, Emperor Charles V, págs. 161, 176–7; Valbelle, Histoire journalière, 2 :314, 316; Du Bellay, Mémoires, 3 :136–7, 297).

[2] Robertson, History of the Reign, 2 :265.

[3] Du Bellay, Mémoires, 3 :118–19.

[4] Vieilleville, Mémoires, págs. 15–16. Nótese que la historia de Vieilleville sobre la forma en que capturó prácticamente solo Aviñón no está corroborada por ninguna otra fuente. Al parecer, Aviñón cayó por un complot francés, pero es dudoso que sucediera como dice Vieilleville.

[5] Du Bellay, Mémoires, 3 :242–3.

[6] Sobre este particular, ver Decrue, Anne de Montmorency, págs. 280–1; Knecht, Renaissance Warrior, págs. 337–8; Correspondance du Cardinal François de Tournon, pág. 132; Du Bellay, Mémoires, 3 :132–5, 215, 336–8; Valbelle, Histoire journalière, 2 :320; Sandoval, Historia de la Vida, 3 :17–18, 24–5.

[7] Ver Perjés, 'Army Provisioning', págs. 7–9; Harari, 'Strategy and Supply', pág. 304.

[8] Harari, 'Strategy and Supply', pág. 304; Du Bellay, Mémoires, 3 :257; Pizan, Book of Deeds, pág. 111.

[9] Du Bellay, Mémoires, 3 :192. Ver también Du Bellay, Mémoires, 3 :115, 148, 192, 257, 282; Arena, Meygra Entrepriza, págs. 28–30.

[10] Courteault, Blaise de Monluc, pág. 119 n. 1.

[11] Brantôme, Œuvres complètes, ed. Lalanne, 7 :56.

[12] Monluc, Commentaires, págs. 23–9.

[13] Monluc, Commentaires, pág. 31. Ver también Tavannes, Mémoires, págs. 86–87.

[14] Monluc no da la fecha del suceso. Pudo haber ocurrido el 30 y no el 19 de agosto. Ver la nota 21.

[15] Monluc, Commentaires, pág. 65.

[16] Ver también Monluc, Commentaires, págs. 24–5.

[17] Compárese con Aubigny, Traité, pág. 22.

[18] Compárese con Aubigny, Traité, pág. 20; 'Excerpts of Polyaenus', secciones 54.12–13,

ed. Krentz, 2 :982.

[19] Monluc, Commentaires, pág. 439.

[20] Monluc, Commentaires, pág. 68.

[21] Sobre el ataque imperial contra Marsella, ver Valbelle, Histoire journalière, 2 :305–6; Du Bellay, Mémoires, 3 :244–8. La referencia de Monluc al ataque imperial contra Marsella es la única fuente que nos permite fechar con seguridad la incursión contra Auriol. No obstante, se produjo otro ataque imperial contra Marsella el 31 de agosto, y existe cierta evidencia circunstancial que avala la idea de que la incursión contra Auriol coincide con ese segundo ataque y que, por tanto, tuvo lugar durante la noche del 30 al 31 de agosto. Sin embargo, hay razones circunstanciales, igualmente poderosas, para creer que Monluc alude en sus memorias al ataque imperial del 19 de agosto. Es muy de reseñar que, mientras que el primer ataque lo dirigió el emperador Carlos en persona, no lo hizo en el segundo. Por tanto, la mayor parte de los eruditos fechan la incursión en la noche del 19 al 20 de agosto y no en la del 30 al 31.

[22] Monluc, Commentaires, pág. 902; Decrue, Anne de Montmorency, pág. 279.

[23] Ver, por ejemplo, Arena, Meygra Entrepriza, págs. 28–30; Decrue, Anne de Montmorency, págs. 278–9.

[24] Correspondenz des Kaisers: Karl V, 2 : 249; Corpus Documental de Carlos V, 1 :522.

[25] Du Bellay, Mémoires, 3 :299.

[26] Sobre esta visita, ver Valbelle, Histoire journalière, 2 :314–15.

[27] Monluc, Commentaires, pág. 72.

[28] Registrado en Courteault, Blaise de Monluc, pág. 122.

[29] Tavannes, Mémoires, pág. 19.

[30] Monluc, Commentaires, págs. 132–8.

[31] Monluc, Commentaires, pág. 149.

[32] Monluc, Commentaires, pág. 165

[33] Este capítulo se basa sobre todo en las siguientes fuentes:
Monluc, Commentaires, págs. 61–74; Du Bellay, Mémoires, 3 :115–301; Tavannes, Mémoires, 81–2; Vieilleville, Mémoires, 15–18; Valbelle, Histoire journalière, 2 :294–317; Courteault, Blaise de Monluc, págs. 112–23; Monluc, Habsburg–Valois Wars, págs. 1–27; Decrue, Anne de Montmorency, págs. 253–89.

En menor medida, está basado en: Arena, Meygra Entrepriza; Du glorieux retour de Lempereur; La Noue, Discours; Rochechouart, Mémoires, pág. 602; Sandoval, Historia de la Vida, 3 :7–25; Correspondenz des Kaisers Karl V, 2 :239–41, 248–52, 259–64; Corpus Documental de Carlos V, 1 :500–25; Catalogue des actes de François Ier, 3 :231–41; Correspondance de Joachim de Matignon, págs. 35–8; Correspondance du Cardinal François de Tournon, págs. 103–7, 131–8; Harari, Renaissance Military Memoirs, págs. 21, 95–8, 102–3, 144–9, 191; Knecht, Renaissance Warrior, págs. 329–38; Oman, History of the Art of War in the Sixteenth Century, págs. 45–8, 56–62, 213; Procacci, ‘Provence’, págs. 243–52; Robertson, History of the Reign, 2 :245–75; Tracy,

Emperor Charles V, págs. 158–63, 176–8; Perjés, ‘Army Provisioning’; Harari, ‘Strategy and Supply’; Parker, ‘Political World’; Chaunu and Escamilla, Charles Quint, págs. 268–71; Sournia, Blaise de Monluc; Bouche, Chorographie, 2 :580–90; Le Gras, Blaise de Monluc, 44–7.

** Consiste en no plantar cara al enemigo y sí hostigarle y destruir sus medios de abastecimiento. El nombre viene de Quinto Fabio Máximo Verrucoso, que se enfrentó a Aníbal en Italia con esta estrategia. (N. del T.)

*** El autor hace referencia a Livia Drusila (59 a. C.-29 d. C.), tercera esposa del emperador Augusto. Tradicionalmente se la ha acusado de realizar multiples envenenamientos para lograr sus objetivos (N. del E.)

Conclusiones

Las operaciones especiales no son un fenómeno moderno. Fueron una parte integral y muy importante del conjunto de herramientas militares y políticas ya en la Edad Media y el Renacimiento. En general, los principales objetivos de la guerra en esas épocas, es decir, los enclaves y los líderes, a menudo eran más vulnerables a este tipo de acciones que a las regulares.

El uso generalizado de estas intervenciones demuestra que la guerra de aquellos tiempos no siempre obedecía a las convenciones del juego limpio caballeresco. Los comandantes solían confiar no solo en astucias y artimañas, sino también en sobornos, traiciones, asesinatos y secuestros. La caballerosidad fue, sin embargo, parte importante de la guerra: todavía tenía un efecto restrictivo sobre el uso de ciertas operaciones especiales, en concreto el asesinato y el secuestro. Por el contrario, la utilidad potencial de ambos, tanto del asesinato como del secuestro, fue tan grande durante la Edad Media y el Renacimiento justamente porque las lealtades políticas aún eran de naturaleza feudal y caballeresca.

Este libro deja varias preguntas importantes pendientes de futuras investigaciones. Los métodos y la relevancia de los asesinatos y envenenamientos en la cultura caballeresca merecen estudio en mayor profundidad. Tal estudio podría confirmar o refutar la hipótesis de Franklin L. Ford sobre que el asesinato tenía una importancia comparativamente menor en la cultura militar y política de la Europa altomedieval, y que se hizo mucho más relevante solo a partir de las Guerras de Religión del siglo XVI[1]. Aunque este libro afirma que el asesinato tuvo gran trascendencia durante toda la Edad Media, se necesita un estudio mucho más detallado antes de poder llegar a conclusiones sólidas.

De igual manera, se precisa otra investigación profunda sobre la guerra de asedio medieval y renacentista para determinar la importancia relativa de las operaciones regulares y especiales. A partir de un análisis superficial, podría creerse que fueron mucho más determinantes en la guerra de asedio que la artillería

neurobalística, pero hace falta una indagación más exhaustiva para confirmar o refutar tal hipótesis. Si fuese cierto, significaría que los historiadores militares deberían prestar mucha más atención no solo a las operaciones especiales, sino también a la guerra psicológica, que a menudo era la clave para conseguir traidores.

Un campo de estudio que se ha descuidado intencionalmente en el presente libro es la guerra naval. Las operaciones especiales navales a menudo diferían de las terrestres en ejecución y objetivos, pero podían tener resultados estratégicos y políticos igualmente importantes. Futuros estudios sobre la guerra naval medieval y renacentista se beneficiarían, por tanto, si tuviesen en cuenta esta clase de intervenciones.

Por último, este libro concluye en 1550, en mitad de la revolución de la pólvora, en algún punto a lo largo de las primeras etapas de la revolución militar. Aunque hasta 1550 esas dos revoluciones parece que tuvieron poco impacto sobre las operaciones especiales, está claro que, entre 1550 y 1914, tanto las de tipo terrestre como las navales experimentaron cambios importantes en sus métodos, objetivos y concepción cultural. La historia de tales cambios merece un libro propio.

Nota

[1] Ver Ford, Political Murder.

Bibliografía

Abreviaturas

RHC Recueil des Historiens des Croisades. Academia de Inscripciones y Lenguas Antiguas (Francia), 16 vols. (París, 1841–1906).

RHC Ar. Historiadores armenios

RHC Oc. Historiadores occidentales

RHC Or. Historiadores orientales

Fuentes primarias

Abū'l-Fidā, 'Imād al-Dīn Isma'īl ibn 'Alī al-Ayyūbī: Muntahabāt min al-mukhtasar fī akhbār al-bashar, RHC Or. 1 (París, 1872), págs. 1–165.

Aeneas Tacticus: 'Sobre la defensa de posiciones fortificadas', en Aeneas Tacticus, Asclepiodotus, Onasander, ed. The Illinois Greek Club (Londres, 1962 [1923]).

al-Ansarī, Umar ibn Ibrahim al-Awsi: A Muslim Manual of War, being Tafrij al-Kurub fi tadbir al-Hurub, ed. y trad. George T. Scanlon (Cairo, 1961).

Albert of Aa-chen: Historia Hierosolymitana, RHC Oc. 4 (París, 1879), págs. 265–713.

Amatus of Montecassino: The History of the Normans, trad. Prescott N. Dunbar, ed. Graham A. Loud (Woodbridge, 2004).

Ambroise: The History of the Holy War: Ambroise's Estoire de la guerre sainte, ed. Marianne Ailes y Malcolm Barber, 2 vols. (Woodbridge, 2003).

Ana Comneno: The Alexiad of Anna Comnena, trad. E. R. A. Sewter (Harmondsworth, 1969).

Analecta Leodiensia, seu Collectio Documentorum Quorumdam, ad Res Ludovici Borbonii et Joannis Hornaei Temporibus Gestas

Spectantum, en Documents relatifs aux troubles du Pays de Liège, ed. Ram.

Anselmi de Ribodi: Monte ad Manassem, archiepiscopum Remensem, epistola, RHC Oc. 3 (París, 1866), págs. 890–6.

Arena, Antoine: Meygra Entrepriza catoliqui imperatoris …, ed. Norbert Alexandre Bonafous (Aix, 1860).

Arnold de Lubeck: Arnoldi abbatis Lubecensis chronica Slavorum, ed. Georgius H. Pertz (Hanover, 1978 [1868]).

Aubigny, Bérault Stuart, señor de: Traité sur l'art de la guerre, ed. Elie de Commingnes (La Haya, 1976).

Avesbury, Robert de: De gestis mirabilibus Regis Edwardi tertii, ed. Edward M. Thompson (Nendeln, 1965).

Bahā' al-Dīn ibn Shaddād: Kitāb sīrat Salāh al-Dīn al-Ayyūbī: al-Nawādir al-sultāniyya wa'l-mahāsin al-yūsufiyya (Cairo, 1927).

—— The Rare and Excellent History of Saladin, or al-Nawadir al-Sultaniyya wa'l-Mahasin al-Yusufiyya, trad. Donald S. Richards (Aldershot, 2001).

Baker, Geoffrey le: Chronicon Galfridi le Baker de Swynebroke, ed. Edward M. Thompson (Oxford, 1889).

Baldry de Dol: Historia Jerosolimitana, RHC Oc. 4 (París, 1879), págs. 1–111.

Balduini III: Hierosolymitani Latinorum regis quarti, Historia Nicaena vel Antiochena necnon Jerosolymitana, RHC Oc. 5 (París, 1895), págs. 139–85.

Bar Hebraeus; Abu al-Faraj, Gregory: The Chronography of Gregory Abu'l Faraj, ed. y trad. Ernest A. W. Budge, 2 vols. (Ámsterdam, 1976 [1932]).

Barber, Malcolm y Bate, Keith A.: The Templars: Selected Sources. Eds.Mánchester y Nueva York, 2002.

Basin, Thomas: Histoire des règnes de Charles VII et de Louis XI, ed. J. Quicherat, 4 vols. (París, 1855–59).

Bonenfant, Paul (ed.): 'Actes concernant les rapports entre les

Pays-Bas et la Grande Bretagne…' en Bulletin de la Commission Royale d'Histoire 109 (1944): 53–125.

BONIVARD, François: Chroniques de Genève, ed. Micheline Tripet, 3 vols. (Ginebra, 2001).

BOWER, Walter: Scotichronicon, ed. Donald. E. R. Watt et al., 9 vols. (Aberdeen, 1989–98).

BRANTÔME, Pierre de Bourdeille, abad de: Œuvres complètes de Pierre de Bourdeille, seigneur de Brantôme, ed. Ludovic Lalanne, 11 vols. (París, 1864–82).

Der Briefwechsel Karls des Kühnen (1433–1477), ed. Werner Paravicini, 2 vols. (Fráncfort, 1995).

BROCARDUS, Directorium ad passagium faciendum, RHC Ar. 2 (París, 1906), págs. 367–517.

BUSER, B.: Die Beziehungen der Mediceer zu Frankreich während der Jahre 1434–1494 in ihrem Zusammenhang mit den allgemeinen Verhältnissen Italiens (Leipzig, 1879).

BUT, Adrien de: 'Chronique des religieux des Dunes', en Chroniques relatives à l'histoire de la Belgique sous la domination des ducs de Bourgogne, 3 vols. Ed. Kervyn de Lettenhove (Bruselas, 1870), vol. 1.

CAFARUS: Genuensis consulis de liberatione civitatum orientis, RHC Oc. 5 (París, 1895), págs. 41–73.

Catalogue des actes de François Ier, ed. Paul Marichal, 10 vols. (París, 1887–1908).

CHARNY, Geoffroi de: Book of Chivalry. Texto, contexto y traducción, ed. Richard W. Kaeuper y Elspeth Kennedy (Filadelfia, 1996).

CHARTIER, Jean: Chronique de Charles VII, Roi de France, ed. Auguste Vallet de Viriville, 3 vols. (París, 1868).

CHASTELLAIN, George: Œuvres, ed. Kervyn de Lettenhove, 8 vols. (Ginebra, 1971 [Bruselas, 1863–66]).

Chronicle of the Third Crusade: A Translation of the Itinerarium Peregrinorum et Gesta Regis Ricardi, ed. y trad. Helen J. Nicholson

(Aldershot, 1997).

Chronicon Angliae, ab anno domini 1328 usque ad annum 1388, auctore monacho quodam Sancti Albani, ed. Edward M. Thompson (Nendeln, 1965 [Londres, 1874]).

Chronique de Lorraine: Les opérations des feus ducs de Loheregne, commenceant à duc Jehan, fils à duc Raoul …, ed. L. Marchal (Nancy, 1859).

Chronique de Michel le Syrien, Patriarche Jacobite d'Antioche (1166–1199), ed. y trad. J.-B. Chabot, 4 vols. (Bruselas, 1963).

'Chronique de Terre-Sainte (1131–1224)', en Gestes des Chiprois, ed. Raynaud, págs. 1–24.

Chronique d'Ernoul et de Bernard le Trésorier, ed. Louis de Mas Latrie (París, 1871).

Chronique des quatre premiers Valois, 1327–1393, ed. Siméon Luce (París, 1862).

'Chronique du Templier de Tyr (1242–1309)', en Gestes des Chiprois, ed. Raynaud, págs. 139–334.

Chronique Normande du xive siècle, ed. Auguste and Émile Molinier (París, 1882).

Chroniques de Yolande de France, duchesse de Savoie, sœur de Louis XI, ed. L. Ménabréa (París, 1859).

Chronographia Regum Francorum, ed. H. Moranville, 3 vols. (París, 1891–97).

Commynes, Philippe de: Mémoires, ed. Emilie L. M. Dupont, 3 vols. (París, 1840–47).

—— Mémoires, ed. B. de Mandrot, 2 vols. (París, 1901–1903).

Corpus Documental de Carlos V, ed. Manuel F. Álvarez, 5 vols. (Salamanca, 1973–81).

Correspondance de Joachim de Matignon, ed. L.-H. Labande (París, 1914).

Correspondance du Cardinal François de Tournon, 1521–1562, ed.

Michel François (París, 1946).

Correspondenz des Kaisers Karl V, ed. Karl Lanz, 3 vols. (Fráncfort, 1966).

Dépêches des ambassadeurs milanais en France sous Louis XI et François Sforza, ed. Bernard de Mandrot y Charles Samaran, 4 vols. (París, 1916–25).

Dépêches des ambassadeurs milanais sur les campagnes de Charles-le-Hardi, duc de Bourgogne, de 1474 a 1477, ed. Frédéric de Gingins La Sarra, 2 vols. (París y Ginebra, 1858).

DIESBACH, Ludwig von: Die autobiographischen Aufzeichnungen Ludwig von Diesbachs: Studien zur spätmittelalterlichen Selbstdartstellung im oberdeutschen und schweizerischen Raume, ed. Urs M. Zahnd (Berna, 1986).

Documents relatifs aux troubles du Pays de Lieja sous les princes-évêques Louis de Bourbon et Jean de Horne, 1455–1505, ed. pág. F. X. de Ram (Bruselas, 1844).

DU BELLAY, Martin y Guillaume: Mémoires (1513–47), ed. V.-L. Bourrilly and Fleury Vindry, 4 vols. (París, 1908–19).

DU CLERCQ, Jacques: Mémoires de J. du Clercq, ed. F. A. F. T. de Reiffenberg, 4 vols. (Bruselas, 1835–6).

Du glorieux retour de Lempereur de Prouence, par ung Double de lectres, escriptes de Bouloigne a Romme a Labbe de Caprare. Translate Dytalien en Francoys. Adiouste le double du dicton prononce a la Condempnation de Lempoisonneur de feu monsieur le Dauphin de France (¿Lyon?, 1537).

EDBURY, Peter W. (ed.): The Conquest of Jerusalem and the Third Crusade: Sources in Translation (Brookfield, 1996).

EKKEHARD OF AURA: Hierosolymita, RHC Oc. 5 (París, 1895), págs. 1–39.

D’ESCOUCHY, Mathieu: Chronique de Mathieu d’Escouchy, ed. G. du Fresne de Beaucourt, 3 vols. (París, 1863–64).

ETTERLIN, Petermann: Kronica von der loblichen Eydtgnoschaft, jr

harkommen und sust seltzam strittenn und geschichten, ed. Eugen Gruber (Aarau, 1965).

—— 'Excerpts of Polyaenus', en Polyaenus, Stratagems of War, ed. y trad. Peter Krentz y Everett L. Wheeler, 2 vols. (Chicago, 1994), 2:851–1004.

FANTOSME, Jordan: 'Chronicle of the War between the English and the Scots in 1173 and 1174', en Contemporary Chronicles of the Middle Ages: Sources of Twelfth-Century History, trad. Joseph Stephenson (Felinbach, 1988), págs. 77–120.

'The First and Second Crusades from an Anonymous Syriac Chronicle', ed. y trad. A. S. Tritton y Hamilton A. W. Gibb, Journal of the Royal Asiatic Society 92 (1933): 69–101, 273–306.

FORDUN, John: Chronica gentis Scotorum, ed. William F. Skene, 2 vols. (Edimburgo, 1871–2).

FROISSART, Jehan: Chroniques de J. Froissart, ed. Simeon Luce, 12 vols. en 14 partes (París, 1869–1931).

—— Œuvres de Froissart: Chroniques, ed. Kervyn de Lettenhove, 25 vols. en 26 partes (Bruselas, 1867–77).

—— Voyage en Béarn, ed. A. H. Diverres (Mánchester, 1953).

FRONTINUS, Sextus Julius, The Stratagems, ed. Mary B. McElwain y trad. Charles E. Bennett (Londres, 1969 [1925]).

FULCHER OF CHARTRES: Fulcheri Carnotensis Historia Hierosolymitana (1095–1127), ed. Heinrich Hagenmeyer (Heidelberg, 1913).

—— A History of the Expedition to Jerusalem, 1095–1127, ed. Harold S., trad. Frances R. Ryan (Knoxville, 1969).

GABRIELI, Francesco: Arab Historians of the Crusades: Selected and Translated from the Arabic Sources, trad. E. J. Costello (Londres, 1969).

GALBERT DE BRUGES: Histoire du meurtre de Charles le Bon Comte de Flandre (1127–1128), ed. Henri Pirenne (París, 1891).

Gesta Francorum et aliorum Hierosolymitanorum, ed. y trad.

Rosalind Hill (Londres, 1962).

Gesta Francorum expugnantium Iherusalem, RHC Oc. 3 (París, 1866), págs. 487–543.

Gesta Stephani: The Deeds of Stephen, ed. y trad. Kenneth R. Potter (Londres, 1955).

Gestes des Chiprois: Recueil de chroniques françaises écrites en Orient aux XIIIe et XIVe siècles: Philippe de Navarre et Gérard de Monréal, ed. Gaston Raynaud, Publications de la Société de l'Orient Latin, série historique 5 (Ginebra, 1887).

GILO DE PARÍS: Historia Gilonis Cardinalis Episcopi de Via Hierosolymitana, RHC Oc. 5 (París, 1895), págs. 725–800.

GRUEL, Guillaume: Chronique d'Arthur de Richemont, connétable de France, duc de Bretagne, ed. Achille le Vavasseur (París, 1890).

GUIBERT DE NOGENT: Dei Gesta per Francos, ed. R. B. C. Huygens (Turnholt, 1996).

Guillaume de Tyr et ses Continuateurs, ed. Paulin, 2 vols. (París, 1879–80).

GUYARD, Stanislas: 'Un Grand Maître des Assassins au temps de Saladin', Journal Asiatique ser. VII, 9 (1877): 324–489.

GUYON, Fery de: Mémoires de Fery de Guyon, ed. A.-P.-L. de Robaulx de Soumoy (Bruselas, 1858).

HAGENMEYER, Heinrich: Epistulae et chartae ad historiam primi Belli Sacri spec-tantes quae supersunt aevo aequales ac genuinae: Die Kreuzzugsbriefe aus den Jahren 1088–1100 (Innsbruck, 1901).

HAYNIN, Jean de: Mémoires de Jean, Sire de Haynin et de Louvignies, 1465–1477, ed. Dieudonné Brouwers, 2 vols. (Lieja, 1905–6).

HENRICI DE MERICA: Compendiosa Historia de Cladibus Leodiensium, in Documents relatifs aux troubles du Pays de Liège, ed. Ram.

HENRY DE HUNTINGDON: De captione Antiochiae a Christianis, RHC Oc. 5 (París, 1895), págs. 374–9.

IBN AL-ATHĪR, ‘Izz al-Dīn: Min kitāb kāmil al-tawārīkh, RHC Or. 1 (París, 1872), págs. 187–744; RHC Or., part 1 (París, 1887), págs. 4–180.

IBN AL-QALĀNISĪ, Hamza ibn Asad: The Damascus Chronicle of the Crusades, ed. y trad. Hamilton A. R. Gibb (Londres, 1932).

Istore et Croniques de Flandres, ed. Kervyn de Lettenhove, 2 vols. (Bruselas, 1879–80).

Itinerarium peregrinorum et gesta regis Ricardi, ed. William Stubbs (Londres, 1864).

JOHNSTON, Ronald Carlyle (ed.): The Crusade and Death of Richard I (Oxford, 1961).

JOINVILLE, Jean de: Vie de Saint Louis, ed. y trad. Jacques Monfrin (París, 1995).

Journal d’un bourgeois de París, 1405–1449, ed. Alexandre Tuetey (París, 1881).

Les Journaux du trésor de Philippe VI de Valois, suivis de l’Ordinarium thesaurii de 1338–1339, ed. Jules É. M. Viard (París, 1899).

JUVAINI, ‘ALA-AD-DIN ‘ATA-MALIK: The History of the World-Conqueror, trad. John A. Boyle, 2 vols. (Mánchester, 1958).

KAMĀL AL-DĪN IBN AL-‘ADĪM: Extraits de la Chronique d’Alep, RHC Or. 3 (París, 1884).

KĀTIB AL-ISFAHĀNĪ, ‘IMĀD AL-DĪN MUHAMMAD IBN MUHAMMAD: Conquête de la Syrie et de la Palestine par Saladin, trans. Henri Massé (París, 1972).

La Chanson du Chevalier au Cygne et de Godefroid de Bouillon, ed. Célestin Hippeau, 2 vols. (Ginebra, 1969 [París, 1852–77]).

LA MARCHE, Olivier de: Mémoires d’Olivier de la Marche, maître d’hôtel et capitaine des gardes de Charles le téméraire, ed. Henri Beaune y Jules d’Arbaumont, 4 vols. (París, 1883–88).

LA NOUE, François de: Discours politiques et militaries, ed. Frank E. Sutcliffe (París, 1967).

LANGTOFT, Pierre de: The Chronicle of Pierre de Langtoft, in French Verse, from the Earliest Period to the Death of King Edward I, ed. Thomas Wright, 2 vols. (Nendeln, 1964 [Londres, 1866–8]).

LE BEL, Jean: Chronique de Jean le Bel, ed. Jules Viard y Eugène Déprez, 2 vols. (París, 1904–1905).

Le Charroi de Nîmes: Chanson du geste de XII siècle, ed. J.-L. Perrier (París, 1982 [1931]).

LEFÈVRE DE ST RÉMY, Jean: Chronique de Jean le Fèvre, seigneur de Saint Remy, ed. François Morand, 2 vols. (París, 1876–81).

LEO VI: 'Stratagems', en Polyaenus, Stratagems of War, ed. y trad. Peter Krentz y Everett L. Wheeler, 2 vols. (Chicago, 1994), 2:1005–75.

LESCOT, Richard: Chronique de Richard Lescot, ed. Lemoine (París, 1896).

Lettres de Louis XI, roi de France, ed. Joseph Vaesen y Etienne Charavay, 11 vols. (París, 1883–1909).

Lettres de rois, reines et autres personnages des cours de France et d'Angleterre, depuis Louis VII jusqu'a Henri IV, ed. J.-J. Champollion-Figeac, 2 vols. (París, 1839–47).

Lettres-missives originales du chartier de Thouars, ed. Paul Marchegay ([s.l.], 1873).

LEWIS, Bernard: 'Kamāl al-Dīn's Biography of Rāshid al-Dīn Sinān', Arabica: Revue d'études arabes et islamiques 13 (1966): 225–67.

LINDEN, Herman Vander: Itinéraires de Charles, Duc de Bourgogne, Marguerite d'York et Marie de Bourgogne (1467–1477) (Bruselas, 1936).

—— Itinéraires de Philippe le Bon, Duc de Bourgogne (1419–1467) et de Charles, Comte de Charolais (1433–1467) (Bruselas, 1940).

LOS, Johannis de: Chronicon rerum gestarum ab anno MCCCCLV ad annum MDXIV, en Documents relatifs aux troubles du Pays de Liège, ed. Ram.

MACHIAVELLI, Niccolò: Art of War, ed. y trad. Christopher Lynch

(Chicago, 2003).

MALATERRA, Gaufredo: De rebus gestis Rogerii Calabriae et Siciliae comitis et Roberti Guiscardi ducis fratris eius, ed. Ernesto Pontieri (Bolonia, 1928).

MATTHEW DE EDESSA: Armenia and the Crusades, Tenth to Twelfth Centuries: The Chronicle of Matthew of Edessa, ed. y trad. Ara Edmond Dostourian (Nueva York, 1993).

MAUPOINT, Jean: 'Journal Parísien de Jean Maupoint, prieur de Sainte-Catherinede-la-Couture', 1437–1469, ed. Gustave Fagniez, Mémoires de la Societe de l'histoire de París et de l'Île de France 4 (París, 1878), págs. 1–113.

MIOLO, Gianbernardo: Cronaca, en Miscellanea di storia italiana, 5 series, 79 vols. (Turín, 1862–1968), series 1, vol. 1.

MOLINET, Jean: Chroniques de Jean Molinet, ed. Georges Doutrepont y Omer Jodogne, 3 vols. (Bruselas, 1935–7).

MONLUC Blaise de: Commentaires, 1521–1576, ed. Paul Courteault (París, 1964).

—— The Habsburg–Valois Wars and the French Wars of Religion, ed. Ian Roy y trad. Charles Cotton (Londres, 1971).

MONSTRELET, Enguerran de: La Chronique d'E. de Monstrelet, ed. L. Douëtd'Arcq, 6 vols. (París, 1857–62).

MORE, Thomas: Utopia, trad. Paul Turner (Harmondsworth, 1965).

MUISIT, Gilles le: Chronique et Annales de Gilles le Muisit, abbé de Saint-Martin de Tournai, ed. Henri Lemaître (París, 1906).

MURIMUTH, Adam: Adae Murimuth Continuatio Chronicarum: Robertus de Aves-bury de gestis mirabilibus Regis Edwardi tertii, ed. Edward M. Thompson (Nendeln, 1965 [Londres, 1889]).

Nouvelle collection des mémoires pour servir à l'histoire de France, depuis le XIIIe siècle jusqu'à la fin du XVIIIe, ed. Joseph F. Michaud y Jean J. F. Poujoulat, 3 series, 32 vols. (París, 1836–9).

NOVARE, Philippe of: 'Estoire de la guerre qui fu entre l'empereor Federic & Johan d'Ibelin', en Gestes des Chiprois, ed. Raynaud,

págs. 25–138.

Onofrio de Santa Croce: Mémoire du légat Onufrius sur les affaires de Lieja, ed. Stanislas Bormans (Bruselas, 1885).

Oudenbosch, Adriaan van: Chronique d'Adrien d'Oudenbosch, ed. C. de Borman (Lieja, 1902).

Pauwels, Theodoric: Historia de Cladibus Leodensium, en Documents relatifs aux troubles du Pays de Liège, ed. Ram.

Pizan, Christine de: The Book of Deeds of Arms and of Chivalry, ed. Charity Cannon Willard y trad. Sumner Willard (University Park, 1999).

Polyaenus: Stratagems of War, ed. y trad. Peter Krentz y Everett L. Wheeler, 2 vols. (Chicago, 1994).

Primi Belli Sacri Narrationes Minores, RHC Oc. 5 (París, 1895).

'La Prince noir', poème de Héraut d'armes Chandos, ed. Francisque Michel (Londres, 1883).

Ralph of Caen: Gesta Tancredi, RHC Oc. 3 (París, 1866), págs. 587–715.

Ralph of Coggeshall: Chronicon Anglicanum, de Expugnatione terrae Sanctae libellus, ed. Joseph Stevenson (Nendeln, 1965 [Londres, 1875]).

Ralph of Diceto: Radulphi de Diceto Decani Lundoniensis Opera Historica, ed. William Stubbs, 2 vols. (Nendeln, 1965 [Londres, 1876]).

Raymond of Aguilers: Le 'Liber' de Raymond d'Aguilers, ed. John Hugh y Laurita L. Hill y trad. Philippe Wolff (París, 1969).

Récits d'un bourgeois de Valenciennes, ed. Kervyn de Lettenhove (Ginebra, 1979 [1877]).

La Regle du Temple, ed. Henri de Curzon (París, 1977 [1886]).

Robert el Monje: Historia Iherosolimitana, RHC Oc. 3 (París, 1866), págs. 717–881.

Rochechouart, Guillaume de: Mémoires de messire Guillaume de

Rochechouart, en Nouvelle collection des mémoires, ed. Michaud y Poujoulat, ser. 1, vol. 8, págs. 597–605.

Roger de Howden: Chronica Magistri Rogeri de Houedene, ed. William Stubbs, 4 vols. (Nendeln, 1964 [Londres, 1868–71]).

Rotuli Scotiae, ed. David Macpherson, John Caley y William Illingworth, 2 vols. (Londres, 1814–19).

Roye, Jean de: Journal de Jean de Roye, connu sous le nom de chronique scandaleuse, 1460–1483, ed. Bernard de Mandrot, 2 vols. (París, 1894–6).

Rymer, Thomas: Foedera, Conventiones, literae, et Cujuscunque generis Acta publica inter Reges Angliae…, 3.ª edn, 40 vols. en 10 partes (Farnborough, 1967 [La Haya, 1739–45].

Sandoval, Fray Prudencio de: Historia de la Vida y Hechos del Emperador Carlos V: Maximo, Fortisimo, Rey catolico de España y de las Indias, Islas y tierra firme del Mar Oceano, ed. Carlos Seco Serrano, Biblioteca de Autores Españoles 80–82 (Madrid, 1955–56).

Schertlin, Sebastian von Burtenbach: Leben und Thaten des weiland wohledlen und gestrengen Herrn Sebastian Schertlin von Burtenbach, durch ihn selbst deutsch beschrieben, ed. Ottmar F. H. Schönhuth (Münster, 1858).

Schilling, Diebold: Die Berner Chronik des Diebold Schilling, ed. Gustav Tobler, 2 vols. (Berna, 1897–1901).

Sharon, Ariel y Chanoff, David: Warrior: The Autobiography of Ariel Sharon (Nueva York, 1989).

Speierische Chronik, 1406–1476, en Quellensammlung der badischen Landesgeschichte, ed. F. J. Mone, 4 vols. (Karlsruhe, 1848–67), 1:367–520.

Stephani, comitis Carnotensis, ad Adelam, uxorem suam, epistolae, RHC Oc. 3 (París, 1866), págs. 885–90.

Tavannes, Jean de Saulx, vizconde de: Mémoires de tres noble et tres illustre Gaspard de Saulx, seigneur de Tavanes…, en Nouvelle collection des mémoires, ed. Michaud y Poujoulat, ser. 1, vol. 8, págs. 1–434.

Three Byzantine Military Treatises, ed. y trad. George T. Dennis (Washington, DC, 1985).

TUDEBODE, Peter: Historia de Hierosolymitano itinere, RHC Oc. 3 (París, 1866), págs. 3–117.

USĀMAH IBN-MUNQIDH, Kitāb al-I'tibār: An Arab-Syrian Gentleman & Warrior in the Period of the Crusades, Memoires of Usamah Ibn-Munkidh, trad. Philip K. Hitti (Nueva York, 2000).

VALBELLE, Honorat de: Histoire journalière d'Honorat de Valbelle (1498–1539): journal d'un bourgeois de Marseille au temps de Louis XII et de François Ier, ed. Victor-Louis Bourrilly, Roger Duchêne, Lucien Gaillard y Charles Rostaing, 2 vols. (Aix-en-Provence, 1985).

VEGETIUS: Epitome of Military Science, ed. y trad. N. Pág. Milner (Liverpool, 1993).

VENETTE, Jean de: The Chronicle of Jean de Venette, ed. Richard A. Newhall y trad. Jean Birdsall (Nueva York, 1953).

VIEILLEVILLE, François de Scepeaux, señor de: Mémoires de la vie de François de Scepeaux, sire de Vieilleville et Comte de Durestal, Mareschal de France, en Nouvelle collection des mémoires, ed. Michaud y Poujoulat, vol. 9.

VITALIS, Ordericus: The Ecclesiastical History of Orderic Vitalis, ed. y trad. Marjorie Chibnall, 6 vols. (Oxford, 1969–79).

WALSINGHAM, Thomas: Historia Anglicana, ed. Henry T. Riley, 2 vols. (Nueva York, 1965 [Londres, 1863–64]).

WALTER DE COVENTRY: Memoriale Fratris Walteri de Coventria, ed. William Stubbs, 2 vols. (Nendeln, 1965 [Londres, 1872–83]).

WAVRIN, Jehan de: Recueil des croniques et Anchiennes Istories de la grant Bretaigne, a present nommee Engleterre, ed. William Hardy, 5 vols. (Londres, 1864–91).

WILLIAM DE APULIA: La Geste de Robert Guiscard, ed. Margerite Mathieu (Palermo, 1961).

WILLIAM DE TIRO: La Continuation de Guillaume de Tyr, 1184–1197, ed. Margaret Ruth Morgan (París, 1982).

—— Historia rerum in partibus transmarinis gestarum, RHC Oc. 1–2 (París, 1844).

WYNTOUN, Andrew de: Androw of Wyntoun's Orygynale Cronykil of Scotland, ed. David Laing, 3 vols. (Edimburgo, 1872–79).

FUENTES SECUNDARIAS

ALBAN, J. R., y ALLMAND, Christopher T.: 'Spies and Spying in the Fourteenth Century', en War, Literature and Politics in the Late Middle Ages, ed. Christopher T. Allmand (Liverpool, 1976), págs. 73–101.

ALLMAND, Christopher T.: 'Intelligence in the Hundred Years War', en Go Spy the Land: Military Intelligence in History, ed. Keith Neilson y B. J. C. McKercher (Westport, 1992), págs. 31–47.

—— (ed.), Society at War: The Experience of England and France during the Hundred Years War (Rochester, 1998).

AMITAI, Reuven: 'Mamluk Espionage among Mongols and Franks', en The Medieval Levant: Studies in Memory of Eliyahu Ashtor (1914–1982), ed. Benjamin Z. Kedar y Abraham K. Udovitch, Asia and Africa Studies 22 (Haifa, 1988), págs. 173–81.

ANGLO, Sydney (ed.): Chivalry in the Renaissance (Woodbridge, 1990).

ARCHER, John Michael: Sovereignty and Intelligence: Spying and Court Culture in the English Renaissance (Stanford, 1993).

ARNOLD, Thomas F.: 'Fortifications and the Military Revolution: The Gonzaga Experience, 1530–1630', en The Military Revolution Debate: Readings on the Military Transformation of Early Modern Europe, ed. Clifford J. Rogers (Boulder, 1995), págs. 201–26.

—— 'War in Sixteenth-Century Europe: Revolution and Renaissance', en European Warfare, 1453–1815, ed. Jeremy Black (Nueva York, 1999), págs. 23–44.

ARQUILLA, John (ed.): From Troy to Entebbe: Special Operations in Ancient and Modern Times (Lanham, 1996).

ARTHURSON, Ian: 'Espionage and Intelligence from the Wars of the

Roses to the Reformation', Nottingham Medieval Studies 35 (1991): 134–54.

ASBRIDGE, Thomas S.: The Creation of the Principality of Antioch, 1098–1130 (Woodbridge, 2000).

AYTON, Andrew: 'English Armies in the Fourteenth Century', en Arms, Armies and Fortifications in the Hundred Years War, ed. Anne Curry y Michael Hughes (Woodbridge, 1994), págs. 21–38.

BACHRACH, Bernard S.: 'Logistics in Pre-Crusade Europe', en Feeding Mars: Logistics in Western Warfare from the Middle Ages to the Present, ed. John A. Lynn (Boulder, 1993), págs. 57–78.

—— 'Medieval Siege Warfare: A Reconnaissance', Journal of Military History 58 no. 1 (1994): 119–33.

——'The Siege of Antioch: A Study in Military Demography', War in History 6 n.º 2 (1999): 127–46.

BACHRACH, David Steward: 'The Military Administration of England: The Royal Artillery (1216–1272)', Journal of Military History 68 n.º 4 (2004): 1083–1104.

—— 'Origins of the Crossbow Industry in England', Journal of Medieval Military History 2 (2003): 73–88.

BARNETT, Frank R., HUGH TOVAR, B. y SHULTZ, Richard H. (eds.): Special Operations in US Strategy (Washington, DC, 1984).

BARTLETT, W. B.: The Assassins: The Story of Medieval Islam's Secret Sect (Phoenix Mill, 2001).

BEAUNE, Colette: The Birth of an Ideology: Myths and Symbols of Nation in Late Medieval France, ed. Fredric L. Cheyette y trad. Susan Ross Huston (Berkeley, 1991).

BITTMANN, K.: Ludwig XI und Karl der Kühne: die Memoiren des Philippe de Commynes als historische Quelle (Göttingen, 1964–70).

BLACK, Jeremy: European Warfare, 1494–1660 (Londres, 2002).

—— 'Introduction', en The Origins of War in Early Modern Europe, ed. Jeremy Black (Edimburgo, 1987), págs. 1–27.

—— Why Wars Happen (Nueva York, 1998).

BOHRER, David: America's Special Forces (Osceola, 1998).

BONENFANT, Paul: Philippe le Bon: sa politique, son action (Bruselas, 1996).

BONENFANT, Paul y STENGERS, Jean: 'Le rôle de Charles le Téméraire dans le gouvernment de l'état bourguignon en 1465–1467', Annales de Bourgogne 25 (1953): 7–29, 118–33.

BOUCHE, Honoré: La chorographie ou description de Provence et l'histoire chronologique du mesme pays, 2 vols. (Aix, 1664).

BOUCHIER, E. S.: A Short History of Antioch, 300 b.c. – a.d. 1268 (Oxford, 1921).

BOULTON, D'Arcy D. J.: The Knights of the Crown: The Monarchical Orders of Knighthood in Later Medieval Europe, 1325–1520 (Nueva York, 1987).

BRICARD, Georges: Un serviteur et compère de Louis XI: Jean Bourré, seigneur du Plessis, 1424–1506 (París, 1893).

BRADBURY, Jim: The Medieval Siege (Woodbridge, 1992).

—— Philip Augustus: King of France, 1180–1223 (Londres, 1998).

BRAUDY, Leo: From Chivalry to Terrorism: War and the Changing Nature of Masculinity (Nueva York, 2003).

BROWN, Gordon S.: The Norman Conquest of Southern Italy and Sicily (Jefferson, 2003).

BROWN, Reginald A., COLVIN, Howard M. y TAYLOR, Alfred J.: The History of the King's Works, vols. 1–2: The Middle Ages (Londres, 1963).

BRUNDAGE, James A.: Richard Lion Heart (Nueva York, 1974).

BULLY, Philippe: Charles VII: le 'Roi des merveilles' (París, 1994).

BURNE, Alfred Higgins: The Agincourt War: A Military History of the Latter Part of the Hundred Years War, from 1369 to 1453 (Londres, 1956).

BURNS, Robert I.: '100,000 Crossbow Bolts for the Crusader King of Aragon', Journal of Medieval Military History 2 (2004): 159–64.

CAHEN, Claude: La Syrie du nord à l'époque des croisades et de la principauté franque d'Antioche (París, 1940).

CAUCHIES, Jean-Marie: Louis XI et Charles le Téméraire: de Peronne à Nancy (1468–1477): le conflit (Bruselas, 1996).

CAZELLES, Raymond: Société politique, noblesse et couronne sous Jean le Bon et Charles V (París, 1982).

CHASE, Kenneth Warren: Firearms: A Global History to 1700 (Cambridge, 2003).

CHAUNU, Pierre y ESCAMILLA, Michele: Charles Quint (París, 2000).

CHEVEDDEN, Paul E.: 'Fortifications and the Development of Defensive Planning in the Latin East', en The Circle of War in the Middle Ages: Essays on Medieval Military and Naval History, ed. Donald J. Kagay y L. J. Andrew Villalon (Woodbridge, 1999), págs. 33–44.

——, Les Eigenbrod, Vernard L. Foley y Werner Soedel, 'The Trebuchet', Scientific American 273 n.º 1 (julio 1995): 66–71.

COLLARD, Franck: 'L'Assassinat manqué de Charles le Téméraire', L'Histoire 165 (April 1993): 6–11.

CONTAMINE, Philippe: 'Les compagnies d'aventure en France pendant la guerre de Cent ans', Mélanges de l'École française de Rome, Moyen Age, Temps modernes 87 (1975): 365–96.

—— 'Geoffroy de Charny (début du XIVe siècle–1356), "Le plus prudhomme et le plus vaillant de tous les autres" ', en Histoire et société: Mélanges Georges Duby, II, Le tenancier, le fidèle et le citoyen, ed. J. J. N. Palmer (Aix-en-Provence, 1992), págs. 107–21.

—— War in the Middle Ages, trad. Michael Jones (Nueva York, 1984).

COURTEAULT, Paul: Blaise de Monluc historien: étude critique sur le texte et la valeur historique des Commentaires (París, 1908).

CRAWFORD, Steve: The SAS Encyclopedia (Miami, 1998).

CROOK, David: 'The Confession of a Spy, 1380', Historical Research 62 (1989): 346–50.

DAFTARY, Farhad: The Assassin Legends: Myths of the Isma'ilis (Londres, 1994).

DAHL, Per F.: Heavy Water and the Wartime Race for Nuclear Energy (Brístol, 1999).

DAM, Poul: Niels Bohr (1885–1962): Atomic Theorist, Inspirator, Rallying Point, trad. Gitte y Norman Shine (Copenhague, 1987).

DAVIES, R. R.: The Age of Conquest: Wales, 1063–1415 (Oxford, 1987).

DAVIS, Alex: 'Chivalry and Romance in the English Renaissance', Studies in Renaissance Literature 11 (Cambridge, 2003).

DAWSON, Graham: Soldier Heroes: British Adventure, Empire, and the Imagining of Masculinities (Londres, 1994).

DAY, J. F. R.: 'Losing One's Character: Heralds and the Decline of English Knighthood from the Later Middle Ages to James I', en Chivalry, Knighthood, and War in the Middle Ages, ed. Susan J. Ridyard, Sewanee Mediaeval Studies 9 (Sewanee, 1999), págs. 97–116.

DECRUE DE STOUTZ, Francis: Anne de Montmorency, grand maître et connétable de France: à la cour, aux armées, et au conseil du roi François Ier (Ginebra, 1978).

DEVRIES, Kelly: 'Catapults are not Atomic Bombs: Towards a Redefinition of "Effectiveness" in Premodern Military Technology', War in History 4 n.º 1 (1997): 454–70.

—— 'Gunpowder and Early Gunpowder Weapons', en Gunpowder: The History of an International Technology, ed. Brenda Buchanan (Bath, 1996), págs. 121–35.

—— 'Gunpowder Weaponry and the Rise of the Early Modern State', War in History 5 n.º 2 (1998): 127–45.

—— 'Gunpowder Weapons at the Siege of Constantinople, 1453', en War and Society in the Eastern Mediterranean, 7th–15th Centuries, ed. Yaacov Lev (Leiden, 1997), págs. 343–62.

—— 'Hunger, Flemish Participation and the Flight of Philip VI:

Contemporary Accounts of the Siege of Calais, 1346–1347', Studies in Medieval and Renaissance History 12 (1991): 133–79.

—— 'The Impact of Gunpowder Weaponry on Siege Warfare in the Hundred Years War', en The Medieval City under Siege, ed. Ivy A. Corfis y Michael Wolfe (Woodbridge, 1995), págs. 227–44.

—— Infantry Warfare in the Early Fourteenth Century: Discipline, Tactics, and Technology (Woodbridge, 1996).

—— Medieval Military Technology (Peterborough, 1992).

—— 'The Technology of Gunpowder Weaponry in Western Europe during the Hundred Years War', en XXII. Kongress der Internationalen Kommission für Militärgeschichte Acta 22: Von Crécy bis Mohács Kriegswesen im späten Mittelalter (1346–1526) (Viena, 1997), págs. 285–98.

—— 'The Use of Gunpowder Weaponry by and against Joan of Arc during the Hundred Years War', War and Society 14 (1996): 1–15.

DEWALD, Jonathan: Aristocratic Experience and the Origins of Modern Culture: France, 1570–1715. (Berkeley, 1993).

DOCKERY, Kevin y ABBRECHT, Elaine: Special Forces in Action: Missions, OPS, Weapons, and Combat, Day by Day (Nueva York, 2004).

DOIG, James A.: 'A New Source for the Siege of Calais in 1436', English Historical Review 110 (1995): 405–16.

DUFFY, Christopher: Siege Warfare: The Fortress in the Early Modern World, 1494–1660 (Londres, 1997).

DUFOURNET, Jean: La destruction des mythes dans les Mémoires de Ph. de Commynes (Ginebra, 1966).

DUNNIGAN, James F.: The Perfect Soldier: Special Operations, Commandos, and the Future of U.S. Warfare (Nueva York, 2003).

DVORNIK, Francis: Origins of Intelligence Services: The Ancient Near East, Persia, Greece, Rome, Byzantium, the Arab Muslim Empires, the Mongol Empire, China, Muscovy (New Brunswick, 1974).

EDGINGTON, Susan B.: 'Albert of Aachen and the Chansons de

Geste', en The Crusades and their Sources: Essays Presented to Bernard Hamilton, ed. John France y William G. Zajac (Aldershot, 1998), págs. 23–38.

El-Azhari, Taef Kamal: The Saljūqs of Syria: During the Crusades, 463–549 a.h./1070–1154 a.d. (Berlín, 1997).

Ellenblum, Ronnie, 'Frankish and Muslim Siege Warfare and the Construction of Frankish Concentric Castles', en Dei gesta per Francos: Études sur les Croisades dé-diées à Jean Richard, ed. M. Balard, J. Riley-Smith y B. Z. Kedar (Aldershot, 2001), págs. 211–22.

—— Frankish Rural Settlement in the Latin Kingdom of Jerusalem (Cambridge, 1998).

—— 'Were there Borders and Borderlines in the Middle Ages? The Example of the Latin Kingdom of Jerusalem', en Medieval Frontiers: Concepts and Practices, ed. David Abulafia y Nora Berend (Aldershot, 2002), págs. 105–19.

Eltis, David: The Military Revolution in Sixteenth-Century Europe (Londres, 1995).

Emerson, Catherine: Olivier de la Marche and the Rhetoric of Fifteenth-Century Historiography (Woodbridge, 2004).

Fairon, Emile: 'Les six cents Franchimontois', Wallonia 22 (1914): 136–55.

Fallows, Noel, 'Knighthood, Wounds, and the Chivalric Ideal', en Chivalry, Knighthood, and War in the Middle Ages, ed. Susan J. Ridyard, Sewanee Mediaeval Studies 9 (Sewanee, 1999), págs. 117–36.

Favier, Jean: Louis XI (París, 2001).

Ferguson, Arthur B.: The Chivalric Tradition in Renaissance England (Washington, DC, 1986).

Ford, Franklin L.: Political Murder: From Tyrannicide to Terrorism (Cambridge, MA, 1985).

Fowler, Kenneth: Medieval Mercenaries, vol. 1: The Great Companies (Oxford, 2001).

FRANCE, John: ‘The Anonymous Gesta Francorum and the Historia Francorum qui ceperunt Iherusalem of Raymond of Aguilers and the Historia Hierosolymitano itinere of Peter Tudebode: An Analysis of the Textual Relations between Primary Sources of the First Crusade’, en The Crusades and their Sources: Essays Presented to Bernard Hamilton, ed. John France y William G. Zajac (Aldershot, 1998), págs. 39–70.

—— ‘The Departure of Tatikios from the army of the First Crusade’, Bulletin of the Institute of Historical Research 44 (1971): 131–47.

—— ‘The Fall of Antioch during the First Crusade’, en Dei Gesta per Francos: Études sur les croisades dédiées à Jean Richard, ed. Michel Balard, Benjamin Z. Kedar y Jonathan Riley-Smith (Aldershot, 2001), págs. 13–20.

—— ‘Recent Writing on Medieval Warfare: From the Fall of Rome to c. 1300’, Journal of Military History 65 n.º 2 (2001): 441–73.

—— Victory in the East: A Military History of the First Crusade (Cambridge, 1994).

—— Western Warfare in the Age of the Crusades, 1000–1300 (Ithaca, 1999).

FRANÇOIS, Michel: Le Cardinal François de Tournon: homme d’état, diplomate, mécène et humaniste (1489–1562) (París, 1951).

FRIEDMAN, Yvonne: Encounter between Enemies: Captivity and Ransom in the Latin Kingdom of Jerusalem (Leiden, 2002).

—— ‘Women in Captivity and their Ransom during the Crusader Period’, en Cross Cultural Covergences in the Crusader Period: Essays Presented to Aryeh Grabois on his Sixty-fifth Birthday, ed. Michael Goodich, Sophia Menache y Sylvia Schein (Nueva York, 1995), págs. 75–87.

GABOTTO, Ferdinando: Lo stato sabaudo da Amedeo VIII ad Emanuele Filiberto, 3 vols. (Turín, 1892–95).

GEARY, Patrick J.: Furta Sacra: Thefts of Relics in the Central Middle Ages (Princeton, 1978).

GHAZARIAN, Jacob G.: The Armenian Kingdom in Cilicia During the

Crusades: The Integration of Cilician Armenians with the Latins, 1080–1393 (Richmond, 2000).

GILLINGHAM, John: Richard Cœur de Lion: Kingship, Chivalry and War in the Twelfth Century (Londres, 1994).

—— Richard I (New Haven, 1999).

—— 'Richard I and the Science of War in the Middle Ages', en Gillingham, Richard Cœur de Lion, págs. 211–26.

—— 'The Unromantic Death of Richard I', Speculum 54 (1979): 18–41.

—— '"Up with Orthodoxy!": In Defense of Vegetian Warfare', Journal of Medieval Military History 2 (2004): 149–58.

—— 'War and Chivalry in the History of William the Marshal', en Gillingham, Richard Cœur de Lion, págs. 227–42.

—— 'William the Bastard at War', en Studies in History Presented to R. Allen Brown, ed. C. Harper-Bill, J. Holdsworth y J. Nelson (Woodbridge, 1986), págs. 141–58.

GLETE, Jan: War and the State in Early Modern Europe: Spain, the Dutch Republic and Sweden as Fiscal-Military States, 1500–1660 (Londres, 2002).

GOODMAN, Jennifer R.: Chivalry and Exploration, 1298–1630 (Woodbridge, 1998).

GRANT, Alexander: Independence and Nationhood: Scotland, 1306–1469, The New History of Scotland 3 (Londres, 1984).

GROEBNER, Valentin: Defaced: The Visual Culture of Violence in the Late Middle Ages, trad. Pamela Selwyn (Nueva York, 2004).

GRUMMITT, David: 'The Financial Administration of Calais during the Reign of Henry IV, 1399–1413', English Historical Review 113 (1998): 277–99.

GUICHONNET, Paul: Histoire de Genève, 3.ª edn. (Toulouse, 1986).

GUNN, Steven: 'The French Wars of Henry VIII', en The Origins of War in Early Modern Europe, ed. Jeremy Black (Edimburgo, 1987), págs. 28–51.

HALE, John R.: War and Society in Renaissance Europe, 1450–1620, 2.ª edn. (Guernsey, 1998).

HALL, Bert S.: 'The Changing Face of Siege Warfare: Technology and Tactics in Transition', en The Medieval City under Siege, ed. Ivy A. Corfis y Michael Wolfe (Woodbridge, 1995), págs. 257–76.

—— Weapons and Warfare in Renaissance Europe: Gunpowder, Technology, and Tactics, Johns Hopkins Studies in the History of Technology 22 (Baltimore, 1997).

HAMILTON, Ian R.: No Stone Unturned: The Story of the Stone of Destiny … (Londres, 1952).

HARARI, Yuval Noah, 'The Concept of "Decisive Battles" in World History', Journal of World History.

—— 'Inter-Frontal Cooperation in the Fourteenth Century and Edward III's 1346 Campaign', War in History 6 n.º 4 (1999): 379–95.

—— 'Martial Illusions: War and Disillusionment in Twentieth-Century and Renaissance Military Memoirs', Journal of Military History 69 n.º 1 (2005): 43–72.

—— 'The Military Role of the Frankish Turcopoles: A Reassessment', Mediterranean Historical Review 12 n.º 1 (1997): 75–116.

—— Renaissance Military Memoirs: War, History and Identity, 1450–1600 (Woodbridge, 2004).

—— 'Strategy and Supply in Fourteenth-Century Western European Invasion Campaigns', Journal of Military History 64 n.º 2 (2000): 297–334.

HARCLERODE, Peter: Fighting Dirty: The Inside Story of Covert Operations from Ho Chi Minh to Osama Bin Laden (Londres, 2001).

—— Secret Soldiers: Special Forces in the War against Terrorism (Londres, 2001).

HARRISS, G. L.: 'The Struggle for Calais: An Aspect of the Rivalry between Lancaster and York', English Historical Review 75 (1960): 30–53.

HAYNES, Alan: Invisible Power: The Elizabethan Secret Services, 1570–1603 (Stroud, 1992).

HEWITT, Herbert J.: ‘The Organisation of War’, en The Wars of Edward III: Sources and Interpretations, ed. Clifford J. Rogers (Woodbridge, 1999), págs. 285–302.

—— The Organization of War under Edward III, 1338–62 (Manchester, 1966).

HINDLEY, Geoffrey: Saladin (Londres, 1976).

HODGSON, Frances Coterrell: The Early History of Venice from the Foundation to the Conquest of Constantinopole, a.d. 1204 (Londres, 1901).

HOWARD, Michael E.: The Causes of Wars and Other Essays (Cambridge, MA, 1983).

ISAAC, Steven: ‘The Problem with Mercenaries’, en The Circle of War in the Middle Ages: Essays on Medieval Military and Naval History, ed. Donald J.
Kagay (Woodbridge, 1999), págs. 101–10.

JACKSON, Richard A.: Vive le Roi! A History of the French Coronation from Charles V to Charles X (Chapel Hill, 1984).

JANOWITZ, Morris, y SHILS, Edward A.: ‘Cohesion and Disintegration in the Wehrmacht in World War II’, Public Opinion Quarterly 12 n.º 2 (1948), 280–313.

JONES, Richard L. C.: ‘Fortifications and Sieges in Western Europe, c.800– 1450’, en Medieval Warfare: A History, ed. Maurice H. Keen (Oxford, 1999), págs. 163–85.

KAGAY, Donald J.: ‘A Shattered Circle: Eastern Spanish Fortifications and their Repair during the “Calamitous Fourteenth Century”’, Journal of Medieval Military History 2 (2004): 111–36.

KAEUPER, Richard W.: Chivalry and Violence in Medieval Europe (Oxford, 1999).

KEDAR, Benjamin Z.: Crusade and Mission: European Approaches toward the Muslims (Princeton, 1984).

—— ‘The Subjected Muslims of the Frankish Levant’, en Muslims under Latin Rule, 1100–1300, ed. James M. Powell (Princeton, 1990), págs. 135–74.

KEEGAN, John: A History of Warfare (Nueva York, 1993).

KEEN, Maurice H.: ‘The Changing Scene: Guns, Gunpowder, and Permanent Armies’, en Medieval Warfare: A History, ed. Maurice H. Keen (Oxford, 1999), págs. 273–92.

—— Chivalry (New Haven, 1984).

—— ‘Chivalry, Nobility and the Man-at-Arms’, en War, Literature and Politics in the Late Middle Ages, ed. Christopher T. Allmand (Liverpool, 1976), págs. 32–45.

—— ‘Huizinga, Kilgour and the Decline of Chivalry’, Medievalia et Humanistica new ser. 8 (1977): 1–20.

—— The Laws of War in the Late Middle Ages (Londres, 1965).

KENDALL, Paul M.: Louis XI (Londres, 1971).

KIRAS, James D.: Rendering the Mortal Blow Easier: Special Operations and the Nature of Strategy (Reading, 2004).

KLEIN, Aaron J.: Striking Back: The 1972 Munich Olympics Massacre and Israel’s Deadly Response, trad. Mitch Ginsburg (Nueva York, 2005).

KNECHT, R. J.: Renaissance Warrior and Patron: The Reign of Francis I (Cambridge, 1994).

KURTH, Godefroid J. F.: La cité de Liège au Moyen Âge, 3 vols. (Bruselas, 1910).

LA MONTE, John L.: Feudal Monarchy in the Latin Kingdom of Jerusalem, 1100 to 1291, Monographs of the Medieval Academy of America 4 (Cambridge, MA, 1932).

LANDAU, Alan M.: U.S. Special Forces: Airborne Rangers, Delta & U.S. Navy SEALs (Osceola, 1999).

LE CAM, Anne: Charles le Téméraire: un homme et son rêve (Ozoir-la-Ferriere, 1992).

LE GRAS, Joseph: Blaise de Monluc: héros malchanceux et grand écrivain: portraits et documents inédits (París, 1926).

LEWIS, Bernard: The Assassins: A Radical Sect in Islam (Nueva York, 1968).

LOCKHART, James: The Men of Cajamarca: A Social and Biographical Study of the First Conquerors of Peru, Latin American Monographs (ILAS) 27 (Austin, 1972).

LOUD, G. A.: The Age of Robert Guiscard: Southern Italy and the Norman Conquest (Harlow, 2000).

LUARD, Evan: War in International Society: A Study in International Sociology (Londres, 1986).

LYNN, John A.: Bayonets of the Republic: Motivation and Tactics in the Army of Revolutionary France, 1791–94 (Boulder, 1996 [Urbana, 1984]).

—— Giant of the Grand Siècle: The French Army, 1610–1715 (Cambridge, 1997).

—— 'The trace italienne and the Growth of Armies: The French Case', en The Military Revolution Debate: Readings on the Military Transformation of Early Modern Europe, ed. Clifford J. Rogers (Boulder, 1995), págs. 169–200.

MCCORMACK, John: One Million Mercenaries: Swiss Soldiers in the Armies of the World (Londres, 1993).

MCGLYNN, Sean: 'The Myths of Medieval Warfare', History Today 44 n.º1 (1994), 28–34.

MCRAVEN, William H.: Spec Ops: Case Studies in Special Operations Warfare: Theory and Practice (Novato, 1996).

MALEISSYE, Jean de: Histoire du poison (París, 1991).

MALLETT, Michael: 'Mercenaries', en Medieval Warfare: A History, ed. Maurice H. Keen (Oxford, 1999), págs. 209–29.

—— 'Siegecraft in Late Fifteenth-Century Italy', en The Medieval City under Siege, ed. Ivy A. Corfis y Michael Wolfe (Woodbridge, 1995), págs. 245–56.

MANDROT, Bernard de: 'Jean de Bourgogne, duc de Brabant, comte de Nevers et le procès de sa succession', Revue Historique 93 (1907): 1–44.

MARQUIS, Susan Lynn: Unconventional Warfare: Rebuilding U.S. Special Operations Forces (Washington, DC, 1997).

MARSHALL, Christopher: Warfare in the Latin East, 1192–1291 (Cambridge, 1992).

MARSHALL, Samuel Lyman A.: Men against Fire: The Problem of Battle Command in Future War (Gloucester, MA, 1978 [Washington, DC, 1947]).

MAYER, Hans Eberhard: The Crusades, trad. John Gillingham, 2.ª edn. (Oxford, 1990).

MIRZA, Nasih Ahmad: Syrian Ismailism: The Ever Living Line of the Imamate, ad 1100–1260 (Richmond, UK, 1997).

MOLIN, Kristian: 'The Non-Military Functions of Crusader Fortifications, 1187–1390', Journal of Medieval History 23 (1997): 367–88.

MORILLO, Stephen: 'Battle Seeking: The Contexts and Limits of Vegetian Strategy', Journal of Medieval Military History 1 (2002): 21–41.

—— Warfare under the Anglo-Norman Kings (Woodbridge, 1994).

MORRIS, John E.: The Welsh Wars of Edward I: A Contribution to Mediaeval Military History, Based on Original Documents (Nueva York, 1969 [1901]).

MOTT, Lawrence V.: 'The Battle of Malta, 1283: Prelude to a Disaster', en The Circle of War in the Middle Ages: Essays on Medieval Military and Naval History, ed. Donald J. Kagay y L. J. Andrew Villalon (Woodbridge, 1999), págs. 145–72.

MUNRO, John H.: 'An Economic Aspect of the Collapse of the Anglo Burgundian Alliance, 1428–1442', English Historical Review 85 (1970): 225–44.

MURRAY, Alan V.: ' "Mighty Against the Enemies of Christ": The Relic

of the True Cross in the Armies of the Kingdom of Jerusalem', en The Crusades and their Sources: Essays Presented to Bernard Hamilton, ed. John France y William G. Zajac (Aldershot, 1998), págs. 217–38.

NEILLANDS, Robin: The Hundred Years War (Londres, 1991).

—— In the Combat Zone: Special Forces since 1945 (Nueva York, 1998).

NEWSINGER, John: Dangerous Men: The SAS and Popular Culture (Londres, 1997).

NICHOLSON, Helen: Medieval Warfare: Theory and Practice of War in Europe, 300–1500 (Nueva York, 2004).

NICHOLSON, Ranald Grange: Scotland: The Later Middle Ages (Edimburgo, 1974).

NICHOLSON, Robert L.: Joscelyn I, Prince of Edessa, Illinois Studies in the Social Sciences 34.4 (Urbana, 1954).

—— Joscelyn III and the Fall of the Crusader States, 1134–1199 (Leiden, 1973).

NORWICH, John J.: The Normans in the South, 1016–1130 (Londres, 1967).

—— Venice: The Rise to Empire (Londres, 1977).

OMAN, Charles W. C.: A History of the Art of War in the Middle Ages, 2 vols. (Londres, 1991 [1924]).

—— A History of the Art of War in the Sixteenth Century (Londres, 1937).

PARAVICINI, W.: Guy de Brimeu: der burgundische Staat und seine adlige Führungsschicht unter Karl der Kühnen (Bonn, 1975).

—— Karl der Kühne: das Ende des Hauses Burgund (Göttingen, 1976).

PARÍS, Michael: Warrior Nation: Images of War in British Popular Culture, 1850–2000 (Londres, 2000).

PARKER, Geoffrey: The Army of Flanders and the Spanish Road,

1567–1659: The Logistics of Spanish Victory and Defeat in the Low Countries' Wars (Cambridge, 1975).

—— The Military Revolution: Military Innovation and the Rise of the West, 1500–1800 (Cambridge, 1988).

—— 'The Military Revolution, 1560–1660 – a Myth?', en The Military Revolution Debate: Readings on the Military Transformation of Early Modern Europe, ed. Clifford J. Rogers (Boulder, 1995), págs. 37–54.

—— 'The Political World of Charles V', en Charles V 1500–1558 and his Time, ed. Hugo Soly et al., trans. Suzanne Walters et al. (Amberes, 1999), págs. 113– 226, 513–19.

PARROTT, David: Richelieu's Army: War, Government, and Society in France, 1624–1642 (Cambridge, 2001).

—— 'Strategy and Tactics in the Thirty Years' War: The "Military Revolution" ', en The Military Revolution Debate: Readings on the Military Transformation of Early Modern Europe, ed. Clifford J. Rogers (Boulder, 1995), págs. 227–52.

PAYNE, Robert: The Crusades: A History (Ware, 1998 [1994]).

PERJÉS, G.: 'Army Provisioning, Logistics, and Strategy in the Second Half of the Seventeenth Century', Acta Historica Academiae Scientiarum Hungaricae 16 (1970): 1–52.

PERRET, Paul-Michel: Histoire des relations de la France avec Venise: du XIIIe siècle a l'avènement de Charles VIII, 2 vols. (París, 1896).

PIPES, Daniel: Slave Soldiers and Islam: The Genesis of a Military System (New Haven, 1981).

PLANCHER, Urbain: Histoire générale et particulière de Bourgogne …, 4 vols. (Dijon, 1739–81).

POTTER, David: 'The duc de Guise and the Fall of Calais, 1557–1558', English Historical Review 98 (1983): 481–512.

POUNDS, Norman J. G.: The Medieval Castle in England and Wales: A Social and Political History (Cambridge, 1990).

POWER, Eileen: 'The English Wool Trade in the Reign of Edward IV',

Cambridge Historical Journal 2 (1926): 17–35.

POWERS, James F.: ‘Life on the Cutting Edge: The Besieged Town on the Luso-Hispanic Frontier in the Twelfth Century’, en The Medieval City under Siege, ed. Ivy A. Corfis y Michael Wolfe (Woodbridge, 1995), págs. 17–34.

PRAWER, Joshua: A History of the Latin Kingdom of Jerusalem, 3 vols. (Jerusalén, 1984 [Hebrew]).

PRESTWICH, J. O.: ‘Military Intelligence under the Norman and Angevin Kings’, en Law and Government in Medieval England and Normandy: Essays in Honour of Sir James Holt, ed. George Garnett y John Hudson (Cambridge, 1994), págs. 1–30.

PRESTWICH, Michael: Armies and Warfare in the Middle Ages: The English Experience (New Haven, 1996).

—— The Three Edwards: War and State in England (Londres, 1980).

—— War, Politics and Finance under Edward I (Totowa, 1972).

PRINGLE, Denys: ‘Town Defences in the Crusader Kingdom of Jerusalem’, en The Medieval City under Siege, ed. Ivy A. Corfis y Michael Wolfe (Woodbridge, 1995), págs. 69–122.

PROCACCI, G.: ‘La Provence à la veille des Guerres de Religion: une periode décisive, 1535–1545’, Revue d’histoire moderne et contemporaine 5 (1958): 241–64.

REDLICH, Fritz: The German Military Enterpriser and his Work Force: A Study in European Economic and Social History, vol. 1 (Weisbaden, 1964).

RICE, Tamara Talbot: The Seljuks in Asia Minor (Londres, 1961).

RICHARD, Jean: The Crusades, 1071–1291, trad. Jean Birrell (Cambridge, 1999).

—— ‘Philippe Auguste, la croisade et le royaume’, en Croisés, missionaires et voyageurs: les perspectives orientales du monde latin medieval, ed. Jean Richard (Londres, 1983), págs. 411–24.

RILEY-SMITH, Jonathan: ‘Casualties and the Number of Knights on the First Crusade’, Crusades 1 (2002): 13–28.

—— The First Crusade and the Idea of Crusading (Londres, 1986).

—— The First Crusaders, 1095–1131 (Cambridge, 1997).

—— 'Raymond IV of St Gilles, Achard of Arles and the Conquest of Lebanon', en The Crusades and Their Sources: Essays Presented to Bernard Hamilton, ed. John France y William G. Zajac (Aldershot, 1998), págs. 1–8.

ROBERTS, Michael: 'The Military Revolution, 1560–1660: An Inaugural Lecture Delivered before the Queen's University of Belfast', en The Military Revolution Debate: Readings on the Military Transformation of Early Modern Europe, ed. Clifford J. Rogers (Boulder, 1995), págs. 13–35.

ROBERTSON, William: The History of the Reign of the Emperor Charles the Fifth, 2 vols. (Filadelfia, 1890).

ROGERS, Clifford J.: 'The Vegetian "Science of Warfare" in the Middle Ages', Journal of Medieval Military History 1 (2002): 1–19.

—— War Cruel and Sharp: English Strategy under Edward III, 1327–1360 (Woodbridge, 2000).

—— (ed.), The Wars of Edward III: Sources and Interpretations (Woodbridge, 1999).

ROGERS, Randall: Latin Siege Warfare in the Twelfth Century (Oxford, 1992).

ROSENTHAL, Franz: The Herb: Hashish versus Medieval Muslim Society (Leiden, 1971).

RUFF, Julius R.: Violence in Early Modern Europe (Cambridge, 2001).

RUNCIMAN, Steven: A History of the Crusades, 3 vols. (Harmondsworth, 1971 [Cambridge, 1951]).

SANOK, Catherine: 'Almoravides at Thebes: Islam and European Identity in the Roman de Thebes', Modern Language Quarterly 64 n.º 3 (septiembre 2003): 277–98.

SARKESIAN, Sam C.: The New Battlefield: The United States and Unconventional Conflicts. Contribución en Military Studies 54 (Nueva

York, 1986).

SCHRAMM, Percy Ernst: A History of the English Coronation, trad. Leopold G. Wickham Legg (Oxford, 1937).

SHELDON, Rose Mary: Espionage in the Ancient World: An Annotated Bibliography of Books and Articles in Western Languages (Jefferson, 2002).

SHOWALTER, Dennis E.: 'Caste, Skill, and Training: The Evolution of Cohesion in European Armies from the Middle Ages to the Sixteenth Century', Journal of Military History 57 n.º 3 (1993): 407–30.

SIMON, Kate: A Renaissance Tapestry: The Gonzaga of Mantua (Nueva York, 1988).

SMAIL, R. C.: Crusading Warfare, 1097–1193, 2.º edn. (Cambridge, 1995).

SMITH, Robert D.: 'Artillery and the Hundred Years War: Myth and Interpretation', en Arms, Armies and Fortifications in the Hundred Years War, ed. Anne Curry y Michael Hughes (Woodbridge, 1994), págs. 151–9.

SOURNIA, Jean-Charles: Blaise de Monluc: soldat et écrivain (1500–1577) (París, 1981).

STRACHAN, Hew: 'The Experience of Two World Wars: Some Historiographical Comparisons', en Time to Kill: The Soldier's Experience of War in the West, 1939–1945, ed. Paul Addison y Angus Calder (Londres, 1997), págs. 369–78.

STRICKLAND, Matthew: 'Securing the North: Invasion and the Strategy of Defence in Twelfth-Century Anglo-Scottish Warfare', en Anglo-Norman Warfare: Studies in Late Anglo-Saxon and Anglo-Norman Military Organization and Warfare, ed. Matthew Strickland (Woodbridge, 1992), págs. 208–29.

—— War and Chivalry: The Conduct and Perception of War in England and Normandy, 1066–1217 (Cambridge, 1996).

SUMPTION, Jonathan: The Hundred Years War, 2 vols. (Londres, 1990–9).

TAILLON, J. Paul de B.: The Evolution of Special Forces in Counter-Terrorism: The British and American Experiences (Westport, 2001).

TALLETT, Frank: War and Society in Early Modern Europe, 1495–1715 (Londres, 1992).

THOMAS, David, 'The Importance of Commando Operations in Modern Warfare, 1939–82', Journal of Contemporary History 18 n.º 4 (October 1983): 689–718.

THOMAS, Heinz: 'Französische Spionage im Reich Ludwigs des Bayern', Zeitschrift für Historische Forschung 5 (1978): 1–21.

THOMAS, Hugh: The Conquest of Mexico (Londres, 1993).

THOMSON, Robert W.: 'The Crusaders through Armenian Eyes', en The Crusades from the Perspective of Byzantium and the Muslim World, ed. Angeliki E. Laiou y Roy Parviz Mottahedeh (Washington, DC, 2001), págs. 71–82.

TOCH, Michael: 'The Medieval German City under Siege', en The Medieval City under Siege, ed. Ivy A. Corfis y Michael Wolfe (Woodbridge, 1995), págs. 35–48.

TRACY, James D: Emperor Charles V, Impresario of War: Campaign Strategy, International Finance, and Domestic Politics (Cambridge, 2002).

TUCHMAN, Barbara W.: A Distant Mirror: The Calamitous 14th Century (Nueva York, 1978).

TURNBULL, Stephen: Ninja: The True Story of Japan's Secret Warrior Cult (Poole, 1991).

TURNER, Ralph V. y Heiser, Richard R.: The Reign of Richard Lionheart: Ruler of the Angevin Empire, 1189–1199 (Nueva York, 2000).

VALE, Malcolm: War and Chivalry: Warfare and Aristocratic Culture in England, France, and Burgundy at the End of the Middle Ages (Athens, GA., 1981).

VAN CREVELD, Martin: Command in War (Cambridge, MA, 1985).

—— Fighting Power: German and US Army Performance, 1939–

1945 (Londres, 1983).

VANDENBROUCKE, Lucien S.: Perilous Options: Special Operations as an Instrument of U.S. Foreign Policy (Nueva York, 1993).

VANN, Theresa M.: ‘Twelfth-Century Castile and its Frontier Strategies’, en The Circle of War in the Middle Ages: Essays on Medieval Military and Naval History, ed. Donald J. Kagay y L. J. Andrew Villalon (Woodbridge, 1999), págs. 21–32.

VAUGHAN, Richard: Charles the Bold: The Last Valois Duke of Burgundy (Londres, 1973).

—— John the Fearless: The Growth of Burgundian Power (Londres, 1966).

—— Philip the Good: The Apogee of Burgundy (Londres, 1970).

—— Valois Burgundy (Londres, 1975).

WALLER, Douglas C.: The Commandos: The Inside Story of America’s Secret Soldiers (Nueva York, 1994).

WARNER, Philip: Sieges of the Middle Ages (Londres, 1968).

WEALE, Adrian: Secret Warfare: Special Operations Forces from the Great Game to the SAS (Londres, 1998).

WEBSTER, Bruce: Medieval Scotland: The Making of an Identity (Londres, 1997).

WHITE, Terry: Swords of Lightning: Special Forces and the Changing Face of Warfare (Nueva York, 1992).

WILSON, Peter: ‘European Warfare, 1450–1815’, en War in the Early Modern World, ed. Jeremy Black (Boulder, 1999), págs. 177–206.

——‘Secrets of the Assassins’, en Scandal: Essays in Islamic Heresy (Nueva York, 1988), págs. 33–66.

WOLFE, Michael: ‘Siege Warfare and the Bonnes Villes of France during the Hundred Years War’, en The Medieval City under Siege, ed. Ivy A. Corfis y Michael Wolfe (Woodbridge, 1995), págs. 49–68.

YEWDALE, Ralph Bailey: Bohemond I, Prince of Antioch (Princeton, 1924).

Filmografía

Black Hawk Down (Black Hawk derribado), Jerry Bruckheimer, Ridley Scott et al. (productores), dir. Ridley Scott (EE.UU, 2001).

Executive Decision (Decisión crítica), Joel Silver et al. (productores), dir. Stuart Baird (EE.UU, 1996).

Lord of the Rings: The Fellowship of the Ring (El señor de los Anillos: La comunidad del Anillo), Bob Weinstein, Harvey Weinstein et al. (productores), dir. Peter Jackson (Nueva Zelanda & EE.UU, 2001).

Lord of the Rings: The Two Towers (El señor de los Anillos: Las dos torres), Bob Weinstein, Harvey Weinstein et al. (productores), dir. Peter Jackson (Nueva Zelanda, EE.UU & Alemania, 2002).

Lord of the Rings: The Return of the King (El señor de los Anillos: El retorno del rey), Bob Weinstein, Harvey Weinstein et al. (productores), dir. Peter Jackson (Nueva Zelanda, EE.UU & Alemania, 2003).

Mission: Impossible (TV) (Misión: Imposible), Bruce Geller et al. (productores), creada por Bruce Geller (EE.UU, 1966–73).

Proof of Life (Prueba de vida), Taylor Hackford et al. (productores), dir. Taylor Hackford (EE.UU, 2000).

Raiders of the Lost Ark (En busca del Arca Perdida), Frank Marshall, George Lucas et al. (productores), dir. Steven Spielberg (EE.UU, 1981).

Saving Private Ryan (Salvar al soldado Ryan), Ian Bryce, Mark Gordon, Gary Levinsohn, Steven Spielberg et al. (productores), dir. Steven Spielberg (EE.UU, 1998).

Star Wars (La Guerra de las Galaxias), Gary Kurtz and George Lucas (productores), dir. George Lucas (EE.UU, 1977).

The Terminator (Terminator), John Daly, Derek Gibson y Gale Anne Hurd (productores), dir. James Cameron (EE.UU, 1984).

Terminator II: Judgment Day (Terminator 2: El juicio final), James Cameron, Gale Anne Hurd and Mario Kassar (productores), dir. James Cameron (EE.UU & Francia, 1991).

Terminator III: Rise of the Machines (Terminator 3: La rebelión de las máquinas), Moritz Borman et al. (productores), dir. Jonathan Mostow (EE.UU, Reino Unido & Alemania, 2003).

Twelve Monkeys (Doce monos), Robert Cavallo et al. (productores), dir. Terry Gilliam (EE.UU, 1995).

Wag the Dog (La cortina de humo), Michael De Luca, et al. (productores), dir. Barry Levinson (EE.UU, 1997).

Índice onomástico

B

C

D

E

M

Z

Zelanda
Zerdana